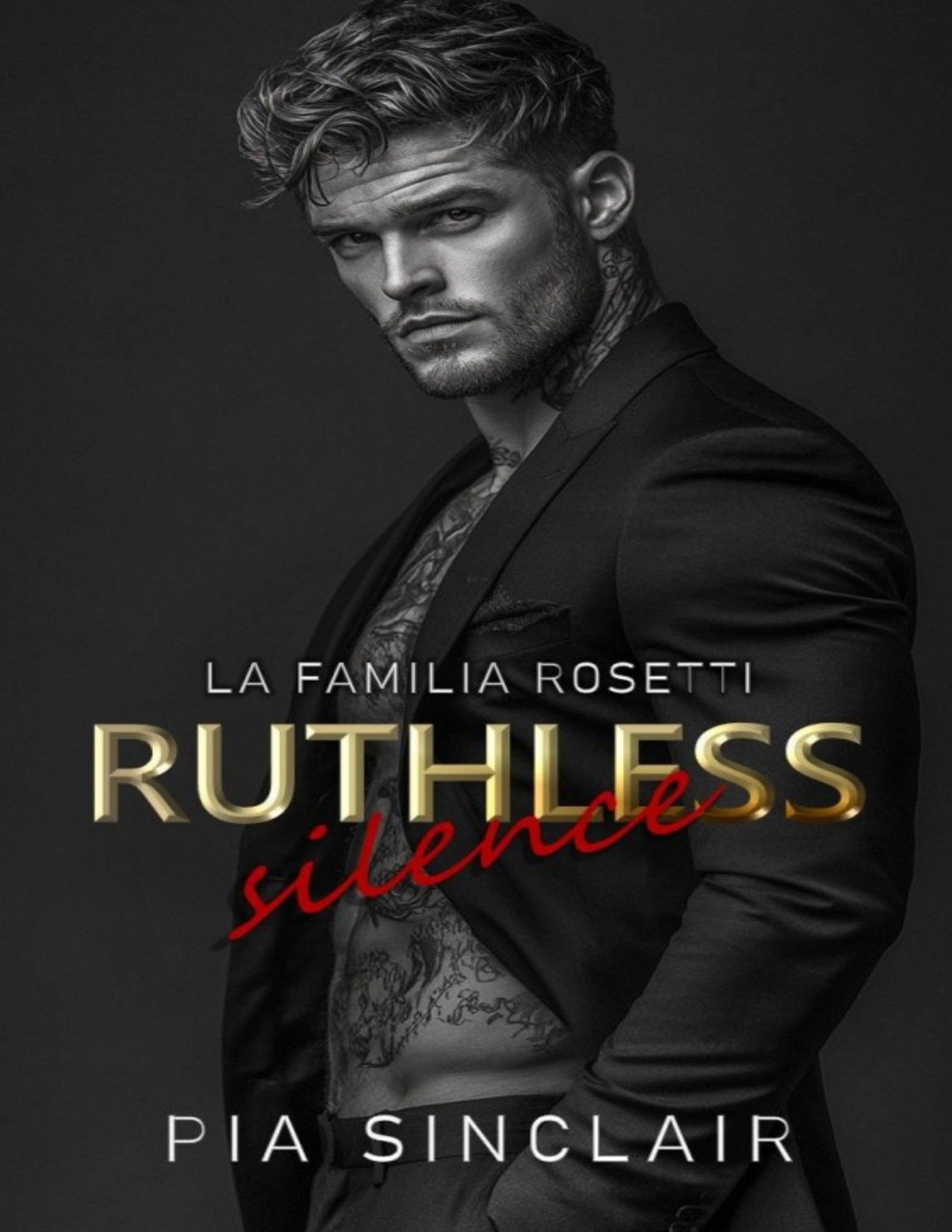

LA FAMILIA ROSETTI
RUTHLESS
silence
PIA SINCLAIR

RUTHLESS SILENCE

PIA SINCLAIR

© 2025 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Dante
2. 2 - Ana
3. 3 - Dante
4. 4 - Ana
5. 5 - Dante
6. 6 - Ana
7. 7 - Dante
8. 8 - Ana
9. 9 - Ana
10. 10 - Dante
11. 11 - Ana
12. 12 - Ana
13. 13 - Dante
14. 14 - Ana
15. 15 - Dante
16. 16 - Ana
17. 17 - Ana
18. 18 - Dante
19. 19 - Ana
20. 20 - Dante
21. 21 - Ana
22. 22 - Ana
23. 23 - Dante
24. 24 - Ana
25. 25 - Dante
26. 26 - Ana
27. 27 - Dante
28. 28 - Dante
29. 29 - Ana
30. 30 - Dante
31. 31 - Ana
32. 32 - Epílogo - Ana

1 - Dante

El cigarrillo se consume entre mis dedos, el humo asciende en espirales hacia el techo de mi despacho. Son las dos de la madrugada y no puedo apartar la vista de su cara.

Ana Moretti me devuelve la mirada desde una docena de fotos de vigilancia esparcidas sobre mi escritorio de caoba, sus fieros ojos prometen violencia en cada una de ellas. Tres semanas de vigilancia. Mis hombres siguiéndole la pista como si fuera un objetivo, no mi futura esposa. La amarga ironía de la situación me oprime el pecho. Aquí está arrodillada ante la tumba de su padre, con los dedos apoyados en la lápida. Allí practica en una galería de tiro, con una agrupación de disparos lo bastante cerrada como para impresionar incluso a Nico. Y en esta, tomada a través del escaparate de una cafetería, sus manos se mueven con fluidez en lengua de signos americana mientras practica con un instructor.

Se ha estado preparando para mí. Aprendiendo la lengua de signos.

El contrato matrimonial reposa junto a las fotos, con la firma de Marco ya estampada. Veinte años tiene este trozo de papel. Por aquel entonces, los Moretti y los Rosetti controlaban Chicago y Roma juntos, una alianza que convertía a ambas familias en intocables. Mi padre y Romeo Moretti lo firmaron entre güisqui y hermandad, uniendo a sus hijos para asegurar que la alianza los sobreviviera. Tenían razón en una cosa: los sobrevivió. Solo que no de la forma que habían planeado.

Repaso su cara en una foto donde está a medio signo, sus dedos forman palabras que puedo leer incluso en la imagen estática: *monstruo*, *venganza*, *lista*. Practica vocabulario para la guerra mientras cree que está aprendiendo a comunicarse con su futuro marido. La ironía me haría reír si mi garganta aún pudiera emitir ese sonido.

Mis dedos se detienen en otra imagen. Ana saliendo de su edificio al amanecer para ir a correr. El sudor brilla en su clavícula, su

camiseta de tirantes se ciñe a unas curvas que hacen que se me despierte la polla. Inapropiado. Peligroso. Totalmente inevitable. Es hermosa como lo son las armas: letal, precisa, hecha para destruir. Y quiero desmontarla pieza por pieza, descubrir qué sonidos haría cuando esa fachada de control finalmente se rompa.

Mi cuerpo responde a su imagen de formas que me irritan. El calor se acumula en la boca de mi estómago mientras estudio la curva de su cuello, la fiera concentración en sus ojos en la galería de tiro. Desear a la hija del enemigo es una complicación que no necesito.

Incluso en las fotos de vigilancia, se mueve como una luchadora. Cada paso es deliberado, controlado. La han perfeccionado hasta convertirla en algo peligroso. Alguien le ha enseñado a sobrevivir en nuestro mundo.

Alguien que sabía que necesitaría esas habilidades cuando viniera a por mí.

El contrato pesa más de lo que debería pesar el papel. En tres días, nos reuniremos en territorio neutral para negociar los términos. Ella firmará con su nombre debajo del mío, uniéndonos en este matrimonio concertado que se supone que debe evitar una guerra. En tres días, será mía. Mía para protegerla, mía para controlarla, mía para consumirla. Los Moretti pueden llamarlo matrimonio concertado, pero ambos sabemos la verdad. Va a entrar en mi jaula y nunca la dejaré salir.

No entienden que Ana Moretti no viene aquí a por la paz. Se ha estado preparando. Un año entero de clases de lengua de signos americana, aprendiendo a signar para poder hablar con el monstruo al que se la han prometido.

Ya he asignado sombras para que la vigilen. No solo vigilancia. Protección. Tres soldados de los Moretti han estado merodeando por su apartamento. Creen que están ocultos. Mis hombres podrían abatirlos en segundos, pero les dejo observar. Dejo que crean que ella está a salvo. Cuando sea mía, nadie se acercará a menos de treinta metros sin mi permiso.

La puerta se abre sin llamar. Solo una persona en esta casa tiene semejantes ansias de morir.

Luca se desliza en mi despacho como humo con forma humana: un metro ochenta de engañosa musculatura magra que se mueve de forma extraña, demasiado fluida, como si sus huesos no estuvieran

del todo conectados como los del resto de la gente. A sus veintiocho años, mi hermano pequeño debería parecer joven, pero algo en sus ojos azul pálido lo envejece, lo hace ancestral y recién nacido a la vez. Esos ojos no encajan con el resto de los Rosetti; una herencia de nuestra madre que hace que su particular tipo de violencia sea aún más inquietante en contraste con su pelo negro, que parece perpetuamente despeinado, como si acabara de levantarse del lecho de muerte de alguien o estuviera a punto de crear uno.

Su traje de Armani probablemente costó cinco mil dólares, pero lo lleva como si lo hubiera encontrado en un cadáver: caro sin miramientos, con algo oscuro en el puño izquierdo que podría ser vino o podría ser sangre. Conociendo a Luca, probablemente sean ambas cosas.

—Hermano. —Su voz tiene ese tono particular que hace que la gente cuerda eche mano a las armas. Se apoya en el marco de la puerta con fingida indiferencia—. ¿Quemando el aceite de medianoche por tu futura esposa?

Sus pálidos ojos azules se fijan en las fotos de Ana con una intensidad que me tensa la mandíbula. Analizo la habitación automáticamente. Dos salidas, tres armas al alcance, ángulo óptimo para abatirlo si fuera necesario. Incluso con la familia, especialmente con Luca, nunca dejo de evaluar las amenazas.

—Es guapa —observa, entrando en mi despacho sin ser invitado —. Estructura ósea delicada. Rompible, la verdad. —Coge una de las fotos de vigilancia y la estudia como si fuera un espécimen—. Podría hacerte esto más sencillo. Los accidentes ocurren. Incluso a las princesas Moretti.

No me molesto en levantar la vista del contrato. Luca pone a prueba los límites como un niño, pero sabe que no debe actuar sin permiso. Aun así, la forma despreocupada en que habla de la muerte de Ana me da ganas de partirle la cara de un puñetazo. La furia posesiva que estalla me sorprende. Todavía ni siquiera es mía.

—Piénsalo bien —continúa, con esa sonrisa perturbadora dibujada en los labios—. Sin matrimonios engorrosos, sin complots de venganza de los que preocuparse. Solo un trágico accidente antes de la boda. Una fuga de gas, tal vez. O un atraco que salió mal. Chicago es muy peligrosa últimamente.

El cuero de mi silla cruje cuando me levanto y me acerco a la ventana. Fuera, las sirenas aúllan en la distancia. Violencia normal

de Chicago que no tiene nada que ver con nosotros. La ciudad nunca duerme, y sus depredadores tampoco. Me sirvo un güisqui, el ardor familiar en mi garganta.

—O —dice, ladeando la cabeza—, podríamos quedárnosla. Romperla como es debido. Siempre has tenido debilidad por las cosas rotas. ¿Recuerdas a aquel camello que intentó timar a Marco? Tú lo sujetaste mientras yo trabajaba. Ni siquiera te inmutaste. Ese es el hermano que ella necesita conocer, no este romántico melancólico.

Ya es suficiente.

Mi mano golpea con fuerza la mesa y el sonido seco resuena en todo el despacho. Se acabó la discusión.

Luca ni se inmuta. —Siempre has sido demasiado sentimental con los Moretti —dice, volviendo a dejar la foto de Ana sobre la mesa con un cuidado exagerado—. Igual que con aquel chico ruso de hace tantos años. ¿Cómo se llamaba? El que te seguía a todas partes como un perrito antes de…

Aprieto la mandíbula involuntariamente, la única reacción que me permito. El tejido cicatricial de mi garganta me duele esta noche, un dolor fantasma de viejas heridas. El recuerdo amenaza con aflorar. Los ojos asustados de un niño, decisiones tomadas con sangre y en la sombra. Pero lo reprimo y lo hundo donde debe estar. Luca me observa con esos ojos antinaturales, catalogando mi respuesta como cataloga todo lo demás.

—Ah —dice en voz baja—. Veo que sigue siendo un punto delicado.

Le sostengo la mirada, sin dejar que vea nada más que un control gélido. Sea cual sea el juego al que esté jugando, mencionar historias pasadas no va a funcionar. Aquel niño ruso, quienquiera que fuese, desapareció entre las secuelas de aquella noche de hace diez años. Una víctima más en una guerra que empezó antes de que ninguno de nosotros comprendiera el precio.

Luca se encoge de hombros, imperturbable ante mi silencio. —Bien. Guárdate tus secretos, hermano. Todos los tenemos. —Se examina la uña ensangrentada con interés académico—. Aunque dudo que tu prometida vaya a apreciar tu… naturaleza sentimental. Los Moretti no son famosos por su capacidad para perdonar.

Otro gesto brusco por mi parte. Conversación zanjada. Esta vez, capta la indirecta. Vuelvo a mi escritorio, necesitado de distancia de

su olor a cobre y sangre.

—Intentará matarte —dice Luca desde el umbral, sin estar del todo listo para marcharse—. La primera noche, probablemente. Quizá la segunda si quiere ganarse tu confianza primero. —Su sonrisa se tuerce, de esas que hacen que la gente cruce la calle para evitarlo—. Es lo que yo haría. ¿Quieres que la registre en busca de armas cuando llegue?

Le sostengo la mirada con firmeza, y mi gesto lo dice todo: *De ella me encargo yo.*

—El demonio silencioso y su vengativa prometida —murmura, soltando esa risa contenida—. Qué absolutamente poético. La familia debe de estar muy orgullosa de esta solución diplomática. —Hace una pausa, estudiándome con esos ojos pálidos—. Sabes que no viene aquí a jugar a las casitas, ¿verdad? Esto no es una novela romántica en la que la hija del enemigo se enamora de su captor.

No necesito que me diga lo que Ana Moretti quiere. Lo he visto en cada foto de vigilancia, en el modo en que visita la tumba de su padre, en las palabras que practica en lengua de signos. Viene a por sangre. La mía, en concreto.

Que venga.

—Solo recuerda —dice Luca, retrocediendo por fin hacia el pasillo —, que cuando haga su movimiento, yo ofrecí soluciones más sencillas. Pero a ti siempre te ha gustado complicar las cosas.

La puerta se cierra tras él con un suave clic, dejándome a solas con las fotos de mi prometida y el peso de lo que se avecina.

Me tiembla un poco la mano al sacudir la ceniza del cigarrillo. Joder. ¿Cuándo he empezado a perder el control por una fotografía? Diez años de disciplina perfecta, y esta mujer, una Moretti, la amenaza con solo su imagen.

El cajón cerrado con llave de mi escritorio me llama y cedo al impulso. La llave gira en silencio, revelando un contenido que ya rara vez examino. Fotos antiguas de antes de aquella noche. Mi padre con Roberto Moretti, riéndose de verdad de algún chiste olvidado. Otra de todos nosotros de niños en una fiesta de verano, con Ana, apenas una cría, en brazos de su tío mientras yo permanecía al fondo, malhumorado y con la ira propia de un adolescente. Se suponía que una vez fuimos una familia, todos nosotros.

Cierro el cajón rápidamente, encerrando a esos fantasmas donde deben estar.

Las fotos de vigilancia de Ana vuelven a atraerme. Mis dedos se demoran en aquella en la que está signando, sus manos gráciles incluso en el movimiento congelado. Lleva un año estudiando, dijo el abogado. Un año de preparación para hablar con el hombre que destruyó a su familia. Esa clase de dedicación merece respeto, aunque esté motivada por la venganza.

La foto de ella en el campo de tiro hace que se me caliente la sangre. La violencia controlada de su postura, la concentración de su mirada. Joder, quiero ver esa intensidad cuando esté debajo de mí, cuando esté dentro de ella, cuando se debata entre odiarme y deshacerse en mis manos.

La medalla de San Cristóbal que llevo al cuello capta la luz cuando me inclino para estudiar su rostro. Me la dio mi madre antes de morir, me dijo que me protegería en los viajes peligrosos. Me pregunto qué pensaría de este viaje en particular. Casarme con la sobrina de un enemigo muerto, meter a una víbora en nuestro nido.

Porque a eso se reduce todo. Ana Moretti va a entrar en mi mundo pensando que sabe con qué clase de monstruo se va a casar. Está preparada para el asesino silencioso, el demonio mudo que acecha los bajos fondos de Chicago. Probablemente, está incluso preparada para morir por su venganza.

Para lo que no está preparada es para la verdad. Que yo también la he estado esperando. Que en todos estos años de silencio, ella es la primera persona que se ha molestado en aprender a hablarme como es debido. Enemiga o no, está a punto de convertirse en mía.

Y yo protejo lo que es mío.

Incluso de sí misma.

2 - Ana

El cubículo del baño de O'Hare huele a limpiador industrial y a desesperación. Resigo con el dedo la firma de Dante Rosetti en el contrato matrimonial: trazos audaces, bucles seguros. Las mismas manos que crearon estas letras mataron a mi familia. En tres días, esas manos me tocarán como mi marido.

En algún lugar de esta inmensa ciudad, el demonio silencioso me espera.

Alguien zarandea la puerta del cubículo. —¿Hay alguien ahí?

—¡Ocupado! —La palabra en inglés me sale brusca, una de las pocas que puedo decir sin que el acento me delate.

Doblo el contrato con cuidado y lo deslizo de nuevo en la cartera de piel de papá. Las iniciales desgastadas bajo mi pulgar, R. M., Romeo Moretti, me recuerdan por qué estoy aquí. No por la paz. Por la sangre.

El pasillo del aeropuerto se extiende interminable ante mí, y mi maleta, demasiado grande, se engancha en cada grieta del gastado linóleo. A mi alrededor, los estadounidenses se mueven con una determinación que no puedo igualar, sus voces se funden en un incomprensible muro de sonido. El baño era un santuario. Aquí fuera me ahogo.

—Disculpe, cariño, ¿está perdida? —Una mujer de ojos amables y un pintalabios demasiado vivo me toca el codo.

Las palabras en inglés nadan en mi cerebro agotado. Perdida. Sí, esa la conozco.

—Necesito… Necesito encontrar… —¿Cuál es la palabra?—. ¿Los coches? ¿Para marcharme?

Ella sonríe y señala un cartel. —Transporte terrestre, monada. Por ahí, siga las señales.

Transporte terrestre. Las palabras suenan torpes en mi boca mientras las repito, intentando imitar su acento. La cartera me quema en el costado, la firma de Dante grabada a fuego en mi

memoria. Por esto estoy aquí. Por este trozo de papel que me unirá a un monstruo.

La escalera mecánica me baja mientras aprieto con más fuerza la cartera. Un hombre de negocios me adelanta empujándome, mascullando algo que suena a enfado. Solo capto fragmentos: «…en medio… turistas…». Se me encienden las mejillas, pero mi espalda se endereza automáticamente. *La postura, Ana*, oigo la voz del tío Roberto de mis años de entrenamiento. *Un Moretti nunca muestra debilidad en público*. Incluso agotada, incluso perdida, incluso planeando un asesinato, sigo siendo una Moretti.

Las puertas correderas se abren a un calor de agosto que me roba el aliento. No se parece en nada al verano romano. Este es húmedo, pesado, se pega a mi piel como un ser vivo. El aire acondicionado del hotel olerá a limón artificial y a frío, nada que ver con mi hogar. La planta de albahaca de mamá en el alféizar de la ventana, los cigarrillos de papá, el polvo ancestral de las calles de Roma. Me uno a una cola de gente que espera un taxi, agradecida de que algunas cosas sean universales.

—¿Adónde, señorita? —Las palabras del taxista se arrastran de una forma para la que mi profesor de inglés nunca me preparó.

Le tiendo la tarjeta del hotel con dedos temblorosos, y él le echa un vistazo antes de incorporarse al tráfico con una sacudida que me lanza contra la puerta. Mi cuerpo cataloga el espacio automáticamente. Dos puertas, mampara rompible, el arma del conductor probablemente bajo su asiento. Viejos hábitos de años de entrenamiento con el tío Roberto.

—¿Primera vez en Chicago? —me observa por el retrovisor mientras zigzaguea entre los coches.

—Sí. —Busco más palabras, pero se me escapan—. Vengo por… una boda.

—¡Una boda! Anda, qué bien. ¿De quién es la boda? ¿Tiene familia aquí?

Familia. La palabra me deja un sabor amargo en la lengua. En nuestro mundo, los contratos matrimoniales se sellan con sangre, no con tinta. —Mi boda. Me caso… pronto. En tres días.

Él enarca las cejas en el espejo. —No parece usted muy feliz por ello.

No sé cómo explicarle que me voy a casar con mi enemigo. Que el hombre que me espera en esta ciudad me lo quitó todo cuando tenía

catorce años. Las palabras en inglés se me enredan en la garganta y permanezco en silencio, pensando en esa firma, en esos trazos audaces que sentenciaron mi futuro antes de que yo supiera siquiera escribir mi propio nombre.

Al otro lado de la ventanilla, Chicago pasa a toda velocidad. Todo cristal y acero que se alza hacia el cielo. Tan distinto de las piedras antiguas y las calles estrechas de Roma. Los carteles se vuelven borrosos. Nombres de calles que no sé pronunciar, anuncios que se mueven demasiado rápido para leerlos. Me siento perdida en este laberinto de hormigón y luces, cada giro adentrándome más en territorio desconocido. Más en su mundo.

El conductor sigue hablando, su acento convierte cada palabra en un rompecabezas. ¿Algo sobre béisbol, quizá? ¿O sobre obras? Capto palabras familiares. «Centro», «tráfico», «italiano». Pero el contexto se me escapa. Asiento cuando sube el tono de voz, esperando que sea la respuesta correcta.

—¿Está bien ahí atrás? —Me mira de nuevo, con la preocupación marcándole el rostro—. Tiene usted mala cara.

¿Mala cara? Sé que… oh. Enferma. Cree que voy a ponerme enferma.

—Estoy bien —consigo decir—. Solo… cansada. Ha sido un vuelo largo.

Un coche negro cambia de carril detrás de nosotros y mantiene la misma distancia durante tres giros. Mi mano se desliza hacia el bolso, donde el cuchillo de papá descansa contra el forro. Diez años de preparación y todavía me asusto de mi propia sombra. El coche nos sigue en otro giro más. Es solo el tráfico, me digo. Chicago está lleno de coches negros. No todo el mundo me está vigilando.

Pero alguien sin duda lo hace.

La puerta de la suite del hotel se cierra con un clic a mi espalda y, por fin, por fin, estoy sola.

Me hundo en la cama, dejando que mi cuerpo se desplome en la increíble suavidad. El zumbido del aire acondicionado es demasiado frío contra mi piel y me pone la piel de gallina. Todo aquí es excesivo. Demasiado grande, demasiado frío, demasiado extraño. La cartera está a mi lado y no puedo evitar sacar el contrato de nuevo.

Ahí está. Su firma. En tres días, la mía estará debajo.

El portero me había ayudado con las maletas, extendiendo la mano hacia una de ellas. Retrocedí por instinto. En mi mundo, no

dejas que los extraños toquen tus cosas. Podrían colocar algo. O llevarse algo. El recepcionista se había quedado mirando mi apellido cuando me registré. Moretti. Incluso aquí, a miles de kilómetros de casa, significa algo.

El móvil me pesa en la mano mientras abro la aplicación de LSA que he estado usando durante el último año. Demasiado pronto me encontraré con él. El diablo silencioso que atormenta mis pesadillas. Al menos con él, no tropezaré con las palabras en inglés. Mis señas son perfectas. Me he asegurado de ello. Durante un año, he practicado todas las noches hasta que mis manos podían formar las palabras en sueños. Sé exactamente cómo nos comunicaremos. Mediante señas, el lenguaje que he aprendido específicamente para él. Así nunca podrá hablar a mis espaldas.

Hola. Me llamo Ana. He venido a cumplir el contrato.

Mis dedos ejecutan las señas de forma automática. Formal, fría, sin revelar nada. No: *He venido a matarte.* No: *Asesinaste a mi familia.* Solo los hechos, signados con una precisión que mi padre habría admirado.

Tecleo su nombre en el móvil antes de poder contenerme. Dante Rosetti. Las imágenes están todas borrosas, lejanas, como si intentara fotografiar el humo. El fantasma de Chicago, lo llaman en un artículo. El ejecutor silencioso. Ni siquiera Google puede captarlo bien. Pero hay una foto, granulada y tomada desde muy lejos. Incluso en la penumbra, es guapo de esa manera peligrosa que vuelve estúpidas a las mujeres inteligentes.

—Encantada de conocerle —digo en voz alta en inglés, odiando lo cerrado que suena mi acento.

Las palabras son de manual y completamente incorrectas. Los estadounidenses no hablan así. Dicen cosas como «Hey» y «What's up» y una docena de frases más que no significan nada parecido a lo que dicen en realidad.

En el espejo parezco joven. Perdida. Nada que ver con la mujer que necesito ser dentro de tres días. Alguien que pueda enfrentarse a un monstruo sin pestañear. Me recojo el pelo, intentando parecer mayor, más sofisticada. Más como alguien que pertenece a su mundo. Alguien que creció sabiendo que existen hombres como él, hermosos y terribles a partes iguales. Alguien cuyo futuro no fue vendido con una firma antes de que supiera andar.

Mi reflejo se burla de mí. Parezco exactamente lo que soy: una chica de veintitrés años de Roma que nunca ha quitado una vida, que nunca ha hecho nada valiente salvo coger un avión para casarse con su enemigo.

Llega el servicio de habitaciones mientras estoy deshaciendo la maleta; el camarero entra empujando un carrito con platos cubiertos.

—Su cena, señorita —dice despacio, al darse cuenta de mi confusión. Es joven, quizá de mi edad, con una sonrisa amable que me recuerda a mi hogar.

Asiento y luego cojo una hoja de papel con el membrete del hotel. Mis dedos trabajan solos, doblando y marcando los pliegues hasta que toma forma una grulla de papel. Papá solía enseñarme a hacerlas en la mesa de nuestra cocina en Roma, mucho antes de que yo supiera de contratos y firmas y del precio de ser una Moretti. «Precisión, *cara*», decía, guiando mis pequeños dedos por los dobleces. «En el origami y en la vida, la precisión importa».

—Qué bonita —dice el camarero, observándome las manos—. Origami, ¿verdad?

—Sí —me arriesgo a decir más—. Hago muchas. Mil grullas para… para un deseo. —Las frases me saldrán más rápido y fácil después de una buena noche de sueño.

—¿Qué deseará? —Sus ojos son demasiado perspicaces, como si viera a través de mi agotamiento algo más oscuro debajo.

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Acaso parezco alguien que planea un asesinato?

—Ser valiente —digo finalmente, y la verdad se me escapa antes de poder detenerla. Lo bastante valiente para enfrentarme al hombre cuya firma cambió mi vida. Lo bastante valiente para hacer lo que hay que hacer.

Su sonrisa se vuelve triste, como si supiera que las chicas valientes no duran mucho en Chicago. —A mí me parece usted muy valiente. Venir a un país nuevo, hablar otro idioma. Para eso hay que tener agallas.

Si él supiera para qué necesito realmente la valentía.

Cuando se va, hago dos grullas más. Las servilletas del hotel se convierten en pájaros, cada uno un recuerdo. Esta para papá, que me enseñó la paciencia. Quien debería haberme llevado al altar algún día, no morir en un almacén por las balas de los Rosetti. Esta para la

chica que era antes de ver esa firma, antes de entender que mi vida nunca fue mía.

Entonces llegan las lágrimas, solo tres, deslizándose por mis mejillas antes de que las seque frotándome la cara. Mi padre ya no está. El tío Roberto ya no está. Todos los que deberían estar aquí para mi boda ya no están, y el hombre responsable me espera al otro lado de esta fría ciudad, con su firma uniéndonos de maneras que él aún ni siquiera conoce.

Novecientos noventa y ocho grullas ya. Dos más para mi deseo. Dos más hasta que tenga que ser lo bastante valiente para afrontar la reunión dentro de tres días.

Ya no puedo mantener los ojos abiertos. El suelo me llama, más blando de lo que debería con una moqueta de hotel gruesa como las nubes. Me acomodo entre las grullas de papel, sus alas blancas rodeándome como los fantasmas de todos los que he perdido. El contrato yace a mi lado, la firma de Dante visible bajo la luz de la lámpara.

La foto de papá descansa sobre mi pecho, con los bordes desgastados de tanto tocarla. En ella, se está riendo de algo fuera de plano, congelado para siempre en la felicidad. Antes de esa noche. Antes de la sangre. Antes de que todo cambiara. Antes de que una firma destruyera nuestro mundo.

—Estoy aquí, papá —le susurro a su imagen—. En la ciudad de los demonios, tal como me advertiste.

Algo cruje bajo mi hombro. Un trozo de papel del hotel que no recuerdo haber dejado caer. Lo saco, entrecerrando los ojos para ver la elegante caligrafía:

Bienvenida a Chicago, señorita Moretti.

Sin firma. La caligrafía es elegante, femenina. Entonces, no ha sido él. Pero es alguien que sabe que estoy aquí. Alguien que me vigila. La nota no me asusta tanto como debería, pero el agotamiento gana la partida. Que miren. Que vean a una mujer rodeada de pájaros de papel, aferrada a la foto de su padre muerto, con la firma de su enemigo grabada a fuego en la memoria. Dentro de tres días seré fuerte. Dentro de tres días seré peligrosa.

Mañana me preparo. Recorreré esta ciudad extraña, memorizaré la ruta hasta el lugar de la reunión y practicaré mi inglés y el manejo de la daga hasta que ambos sean armas. La reunión de dentro de tres días se cierne sobre mí como una tormenta en el horizonte.

Esta noche, solo soy Ana.

El sueño me vence antes de que pueda volver a contarlos, y sueño con pájaros de papel que me llevan a casa, a Roma, donde mi padre me espera con los brazos abiertos y el perdón por lo que estoy a punto de hacer. En el sueño no hay firmas, ni contratos, ni promesas escritas con tinta que aten como cadenas. Solo la risa de papá, el cálido sol de Roma y un mundo donde mi futuro me pertenece solo a mí.

3 - Dante

La sala de conferencias de Anderson & Associates se encuentra en la planta cuarenta de un edificio de Chicago, y llego treinta minutos antes para hacerme con la ventaja táctica. La luz de la mañana dibuja ángulos pronunciados sobre la mesa de caoba, donde me coloco de espaldas a los ventanales. Que entrecierre los ojos por el sol mientras negociamos su futuro.

Mi tableta muestra las fotos de vigilancia de Ana Moretti en una cuadrícula ordenada. Las paso una vez más, memorizando su forma de moverse, los gestos delatores de sus hombros cuando está nerviosa. Llevo tres semanas observándola y sigue siendo una contradicción. Entrenada para matar, pero llora ante la tumba de su padre. Estudia lengua de signos durante un año para hablar con un monstruo.

Marco entra sin llamar, trayendo consigo el aroma de su expreso matutino y de una colonia cara. A sus treinta y tres años, mi hermano impone su presencia en cualquier sala en la que entra sin esforzarse. Marco mide un metro ochenta y ocho de calculada autoridad, con el pelo castaño oscuro cortado con una precisión militar que va a juego con sus caros trajes italianos; el de hoy es gris marengo, impecable como siempre, y hace que los intentos de diseño de los abogados parezcan una pretensión barata. Sus ojos son más oscuros que los míos, casi negros, la clase de ojos que han visto morir a hombres y han ordenado muertes con la misma calma. Los anchos hombros que llenan su chaqueta hablan de poderío físico, pero es su quietud lo que hace que hombres hechos y derechos se replanteen las decisiones de su vida; Marco nunca necesita levantar la voz porque su sola presencia ya es volumen suficiente. El aire mismo parece doblegarse a su alrededor; los abogados se enderezan en sus sillas antes incluso de que hable.

—¿Revisando otra vez el dosier de tu prometida? —se acomoda a mi lado, su autoridad irradia de su quietud—. Has mirado esas fotos tantas veces que podrías dibujarlas de memoria.

Me ajusto el cuello, asegurándome de que el tejido alto cubra las cicatrices de mi garganta. Una vieja costumbre. El tejido destrozado me duele esta mañana, un dolor fantasma de heridas que nunca terminan de sanar.

—Procura no aterrorizar a la chica, Dante —la voz de Marco tiene ese tono particular que hace que hombres hechos y derechos se replanteen las decisiones de su vida. Su dominio es absoluto, incluso en una sugerencia—. Necesitamos que este matrimonio se mantenga. No la mandes de vuelta a Roma corriendo el primer día.

Le lanzo una mirada que lo dice todo. *¿Quién dice que voy a aterrorizarla?*

—Esa mirada. Exactamente esa mirada que me estás echando ahora mismo —incluso se ríe, un sonido poco frecuente en estas oficinas—. Pareces estar planeando un asesinato, no una boda.

Los abogados entran, Anderson y Greco, ambos sudando a pesar del aire acondicionado. Colocan los papeles con nerviosismo, evitando mirarnos a los ojos a cualquiera de los dos. Hombres listos. Han oído lo suficiente sobre los hermanos Rosetti para saber que la autoridad de Marco se extiende a cada rincón de esta ciudad.

—La representación de los Moretti debería llegar en cuestión de minutos —dice Anderson a la mesa en lugar de a nosotros.

Marco consulta su Rolex. —Serán puntuales. Los Moretti valoran la puntualidad casi tanto como la venganza.

Golpeteo la pantalla de la tableta con el lápiz táctil, ya inquieto. Diez años desde aquella noche en el almacén. Diez años de silencio. Y ahora, la última Moretti entra en mi jaula pensando que sabe qué clase de monstruo la espera.

No tiene ni idea.

A las nueve en punto, la puerta se abre.

Ana Moretti entra con un sencillo vestido negro que probablemente compró en unos grandes almacenes de Roma, sin darse cuenta de cómo el severo color hace que su piel brille como una perla sobre el ónix. El vestido es profesional pero poco inspirado, del tipo que una mujer se pone cuando quiere que la tomen en serio sin que se fijen en ella. Pero en su menuda figura, con esa columna vertebral de acero y esos ardientes ojos verdes, es imposible ignorarla. Unas ojeras se esconden bajo un corrector cuidadosamente aplicado; sus manos tiemblan como las de alguien que funciona solo a base de fuerza de voluntad tras haber cruzado un

océano. Sus hombros acusan una tensión que habla de un desfase horario combatido con determinación. Pero mantiene la espalda recta, la barbilla alta, como si caminara hacia la guerra en lugar de hacia la negociación de un matrimonio.

Es más pequeña de lo que sugería la vigilancia. Más delicada. Eso hace que el acero de su columna resulte mucho más impresionante, al verla luchar contra su agotamiento a cada paso.

Nuestras miradas se cruzan a través de la sala de conferencias y el mundo se detiene.

Joder. Las fotos de la vigilancia no captaban esto. La forma en que la furia hace que sus ojos ardan con un fuego verde. Se supone que debo evaluar los niveles de amenaza, no imaginar cómo sentiría esa furia debajo de mí, a mi alrededor.

Sus manos se mueven de inmediato, los signos formales que debe de haber practicado se vuelven bruscos por la emoción: «Hola. Me llamo Ana».

Pero sus ojos dicen algo completamente distinto. Gritan *monstruo* sin necesidad de signos. La acusación pende entre nosotros, silenciosa para todos los demás, pero ensordecedora para mí. Aprieto la mandíbula. Ha venido preparada, tal como prometieron.

Yo le devuelvo el signo, suave y deliberado: «Bienvenida a Chicago».

La formalidad del gesto parece pillarla por sorpresa. Sus dedos se crispan como si quisiera signar otra cosa, algo peor, pero se controla. El sonido de su respiración contenida llena el espacio entre nosotros.

—Interesante —murmura Marco en italiano a mi lado—. Ha venido preparada para ti, hermano.

Marco se levanta con unos modales de la vieja escuela que enorgullecerían a nuestra madre. —Señorita Moretti. Soy Marco Rosetti.

La forma en que pronuncia nuestro apellido llena la sala, el peso de un imperio tras esas tres sílabas. No es un hombre presentándose. Es el Don de Chicago haciendo notar su presencia.

—Antes de empezar —continúa Marco, su voz cargada de una autoridad absoluta—, permítame que deje claro lo que este matrimonio representa. Pone fin a una década de derramamiento de sangre entre nuestras familias. Cualquiera que lo perturbe, de cualquiera de los dos bandos, me responderá a mí personalmente.

Observo cómo Ana procesa la autoridad de Marco, la veo recalcular. Fuera lo que fuera lo que esperaba de los hermanos Rosetti, no era este nivel de poder controlado. Tamborilea con los dedos sobre su muslo.

—Y yo soy una mujer de palabra, señor Rosetti. —Su inglés es de manual, más aprendido que vivido. El acento la hace parecer menor de veintitrés años, musical y ligero.

La leve sonrisa de Marco podría helar la sangre. —Don Rosetti. Y sé exactamente quién es usted, señorita Moretti. Cada deuda. Cada secreto. Cada razón por la que está aquí en realidad.

Sus dedos tiemblan una vez antes de que los entrelace. La amenaza implícita surte efecto. Marco sabe que está aquí para vengarse y, aun así, lo permite. El juego dentro del juego.

Anderson recita con monotonía términos legales que le ponen los ojos vidriosos a Ana. Está entendiendo quizá un setenta por ciento del inglés jurídico, luchando a la vez contra el agotamiento y las barreras del idioma. Sus párpados se agitan una, dos veces. La princesa guerrera está en las últimas, pero aun así se mantiene erguida. Joder si eso no la hace más peligrosa.

Se remueve en la silla, cambiando de postura para mantenerse alerta.

—Quiero una cláusula —interrumpe de repente, con el acento acentuado por la determinación—. Sobre… las visitas conyugales. No pueden ser forzadas.

La sala se queda en silencio. Hasta los abogados dejan de revolver papeles.

Mis dedos aprietan el lápiz táctil. Qué audaz por su parte exigir esto, anunciar su miedo hacia mí tan públicamente. O quizá no es miedo en absoluto. Quizá simplemente quiere controlar algo, cualquier cosa, en este acuerdo. La idea de tenerla en mi cama, planeando mi asesinato mientras yo planeo su seducción, me hace cambiar de postura.

La voz de Marco se vuelve de terciopelo sobre acero. —No somos animales, señorita Moretti. Nadie la obligará a nada. Pero el matrimonio debe ser… válido.

—Un heredero en el plazo de un año —aclara Greco con incomodidad—. Para que el contrato siga siendo vinculante.

El color inunda las mejillas de Ana, pero no retrocede a pesar de su agotamiento. —Lo entiendo. Pero no por la fuerza.

Interesante. Incluso agotada hasta los huesos, incluso abrumada, lucha por sus límites. Acerco mi tableta y tecleo rápidamente antes de deslizársela a Marco.

—Dale la cláusula. Y un mes antes de que… empecemos.

Marco enarca una ceja ante mi concesión, pero la lee en voz alta para la sala.

Las manos de Ana se mueven deprisa, signando directamente hacia mí: —¿Por qué?

Le sostengo la mirada con firmeza mientras le respondo en lengua de signos: —El miedo engendra hijos terribles.

Parpadea, procesando no solo las palabras, sino la implicación. Que he pensado en tener hijos. Nuestros hijos. Que me importa cómo se conciben. La imagen aparece sin haberla llamado. Ella, embarazada de mi hijo, todavía signando amenazas de muerte mientras yo adoro su cuerpo. Cristo.

Mientras los abogados reanudan sus negociaciones, Ana y yo mantenemos nuestra propia conversación en silencio. Sus dedos tamborilean de nuevo sobre la mesa, esta vez sí que está practicando el alfabeto de la lengua de signos americana, encontrando consuelo en los movimientos familiares. Ya casi se balancea, el agotamiento tirando de ella como una resaca.

Signa, intentando ser sutil: —¿Por qué no habla usted?

Me toco la garganta, dejando que vea el movimiento por encima de mi cuello, y luego signo: —¿Por qué no huye usted?

Su respuesta llega sin vacilación: —No tengo adónde huir. Usted mató mi hogar.

La acusación me pesa en el pecho. Lo cree con cada fibra de su ser. Lleva diez años cargando con esta verdad. Diez años moldeándose para convertirse en un arma apuntada hacia mí. Muy parecida al cuchillo que lleva en el muslo.

Marco se da cuenta de la tensión que crece entre nosotros. —¿Algo que quieras compartir, hermano?

Escribo en la tableta y se la muestro solo a él, no a la sala: —Es valiente. Está agotada, pero no mostrará debilidad.

Marco ni siquiera parpadea ante mi valoración. —Los Moretti siempre fueron cabezotas.

Ana observa nuestro intercambio silencioso, tratando de interpretar la dinámica entre nosotros. Veo cómo cataloga los detalles: cómo Marco impone su autoridad sin levantar la voz, cómo

yo le cedo el control en los asuntos de negocios, cómo los abogados nos temen a ambos, pero de formas distintas.

Vuelve a signar, ahora más audaz: —Dicen que es usted un monstruo.

Le respondo en lengua de signos: —Tienen razón.

—¿Por qué está en silencio?

Me toco de nuevo la garganta y luego deletreo lentamente: —Su familia sabe por qué.

Su respiración cambia, sus hombros se tensan. Me mira fijamente durante un largo momento, y lo veo. La guerra entre lo que le han contado y lo que está observando.

—No lo entiendo —signa finalmente.

—Bien —le respondo—. Entender hace que matar sea más fácil.

En sus ojos brilla algo que podría ser ira o podría ser curiosidad. —¿Cree que he venido a matarle?

—Creo que lleva años preparándose para ello.

A eso casi sonríe, una diminuta elevación en la comisura de sus labios antes de contenerse. —Su vigilancia no es sutil.

—No pretendía serlo.

Marco se aclara la garganta. —Si vosotros dos habéis terminado con vuestra conversación silenciosa, tenemos documentos que firmar.

Los abogados deslizan papeles sobre la mesa. Contratos oficiales con sellos impresionantes y largas frases en latín que no significan nada y lo significan todo. Ana los lee con atención, su dedo siguiendo cada línea, aunque estoy seguro de que la mitad del inglés jurídico se le escapa.

—Los detalles de la ceremonia se acordarán por separado —anuncia Anderson—. De común acuerdo entre ambas familias.

Ana resopla. No le queda mucha familia. La crudeza de ello me pilla desprevenido. Mi cuerpo responde a su confesión como si fuera un juego previo, la sangre precipitándose hacia el sur con un ardor inapropiado.

Los contratos están firmados. La firma de Ana es precisa, controlada, nada que ver con el temblor de sus manos. Deja el bolígrafo sobre la mesa como si pesara una tonelada.

Llega el momento de los apretones de manos de rigor. El ritual de fingir que se trata de un negocio civilizado y no de un pacto de sangre entre enemigos.

Marco es el primero en extender la mano, con un gesto displicente, su mente ya en el siguiente asunto. Ana se la estrecha de forma breve, profesional, sin nada personal en el contacto.

Entonces se vuelve hacia mí.

Me levanto despacio, aprovechando cada centímetro de mi estatura. Un metro noventa de amenaza silenciosa que se alza de la silla. Ana tiene que inclinar la cabeza para mantenerme la mirada, pero no retrocede. La valiente pequeña Moretti.

Extiendo la mano. Ella se la queda mirando durante un latido, dos, y luego apoya su palma contra la mía.

El contacto me golpea como un rayo. Eléctrico e inmediato. Algo cambia en el aire entre nosotros, se carga de tensión y peligro. Su palma está febril contra la mía, su pulso es el pánico de un colibrí bajo mi pulgar. Huele a jabón de hotel y a agotamiento. Una mujer que se mantiene en pie solo por pura determinación. El roce me envía una oleada de calor por las venas, inesperada y no deseada.

Imagino esas manos pequeñas rodeando mi polla en lugar de conspirar para matarme. Me pregunto si me agarraría con la misma furia con la que se aferra a la compostura. El pensamiento me obliga a cambiar de postura.

Mantengo el contacto un segundo de más. Dos. Tres. Mi pulgar encuentra el punto del pulso en su muñeca y presiono con suavidad, sintiendo el rápido aleteo bajo su piel. Su pulso se acelera como el de una presa, pero sus ojos prometen ser los de un depredador.

La corriente eléctrica entre nosotros se intensifica, y veo que ella también la siente. Sus ojos se abren un poco más, se le entrecorta la respiración. Se supone que esto no debía pasar. Ha venido a enfrentarse a un monstruo, no a sentir esta tensión crepitante que hace que el aire entre nosotros vibre.

O quizá solo ve la pura determinación en mis ojos.

Los abogados recogen sus papeles, ansiosos por escapar de la tensión de la sala. Ana avanza hacia la puerta, con la espalda aún recta a pesar del agotamiento que percibo en cada fibra de su cuerpo.

En el umbral, se da la vuelta. Sus manos se mueven con deliberación, cada seña una bala apuntando a mi pecho:

—Aprenderé más sobre usted. Entonces decidiré.

Mi cuerpo responde a la amenaza como si fueran preliminares. La sangre afluye al sur, los músculos se tensan con anticipación. Me

promete una investigación y mi polla lo interpreta como una seducción. Retorcido, pero tampoco he afirmado nunca estar cuerdo.

Por primera vez en diez años, algo parecido a la satisfacción curva mi boca. No llega a ser una sonrisa, pero se le acerca lo suficiente como para inquietar a cualquiera que me observe. Mis manos dan forma a mi respuesta:

—Aprenda todo lo que quiera. Estaré esperando.

Me sostiene la mirada un latido más, y lo veo de nuevo. Esa guerra entre el odio y la curiosidad, entre lo que le han contado y lo que está descubriendo. Entonces se va, dejando solo el aroma persistente a agotamiento y determinación, y la sensación fantasma de su pulso acelerado bajo mi pulgar.

La puerta se cierra tras Ana con un suave clic que resuena en el repentino silencio.

Marco se recuesta en su silla, estudiándome con esos ojos oscuros a los que no se les escapa nada.

—Quiere matarte.

Hago una seña rápida:

—Quiere intentarlo.

—¿Y eso te excita? —Su voz denota diversión ahora, la fachada de Don se desvanece para revelar a mi hermano—. La forma en que le has cogido la mano, la forma en que casi sonríes. Joder, Dante, esto te está poniendo cachondo de verdad.

—Es perfecta.

Marco se ríe, se ríe de verdad, un sonido rico e inesperado en esta estéril sala de conferencias.

—¿Perfecta? Ha venido agotada, te ha acusado de asesinato con la mirada y acaba de prometer que te estudiará como a una presa. Y eso te excita.

Asiento. Exacto.

—¿Diez años de silencio y esto es lo que te hace reaccionar? ¿Una mujer que te quiere muerto? —Niega con la cabeza, pero veo comprensión en sus ojos—. Siempre te han gustado las peligrosas.

Mi siguiente mensaje es más largo:

—Ha aprendido lengua de signos durante un año. No para hablar conmigo. Para luchar contra mí. Cree que sabe lo que soy. Su desafío me excita más que nada en años.

—¿Y qué eres?

Sostengo su mirada mientras hago las señas.

—Listo para la caza.

Marco se pone de pie, alisándose la chaqueta del traje con suavidad.

—Sabes que no es una presa, ¿verdad? Esa chica tiene colmillos.

Asiento una vez. Cuento con ello. El recuerdo de ese apretón de manos eléctrico todavía me quema en la palma.

—Intentad no mataros antes de la boda —dice, dirigiéndose a la puerta—. Alguien tiene que ponerse el vestido de mamá, y Ana tiene la talla adecuada.

Después de que se marche, me quedo en la mesa de conferencias, mirando el contrato con nuestras firmas una al lado de la otra. Ana Moretti y Dante Rosetti, unidos por la tinta, si no por la verdad.

Pronto será mía. La idea me pone la polla dura. Vendrá a mi cama planeando un asesinato y saldrá de ella gritando mi nombre. La contradicción que es ella, agotada pero feroz, pequeña pero letal. Joder, va a arruinarme. O yo la arruinaré a ella. En cualquier caso, arderemos.

La caza ha comenzado, y mi presa se cree la depredadora. Perfecto. Las mejores piezas son las que pecan de exceso de confianza. Solo que no quiero matar a Ana Moretti. Quiero poseerla. Cada centímetro furioso. Cada suspiro agotado. Cada amenaza de muerte perfectamente signada. Pronto será mía por ley. ¿Cuánto falta para que sea mía por elección? El desafío hace que mi sangre cante de un modo que la violencia nunca ha conseguido.

Me levanto y voy a la ventana, contemplando Chicago a mis pies. Mi ciudad. Mi imperio. Y pronto, mi esposa que me quiere muerto.

Mi reflejo en el cristal revela la media sonrisa que aún juguetea en mis labios. Por primera vez en años, algo me emociona de verdad. No solo el peligro que entraña, sino el desafío. La caza. La posibilidad de algo que no me he atrevido a desear.

Que venga con sus análisis, su furia y sus señas perfectamente ensayadas.

La estaré esperando.

4 - Ana

La puerta de la sala de conferencias se cierra a mi espalda con un suave clic que resuena en mi pecho. La palma de la mano todavía me arde por su apretón, y odio que el calor se extienda más abajo, acumulándose entre mis piernas. El peso fantasma de sus dedos rodeando los míos hace que mi piel se estremezca con algo que no es miedo. Debería ser miedo. Tiene que ser miedo.

Tengo que salir. Salir de este edificio, de este laberinto de pasillos idénticos, de la esfera donde la presencia de Dante Rosetti todavía presiona contra mí.

El pasillo se extiende interminablemente en ambas direcciones, con las luces fluorescentes zumbando sobre mi cabeza. ¿Por dónde he venido? Todo parece igual: paredes beis, moqueta oscura, puertas numeradas que no significan nada para mí. Giro a la izquierda, esperando que la memoria muscular me guíe de vuelta a los ascensores.

Mis tacones repiquetean contra el suelo, demasiado fuerte en el silencio. Entonces lo oigo: pasos a mi espalda, acompasados a los míos. Sin intentar ocultarse. Siguiéndome. Mis dedos encuentran el cuchillo de papá a través del forro de mi bolso, su peso familiar me tranquiliza. Diez años de entrenamiento, y mi cuerpo sabe exactamente dónde golpear: entre la tercera y la cuarta costilla, en ángulo ascendente. Estocada rápida, giro, retirada.

No me doy la vuelta. En mi mundo, nunca dejas que sepan que te has dado cuenta. En cambio, catalogo el sonido: una pisada pesada, un paso seguro. Uno de los hombres de Rosetti, asegurándose de que salgo del edificio. O asegurándose de que no me pierdo y acabo donde no debo.

Tres giros y estoy perdida. Los pasos a mi espalda se multiplican. No me sigue un hombre, sino dos. Me están acorralando, me doy cuenta, alejándome de los ascensores, adentrándome más en el territorio de los Rosetti. Mi mano se aferra al contorno del cuchillo.

Incluso a cuarenta pisos de altura, incluso superada en número, la presencia del arma estabiliza mi respiración.

La boca me sabe a cobre. Miedo o excitación, quizá ambas cosas. Porque bajo el peligro muy real, mi cuerpo traidor recuerda su envergadura, cómo podría inmovilizarme contra cualquier superficie. Y en lugar de miedo, el calor inunda mi coño. Este no es el plan.

—¿Se encuentra bien, señorita? —La voz a mi espalda muestra una preocupación profesional. Acento americano, tono neutro. Cuando me giro, el hombre está de pie exactamente a tres metros. Lo bastante cerca para ayudar, lo bastante lejos para no amenazar. Profesional. Su chaqueta no le cae bien por el lado izquierdo. Va armado.

—Estoy… buscando los ascensores —consigo decir, las palabras en inglés pastosas en mi lengua.

Señala en la dirección por la que hemos venido. —Ha ido en la dirección equivocada. Por aquí.

Claro que sí. En este laberinto de eficiencia americana, hasta mis intentos de fuga fracasan.

Tres giros más siguiendo a mis sombras y me encuentro en un callejón sin salida, con ventanales que van del suelo al techo y dan a la expansión urbana de Chicago. La ciudad se extiende abajo, todo cristal y acero y ambición extranjera. Nada que ver con las antiguas piedras de Roma que saben guardar secretos.

Apoyo la frente contra el frío cristal, intentando calmar la respiración. En el reflejo del ventanal, veo lo que Dante vio: una guerrera con un vestido que no le queda del todo bien, el agotamiento volviéndome descuidada. Vio mi debilidad y aun así me dejó conservar el arma. ¿Arrogancia o estrategia?

La verdad me pesa en el pecho. Él lo sabía. Su nota decía que sabía que iba armada. ¿Lo vio cuando me ajusté el bolso? ¿Lo sintió cuando nos dimos la mano? ¿O sus hombres han estado lo bastante cerca como para registrar mi habitación? La idea de unas manos de los Rosetti tocando mis cosas, mi ropa, hace que me den ganas de restregarme la piel hasta despellejarme.

Podría haber ordenado que me registraran, podría haber exigido que me desarmara antes de entrar en su presencia. En lugar de eso, me dejó conservarla. Me dejó sentarme frente a él con un arma que podría haber terminado con esto antes de que empezara.

¿Por qué?

¿Respeto por una compañera guerrera? ¿Diversión ante mi patético intento de ser peligrosa? O algo más. ¿La confianza de que, incluso armada, no supongo ninguna amenaza para él? Su arrogancia me excita, y quiero arrancarme la piel por responder a semejante presunción.

A mi espalda, mi sombra carraspea. —Los ascensores están por aquí, señorita Moretti.

Hasta él sabe mi nombre. En esta ciudad de extraños, ya estoy marcada como propiedad suya.

Las puertas del ascensor se están cerrando cuando una mano sale disparada y las detiene. Mi sombra se hace a un lado mientras otro hombre entra. Es más joven que Dante, quizá veintinueve años, con ese tipo de porte militar que nunca abandona del todo a un soldado: un metro ochenta y cinco de músculo disciplinado que ni siquiera su caro traje consigue civilizar del todo. Lleva el pelo oscuro muy corto y, cuando se gira para pulsar el botón, vislumbro tinta negra en su muñeca, donde se le remanga la camisa. Tatuajes militares. Sus ojos avellana me evalúan con un rápido barrido. Incluso quieto, parece listo para el combate; su mano izquierda cuelga de una manera que sugiere un fácil acceso a un arma.

Lo reconozco por mi investigación: Nico Rosetti, el soldado de la familia.

—Señorita Moretti. —Asiente educadamente, pulsando el botón del vestíbulo aunque ya está iluminado—. Enhorabuena por su compromiso, señora.

El inglés es tan rápido que apenas lo entiendo. —Gracias… sí… estoy… —Las palabras se me enredan en la lengua, la frustración me quema en la garganta.

Debe de ver mi dificultad, porque cambia a un inglés más lento y claro, cada palabra cuidadosamente pronunciada. —Mi hermano es un buen hombre.

La risa se me escapa antes de que pueda detenerla, amarga y afilada. —Su hermano es un asesino. —Las palabras salen ásperas, mi acento las hace sonar aún más acusadoras.

El rostro de Nico se endurece, pero no de ira. Otra cosa. Comprensión, quizá. O lástima. Su mano se cierne cerca de su cadera. Una pistola, por supuesto que hay una pistola. —Todos somos asesinos, señorita Moretti. La diferencia es que Dante es el

que sangra por ello. La pregunta es, ¿va a hacerle sangrar más, o va a detener la hemorragia?

El ascensor desciende en silencio mientras intento descifrar sus palabras. *Sangra por ello*. ¿Qué significa eso? Mi inglés me falla, la frase no coincide con nada de mis libros de texto. ¿Quiere decir que Dante se arrepiente? ¿Que sufre? ¿O algo completamente distinto?

—No lo entiendo —admito al final, odiando lo débil que suena mi voz.

Nico me estudia durante tres pisos más antes de responder. —Después de la boda, lo entenderás. O estarás muerta. De cualquier modo, el sangrado cesará.

La amenaza me cae como un jarro de agua fría, esclarecedora y aterradora a partes iguales. El ascensor se abre al vestíbulo: mármol, cristal y exceso a la americana. Nico me indica con un gesto que salga primero, siempre el caballero soldado con la muerte a la cadera.

—El viernes —dice mientras paso a su lado—. No llegues tarde.

Como si tuviera elección. Como si a alguno de nosotros le quedaran ya opciones.

La cara del taxista se ilumina al reconocerme. —¡Eh! ¡La chica de la boda! Sabía que eras tú. ¿Qué tal ha ido la reunión?

Me deslizo en el asiento trasero, con el cuerpo de repente demasiado pesado para mantenerme erguida. Su colonia perdura en mi nariz. Ese sutil y caro aroma que me envolvió cuando se levantó para estrecharme la mano: sándalo y algo más oscuro que quedó suspendido en el aire entre nosotros. Quiero frotarme la piel hasta despellejarla, arrancar su olor, pero sé que ya se me ha metido bajo la piel, mezclándose con mi odio hasta que no puedo distinguir el uno del otro.

—¿Estás bien ahí atrás? —El taxista me observa por el retrovisor —. Pareces un poco en estado de shock.

En estado de shock. No conozco esa expresión, pero suena acertada. Como si algo hubiera explotado y yo todavía estuviera esperando a que el pitido en mis oídos cesara.

—Es… diferente de lo que esperaba —consigo decir, lo que es quedarse muy corta en cualquier idioma.

El taxista se ríe y se incorpora al tráfico. —Siempre lo son, cariño. Las personas que idealizamos en nuestra cabeza nunca son como las habíamos imaginado cuando las conocemos en persona.

Si él supiera... Durante diez años he convertido a mi enemigo en un monstruo. Un demonio silencioso que mataba sin remordimientos, que destruyó a mi familia por puro placer. En su lugar, he conocido a un hombre con ojos tristes que sabía que iba armada y aun así me ha permitido conservar mi arma. Un hombre cuyo hermano dice que sangra por sus muertes.

Incluso cuarenta pisos más abajo, juraría que todavía puedo sentirlo, como si su oscuridad hubiera dejado huellas dactilares en mi piel.

En el hotel, apenas consigo darle una propina al taxista antes de entrar tambaleándome en el vestíbulo. El viaje en ascensor se me hace eterno. Cuando la puerta de mi habitación por fin se cierra tras de mí, me derrumbo contra ella, dejando que mi cuerpo se deslice hacia abajo hasta quedar sentada en el suelo.

Imagino esas manos que han firmado el nuevo contrato rodeándome la garganta. Si para estrangularme o para acariciarme, ya no estoy segura. La incertidumbre hace que mi coño se contraiga, y me odio por ello.

Me aterra la forma en que la palma de mi mano todavía arde por su contacto. Me aterra lo pequeña que me he sentido a su lado, pero no insegura. Me aterra que, cuando me ha respondido en lengua de signos, sus manos fueran hermosas en su fluidez, como si llevara años esperando a alguien con quien hablar.

Golpeo el espejo con el puño. Esto no es parte del plan.

El mapa de salidas de emergencia del hotel se burla de mí desde detrás de un plástico agrietado. Me lo memorizo de todos modos; viejas costumbres del entrenamiento del tío Roberto. *Conoce siempre tus salidas, piccola. Incluso en los lugares que crees seguros.*

La puerta de la escalera se abre casi sin hacer ruido. Diecisiete pisos hacia abajo, pero necesito saber si tiene alarma, si se cierra desde dentro, si los hombres de Dante la vigilan. Mis pies descalzos no hacen ruido sobre el hormigón mientras desciendo. Planta quince: otra puerta, otra posible ruta. Planta catorce: un ascensor de servicio del que no me había percatado.

Para cuando llego a la planta doce, me doy cuenta de que no estoy sola. Alguien me sigue tres tramos más arriba, igualando mi ritmo con precisión profesional. No intenta esconderse, quiere que sepa que está ahí.

Lo pongo a prueba: acelero y luego me detengo en seco. Se ajusta a mis movimientos a la perfección. Cuando me asomo por el hueco de la barandilla, un hombre con traje oscuro me mira desde arriba. Y me saluda con la mano.

La humillación me abrasa. No estoy explorando vías de escape. Me están dando una visita guiada y supervisada de mis limitaciones. Todas las salidas están cubiertas, todas las rutas vigiladas. Esto no es una misión de reconocimiento; es puro teatro.

Regreso a mi habitación y encuentro una nota deslizada por debajo de la puerta: *El ascensor de servicio requiere una llave. La escalera se cierra automáticamente a las 22:00. El acceso a la azotea ha sido soldado. Pero, por favor, siga explorando. —D. R.*

Llega el servicio de habitaciones. Vuelvo a señalar en el menú, demasiado agotada para articular palabra, y el camarero asiente con la paciencia de quien está acostumbrado a huéspedes extranjeros. Cuando se va, saco mi papel de origami, necesitada del consuelo familiar de doblar, de crear algo preciso y controlado.

Mis dedos trabajan por inercia, plegando y doblando mientras mi mente reproduce cada momento de esa reunión. La forma en que la atmósfera de la sala cambió cuando ellos entraron. Su pulgar encontrando mi pulso como si estuviera marcando el lugar donde cortar más tarde. O besar. El hecho de que no pueda decidir cuál era su intención hace que me den ganas de gritar.

Esa casi sonrisa cuando lo amenacé con estudiarlo. Como si le hubiera ofrecido algo que ansiaba.

Cojo otro papel y me quedo helada. No es papel de origami. Es la copia del contrato de mi portafolio. Pero es el antiguo, con la firma de su padre. Rosetti. La firma de su hijo está reciente junto a la mía en las nuevas páginas, pero es el nombre del padre el que me persigue. El fantasma que nos unió hace veinte años.

Pero mis manos necesitan moverse, necesitan crear, así que lo doblo de todas formas. El papel es demasiado grueso, resistiéndose a los pliegues, pero lo fuerzo hasta darle forma. Emerge una grulla, la firma de Antonio Rosetti ahora fracturada a través de sus alas, rota en patrones geométricos que, de alguna manera, la hacen más presente, no menos. Los pecados del padre, portados sobre alas de papel.

La dejo en la mesilla de noche, junto a la foto de papá. La grulla está torcida, con un ala más alta que la otra, porque no me dejan de

temblar las manos. Por más que aliso el papel, se ladea como si intentara echar a volar, pero no recordara bien cómo hacerlo.

Mi cuerpo es un traidor. Cada célula recuerda el calor de la palma de Dante, el modo en que su pulgar encontró mi pulso como si estuviera marcando lo que es suyo. El recuerdo hace que el calor se me acumule entre las piernas y aprieto los muslos para intentar detener la punzada.

Pliego otra grulla, esta vez con el menú del servicio de habitaciones. Cada pliegue es una promesa. No me quebraré, no me doblegaré, no le abriré las piernas al enemigo. Pero me tiemblan las manos porque mi cuerpo ya ha traicionado la última promesa, humedeciéndose solo con el recuerdo de su tacto.

La grulla torcida con la firma de su padre me observa desde la mesilla de noche, un recordatorio de que ciertas cosas, una vez plegadas, jamás podrán volver a alisarse. El legado de los Rosetti forma parte ahora de mi colección de origami, retorcido en algo que he creado con mis propias manos temblorosas.

Tres días. Las palabras resuenan en mi cabeza en inglés, en italiano y en el silencioso lenguaje de los signos. Tres días para recordar por qué he venido aquí.

Para olvidar la forma en que me miró, como si yo fuera algo precioso y peligroso a la vez.

Para prepararme para un matrimonio que o bien lo destruirá a él o bien me destruirá a mí.

Pero mientras contemplo la firma fracturada de Antonio Rosetti en las alas de la grulla de papel, una verdad terrible se me instala en los huesos. Puede que la destrucción se sienta exactamente igual que el deseo, y ya no estoy segura de ser capaz de reconocer la diferencia.

5 - Dante

Los representantes de Hadley se mueven nerviosos al otro lado de la mesa de conferencias. Marco está sentado a mi lado, y me deja encargarme de la negociación; la imposición de acuerdos es mi terreno.

Mis dedos vuelan sobre la tableta: —Vuestro cargamento llega el viernes durante la boda. Estaremos ocupados. Intentad jodernos y visitaré personalmente a cada una de vuestras familias.

Marco lo lee en voz alta y su voz le añade peso a mi amenaza. El representante principal, el sobrino de Hadley, intenta mantenerme la mirada, pero no lo consigue. Al final todos acaban cediendo.

—Ni se nos ocurriría… —empieza a decir.

Golpeo la mesa con la mano y hago que todos den un respingo. Entonces, saco en la tableta unas fotos de vigilancia; no de Ana, sino de la hija del sobrino en su colegio privado, de su mujer en su estudio de yoga. Actividades legales en espacios públicos, pero el mensaje es claro.

Vuelvo a escribir: —Treinta millones en mercancía. Una transferencia limpia. Sin juegos.

El sobrino asiente rápidamente. —Sin juegos, señor Rosetti.

Después de que se marchen, Marco enciende un cigarrillo. —¿Estás distraído? ¿Es por la chica Moretti?

No respondo, pero él lo sabe. En diez años de silencio, nunca me he distraído durante los negocios. Ahora estoy mirando el móvil entre amenaza y amenaza, observando las cámaras de seguridad de su hotel mientras negocio territorios que valen millones.

—Ocúpate de tus asuntos —dice Marco, poniéndose en pie—. De todos ellos. La Familia te necesita centrado, no embobado con las grabaciones de vigilancia.

Le lanzo a mi hermano una mirada asesina, pero no surte efecto. «No estoy embobado», le digo por señas.

Pero sé exactamente qué lleva puesto y dónde está. El apretón de manos eléctrico de la reunión de ayer todavía me quema la palma, un

calor fantasma que me hace cerrar el puño. Ahora está en la habitación de su hotel, tan agotada que sería una presa fácil. Tiene la guardia baja, los párpados pesados por el *jet lag* que aún la atenaza. Podría estar allí en veinte minutos, podría tenerla inmovilizada contra la cama de ese hotel antes de que se despertara del todo. La idea me hace agarrarme al borde del escritorio con la fuerza suficiente para hacerme daño.

Voy al armario y me sirvo un whisky bien cargado, dejando que me queme la garganta justo donde el tejido cicatricial me duele esta noche. El equipo de vigilancia que he asignado me envía actualizaciones constantes, pero necesito verla por mí mismo. Necesito verla prepararse para el viernes como si se preparara para la guerra.

Marco se acomoda en el sillón de cuero frente a mí, irradiando autoridad incluso en su observación casual. —Estás obsesionado.

Acerco la tableta y escribo rápidamente: «Conoce a tu enemigo». Mis hermanos saben lengua de signos, pero solo lo básico. Para conceptos más complejos, necesito escribir.

—¿Es eso lo que es? —La pregunta de Marco queda suspendida entre nosotros.

Asiento. Diez años de control perfecto, destrozados por una mujer que aprendió lengua de signos para decirme que me odia. La ironía es abrasadora: es la primera persona que me habla de verdad en una década, y usa ese don para prometer que me asesinará. Me dan ganas de follar hasta arrancarle ese odio del cuerpo.

Las sombras del atardecer se extienden por la ciudad cuando llego a casa y me acomodo en la lujosa silla de mi despacho, frente a los monitores.

Luca entra sin ser invitado, trayendo consigo el olor cobrizo de la sangre fresca. Se mueve con ese silencio antinatural que pone nerviosos incluso a los soldados más curtidos. Sus ojos pálidos encuentran las pantallas de inmediato y registran la imagen de Ana con interés académico.

—Sale guapa en cámara —observa, ladeando la cabeza—. ¿Puedo conocerla antes de la boda?

Golpeo la mesa con la mano, una rara muestra de temperamento que hace que incluso Luca se detenga.

—¿Ya eres posesivo? —La voz de Luca sigue siendo tranquila—. Qué raro en ti, hermano. Nunca te han importado tus juguetes.

No retrocede, solo sonríe con esa sonrisa perversa. —Podría enseñarle cosas. Coge mal el cuchillo. Yo podría mostrarle el ángulo adecuado para causar el máximo daño.

Acerco la tableta y escribo una sola palabra: «No».

La temperatura desciende mientras me elevo sobre él. Luca levanta las manos en una finta de rendición; todavía tiene sangre bajo las uñas de lo que sea que estuviera haciendo antes de esto.

—Tu juguete, tus reglas —murmura—. Aunque antes lo compartías todo conmigo, hermano. ¿Recuerdas?

En cuanto se va, le envío un mensaje a Marco: «Luca no se acerca a ella. Jamás».

Tras unos instantes, Marco responde: «Lo mandaré fuera una semana después de la boda».

Una semana no será suficiente, pero por algo se empieza.

La cena familiar obligatoria llena el comedor de gala del caos familiar y la violencia casual de siempre. Marco es el primero en entrar, comprobando en su móvil las novedades sobre el cargamento del viernes. Nico ya está en la mesa, limpiando su Glock con precisión militar.

—El perímetro está asegurado —informa—. Dos coches vigilando a la chica Moretti, como ordenaste.

Alessandro entra con paso ligero, todo su metro noventa de encanto calculado envuelto en un traje de diseño. A sus veintisiete años, ha heredado los ojos verdes de nuestra madre, pero los ha convertido en un arma con una sonrisa coqueta que hace que la gente olvide que habla cuatro idiomas y que nunca olvida un insulto. Su pelo oscuro tiene esa onda perfecta que parece natural, pero que probablemente le lleva veinte minutos conseguir. El mechero de oro que hace girar entre sus dedos capta la luz; no fuma, solo le gusta tener algo para ocupar las manos mientras su mente analiza las debilidades de todo el mundo. Una fina cicatriz le atraviesa la ceja izquierda y, como es natural, no hace más que aumentar su atractivo.

—¿Cena familiar o funeral? Estáis todos encantados, se os ve. —El encanto de Alex llena la sala y alivia la tensión—. Los negociadores de Hadley por fin han entrado en razón. Es increíble lo que pueden lograr un buen vino y una conversación cuidadosa.

Sofia es la última en llegar, vestida con una seda color crema que la hace parecer delicada, como algo que podría romperse si se manipulara con brusquedad; una mentira cuidadosamente

elaborada. Con veinticinco años y apenas un metro sesenta y siete, nuestra hermana pequeña parece frágil al lado de sus hermanos, pero la he visto matar a un hombre con unos tacones de aguja sin siquiera inmutarse. Sus ondas rubias enmarcan un rostro digno de portadas de revista, y esos ojos azules, pálidos como los de Luca pero más cálidos, no se pierden nada.

Se sienta a mi lado, la única a la que permito estar tan cerca, y de inmediato gesticula en lengua de signos: —Pareces cansado. ¿Cuándo has dormido por última vez?

Le respondo del mismo modo: —¿Cuándo has matado a alguien por última vez?

Se ríe, con un sonido musical y agudo. —El martes. Fue terapéutico.

—Así que la chica Moretti —dice Alex, removiendo el vino en su copa—. ¿Es lo bastante guapa para nuestro príncipe silencioso?

—¿Cuándo has follado por última vez, Dante? —pregunta Sofia, examinándose su manicura perfecta—. Tu mano no cuenta.

Mi mirada promete violencia, pero es una advertencia protectora, no ira. Sofia sabe perfectamente cuánto tiempo ha pasado: cinco años desde que Coco vio mis cicatrices y salió huyendo a gritos.

—¿Un regalo para la novia? —pregunta Alex, cambiando de tema con suavidad.

Saco la pequeña caja de terciopelo y la pongo sobre la mesa. Dentro, una delicada cadena de plata sostiene un colgante: un cuchillo diminuto, detallado hasta el borde serrado. Sofia lo examina con interés.

—La verdad es que es precioso —dice, sosteniéndolo a contraluz —. Mortal, eso sí.

—Como su novia —dice Luca en voz baja desde su rincón, con esa sonrisa inquietante dibujada en los labios.

Mi mirada le promete violencia si se acerca a Ana.

Nico interviene. —Ha estado entrenando. Prácticas con cuchillo cada mañana, a las seis en punto.

—Autodidacta —añade Luca—. Una técnica ineficiente. Podría corregírsela.

La voz de Marco se impone con absoluta autoridad. —Hay que respetarla. Está a punto de ser de la familia. —Hace una pausa—. Intenta no aterrorizarla, Dante. La necesitamos colaboradora para la fusión. Las novias muertas no firman acuerdos territoriales.

La palabra «familia» hace que la sonrisa de Sofia se vuelva demasiado resplandeciente, algo de lo que me doy cuenta al instante. Sean cuales sean los recuerdos que esa palabra le trae de aquella noche de hace diez años, los entierra rápidamente.

El segundo día comienza viendo las grabaciones de vigilancia mientras el conserje del hotel entrega mi regalo en la habitación de Ana. Abre la caja con cautela, como si pudiera explotar. La nota dice simplemente: «Para tu colección. -D.R.».

Entonces se ríe, la primera risa genuina que le he presenciado. No amarga ni afilada, sino auténtica diversión. Levanta el colgante del cuchillo a contraluz, examinando la artesanía, y luego se pone el collar.

A lo largo del día, las cámaras la captan buscándolo con los dedos, tocando la hoja. Toca el colgante del cuchillo repetidamente, sus dedos recorriendo el metal, y me imagino esos dedos recorriendo mis cicatrices en su lugar. El pensamiento hace que me recoloque, el pene endureciéndose ante la idea de sus manos aprendiendo la geografía de mi carne herida.

Nico me envía su informe por mensaje: «Ha ido al gimnasio al amanecer. Luego a confesarse a St. Mary's».

Confesión. Dos días antes de casarse conmigo. El dolor en mi garganta llena de cicatrices se intensifica. ¿Rezando por el perdón por lo que planea hacer, o buscando la fuerza para hacerlo?

Esa noche, practica la lengua de signos en su habitación. Sus dedos se mueven con cuidado para decir: «Gracias por el regalo».

Luego añade, con una leve sonrisa que me oprime el pecho: «Lo llevaré puesto cuando te mate».

Pero sigue llevando el collar, sus dedos recorriendo el colgante con forma de hoja mientras gesticula amenazas de muerte. La contradicción hace que me den ganas de estamparla contra una pared y mostrarle exactamente a qué clase de monstruo está amenazando. Que gesticule mi nombre mientras estoy enterrado dentro de ella.

A las dos de la madrugada de la víspera de mi boda, me siento solo frente a mi piano, los dedos moviéndose por el Nocturno en mi bemol mayor de Chopin. Las notas melancólicas llenan el silencio donde una vez habitó mi voz. Siento las teclas suaves bajo mis dedos, y le toco una promesa. Cada nota es algo que le haré a su cuerpo: este

crescendo cuando se corra, este *diminuendo* cuando suplique, este *fortissimo* cuando finalmente se rinda a mí.

No oigo entrar a Alex hasta que habla, todavía perfectamente arreglado a pesar de lo tardío de la hora.

—¿No puedes dormir? ¿Nervioso por mañana?

Mi mirada le dice lo que pienso de esa sugerencia.

—No se parece en nada a como era Coco. —El nombre hace que mis manos se queden paralizadas sobre las teclas. Coco: el intento de emparejamiento de Marco de hace cinco años. La chica de la alta sociedad que vio mis cicatrices y salió corriendo de la habitación a gritos.

—Esta no huirá —observa Alex, acomodándose en la silla cercana —. Luchará, no huirá.

Asiento y vuelvo al piano, pero abandono a Chopin por algo más oscuro, más apasionado. Mis dedos encuentran notas que no he tocado en años, una composición que arde con peligro y deseo.

—Sabes que intentará matarte mañana —dice Alex en voz baja—. Durante la ceremonia, probablemente. Cuando estés distraído.

Asiento de nuevo, la música creciendo bajo mis manos, violenta y hermosa. Mañana me caso con una mujer que me quiere muerto. Se me endurece el pene al pensar en ella intentándolo, en atrapar su muñeca a medio golpe, en mostrarle exactamente cómo termina su intento de asesinato: con ella inclinada sobre el altar mientras reclamo lo que es mío.

Por primera vez en diez años, me siento verdaderamente vivo.

6 - Ana

La pequeña sala tras el altar apesta a polvo y a plegarias muertas, a un millar de confesiones pudriéndose en las paredes. No me dejan de temblar las manos mientras levanto el encaje blanco de mi vestido de novia, con los dedos buscando a tientas la correa de cuero que se me clava en el muslo. La hoja de papá me abrasa la piel, el metal resbaladizo por el sudor. Practico el movimiento de nuevo: alcanzar, tirar, golpear. Mi reflejo en el espejo deslucido muestra a una novia a punto de hacerse añicos, no de matar.

Cuatro días desde que llegué a Chicago, tres desde que firmé mi sentencia, y ya me estoy desmoronando.

El colgante con forma de cuchillo me quema en la garganta. Su regalo, su burla. Me tiemblan los dedos mientras practico una vez más. Alcanzar, tirar, golpear. El movimiento se siente torpe, erróneo. ¿Cuándo se volvieron mis manos tan poco fiables? El agotamiento hace que todo pese, como si me moviera bajo el agua.

Llevo el pelo recogido, con el cuello al descubierto. Un cebo para un monstruo. Que piense que soy una presa.

En el espejo, mis dedos temblorosos trazan signos familiares: «Por papá».

La puerta se abre sin previo aviso. Me giro en redondo, con la mano ya buscando el acero, pero me quedo helada. Entra una mujer, de ondas rubias que enmarcan un rostro robado de las revistas, pero sus ojos azul pálido albergan algo más afilado. Como mirar una hermosa daga. Se mueve con una gracia líquida, cada paso deliberado. Un depredador que reconoce a otro.

—Usted debe de ser Ana —su voz destila miel con cuchillas ocultas—. Soy Sofía, la hermana de Dante.

El pecho se me oprime. Es la hermana de mi investigación, la que todos protegen. Es más menuda de lo que sugerían sus fotos de vigilancia, delicada en seda color crema. Pero sé lo que se esconde bajo la ropa de diseño. Somos de la misma especie, ella y yo. Asesinas vestidas de damas.

Sofía me rodea lentamente, ajustándome el velo. —Está preciosa. Mi hermano no sabrá ni de dónde le ha venido el golpe.

Las palabras caen como hielo en mis venas. No puede saberlo. Es solo una expresión. Expresiones americanas que aún no entiendo. Pero me tiembla la mano cuando alisa el encaje, y me doy cuenta de que lo ha notado.

—Dante necesita a alguien fuerte —continúa Sofía, retrocediendo para estudiar su obra—. Alguien que no se rompa bajo el peso de lo que somos. Sea buena con él.

La bilis me sube por la garganta. En una hora, estará llorando por el hermano que estoy a punto de arrebatarle. Las entrañas se me retuercen con el peso de este futuro dolor que estoy a punto de causar.

—Lo seré —miento, con las palabras convertidas en ceniza en mi lengua.

La sonrisa de Sofía se afila hasta volverse letal. —Bien. Porque como le haga daño, la haré desaparecer tan por completo que ni Dios se acordará de que existió.

La amenaza brota de su lengua como la miel, proferida con la misma dulzura que todo lo demás. Nos entendemos, de depredador a depredador. Luego se marcha, dejando solo perfume francés y la garantía de violencia.

La música del órgano crece y las puertas se abren para revelar un pasillo que se extiende como una marcha fúnebre. Rosas blancas bordean cada banco; flores de funeral, qué apropiado. La iglesia huele a lirios e incienso. Camino sola, sin un padre que me entregue, sin familia que presencie esta unión sacrílega. Mis tacones se enganchan en el vestido, ¿cuándo me he vuelto tan torpe? Cada paso me acerca al hombre que lo destruyó todo.

Dante espera en el altar, vestido de negro, pareciendo la muerte en un traje caro. El cuello alto oculta su garganta llena de cicatrices, pero sé el daño que acecha debajo. Sus ojos oscuros siguen mi avance, haciendo que mi piel arda y mi coño se contraiga. Cuerpo traidor, que responde a los ojos del enemigo. ¿Observa a su novia o a su asesina? ¿Puede oler mis intenciones a través del incienso?

Marco está a su lado como padrino, la autoridad que irradia de su quietud es como el calor que emana una piedra. Los otros hermanos forman un muro: Nico con precisión militar, Alex con elegancia

informal. Y Luca. Su sonrisa no es propia de una boda, es demasiado sagaz, como si pudiera saborear mi intención asesina en el aire.

El sacerdote habla, pero las palabras se desdibujan, el latín se mezcla con el inglés hasta que nada tiene sentido. Mi cerebro agotado capta fragmentos: «sagrada unión», «bendecidos por Dios», «hasta la muerte». La ironía me da ganas de reír. La muerte es exactamente lo que estoy planeando. Mi vestido blanco susurra contra mis piernas, ocultando la correa de cuero que se clava más profundamente con cada respiración.

—¿Acepta usted, Dante, a esta mujer…?

Él asiente mientras signa «Sí, quiero» con fluida gracia. Esas manos que mataron a mi familia ahora prometen honrarme y protegerme. La contradicción me marea.

—¿Acepta usted, Ana, a este hombre…?

Las palabras se me atascan en la garganta como cristales rotos. El sacerdote espera. Todos esperan. Los ojos de Dante no se apartan de los míos, pacientes como la mismísima muerte. Su colonia se mezcla con el incienso, sándalo y algo más oscuro.

—Yo… —La hoja de papá me abrasa en el muslo. La correa de cuero me está cortando la circulación—. Sí, quiero.

La mentira me abrasa la lengua, amarga y asfixiante. Estoy mintiendo en la casa de Dios, prometiendo amor mientras planeo un asesinato.

Los anillos aparecen de la nada. El suyo se desliza con demasiada facilidad, como si ese fuera su sitio. El mío encaja a la perfección. ¿Cómo lo sabía? ¿Me ha estado observando tan de cerca? El metal se siente como un grillete.

—Puede besar a la novia.

Dante me levanta el velo lentamente, dándome tiempo a huir. Sus ojos oscuros sostienen los míos, viéndolo todo y no revelando nada. El beso apenas existe, un susurro de contacto que no debería afectarme. Pero su mano me ahueca el cuello, el pulgar presiona mi pulso, donde martillea la traición. El contacto quema, posesivo, dominante, consciente. Siente mi corazón desbocado, la traicionera respuesta de mi cuerpo a su proximidad. El calor se acumula entre mis piernas y me odio por ello.

Cuando se aparta, esa casi sonrisa juega en sus labios. Como si supiera exactamente lo que estoy planeando y le pareciera delicioso.

La fila de felicitaciones se alarga interminablemente, un desfile de desconocidos que hablan demasiado rápido para que mi cerebro agotado pueda seguirlos. Mi sonrisa parece pintada, a punto de resquebrajarse.

—Qué novia tan guapa —dice una mujer mayor, cogiéndome la cara con las manos frías—. Le darás unos hijos preciosos.

Las palabras aterrizan con dureza. Bebés. Hijos. Un futuro que muere hoy con su padre.

—Gracias —consigo decir, con un inglés denso y erróneo en mi lengua.

Más desconocidos, más palabras que no entiendo. Algo sobre «felicidad» y «bendición», pero todo se convierte en ruido. Dante nunca habla, por supuesto, pero su presencia a mi lado de algún modo traduce mi confusión con gestos suaves que comunican lo que mi inglés chapurreado no puede.

Su mano me quema en la parte baja de la espalda, una presión constante que se siente más como una advertencia que como un apoyo. Cada vez que me muevo hacia la hoja que llevo atada al muslo, sus dedos aprietan con más fuerza. Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Lo ha sabido siempre.

Nico se acerca, abriéndose paso entre la multitud. Dice algo demasiado rápido. Entiendo «coche» y «listo», pero el resto se disuelve en el ruido. La mano de Dante presiona más fuerte; entiende mi confusión incluso sin palabras.

Dante gesticula algo que estoy demasiado cansada para seguir y luego me guía lejos de la multitud. Su mano no se aparta de mi espalda mientras atravesamos la iglesia hacia una puerta con la inscripción «Sacristía». Privado. Por fin.

La habitación es pequeña, íntima, con vidrieras que proyectan sombras de colores, como sangre derramada, sobre el suelo de madera. Un escritorio, sillas, un crucifijo que lo observa todo.

La puerta se cierra con un chasquido. Estamos solos por primera vez como marido y mujer.

No dudo. Mi mano encuentra la hoja, la desenvaina y ataca en un solo movimiento nacido de mil prácticas. El acero silba en el aire hacia su garganta.

Su mano me coge la muñeca. Sin brusquedad, sin violencia. Con una firmeza absoluta. Control total sin agresividad.

Espero rabia. Espero que me rompa la muñeca, que me lance contra la pared, que me haga pagar. En cambio, su mirada está tranquila, casi triste, como si le decepcionara mi técnica más que mi intención.

Mi mano izquierda va hacia su cara, con las uñas listas para arañar, pero también la intercepta. Ahora me sujeta ambas muñecas y nos quedamos congelados: yo en posición de ataque, él en perfecto control. No hay ira en su rostro. Solo esa paciencia devastadora que me da ganas de gritar.

Con movimientos lentos y deliberados, me ajusta el agarre de la hoja. Sus dedos corrigen mi postura, recolocando mi mano para tener mejor palanca. El calor de su contacto me sube por el brazo y mi cuerpo recuerda aquel apretón de manos, aquella conexión eléctrica, incluso mientras intento matarlo. Carne traidora que responde a manos enemigas.

Me está enseñando. Mientras intento matarlo activamente, él me está mostrando cómo hacerlo bien.

Mi mente agotada no puede procesar esto. La habitación da vueltas ligeramente.

Guía la hoja hacia su propia garganta y apoya el filo sobre la piel, allí donde su pulso late firme y tranquilo. Sus ojos me sostienen la mirada con una oscura promesa. Como si dijera: «Hasta tu violencia me pertenece ahora».

Me tiembla la mano. ¿De rabia? ¿De miedo? ¿De la imposible intimidad de que me enseñe a matarlo? La hoja tiembla contra su garganta y aparece una fina línea roja. Solo un rasguño, pero la prueba de que el filo es lo bastante agudo.

Me suelta las muñecas y da un paso atrás. Coge mi mano izquierda, la que no tiene la hoja, y la gira con la palma hacia arriba. Luego, coloca firmemente la empuñadura del cuchillo en mi mano izquierda. Su roce perdura, su pulgar presiona mi palma como si marcara lo que es suyo.

Sus manos se mueven formando señas que entiendo a la perfección: «Eres zurda. Usa tu fuerza».

¿Cómo lo sabe? ¿Tanto me han vigilado sus hombres? Un ardor me inunda el estómago, una humedad que se acumula entre mis muslos.

Camina hacia la puerta, con la mano en el pomo. Entonces se vuelve y sus manos forman un último mensaje: «La próxima vez,

hazlo en serio».

La puerta se cierra con un suave clic y me deja a solas con mi fracaso y la traición de mi cuerpo.

Me quedo helada, con el cuchillo levantado en la mano izquierda, la mano correcta, viendo mi reflejo fracturado en la hoja. Una novia de encaje blanco, con el rostro encendido de furia y de una excitación vergonzosa, sosteniendo un arma con una postura recién corregida.

¿Qué acaba de pasar? Me ha enseñado. En pleno intento de asesinato, mientras yo intentaba matarlo, me ha corregido el agarre como un instructor paciente. Como si quisiera que la próxima vez tuviera éxito. Como si mi venganza importara lo suficiente como para ejecutarla bien.

El colgante en forma de cuchillo me pesa más en la garganta, una burla a la hoja de verdad que tengo en la mano. Me regaló una joya y ahora me ha enseñado a usar la de verdad. Contra él.

Mi década de planificación, de preparación, de odio cuidadosamente cultivado como un jardín venenoso, él acaba de redirigirla con suaves correcciones. No la ha destruido. La ha redirigido. Como si yo fuera una niña que juega a matar y necesitara la instrucción adecuada.

No. Peor. Entiende la necesidad, pero quiere que la ejecute correctamente. No está despreciando mi odio. Lo está honrando con su enseñanza.

—¿Todo bien ahí dentro? —La voz de Marco llega a través de la puerta, la autoridad mezclada con lo que parece diversión.

Dos golpes suenan en la madera, la respuesta de Dante. Rápida, eficiente. Sí, todo va bien. Mi marido habla con violencia y silencio, y de alguna manera su hermano lo entiende a la perfección.

Por fin bajo el cuchillo, con el brazo tembloroso por el agotamiento y la adrenalina. En el espejo, veo a alguien a quien no reconozco. El vestido blanco aún impoluto, el pelo todavía perfectamente peinado, con todo el aspecto de una novia virgen. Excepto por la hoja en mi mano izquierda y el conocimiento en mis ojos. Y la humedad entre mis muslos por el contacto de mi enemigo.

Estoy casada con un hombre que acaba de darme permiso para matarlo como es debido. Que vio mi intención asesina y eligió mejorar mi técnica en lugar de castigar mi intento.

Mis dedos se mueven formando las señas casi inconscientemente, preguntándole a mi reflejo lo que no puedo expresar con palabras:

«¿Qué clase de monstruo eres tú?».

Pero ahora sé la respuesta. Es del tipo que le enseña a su asesina la postura correcta. El tipo que dice «sí, quiero» por señas sabiendo que su novia planea un asesinato. El tipo que besa como un susurro, pero abraza como una promesa.

Y estoy casada con él.

El cuchillo pesa más en mi mano izquierda, la mano correcta. Mi cuerpo todavía arde donde me ha tocado al corregir mi agarre. Hasta mi violencia le pertenece ahora.

¿Qué clase de monstruo le enseña a su asesina a matarlo como es debido?

La clase de monstruo con el que acabo de casarme.

7 - Dante

La berlina negra espera junto a la entrada lateral de la iglesia como un coche fúnebre, con el motor ronroneando. Me meto primero, ocupando el asiento tras el conductor, y observo a Ana dudar en la puerta. Su vestido blanco se engancha en el marco. La tela se rasgó durante nuestro forcejeo en la sacristía, un desgarro cerca de las costillas, donde mi mano desvió su cuchillo. Lo libera de un tirón con una violencia apenas contenida, agrandando el roto.

Se acomoda en la esquina más alejada, tan lejos de mí como le permite el asiento trasero. El vestido se extiende entre nosotros como una barrera, todo ese encaje blanco y virginal que esconde a la guerrera que lleva dentro. A través del desgarro, vislumbro trozos de piel que hacen que se me agite la polla. Su mano desaparece por la abertura que tiene en el muslo; sus dedos comprueban lo que yo ya sé que está ahí.

Saco el móvil, escribo rápidamente y se lo enseño para que pueda leerlo: —Sigue ahí.

Sus ojos despiden chispas de fuego verde, pero no aparta la mano del cuchillo. Bien. Que siga armada. Que siga siendo peligrosa. La tira de cuero debe de estar clavándosele en la piel, marcándole el muslo con líneas rojas que me muero por recorrer con la lengua.

—Enhorabuena, señor Dante —la voz de Tommy desde el asiento del conductor rompe el silencio. Lleva veinte años conduciendo para nuestra familia, desde antes de que yo perdiera la voz—. Una ceremonia preciosa.

Ana se sobresalta como si se hubiera olvidado de que existía alguien más aparte de nosotros. Saca la mano de la abertura del vestido, vacía pero temblando ligeramente. La realidad de los testigos, de un mundo más allá de su fallido intento de asesinato, se posa sobre sus hombros. Me la imagino estampándola contra la ventanilla, obligando a Tommy a conducir mientras le demuestro exactamente lo que significa ser mi mujer. El pensamiento hace que

me recoloque, con la polla endureciéndose ante la idea de verla forcejear mientras reclamo lo que es mío.

Escribo de nuevo, inclino la pantalla hacia ella: —Tiene sangre en la muñeca.

Baja la mirada y encuentra la fina línea roja donde mi mano desvió su cuchillo en la sacristía. Es solo un arañazo, pero la marca como mía con más certeza que el anillo en su dedo. Saco mi pañuelo, de lino blanco puro con mis iniciales bordadas en negro, y se lo ofrezco por encima de la extensión de su vestido.

Ana se queda mirando la tela como si pudiera morder. Levanta la barbilla en un gesto de desafío, pero el agotamiento hace que el gesto sea menos eficaz de lo que pretende. El movimiento deja a la vista su garganta; el colgante en forma de cuchillo capta la luz, y joder, cómo me apetece morderle el punto donde le martillea el pulso.

Otro mensaje en mi móvil: —Ahora es mi mujer. Yo cuido de lo que es mío.

—No soy tuya —signa con agresividad, con movimientos tan bruscos que podrían cortar.

No le respondo con señas. En lugar de eso, le miro deliberadamente la mano izquierda, donde mi anillo pesa sobre su dedo. La prueba capta la luz de las farolas que dejamos atrás. El metal que le puse ahí hace unos instantes en la ceremonia, uniéndonos ante Dios y los testigos.

Sigue mi mirada y se ve su propia mano como si perteneciera a una extraña. El anillo es elegante, pero macizo, imposible de ignorar. Intenta girarlo, quizá para quitárselo, pero tiene los dedos algo hinchados por la tensión del día. No cede. Su inútil forcejeo hace que me hierva la sangre. No puede quitarse mi marca, como tampoco puede escapar de lo que le espera.

Chicago pasa por las ventanillas; mi ciudad dándole la bienvenida a mi novia. Ella observa el perfil de los edificios con la intensidad de quien memoriza rutas de escape, catalogando señales de tráfico que apenas puede leer en inglés. Su aliento empaña un poco el cristal y percibo su olor. Sudor del miedo bajo un perfume que se desvanece, el regusto cobrizo de la sangre seca. Que planee. Que conspire. Cada ardid que trama no hace más que confirmar lo que ya sé. Es mía para contenerla, para controlarla, para retenerla.

Las puertas de la finca de los Rosetti se abren antes de que lleguemos, los guardias reconocen el coche a distancia. La

respiración de Ana cambia al entrar en el complejo; se vuelve superficial y rápida, como la de una presa que siente la trampa. El largo camino de entrada serpentea a través de terrenos cuidados al detalle, revelando la mansión por partes. Cada vista, más imponente que la anterior.

Sus ojos se abren de par en par a pesar de su intento de controlarse. La casa es una mezcla de la antigua riqueza de Chicago con el nuevo poder, tres plantas de piedra caliza y ambición. Hay guardias patrullando la finca, sutiles pero visibles para quien se fije. Ana los cuenta; le veo los dedos crisparse con cada uno que descubre. Ocho salidas visibles desde aquí, aunque ella solo encontrará tres por su cuenta.

Signa rápidamente, casi de forma involuntaria: —¿Prisión?

Le respondo signando con deliberada calma: —Hogar.

Se le escapa una risa amarga y cortante. Joder. El sonido va directo a mi polla. Incluso su burla hace que quiera doblarla sobre el asiento de cuero y enseñarle en qué podrían convertirse esos sonidos cuando grite mi nombre.

El coche se detiene en la entrada principal, donde ya espera Marco, cuya presencia impone incluso en la quietud. Sus ojos se encuentran con los míos a través de la ventanilla, leyéndolo todo en mi rostro. Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. El intento de asesinato, el cuchillo desviado, el hecho de que no estoy enfadado, sino empalmado de deseo.

Tommy abre primero la puerta de Ana, el protocolo adecuado para la nueva esposa. Sale con cuidado, luchando contra el agotamiento y el peso del vestido. El desgarro en la tela se abre más cuando se mueve, dejando ver su pálida piel. Marco le ofrece la mano para ayudarla, siempre el caballero Don.

—Bienvenida a la familia, Ana —dice con ese tono de voz particular que hace que hombres hechos y derechos se replanteen sus decisiones.

Ana abre la boca y la cierra. El inglés se le escapa de su mente cansada. Solo consigue asentir, mientras su mano libre se aferra al colgante del cuchillo en su garganta como si fuera un ancla. El gesto hace que se le realce el pecho, y tengo que apretar el puño para no agarrarla aquí mismo.

Marco cambia a un italiano sutil, destinado solo a mis oídos: —¿Así que ha sucedido como esperabas?

Le respondo con un levísimo asentimiento. Sí, lo ha intentado. En una iglesia, ante Dios, vestida de encaje blanco. Perfecto. Mi polla palpita al recordarlo.

A Marco se le dibuja una media sonrisa. —Bien. Te hacía falta alguien interesante.

Interesante. Es una forma de describir a la mujer que me pone más duro de lo que he estado en años con solo prometer que me matará.

Las puertas de la entrada se abren y Maria se precipita hacia nosotros, con los ojos ya llenos de lágrimas. Es nuestra ama de llaves desde antes de que muriera nuestra madre; lleva años esperando que uno de nosotros traiga a casa una novia.

—¡Por fin! ¡El señor Dante se casa! —No espera mi permiso, simplemente envuelve a Ana en un fuerte abrazo—. ¡Bellissima! ¡Qué guapa!

Ana se queda paralizada, con todos los músculos en tensión. Su mano se mueve espasmódicamente hacia el muslo, hacia la cuchilla, en una respuesta automática al verse agarrada. El movimiento hace que su cuerpo se presione contra el mío, su culo roza mi polla a través de las capas de tela. Me pongo duro como el acero al instante y sé que lo nota porque se le corta la respiración.

Pongo la mano en la espalda de Ana, a la vez para estabilizarla y para reclamarla como mía. Ahora está temblando, abrumada por la inesperada calidez de Maria y por la prueba de lo que me provoca presionada contra ella. Mi contacto parece anclarla, incluso mientras mi polla amenaza con rasgarme la cremallera.

Abbrevio las presentaciones con un gesto brusco. El personal se dispersa de inmediato, entrenado para reconocer mis estados de ánimo sin necesidad de palabras. Ana se tambalea y lucho contra el impulso de echármela al hombro y subirla a cuestas por la escalera como el trofeo que es.

—Es perfecta para él —susurra Maria mientras se retiran—. Mirad cómo la mira.

Si supiera cómo la estoy mirando en realidad. Catalogando cada lugar que quiero morder, cada sonido que le arrancaré de la garganta, cada forma en que haré que su cuerpo traicione su odio.

Guío a Ana hacia las escaleras con un ligero toque en el codo. Camina delante de mí, con cuidado, sabiendo que la observo a cada paso. Su vestido se arrastra por el mármol, el tejido rasgado se

engancha. El daño de nuestro primer baile de violencia la marca como mía mejor que cualquier alianza de boda.

Su mano encuentra la barandilla, el anillo de boda refleja la luz del candelabro. Se detiene en el rellano, insegura de qué dirección conduce a su nueva prisión. Le toco de nuevo el codo y la guío a la izquierda, hacia el ala principal. Se estremece, pero no se aparta; está aprendiendo el vocabulario de mi tacto. Pronto aprenderá el idioma completo. Lo que mis manos significan en su garganta, en sus caderas, entre sus muslos.

El pasillo está repleto de fotos familiares. Ana se detiene ante una. Nuestros padres y nosotros seis, sus hijos. Sofia era solo un bebé en brazos de nuestra madre y yo, un adolescente todavía guapo antes de que el mundo me esculpiera sus marcas en la garganta. Antes de la noche que me dejó mudo y a ella huérfana.

La hago seguir adelante antes de que pueda examinarla con demasiada atención. Todavía no se ha ganado mi historia. No se ha ganado la verdad de aquel chico que aún podía hablar, que aún podía sonreír sin oscuridad detrás.

Nico sale de su habitación al pasar nosotros, siempre el guardián. —Perímetro asegurado —informa con eficiencia militar—. Sus cosas están en la suite de usted.

Ana nos mira a uno y a otro, analizando el significado. Sus pertenencias ya han sido trasladadas, reclamadas, integradas en mi espacio. La realidad de ello hace que se le tensen los hombros. Bien. Que sienta cómo se cierra la jaula.

La puerta de Alsandro se abre y se asoma, vestido con un pijama de diseño a las cinco de la tarde. —¡Hermana! ¡Bienvenida! Intenta no matarlo la primera noche. El papeleo sería un horror.

Por un momento, a Ana se le contrae la boca como si fuera a sonreír de verdad. Alex tiene ese efecto en la gente, un encanto que lo recubre todo como una colonia cara. Pero se contiene y lo reprime.

Desde algún lugar de arriba, llega la música de un piano. Algo oscuro y violento que solo podría ser Luca. Ana levanta la vista hacia el sonido, curiosa, pero la guío firmemente hacia delante. Todavía no necesita conocer a ese demonio en particular. Quizá nunca, si puedo evitarlo. Marco va a enviarlo lejos mañana, antes de que tenga que presentarle a mi novia, y puede que no vuelva jamás.

Las puertas de la suite principal esperan al final del pasillo; una madera oscura y tallada, lo bastante pesada como para detener

ejércitos. O para guardar secretos. Ana se detiene a mi lado, de repente más pequeña en mis dominios, dándose cuenta de lo aislada que se ha quedado. No hay aliados aquí, ni rutas de escape que conozca, solo los muros de mi familia a su alrededor. La realidad de ello hace que mi polla palpite. Está atrapada con el monstruo que vino a matar.

Saco la llave. Antigua, de latón, pesada con el peso de generaciones. Mi padre usó esta misma llave. Ahora es mía, a punto de encerrar a mi aspirante a novia asesina.

Antes de girarla, me pongo justo frente a Ana. Su agotamiento hace que sus ojos parezcan enormes, pero la lucha no los ha abandonado. Bien. Me decepcionaría que lo hubiera hecho. La quiero luchando cuando por fin la tome, quiero que maldiga mi nombre en italiano mientras su cuerpo suplica más.

Mis manos se mueven trazando señas, lentas y deliberadas para que no pueda malinterpretarme: «Detrás de estas puertas, estamos solos. Tú eres mi mujer. Yo soy tu marido. Todo cambia ahora».

Sus manos tiemblan ligeramente mientras me responde con señas, pero su mensaje es claro: «Nada cambia. Sigo queriéndote muerto».

La confesión va directa a mi polla. Está prometiendo que seguirá intentando matarme y, joder, eso es mejor que los tópicos de la noche de bodas. La mayoría de las novias prometen amar y obedecer. La mía promete asesinato. Perfecto.

«Cuento con ello», le respondo con señas.

Los pestillos de latón encajan en su sitio con un sonido que parece el chasquido del destino. Veinte años desde que mi padre firmó aquel contrato, uniendo a su hijo mudo con una hija de los Moretti que crecería odiándonos. Ahora está aquí, temblando de agotamiento y rabia, a punto de entrar en mi guarida.

La sonrisa tira de mis labios. Esa misma curva peligrosa de la iglesia cuando intentó rajarme el cuello. Ana la ve y algo parpadea en sus ojos. ¿Miedo? ¿Excitación? En nuestro mundo, a menudo son lo mismo.

Abro la puerta tallada de un empujón y dejo a la vista la oscuridad que hay al otro lado. Nuestra suite aguarda en la penumbra, la luz de la tarde se filtra a través de unas pesadas cortinas que llevo años sin abrir. El espacio que hay más allá es mío,

siempre ha sido mío, pero ahora será nuestro. Ese pensamiento hace que mi polla palpite con una oscura promesa.

Le hago un gesto a Ana para que entre primero. Tradicional, quizás, pero también táctico. Quiero verla entrar en mis dominios, ver su silueta desaparecer en la oscuridad que yo llamo hogar. Quiero seguir ese vestido blanco hacia la penumbra y enseñarle qué les pasa exactamente a las novias que intentan matar a sus maridos.

Duda en el umbral, con una mano apoyada en el marco de la puerta. Este es el punto de no retorno. En cuanto lo cruce, será mía de verdad. No solo por ley o por una firma, sino por el simple hecho de entrar en mi espacio privado. El lugar donde tramo mis planes, donde sangro, donde haré que grite mi nombre en lengua de signos mientras se corre.

Mi mano se desliza por su espalda, sin llegar a tocarla, pero lo bastante cerca como para que sienta el calor de mi palma a través de la fina tela. No la estoy empujando ni la estoy forzando. Al menos, esta decisión se la dejaré tomar a ella. Aunque en realidad no tenga elección alguna.

Ana respira hondo, lo que hace que el colgante en forma de cuchillo suba y baje sobre su garganta. Entonces, da un paso hacia la oscuridad de nuestro espacio compartido y su vestido blanco se desvanece en la penumbra como un fantasma que regresa a casa.

Sigo a mi novia a la oscuridad y cierro la puerta tras nosotros con un chasquido seco que resuena como una promesa.

La cerradura se echa automáticamente y nos encierra juntos. Mi esposa. Mi posible asesina. Mi perfecto y peligroso trofeo.

Que empiece la verdadera noche de bodas.

8 - Ana

La oscuridad me engulle por completo cuando entro en los dominios de Dante.

Mi cuerpo se paraliza justo al cruzar el umbral, el vestido de novia susurrando en el silencio. La habitación respira con amenazas invisibles, sombras lo bastante densas como para ocultar cualquier cosa. Un asesino. Una cama. El resto de mi vida, que se extiende en esta negrura.

Detrás de mí, Dante se mueve. Su presencia inunda el umbral y me bloquea la retirada. Luego, su brazo se extiende por mi lado y su pecho roza mi espalda mientras se estira para alcanzar algo en la pared. El contacto me recorre como una sacudida: músculo sólido, una calidez inesperada, su aroma envolviéndome. Cigarrillos y colonia cara mezclados con algo más oscuro. Traicioneramente, mis pezones se endurecen contra el vestido de novia, y sé que ha debido notar cómo he contenido la respiración de golpe. No puedo moverme. Estamos suspendidos en este instante, depredador y presa, solo que no sé cuál de los dos soy.

Las luces se encienden.

Parpadeo ante el repentino resplandor, asimilando el espacio que será mi prisión. O mi campo de batalla. La suite principal se despliega con una elegancia masculina. Muebles de cuero oscuro dominan la estancia, una enorme cama con dosel que podría ocultar armas en cada rincón, paredes repletas de libros que nunca podré leer en inglés. Todo habla de control, de riqueza, de poder contenido.

Los ventanales atraen mi mirada. Cristales del suelo al techo con vistas a los cuidados jardines, y guardias que patrullan abajo como hormigas. Una hermosa jaula con una vista perfecta de todo lo que no puedo alcanzar.

Mi maleta descansa junto a la cómoda, con un aspecto patéticamente pequeño en este vasto espacio. Todo lo que poseo, mi vida entera, reducida a una bolsa en su territorio.

Dante pasa a mi lado con fluidez y gracia, reclamando la habitación con cada paso. Se quita la chaqueta con movimientos suaves y la cuelga con precisión en el armario. El ritual doméstico resulta extraño después de haberlo visto corregir mi técnica con el cuchillo hace apenas unas horas. Se desabrocha los puños de la camisa y se remanga, revelando unos antebrazos fibrosos. No debería fijarme. No debería importarme. Pero mi cuerpo traidor detalla cada línea.

—¿Dónde está el baño? —Mis señas son torpes; el agotamiento me entumece los dedos.

Señala una puerta en la pared del fondo y luego se dirige a un enorme escritorio y empieza a escribir algo. Ignorándome. O dándome espacio. No puedo leerlo, a este marido silencioso que le enseña a su asesina la forma correcta de atacar.

La puerta del baño se cierra con un clic satisfactorio. Mi primera verdadera intimidad desde la iglesia.

Me apoyo en la madera y me permito respirar. Respirar de verdad. El baño se revela en un lujo de mármol, una ducha en la que cabrían cuatro personas, una bañera lo bastante profunda como para ahogarse en ella. Todo de un blanco y dorado impolutos, nada que ver con nuestro sencillo apartamento en Roma, con sus azulejos agrietados y un agua caliente caprichosa que papá siempre prometía arreglar.

Mi reflejo en el espejo me deja helada. El vestido de novia, arrugado por nuestro forcejeo; el maquillaje, corrido; su anillo, pesado en mi dedo. Ahora soy la señora Rosetti. El nombre me sabe a ácido en la lengua. Papá lloraría al ver a su hija llevando el apellido del enemigo.

Me tiemblan las manos cuando busco bajo el vestido y encuentro la funda de cuero que se me clava en el muslo. La hoja de papá se desliza fuera, sigue ahí, sigue afilada. Me la ha dejado conservar. Después de que intentara matarlo, después de que corrigiera mi agarre, después de todo, aun así me ha dejado entrar en su dormitorio armada.

¿Por qué?

La sangre seca de mi muñeca refleja la luz. Solo una fina línea donde su agarre desvió mi ataque. Podría haberme roto la muñeca, podría habérmela hecho pagar por el intento de asesinato. En

cambio, fue cuidadoso. Controlado. Un poder absoluto ejercido con una precisión que apenas dejó marca.

Oigo una pisada en el dormitorio. Luego, nada. Solo su presencia, esperando.

Limpio los restos de sangre y observo cómo el agua rosada se cuela por el desagüe. El hematoma que se forma debajo es tenue, con la forma de sus dedos. Su marca en mi piel. Mañana se volverá morado. Mañana llevaré su contacto visible en mi cuerpo.

Cuando salgo, Dante está sentado en un sillón de cuero junto a la chimenea, observando la puerta. Esperándome. Hay una nota doblada sobre la cama, y su precisa caligrafía es visible incluso desde aquí.

Me acerco despacio, lista para esquivarlo si es ahora cuando va a atacar. Pero él permanece inmóvil, esos ojos oscuros siguen mi movimiento sin amenaza. Solo observación. Como si yo fuera algo digno de estudio.

La nota se desdobla entre mis dedos temblorosos:

Esta es tu habitación. No te tocaré sin tu permiso. He hecho sitio en el armario para tus cosas. El desayuno es a las 7. Eres libre de moverte (tengo que buscar esa palabra en el móvil) *por todas partes excepto el tercer piso; esos son los dominios de Luca. Si sales, te seguirán los guardias. Por protección, no por reclusión. La cama es tuya. Yo me quedaré en el sillón.*

La leo dos veces, buscando la trampa. El engaño. La parte en la que reclama sus derechos como marido.

¿El sillón? Me da la cama mientras él… ¿qué? ¿Hace guardia? ¿Me protege? ¿O se protege de mí? Mi cerebro agotado no puede desentrañar su juego, pero mi cuerpo reconoce el insulto, ¿o es respeto?, en su distancia.

—¿Por qué el sillón? —Hago la seña antes de poder evitarlo.

Sus manos se mueven en respuesta, esa casi sonrisa asomando a sus labios:

—Necesitas dormir para matarme bien mañana.

Su humor negro hace que algo se me retuerza en el pecho. ¿Se está burlando de mí? ¿Está jugando con su comida antes de devorarla? ¿O de verdad quiere que descanse para otro intento?

Abro la maleta mientras él observa desde su sillón; el peso de su atención hace que se me erice la piel.

Todo lo que poseo se extiende ante mí. Ropa sencilla que parecen harapos en comparación con lo que podría llenar ese enorme armario. Mi vida en Roma, reducida a tela y recuerdos. En el fondo, mis papeles de origami.

Mis dedos encuentran los cuadrados de papel que ya me son familiares; la memoria muscular toma el control. La grulla empieza a tomar forma, pliegues precisos que ponen orden en el caos. El libro de Dante baja ligeramente. Me está observando las manos, quizá analizando esta debilidad. Esta necesidad de control a través de la creación.

—Deja de mirar —le digo por señas con una mano, sin romper el ritmo de los pliegues.

—Estás en mi habitación —responde él también por señas—. Miraré si quiero.

La primera reclamación real que ha hecho. Su habitación, su derecho a observar. Las palabras me revuelven el estómago. Su habitación. Su derecho. Su esposa. Cada posesión quema como un hierro candente, marcándome como su propiedad. Debería rabiar contra ello. En lugar de eso, un calor me inunda por dentro.

La grulla toma forma bajo mis dedos mientras su propiedad se asienta sobre mí como una mortaja.

El vestido de novia se ha vuelto insoportable. Pesado, asfixiante, apestando a incienso y a un asesinato fallido. Necesito quitármelo. Necesito despojarme de este disfraz de inocencia que llevaba mientras intentaba matar a mi marido en la casa de Dios.

Cojo mi camisón de la maleta. De algodón suave, desgastado por los años de uso. Nada especial. Nada seductor. Solo mío.

—Date la vuelta —le digo por señas.

Ladea la cabeza, sopesándolo. Por un momento creo que se negará, que reclamará también ese derecho. Entonces, lenta y deliberadamente, gira la silla hacia las ventanas. Dándome una intimidad que no esperaba.

Nunca me he desvestido delante de un hombre. Incluso de espaldas, siento su presencia como si tuviera las manos sobre mi piel. ¿Es esto lo que hacen las esposas? ¿Esta extraña danza de pudor y posesión?

El vestido cae hecho un ovillo a mis pies. Cada botón que desabrocho parece una derrota que acepto. La tela susurra contra mi piel al caer, llevándose con ella el último resto de mi armadura. Me

deslizo el camisón, suave y vulnerable contra una piel acostumbrada a los filos cortantes.

—He terminado —el inglés suena mal, demasiado brusco. En italiano, sabría cómo hacer que sonara a amenaza. En inglés, parezco una niña que anuncia que se ha acabado las verduras.

Se da la vuelta y sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo una vez. Sin lascivia. Sin lujuria. Solo haciendo inventario de lo que ahora es suyo. El peso posesivo de esa mirada hace que el calor se acumule entre mis muslos, y me odio por la humedad que se está formando allí.

Me lanzo a la cama y me tapo hasta arriba con las sábanas como si fueran un escudo.

Las luces se apagan, dejando solo la luz de la luna que entra a raudales por esos enormes ventanales.

Yazco rígida en su cama mientras él se acomoda en la silla, ambos manteniendo la ficción del sueño. Las sábanas son de seda, frescas contra mi piel sobrecalentada. Todo huele a él. A tabaco y colonia cara, pero también a algo más. Varonil. Peligroso. Mi cuerpo agotado se hunde en el colchón mientras mi sexo palpita con una indeseada conciencia de que él me observa desde la oscuridad.

Su respiración llena el silencio. Controlada, mesurada, completamente despierto. El cuero cruje con cada sutil cambio de su peso. Me está vigilando. Esperando.

La luz de la luna ilumina algo en la mesita auxiliar junto a su silla. Un libro, quizá, o su teléfono. Apoya las manos vacías en los reposabrazos, sin armas, solo una quietud paciente. Está desarmado mientras me observa dormir. Esa contención, esa vulnerabilidad deliberada, hace que se me encoja el estómago. Mi enemigo se niega a armarse contra mí y a mí la idea me humedece. ¿En qué clase de monstruo me estoy convirtiendo en su presencia?

Lo pongo a prueba, extendiendo lentamente la mano hacia la mesilla de noche donde descansa la daga de papá.

Su respiración cambia. Solo un poco. Una advertencia sin palabras. Me quedo inmóvil, con la mano extendida en la luz de la luna entre nosotros. El cuero cruje una vez más. Un reconocimiento de que lo ve, lo sabe, que permite hasta aquí, pero no más.

Mis dedos ansían cogerla, intentarlo de nuevo, pero su respiración me mantiene inmóvil. Incluso agotada, incluso desesperada, estoy aprendiendo su lenguaje de silencio.

Mi mano se retira. Su respiración vuelve a ese ritmo constante. Él es el lobo. Se supone que yo soy la cazadora. Pero en su territorio, en su cama, me siento como un conejo sin escapatoria.

¿Cómo se supone que voy a dormir con mi enemigo observándome desde la oscuridad? Cada vez que respira me recuerda que no estoy sola. Estoy atrapada en su cama mientras él me custodia desde esa silla. O se protege a sí mismo de mí. Ya no sé distinguirlo.

Mis manos se mueven en la oscuridad, sabiendo que puede verme a pesar de las sombras:

—Sigo odiándote.

El silencio se alarga entre nosotros, tanto que creo que no responderá. Entonces sus manos se elevan, plateadas por la luz de la luna, y me responde por señas:

—Ódiame mejor mañana.

Las palabras se me clavan bajo la piel como si estuviera plantando semillas en mi odio, nutriéndolo para convertirlo en otra cosa. Algo que hace que mis muslos se aprieten y mi respiración se entrecorte. Vine aquí para matarlo, pero mi cuerpo quiere salir de esta cama y… No. Es el agotamiento el que habla. Mañana recordaré por qué lo odio.

La repetición suena diferente ahora. Menos burlona, más… ¿alentadora? Como si necesitara mi odio tanto como yo necesito dárselo. Como si ambos estuviéramos interpretando papeles en una tragedia escrita antes de que naciéramos.

El agotamiento tira de mí como una resaca, el desfase horario finalmente vence a la adrenalina.

Mi cuerpo se vuelve pesado a pesar de las protestas de mi mente. Tres días sin dormir, cruzar un océano, intentar un asesinato, y ahora yacer en la cama de mi enemigo mientras él observa. Es demasiado. Ni siquiera el odio puede mantenerme consciente para siempre.

Su respiración continúa con su ritmo constante. La nana de mi enemigo en la oscuridad. Cada exhalación me recuerda que está ahí. Observando. Esperando. Tan atrapado en este acuerdo como yo, quizá. O quizá es eso lo que quiere que piense.

Mis ojos se vuelven pesados, el agotamiento gana la batalla. Mañana seré más fuerte. Mañana lo intentaré de nuevo. Mañana entenderé su juego.

Pero esta noche, me quedo dormida con el sonido de la respiración de Dante Rosetti en la oscuridad, con la mente puesta en la daga de papá, ambos suspendidos en esta extraña danza entre la violencia y la contención. Entre lo que se supone que debemos ser y lo que somos.

9 - Ana

El reloj de pie del pasillo da una campanada. Las siete y media.

Me ciño la bata de seda sobre el camisón. ¿De dónde habrá salido esto? Probablemente de Maria, que lo ha añadido sigilosamente a mis cosas como todo lo demás que aparece en esta prisión. La tela susurra contra mi piel sensible, demasiado suave, demasiado cara, demasiado parecida a estar envuelta en la riqueza de Dante. Cada paso que doy por la escalera de mármol es deliberado, medido. El frío del suelo me muerde los pies descalzos y me ancla a mi pequeña rebelión. Que espere. Que se pregunte si su nueva esposa le honrará con su presencia a su preciada hora del desayuno.

Siete y treinta y cinco. Mi cerebro agotado lucha por recordar por qué esto es importante.

Siete y cuarenta. Llego tarde a desayunar, y la satisfacción de esta pequeña rebelión es el único calor que siento.

El umbral del comedor lo enmarca a la perfección. Dante, en la cabecera de la mesa de caoba, con una tableta en la mano, con todo el aspecto del señor de sus dominios. La luz de la mañana perfila su silueta, resaltando la afilada línea de su mandíbula, los elegantes dedos que se deslizan por la pantalla. Los mismos dedos que corrigieron ayer cómo sujetaba el cuchillo, que signaron «La próxima vez, hazlo en serio» mientras mi hoja le rozaba la garganta. No levanta la vista, no acusa mi llegada, pero percibo una ligera inclinación de su cabeza. Sabe que estoy aquí. Ha estado esperando.

Se me endurecen los pezones contra el fino camisón y me dan ganas de arrancarme a arañazos esta piel traidora.

—¡Señora Rosetti! —sale Maria apresuradamente de la cocina, con su cara redonda iluminada por una calidez genuina que me oprime el pecho—. ¡Por fin! Me preocupaba que no comiera. Siéntese, siéntese. ¿Le preparo unos huevos? ¿Unos huevos tiernos, como a usted le gustan?

¿Como a mí me gustan? ¿Cómo es posible que lo sepa?

Mis ojos se clavan en Dante. Sigue leyendo, sigue ignorándome, pero hay algo en la postura de sus hombros que me dice que está escuchando cada palabra, atento a cada respiración. Su atención posesiva hace que el calor se me acumule en el vientre y me odio por ello.

—No tengo hambre —digo en inglés, con palabras frías y deliberadas. Mi estómago elige ese momento para rugir, lo bastante alto como para que el rostro de Maria se arrugue de preocupación.

Me hundo en la silla frente a él, tan lejos como la mesa lo permite. La distancia no es suficiente. Desde aquí puedo oler su colonia, cara y oscura, mezclada con el humo de un cigarrillo. Mis dedos se mueven trazando signos bruscos y agresivos:

—¿También me miras comer? ¿Lo añades a tu colección?

Por fin, levanta la vista. Sus ojos oscuros se clavan en los míos un instante y el pulso se me acelera como el de una presa que divisa a su depredador. Su mano se mueve en una respuesta informal, con un solo gesto:

—Come o no comas. Pero Maria está preocupada.

Como si sus signos la hubieran invocado, Maria se queda junto a mi hombro, retorciendo un paño de cocina.

—Por favor, señora Rosetti. ¿Solo un poquito? Está usted muy delgada. El señor Dante dice que le gusta el beicon crujiente, los huevos poco hechos y la tostada de trigo con solo un poco de mantequilla.

Las palabras caen como piedras en mi estómago. Lo sabe. Lleva observándome el tiempo suficiente para saber cómo me gusta el desayuno. La intimidad del gesto, la presunción, hace que la bilis me suba por la garganta. ¿A qué juego está jugando?

Antes de que pueda responder, Dante desliza algo por la madera pulida. Un plato. Ya preparado, aún humeante. Huevos poco hechos con la yema perfectamente líquida. Beicon tan crujiente que podría hacerse añicos. Tostada dorada con apenas una pizca de mantequilla derritiéndose en la superficie.

Exactamente como a mí me gusta. Exactamente como papá solía preparármelo los domingos por la mañana en Roma, cuando el mundo era más pequeño y los enemigos eran solo sombras en las historias de otros.

La furia crece como una marea. Pero en realidad no se trata del desayuno. Se trata de las mañanas de domingo de papá que nunca

volveré a tener. Se trata de que este hombre me conozca, me estudie, cuando me ha arrebatado al que me conoció primero. Mi mano se mueve antes de que mi cerebro reaccione, coge el plato y lo arroja contra la pared con toda la fuerza que mi agotado cuerpo puede reunir.

La porcelana se hace añicos en una constelación de fragmentos blancos. La yema de huevo gotea por el papel pintado como lágrimas amarillas. El beicon se desmorona con el impacto. El estruendo resuena en el silencio de la mañana, violento y satisfactorio.

Maria ahoga un grito y se lleva la mano al pecho.

—¡*Madonna mia*!

Pero Dante… Dante ni siquiera se inmuta. Sus ojos no se apartan de la pantalla de su tableta. Como si en la casa de los Rosetti las esposas tiraran el desayuno contra la pared todas las mañanas. Como si mi rabia no fuera más que el tiempo, observable pero indigno de comentario. Su calma es más cruel que la violencia. Al menos contra la violencia sabría cómo luchar.

Me tiemblan las manos mientras signo:

—Ya está. ¿Y ahora qué? ¿Me castigas? ¿Me muestras qué clase de monstruo eres en realidad?

Deja la tableta con una calma deliberada, sus signos lentos y medidos:

—Límpialo o no. Ahora también es tu pared.

«Tu» y «también», reclamándome incluso en mi destrucción.

Entonces se levanta, se ajusta los puños de la camisa y se marcha. Sin más. Dejándome con la destrucción que he creado, con el desastre que he montado con lo que podría haber sido un simple desayuno. Su colonia perdura en el aire y la inhalo a mi pesar.

Maria se arrodilla junto a los restos, recogiendo ya los trozos más grandes.

—No pasa nada, señora Rosetti —murmura con voz suave a pesar del trabajo extra que le he creado—. El matrimonio es… una adaptación. El señor Dante lo entiende.

Me dejo caer de rodillas a su lado, de repente avergonzada. Esta mujer no me ha mostrado más que amabilidad y yo le rompo los platos y le mancho las paredes.

—Lo siento —susurro en italiano, esperando que me entienda.

Me da una palmadita en la mano con la suya, curtida.

—Mañana comerá, ¿verdad? ¿Hará feliz a la vieja Maria?

Mañana. Como si hubiera un sinfín de mañanas en esta casa, tirando platos y recogiéndolos, poniendo a prueba unos límites que se niegan a romperse.

Los días se funden en una bruma de provocaciones fallidas y una indeseada conciencia de él.

Día cuatro: intento escapar. Anuncio que voy a dar un paseo, sola, y me dirijo directamente a la puerta principal como si el lugar fuera mío. Como si no fuera una prisionera entre paredes de diseño. Los guardias de la verja son amables pero inamovibles, con las manos cerca de unas armas apenas ocultas.

—El señor Dante dice que necesita usted una escolta, señora Rosetti.

Las suaves palabras esconden acero. No son simples guardias; son soldados, asesinos, y le rinden cuentas a él.

Nico aparece como si lo hubieran invocado, todo precisión militar y ojos pacientes. La chaqueta le queda rara en el lado izquierdo; va armado, siempre armado en este mundo de bella violencia. —La acompañaré.

Quiero negarme, luchar, pero las paredes de esta casa me asfixian. Mi cerebro agotado no puede procesar su paciencia, su vigilancia constante sin llegar a tocarme. Necesito aire, espacio, la ilusión de libertad, aunque venga con un guardián. Al principio caminamos en silencio, a un ritmo agotador por mi parte, intentando dejarlo atrás o al menos hacer que se esfuerce. Me sigue el paso sin siquiera jadear.

—¿Usted también es un prisionero? —pregunto finalmente, con mi inglés titubeante.

—Soy de la familia —corrige él con amabilidad—. Y nosotros protegemos a la familia.

—¿De qué? ¿De que se marche?

Su mirada denota demasiada comprensión. —Sí, a veces.

Día cinco. Descubro que Dante se toma su expreso matutino exactamente a las 6:15 de la mañana, a solas en su estudio, antes de que la casa se despierte. Maria lo prepara la noche anterior en una elegante máquina que solo requiere pulsar un botón. La rutina es perfecta: predecible, aislada, sin vigilancia.

La adelfa crece salvaje junto al muro este de la finca. Unas bonitas flores rosas que los turistas fotografían, sin saber nunca que cada parte de la planta contiene glucósidos cardíacos, lo bastante

letales como para detener un corazón. La *nonna* me enseñó esto en Roma, advirtiéndome de que me alejara de las bellas asesinas de nuestro jardín. Una flor machacada en un café solo sería prácticamente indetectable hasta que fuera demasiado tarde.

A las tres de la madrugada, me deslizo por la casa como el fantasma en el que me estoy convirtiendo. La cafetera reluce a la luz de la luna, ya preparada con café recién molido para el día siguiente. Mis manos no tiemblan mientras actúo; esto es el resultado de un año de preparación, no aquella cuchillada salvaje que mis nervios no pudieron controlar, sino una muerte cuidadosa y calculada. El extracto que he preparado antes se desliza en el depósito de agua, lo justo para ser letal, no lo suficiente para alterar el sabor de forma significativa.

A las 6:20 de la mañana, estoy colocada donde puedo ver la puerta de su estudio desde el rellano de arriba. El corazón me martillea en el pecho cuando entra, puntual. A través de la rendija bajo la puerta, veo su sombra moverse hacia el escritorio. La máquina sisea. La taza tintinea contra el plato.

Luego, nada. El silencio se alarga. Demasiado.

La puerta se abre y aparece Dante, con la taza llena en la mano. Sus ojos encuentran los míos de inmediato a través del rellano, y esa casi sonrisa se dibuja en sus labios. Levanta la taza en un brindis burlón y, a continuación, vierte deliberadamente todo el contenido en la maceta que hay junto a su puerta. El café cae, oscuro, sobre la tierra, llevándose consigo mi plan mejor trazado.

Sus manos gesticulan con indiferencia: «El café molido parecía removido. Buen intento. La próxima vez, usa guantes, dejaste huellas en el depósito del agua».

Quiero gritar.

Pero es el sexto día cuando pierdo de verdad el control. Destrozo todo lo que tengo a mi alcance. Una lámpara que probablemente perteneció a su abuela, el marco de alguna foto familiar, una licorera de cristal que estalla contra la chimenea en una lluvia de fragmentos caros.

Los estruendos resuenan por toda la suite como mi propia sinfonía de destrucción. Cuando Dante entra, estoy de pie, descalza, en medio de todo aquello, con los cristales brillando a mi alrededor como nieve letal. El peligro, la violencia que he creado, hace que se me acelere el pulso.

Se detiene en el umbral, contemplando la escena. Su presencia llena el espacio, haciendo la habitación más pequeña, el aire más denso. Cojo un trozo afilado y lo sostengo como un arma, preparada para la pelea que tiene que llegar ya. Tiene que reaccionar a esto. Tiene que convertirse en el monstruo que necesito que sea.

«Te cortarás los pies», gesticula, y hay algo en su mirada que podría ser preocupación.

—Mejor —escupo en italiano, y luego me fuerzo a decirlo en inglés —. Sangraré en tu alfombra. Añadiré más manchas a tu casa perfecta.

Lo que ocurre a continuación me descoloca por completo. Se mueve hacia mí con esa gracia líquida y, antes de que pueda reaccionar, sus brazos están bajo mis rodillas y mi espalda, levantándome como si no pesara nada. La conmoción, su calor, su fuerza, la repentina seguridad de que me sostenga, me roban la voz. Su pecho es sólido contra mi costado, y odio lo segura que me siento en los brazos de mi enemigo. Su olor me rodea: cigarrillos, una colonia cara y algo singularmente suyo que me hace apretar los muslos.

Me lleva hasta el cuarto de baño y me sienta en el lavabo con una delicadeza inesperada. El baño huele a su jabón, algo caro y masculino que me revuelve el estómago. Estoy demasiado aturdida para luchar mientras coge un botiquín y luego hace algo que me para el corazón por completo.

Se arrodilla.

Dante Rosetti, el diablo silencioso de Chicago, se arrodilla a mis pies. Sus manos son increíblemente suaves al levantarme cada pie para comprobar si tengo algún cristal clavado. Sus dedos rodean mi tobillo, cálidos y seguros; el contacto es tan cuidadoso que quiero gritar. Su pulgar me roza el hueso del tobillo y el calor me sube directo hasta la entrepierna. Esto está mal. ¿Por qué mi cuerpo me traiciona de esta manera?

Encuentra un pequeño corte del que brota sangre como un diminuto granate. Lo limpia, aplica una crema antibiótica y luego coloca con cuidado una tirita con la presión exacta. Podría darle una patada ahora mismo. Su cara está ahí, vulnerable, expuesta. Me está dando la oportunidad, y ambos lo sabemos.

Pero me quedo paralizada al verlo de rodillas, curando una herida que yo misma me he causado en un arrebato de furia. La forma posesiva en la que me sujeta el tobillo, como si hasta mis heridas le

pertenecieran. Cuando se levanta, su mano se demora en mi pantorrilla un latido de más y la humedad se acumula entre mis muslos.

Deja una nota sobre la encimera: «Destruye lo que necesites. Pero ponte zapatos».

Su delicadeza es más cruel que la violencia. Al menos contra la violencia sabría cómo luchar.

Al séptimo día, me estoy desmoronando.

Él siempre está ahí, pero nunca resulta entrometido. Observa, pero sin clavar la mirada. Presente, pero sin presionar. El peso de su atención me sigue por toda la casa como unas manos sobre mi piel. Su paciencia es un arma más devastadora que cualquier cuchillo, que me va desgastando hora a hora hasta que ya no sé qué es real. Empiezo a olvidar por qué estoy luchando.

Mis dedos encuentran el colgante con forma de cuchillo que llevo al cuello. ¿Cuándo se ha convertido en una costumbre tocarlo? La pequeña hoja está caliente por el contacto con mi piel, un recordatorio constante de su burla, ¿o es comprensión? Ya no lo sé. Todo en él desafía lo que yo esperaba, para lo que me había preparado.

Estoy sentada a la mesa del comedor, lidiando con unos documentos legales sobre mi herencia. Las propiedades de papá, cuentas de cuya existencia no sabía nada. El inglés es denso, lleno de términos que bailan ante mis ojos agotados. Las lágrimas de frustración me nublan la vista. No es pena, solo pura rabia por mi propia ineptitud. ¿Por qué su paciencia duele más de lo que lo haría la violencia?

Una sombra se proyecta sobre los papeles. Dante se sienta a mi lado, tan cerca que percibo su olor, a tabaco y a esa colonia que se está volviendo demasiado familiar. Tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo. Se me endurecen los pezones y me cruzo de brazos para ocultar la traición de mi cuerpo. Sin preguntar, me coge el bolígrafo y empieza a escribir en los márgenes, traduciendo el complejo lenguaje jurídico a un inglés e italiano sencillos.

Quiero arrebatarle los papeles, rechazar su ayuda, pero necesito entender lo que estoy firmando. Su caligrafía es precisa, paciente, y no solo explica las palabras, sino también el contexto. Señala una cláusula que hace que se me corte la respiración. Lo he heredado

todo. Todas las propiedades europeas de papá, cuentas en Suiza, inversiones de las que no tenía ni idea.

—¿Por qué? —le pregunto por señas, olvidando mi ira en la confusión—. ¿Por qué me enseñas esto?

—Es tuyo —responde él por señas—. Deberías saber lo que tienes.

Esa delicadeza resquebraja algo en mi interior. —¿Lo mataste por esto? —se me escapa la acusación en italiano antes de que pueda evitarlo.

Aprieta la mandíbula, la primera reacción real que consigo de él en días. Se levanta para irse, pero mi mano se dispara y le agarra la muñeca. El contacto me recorre como una descarga. Su piel está caliente, su pulso firme bajo mis dedos. Es la primera vez que lo toco voluntariamente desde nuestra boda, desde que me enseñó la técnica correcta para manejar un cuchillo mientras yo intentaba matarlo.

Baja la vista hacia el punto donde lo estoy sujetando y retiro la mano como si me hubiera quemado. La piel me hormiguea donde nos hemos tocado y sé que ve mi brusca inspiración. Pero no se va. En lugar de eso, escribe en el papel: «Cojo muchas cosas. Pero no tu herencia. Esa es solo tuya».

Esa noche, me sorprendo riéndome de veras con otra de sus notas, esta sobre mi tendencia a dejar grullas de origami por todas partes como «migas de pan de papel». El sonido de mi risa se me escapa antes de que pueda detenerlo y al instante me odio por ello. ¿Cuándo ha empezado a hacerme gracia su humor seco? ¿Cuándo he empezado a desear encontrar sus mensajes?

Esta paciencia suya no es amabilidad, es estrategia. Me está desgastando con delicadeza en lugar de con violencia, haciendo que me sienta cómoda en mi jaula hasta que olvide que tiene barrotes. Haciendo que me fije en su forma de moverse, en la manera en que me observa como si yo fuera algo precioso y peligroso a la vez.

Son las dos de la madrugada y me estoy ahogando en sueños sobre papá cuando algo me devuelve a la consciencia. No es un sonido exactamente, es más bien una sensación, una vibración a través de las paredes que hace que se me erice la piel.

Entonces lo oigo con claridad. Música de piano.

La melodía es sobrecogedora, compleja, llena de una emoción tan pura que se me oprime el pecho. Es clásica, pero no del todo, como si alguien hubiera cogido a Chopin y lo hubiera filtrado a través de la oscuridad y el anhelo. Las notas suben y bajan como la respiración,

como una confesión, como si todas las palabras que no pueden decirse encontraran su voz a través de las teclas.

Salgo de la cama, atraída por el sonido. El batín de seda susurra contra mi piel mientras me muevo. ¿Quién está tocando? La casa está demasiado silenciosa para que sea otro que no sea…

Eso deja a… no. No puede ser.

Entorno la puerta para escuchar mejor y la música fluye más nítida. Procede de algún lugar de la planta baja, probablemente de una habitación que aún no me ha enseñado. La melodía crece, apasionada y doliente, y me imagino unas manos moviéndose sobre las teclas. Las mismas manos que corrigieron mi agarre del cuchillo, que me vendaron los pies, que comunican por señas amenazas de muerte y disculpas con la misma elegancia.

Dante el Silencioso, que no puede hablar, ha encontrado otra voz.

Permanezco inmóvil en el umbral, con una mano en el marco, dejando que la música me inunde. Este es él, me doy cuenta. El verdadero él, bajo el silencio y la vigilancia. Este dolor y esta belleza que se derraman a través de las notas, esto es lo que no puede decir por señas, ni escribir, ni mostrar de ninguna otra manera. La idea hace que el calor me inunde las mejillas. Este hombre peligroso creando semejante belleza en la oscuridad.

La música se detiene bruscamente. ¿Ha oído mi puerta?

Pasos en la escalera, medidos pero rápidos. Me meto en la cama a toda prisa, zambulléndome bajo las sábanas y forzando mi respiración a calmarse. La puerta se abre ligeramente, una rendija de luz del pasillo que corta la oscuridad.

Finjo que duermo, manteniendo la respiración profunda y regular mientras el corazón me late con fuerza. Él me observa desde el umbral de la puerta, como un depredador que sopesa si merece la pena devorar a su presa esta noche. El peso de su mirada hace que me arda la piel, y aprieto los muslos bajo las sábanas, odiando la respuesta de mi cuerpo. Siento cómo cataloga mi postura, mi respiración, adueñándose hasta de mi sueño como si fuera algo que vigilar. Entonces, la puerta se cierra con un suave chasquido.

El sillón de cuero cruje mientras él se acomoda en su puesto. Mi guardián regresa, y yo permanezco despierta, pensando en la música, en el hombre que crea semejante belleza en la oscuridad. En cómo alguien que se expresa a través de la violencia puede crear algo tan dolorosamente tierno. El cuero cruje con cada sutil cambio de peso, y

soy hiperconsciente de su respiración en la oscuridad, constante y controlada.

Siete días casada y estoy más lejos que nunca de comprenderlo. El monstruo al que vine a matar toca a Chopin a las dos de la madrugada, y yo finjo dormir mientras mi mundo se sale de su eje.

10 - Dante

Las dos de la madrugada, séptima noche en este sillón de cuero, y me estoy volviendo loco viéndola fingir que duerme.

Ana se remueve otra vez, y las sábanas de seda susurran contra su piel. El movimiento hace que el camisón se le suba por los muslos, dejando al descubierto una piel pálida que la luz de la luna recorta como si fueran acusaciones. No está dormida. Su respiración es demasiado controlada, demasiado acompasada. Ambos mantenemos esta farsa: ella fingiendo que duerme, yo fingiendo que no me doy cuenta de que está despierta.

Siete noches desde que prometí no tocarla sin permiso. Siete noches en las que se ha aferrado a esa daga como si fuera su salvación.

El sillón cruje cuando me recoloco, el cuero protesta por otra noche de esta tortura. No es una tortura física, el sillón es bastante cómodo. Esto es algo peor. Estar lo bastante cerca como para oler su champú, para oír cada una de sus respiraciones, para ver cómo le sube y le baja el pecho, y saber que no puedo tocar nada de eso.

Su mano se contrae en dirección a la mesilla de noche donde descansa la daga de Papá. Incluso en su falso sueño, mantiene su arma cerca. Bien. Sigue armada, pequeña guerrera. Sigue siendo peligrosa. Es lo único que hace que esto sea soportable, saber que podría intentar matarme en cualquier momento. Al menos esa violencia sería un contacto.

El camisón se le sube más al girarse, cubriéndole a duras penas el culo. Mi culo, técnicamente. El culo de mi mujer que no puedo tocar. El contrato la hace mía, pero su daga dice lo contrario. La contradicción me pone más duro de lo que he estado en años. ¿Me está poniendo a prueba? ¿A ver si rompo mi promesa? La polla me palpita dolorosamente contra la cremallera; llevo la última hora empalmado mientras la observo. El cuero del sillón probablemente tenga una marca permanente de mi agarre, de luchar contra el

impulso de cruzar esos tres metros y enseñarle exactamente lo que me provoca.

Se remueve de nuevo, y esta vez un pequeño sonido se le escapa de la garganta. No llega a ser un suspiro, no llega a ser un gemido. El sonido va directo a mi polla, y tengo que cerrar los ojos para mantener el control. Se me oprime el pecho al verla encogerse sobre sí misma; hay algo en la vulnerabilidad de este duermevela, que nunca mostraría completamente despierta, que hace que apriete la mandíbula.

El cargamento de Hadley llegó durante la boda la semana pasada, treinta millones mientras yo jugaba a las casitas con mi posible asesina. Marco se encargó, pero los rusos ya andan husmeando. Debería importarme más. En lugar de eso, estoy aquí sentado, componiendo sinfonías a su violencia en mi cabeza.

Necesito aire. Espacio. Distancia de esta mujer que planea mi muerte mientras hace que mi cuerpo arda de deseo.

Podría quedarme. Debería quedarme. Un guardián no abandona su puesto. Pero si me quedo un minuto más viendo cómo la seda se le pega a la piel, romperé cada promesa que he hecho. Poniéndome de pie con cuidado para no despertarla, aunque ambos sabemos que está, como mucho, medio dormida, me dirijo hacia la puerta. Ella se queda quieta al instante, con esa tensión reveladora que me indica que está siguiendo mis movimientos. Probablemente preguntándose si por fin voy a estallar, a reclamar lo que el contrato de matrimonio dice que es mío.

Que se lo pregunte. Que siga armada y preparada. La puerta se cierra en silencio a mi espalda, una retirada disfrazada de respeto.

La puerta de la sala de música se abre a una oscuridad total, pero no necesito luz para orientarme aquí. Tres pasos a la derecha, la mano encuentra la lámpara sin pensarlo. Una suave luz dorada ilumina el espacio, las paredes insonorizadas, partituras esparcidas por las superficies y, en el centro, el piano de cola Steinway de mi madre.

La banqueta acoge mi peso con una comodidad familiar. El mismo crujido que hacía cuando yo tenía quince años, antes de que esa noche me lo robara todo. La habitación todavía huele a cera para muebles y a papel viejo, pero ahora hay algo más, su olor impregnado en mi ropa. Incluso aquí, ella me invade.

Siento las teclas del piano frías bajo mis dedos, el marfil desgastado por años de uso de mi madre, y luego míos. Paso las manos sobre ellas sin presionarlas, buscando la música atrapada en mi garganta. Aquí es donde vengo a gritar sin sonido, a decir todo lo que mi voz arruinada no puede.

Empiezo con el *Nocturno en mi bemol mayor* de Chopin, los dedos encuentran la melodía familiar. Segura. Ensayada. Las notas fluyen automáticamente, memoria muscular de años tocando cuando las palabras se volvieron imposibles. Pero esta noche, algo cambia. Mis manos se rebelan contra las notas prescritas, arrastrando la melodía a una tonalidad menor que encaja mejor con el dolor de mi pecho.

El Chopin se disuelve, se convierte en algo completamente distinto. Algo nuevo. La melodía se transforma, subiendo y bajando como la respiración de Ana en la oscuridad. Notas agudas como la forma desafiante en que levanta la barbilla, notas graves como las sombras bajo sus ojos. Mi mano izquierda encuentra una línea de bajo que no debería funcionar con la melodía, pero lo hace, oscura y hambrienta, la banda sonora de verla fingir que duerme mientras yo finjo que no la deseo.

Esto ya no es Chopin. Esto es Ana. Su furia en los pasajes rápidos, su agotamiento en las secciones más lentas, la forma en que se aferra a su daga incluso en la cama, traducida en agudas notas en staccato que cortan las frases en legato. Esta escala ascendente, sus dedos corrigiendo el agarre de la daga después de que le mostrara el ángulo adecuado. Estas notas graves, su peso en mis brazos cuando la llevé a través de los cristales rotos. Esta disonancia, el sonido que hizo el plato al estrellarse contra nuestra pared.

Se me oprime el pecho con algo que no sé nombrar. Mis manos se mueven sin un pensamiento consciente, persiguiéndolo a través de las teclas. La música crece, violenta en algunos pasajes, tierna en otros.

Años de silencio me han enseñado que el piano contiene cada palabra que no puedo pronunciar. Esta noche, contiene palabras para las que ni siquiera tengo señas. La forma particular en que se le pega el camisón. Cómo me obligo a apartar la mirada, para luego fracasar y volver a mirar.

La tonalidad menor se hace más profunda, la melodía se vuelve más compleja, superponiendo las contradicciones de ella en armonía

y disonancia.

Mis manos se congelan a mitad de una frase. Estoy componiendo. Componiendo de verdad por primera vez en años.

La revelación me cae como un jarro de agua fría. Desde la noche en que perdí la voz, solo he tocado música de otros. Obras escritas por hombres muertos a los que nunca les rajaron la garganta, que nunca vieron a sus esposas tramar un asesinato durante el desayuno. Pero ahora, por culpa de Ana, algo nuevo pugna por salir.

Cojo una partitura de la mesita auxiliar, el lápiz vuela sobre los pentagramas mientras plasmo lo que mis manos acaban de descubrir. La notación es caótica, apremiante, pero no puedo perder esto. No cuando es lo primero que he creado en lugar de destruido en una década.

La composición es violenta en algunas partes, hermosa en otras y compleja en su totalidad. Como ella. Como nosotros. Como este matrimonio erigido sobre sangre y contratos, y como la forma en que ella firma amenazas de muerte con sus elegantes dedos. En mi mente, la titulo: «El vals de la viuda», solo que todavía no es viuda, aunque no por falta de intentos.

Mis dedos vuelven a las teclas para desarrollar el tema. Cada sección se ata a un recuerdo: ella lanzando el plato, aprendiendo lengua de signos solo para maldecirme como es debido. Y esta melodía dolorosa que regresa una y otra vez, la tortura de la proximidad, de estar tan cerca de lo que no puedo tener.

La pieza crece hacia algo que aún no comprendo. Mis manos buscan una resolución que no existe, igual que en nuestro matrimonio. Estamos suspendidos entre la violencia y… ¿qué? No la paz. Nunca la paz. Sino otra cosa. Algo que me hace componer a las dos de la madrugada mientras ella finge dormir un piso más arriba.

Escribo más deprisa, intentando capturar cada matiz antes de que se escape. Esta es su música, nacida de observarla existir en mi espacio. Ha invadido más que mi casa, ha invadido mi creatividad, ha roto diez años de silencio musical.

Un suave crujido en el piso de arriba detiene mis manos sobre las teclas. El sonido es deliberado, controlado; es la puerta de nuestro dormitorio abriéndose. Ana está escuchando. Mi pequeña asesina siente curiosidad por la música del monstruo.

Sin pensarlo, suavizo la melodía, atenuando sus aristas violentas. Si va a escuchar, que oiga algo que pueda hacerla preguntarse. La

música cambia, deja de tratar sobre mi anhelo y se centra más en la protección. Estas notas dicen lo que no puedo expresar con signos: estás a salvo conmigo. Incluso mientras tramas mi muerte, incluso mientras aprietas tu cuchillo, conmigo estás más segura que en ningún otro lugar de este mundo.

La melodía se transforma en algo parecido a una nana, si es que las nanas pudieran contener violencia en sus bordes. Mis manos encuentran frases que hablan de paciencia, de espera, de un hombre que podría partirle el cuello pero que en su lugar elige dormir en un sillón. Esta es mi confesión a través de las teclas, que su odio está más a salvo conmigo que su amor con cualquier otra persona.

La oigo acercarse, probablemente hasta lo alto de la escalera. Escuchando, pero sin bajar; curiosa, pero sin rendirse. Perfecto. Que la música viaje hasta ella, que le susurre lo que mis manos nunca podrían signar con suficiente claridad: veo tu dolor y lo igualo con el mío. Intenta matarme mañana, que yo seguiré velando tu sueño.

La composición vuelve a crecer, pero se mantiene suave, como violencia envuelta en seda. Esta sección es para ella, la mujer que aprendió lengua de signos para enfrentarse a mí como es debido. Que vino aquí en busca de venganza pero en su lugar encontró un guardián.

La oigo moverse arriba, quizá sentándose en el escalón más alto. La distancia entre nosotros trazada en notas y tablas del suelo, en melodía y silencio. Está escuchando mi única voz, la que vive en las teclas de marfil y en una cuidada composición.

Cierro el piano con cuidado, recogiendo la partitura, su composición, aunque ella todavía no lo sabe. La escalera acoge mi peso en silencio mientras subo, dándole tiempo. Puedo oírla correr de vuelta a la cama, los pies rápidos sobre el suelo, el susurro de las sábanas al ser colocadas apresuradamente.

Cuando abro la puerta de nuestro dormitorio, está demasiado quieta. Esa respiración controlada que se esfuerza tanto en imitar el sueño pero que no logra del todo los ritmos aleatorios de la verdadera inconsciencia. La luz de la luna se refleja en el colgante con forma de cuchillo que lleva al cuello, el que ahora usa para dormir como una armadura o una promesa.

Cruzo la habitación hasta mi sillón, mi prisión y mi puesto, y me acomodo en el cuero que empieza a amoldarse a mi cuerpo después de siete noches. Ella se mueve ligeramente y, en lugar de girarse

hacia la pared como cada noche, se gira hacia mí. El leve movimiento me corta la respiración. ¿Un avance o se está colocando para atacar? Con Ana, podría ser cualquiera de las dos cosas.

Mis manos se mueven en la oscuridad, sabiendo que ella observa a través de los ojos apenas cerrados:

—¿Te he despertado?

Una larga pausa, y entonces sus dedos se alzan de entre las sábanas, signando:

—No estaba durmiendo.

—Lo sé.

La verdad flota entre nosotros, pesada y eléctrica. Ambos estamos siempre alerta, siempre observando, atrapados en esta danza de violencia y algo más a lo que ninguno de los dos quiere ponerle nombre.

Sus manos se mueven de nuevo:

—La música… —Sus dedos tiemblan en el último signo, deteniéndose en el aire como si intentara atrapar palabras que no existen en ningún idioma que conozca.

Se detiene, los dedos suspendidos como alas rotas.

Espero, pero no continúa. Finalmente, signo:

—Duerme, Ana. Mañana lo intentas otra vez.

Su respuesta llega rápida:

—Mañana puede que me dejes conseguirlo.

La casi sonrisa tira de mis labios:

—Mañana no.

Las palabras suenan como una promesa que no debería hacer. Como si ya estuviera demasiado implicado en mantenerla con vida cuando ella está implicada en mi muerte.

Me hundo más en el sillón y ella vuelve a moverse. Sigue mirando hacia mí en lugar de hacia el otro lado. Su respiración se ralentiza gradualmente, se vuelve real esta vez; el agotamiento por fin gana la batalla. Pero se ha girado hacia mí. Después de siete noches dándome la espalda, por fin mira en mi dirección.

La composición descansa en el suelo junto a mi sillón, su canción escrita por mi mano. Mañana la volveré a tocar, dejaré que oiga más de lo que vive en el silencio entre nosotros. Mañana intentará matarme, y yo le corregiré la postura, y fingiremos que esto va de odio cuando se está convirtiendo en algo completamente distinto.

Pero esta noche duerme de cara a mí, en lugar de espaldas, y ese pequeño gesto se siente como si el mundo se saliera de su eje.

Estamos los dos muy jodidos.

11 - Ana

Ocho noches con la música de su piano taladrándome el cráneo como una hermosa tortura. Ocho noches fingiendo dormir mientras él me observa desde ese sillón de cuero. Ocho noches de esta paciencia imposible que me da ganas de arrancarme la piel solo para sentir algo real.

No puedo más.

El pasillo se extiende ante mí, la luz de la tarde se cuela por unas ventanas que me he aprendido de memoria de tanto pasear. Mi cerebro agotado procesa cada paso como si nadara en miel. La puerta de su estudio está abierta, una invitación o una trampa. El humo de un cigarrillo sale flotando y se mezcla con algo más oscuro. Él. Siempre él, llenando cada rincón de esta casa hasta que no puedo respirar sin saborear su presencia.

No llamo a la puerta. Se supone que ahora esta también es mi casa, ¿no?

Dante está sentado detrás de su escritorio de caoba, con una tableta en una mano y un cigarrillo consumiéndose en un cenicero de cristal. El mismo escritorio donde me ayudó con los papeles de la herencia de papá hace solo unos días. Detrás de él, la pared exhibe un arsenal. Cuchillos antiguos, pistolas modernas, todo decorativo pero funcional. Un recordatorio de lo que es. No levanta la vista cuando entro, pero percibo el sutil movimiento de sus hombros. Sabe que estoy aquí. Siempre lo sabe.

Muevo las manos con brusquedad, de forma agresiva, y signo: —La música me molesta.

Por fin, esos ojos oscuros se alzan hacia los míos. Una ceja se enarca, una pregunta sin palabras. Deja la tableta con una calma deliberada y me presta toda su atención. El peso de esta me revuelve el estómago y la humedad se acumula entre mis muslos. *Madonna, ¿por qué su atención me afecta de esta manera?*

—Cada noche —continúo, mis gestos cada vez más bruscos—. Tocas ese piano como si intentaras volverme loca.

Da una lenta calada a su cigarrillo y exhala el humo, que se enrosca entre nosotros. Sus manos se mueven con esa gracia exasperante: —¿Preferirías silencio?

—Preferiría que actuaras como el monstruo que eres.

Aparece su casi sonrisa, esa que me da ganas de tirar cosas. —Estoy actuando como lo que soy.

—Cobarde —signo, acercándome a su escritorio—. Te sientas en ese sillón cada noche, observándome como una especie de pervertido. ¿Qué clase de hombre hace eso?

Algo parpadea en sus ojos, la misma mirada que probablemente pone antes de ordenar la muerte de alguien, pero no muerde el anzuelo. Simplemente continúa estudiándome con esa paciencia enloquecedora, como si yo fuera un puzle que tiene todo el tiempo del mundo para resolver.

—Un marido que observa a su mujer dormir —signa él en respuesta, cada movimiento preciso y controlado—. No tiene nada de pervertido.

Esa afirmación tan natural hace que me hierva la sangre. —No soy tu mujer. No de verdad.

Mira deliberadamente mi mano izquierda, donde su anillo pesa. —La ley dice lo contrario. Los contratos Hadley dicen lo contrario. Chicago dice lo contrario.

—La ley se puede ir al infierno. —Mis gestos son tan agresivos que me duelen las manos—. Y tú también.

—Con el tiempo —asiente, esa casi sonrisa aún jugando en sus labios—. Pero hoy no.

Quiero gritar. Quiero agarrar su camisa perfectamente planchada y sacudirlo hasta que ese control se resquebraje. Hacer que se enfade. Hacer que sea cruel. Convertirlo en algo que pueda odiar como es debido en lugar de este guardián paciente que toca sinfonías de medianoche.

—Te sientas en ese sillón como un pervertido —signo con saña—. Todas las noches. Mirándome.

—Mi habitación —responde con calma en lengua de signos—. Mi sillón. Mi derecho.

Mi mano va hacia el anillo y me lo arranco con fuerza suficiente como para hacerme daño. El metal vuela sobre el escritorio, apuntando a su pecho. Lo coge con una sola mano sin siquiera

parpadear, con los mismos reflejos que probablemente le ayudan a sobrevivir a intentos de asesinato.

—Ahí tienes —signo con manos temblorosas—. Ahora no soy tu mujer.

Examina el anillo, haciéndolo girar a la luz de la ventana. Luego se lo guarda en el bolsillo con la misma calma que me impulsa a querer destruir todo lo que hay en esta habitación.

—Te lo volverás a poner —signa.

—Oblígame.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, un desafío que no debería haber lanzado. La temperatura de la habitación desciende y me doy cuenta de que, por fin, he cruzado una línea. Su cigarrillo se apaga en el cenicero con un suave siseo. Se levanta lentamente, desplegándose de la silla con esa gracia fluida que me recuerda que no solo es paciente. Es peligroso.

Incluso a través del escritorio, su presencia llena el espacio entre nosotros. Metro noventa de amenaza silenciosa, y yo le he pedido que me obligue.

Cazzo, ¿qué he hecho?

Dante rodea el escritorio con la gracia de un depredador y me niego a retroceder, aunque el corazón me martillea en el pecho. Se detiene justo antes de tocarme, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia su cuerpo. Mi espalda choca con el borde del escritorio y, de repente, estoy atrapada entre la caoba y el músculo.

Levanta las manos para encerrarme contra el escritorio, con las palmas planas sobre la superficie, enjaulándome sin contacto. Manos que han matado, manos que firman sentencias de muerte con la misma facilidad que canciones de amor. Desde tan cerca puedo oler su colonia, el humo del cigarrillo adherido a su camisa, y algo por debajo que es puramente él. Mis pezones se endurecen contra el vestido, tanto que duelen, y sé que puede verlos a través de la fina tela.

Se inclina y siento su aliento rozarme el cuello. Sigue sin tocarme, pero cada nervio de mi cuerpo grita, consciente de su presencia. Sus manos se mueven en el espacio que nos separa, signando tan cerca que siento el desplazamiento del aire: —¿Quieres un monstruo?

Mi mano se crispa, yendo hacia el cuchillo de mi bota. Tiene que saber que está ahí, pero sus ojos me desafían a intentarlo.

—Sí —respondo en lengua de signos, aunque me tiemblan las manos. Esto es lo que quería. Hacerle reaccionar. Hacerle ser cruel.

—Entonces, ¿por qué —continúa signando él, de forma deliberada y mesurada—, te quedas todas las noches delante de mi puerta, escuchando mi música?

La pregunta es más cortante que un puñal. —Yo no…

—Sí que lo haces. —Me sostiene la mirada con sus ojos oscuros y conscientes de todo—. ¿Crees que no me doy cuenta? Tu respiración cambia cuando toco ciertas piezas. Te apoyas en la puerta durante las partes tristes.

Se me enciende la cara de humillación y de algo más. Un calor se me acumula entre los muslos y me odio por la humedad que se forma allí. —Tu música… Ya sé por qué tocas. Me dijiste que es tu voz, tu forma de gritar sin sonido. Pero ¿por qué tocas cosas que me hacen…?

—¿Hacerte qué? —Sus señas son ahora más cercanas, íntimas.

—Hacerme olvidar que te odio.

Un destello de dolor cruza sus facciones y desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado. —Quizá esa sea la cuestión.

—Una vez tuviste una voz de verdad.

—Me la quitaron.

—¿Quién? —Aunque ya sé la respuesta. Los hombres de mi familia. Su venganza.

No responde. En su lugar, signa: —La música que odias es la única forma que tengo de decir ciertas verdades. Y tú la llamas preciosa cuando crees que no puedo oírte.

—Yo nunca…

—Anoche. Susurraste «precioso» durante el tercer movimiento.

Pillada. Expuesta. Lo empujo con fuerza en el pecho con ambas manos. Él no se inmuta, pero me agarra las muñecas, con firmeza pero sin hacerme daño. Ahora estamos conectados, sus manos envuelven las mías, y el contacto me envía una descarga eléctrica que me recorre los brazos hasta llegar directa a mi coño.

—¡Suéltame! —Las palabras brotan en inglés, quebradas por la emoción.

Aprieta un poco más su agarre, con la mandíbula tensa por el esfuerzo de contenerse. —¿Has empujado? Te he devuelto el empujón. ¿No te gusta el juego?

Intento levantar la rodilla, pero me bloquea con su muslo y se coloca entre mis piernas. La postura nos presiona el uno contra el otro, un contacto de cuerpo entero, y ambos nos quedamos helados. Puedo sentir su pecho contra el mío, la rápida subida y bajada de su respiración. Y más abajo, *Madonna mia*, lo siento duro contra mi estómago a través de su traje caro.

Mi cuerpo es un traidor, humedeciéndose donde su muslo presiona contra el mío. Esto está mal. Él mató a Papá. Mató a mi tío. Me robó todo lo que alguna vez importó. Pero a mi coño no le importa la venganza, solo su calor, su tamaño, la forma en que me hace sentir pequeña y protegida y furiosa, todo a la vez.

—Dante —susurro, y su nombre se me escapa antes de que pueda evitarlo. La primera vez que lo digo en voz alta.

Sus manos se aprietan en mis muñecas, casi con dolor, y veo cómo su autocontrol se resquebraja por los bordes. Su mirada baja hasta mi boca, y un calor que no tiene nada que ver con la rabia me inunda. Sus manos, donde sujetan las mías, tiemblan ligeramente.

Nos quedamos así, paralizados. Mi espalda contra el escritorio, su cuerpo presionado contra el mío, ambos respirando demasiado agitados como para que esto siga tratándose de una pelea. Siento su corazón latir contra mi pecho, rápido y salvaje, nada que ver con el hombre controlado que finge ser. El ritmo coincide con el mío, dos corazones martilleando la misma melodía desesperada. Su polla palpita contra mi vientre, y la humedad inunda mis bragas.

Mi cerebro agotado no puede procesar si esto es deseo o simplemente otra forma de guerra.

Entonces, de repente, me suelta las muñecas y da un paso atrás, creando un espacio entre nosotros que se siente extraño después de ese contacto. La piel todavía me arde donde me ha tocado, una presión fantasma que me hace querer buscarlo. No. Eso no es lo que quiero. No puede serlo.

Saca el anillo de su bolsillo, lo coloca en el escritorio a mi lado con un cuidado deliberado. El metal produce un suave chasquido contra la madera.

—Vuelve a ponértelo —signa, y ahora hay algo diferente en sus movimientos. Menos controlados. Más desesperados.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Su respuesta me sorprende: —Toco el piano por la noche para no hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Tocarte sin permiso.

La confesión queda suspendida entre nosotros, cruda y honesta. Él también ha estado luchando contra esto. Sea lo que sea esta cosa peligrosa que hay entre nosotros, ha estado usando la música para mantenerla a raya. Todas esas sinfonías de medianoche no eran solo una expresión. Eran contención.

Se dirige hacia la puerta y luego se vuelve. Le tiemblan ligeramente las manos mientras signa: —¿Quieres que sea cruel? Esta es mi crueldad. Desearte y contenerme para no tomarte. Tocar música en lugar de jugar con la forma en que tu cuerpo responde al mío.

Se me corta la respiración. Se ha dado cuenta. Por supuesto que se ha dado cuenta. Sabe lo húmeda que estoy, cómo se me han endurecido los pezones por él, cómo mi cuerpo ha traicionado cada promesa que le hice a la memoria de Papá.

—No te di permiso para desearme —signo desesperadamente.

Esa casi sonrisa aparece, triste esta vez. —No. No lo hiciste.

Me deja allí, temblando contra su escritorio, con el anillo a mi lado atrapando la luz de la tarde. La puerta no se cierra. Nunca me excluye por completo, pero sus pasos se desvanecen por el pasillo.

Mis dedos no dejan de temblar mientras cojo el anillo. El metal está caliente por su bolsillo, y odio que este detalle importe. Odio darme cuenta. Odio que mi cuerpo todavía sienta la huella del suyo presionado contra el mío, su polla dura contra mi vientre, su muslo entre mis piernas.

Me lo deslizo de nuevo en el dedo, su peso ya familiar después de ocho días. Señora Rosetti. El nombre que se supone que es mi venganza, no mi confusión.

Desde algún lugar en las profundidades de la casa, la música de piano empieza de nuevo. Pero esta es distinta a sus habituales composiciones de medianoche. Más oscura. Más furiosa. Llena de la misma frustración que me está consumiendo por dentro. Las notas chocan y colisionan, violentas y hermosas, y reconozco el sentimiento que transmiten. Deseo. Un deseo desesperado, indeseado, innegable.

Está tocando lo que acaba de pasar entre nosotros. Traduciendo nuestro peligroso momento a una música que me oprime el pecho y hace que mi coño palpite.

Las piernas ya no me sostienen. Me hundo en la silla de su escritorio, todavía caliente por él, y el cuero huele a tabaco y sándalo. Mi cuerpo recuerda su calor, el muro macizo de su cuerpo presionado contra el mío, su muslo entre los míos. Aprieto los muslos, intentando detener la punzada que se intensifica allí.

Este no era el plan. Santo Dio, este no era el plan.

Se suponía que tenía que ser cruel para que yo pudiera odiarlo como es debido. En cambio, es paciente y complejo, y toca el piano para no tocarme sin permiso. En cambio, mi cuerpo me traiciona cada vez que está cerca, humedeciéndose de deseo por mi enemigo.

La música crece, apasionada y atormentada, y sé que está luchando contra el mismo fuego que me consume. Ambos ardemos en esta hermosa prisión, dando vueltas el uno en torno al otro como púgiles que han olvidado por qué pelean.

Mi mano se desliza bajo el vestido antes de que pueda evitarlo y busca la humedad que él ha provocado. Me toco en su silla, odiando que sea su cara la que veo cuando cierro los ojos, sus manos las que imagino en el lugar de las mías. La música llega al crescendo mientras muevo los dedos más rápido, y me muerdo los labios para no gritar su nombre cuando me corro; mi cuerpo se estremece con una mezcla de liberación y vergüenza a partes iguales.

Llevo ocho noches casada y estoy más lejos que nunca de matarlo. Porque ahora sé cómo se siente su cuerpo presionado contra el mío. Ahora sé que su corazón late tan deprisa como el mío cuando nos tocamos. Ahora sé que él también me desea, y ese conocimiento es más peligroso que cualquier arma.

Mis dedos repasan el anillo, una y otra vez, mientras su música llena la casa con una oscura confesión. Mañana intentaré odiarlo de nuevo. Mañana recordaré por qué he venido aquí.

Esta noche, me siento en su silla con las manos temblorosas y el eco de mi vergonzoso orgasmo, escuchándolo tocar su deseo en las teclas, ambos ahogándonos en anhelos que nunca pedimos.

12 - Ana

—La señora Rosetti no puede llevar los mismos cinco vestidos para siempre —declara Maria, tirando de mí hacia el interior de la boutique a través de las puertas de cristal antes de que pueda protestar—. Es una vergüenza para la familia.

Noveno día de matrimonio, y me he rendido a la incansable amabilidad de Maria. De todos modos, mi agotamiento hace que luchar sea inútil. Siento que mis extremidades se mueven entre miel, y cada parpadeo dura más que el anterior. Dos guardias nos siguen al interior, intentando parecer despreocupados mientras sus ojos escudriñan cada rincón. Uno se coloca cerca de la entrada, el otro se desliza hacia el fondo. En el mundo de los Rosetti, hasta ir de compras requiere una escolta armada.

La boutique huele a cuero caro y a rosas, todo mármol color crema y luces tenues que hacen que todo parezca un sueño. O quizá es solo mi cerebro, privado de sueño, el que crea halos alrededor de las lámparas de araña. Maria parlotea en un italglish vertiginoso y agita las manos mientras describe cada vestido que le llama la atención.

—¡Este! Perfecto para las cenas. Y con este, el señor Dante se morirá cuando te vea.

—No me visto para él —mascullo en italiano, pero, aun así, mis dedos traidores se detienen en un vestido de seda rojo. La tela parece agua, fresca y suave contra mi piel. *Madonna, ¿cuándo he empezado a pensar en lo que a él le gustaría?*

—Solo inglés —me regaña Maria, aunque si pudieran hablar en italiano, todo sería más fácil. Otra regla arbitraria más en la casa de los Rosetti—. Y, por supuesto, que no te vistes para el señor Dante —dice Maria, con una sonrisa cómplice—. Pero pruébatelo. Por Maria, ¿sí?

Los espejos del probador reflejan a una desconocida. El vestido rojo se me ciñe de una forma que mi ropa sencilla nunca lo hace, transformándome en alguien que de verdad podría pertenecer al

mundo de Dante. Me giro, observando cómo la seda se mueve como pecado líquido sobre mi cuerpo. El agotamiento me obliga a ser sincera conmigo misma. Me imagino sus manos sobre esta tela, me imagino sus ojos oscureciéndose al verme.

Mis dedos se mueven en el espejo y le digo a mi reflejo en lengua de signos: «Te estás perdiendo a ti misma».

Pero, de todos modos, le digo a Maria que envuelva el vestido rojo, junto con otros tres que, según insiste, son «esenciales para una esposa como es debido». La boutique los añade a mis nuevas cuentas. Una herencia que no sabía que existía, explicada con la esmerada caligrafía de Dante mientras yo estaba sentada en su silla, rodeada de su aroma.

La campanilla de la puerta de la boutique suena mientras salimos a Michigan Avenue. Llevo los brazos cargados de bolsas de la compra y el agotamiento hace que pesen como plomo. Entonces, los guardias se tensan y mi cuerpo reconoce el peligro antes de que mi mente cansada se dé cuenta. Sus manos se deslizan hacia las armas ocultas y sus cuerpos se mueven para flanquearnos.

Tres hombres se acercan a través de la multitud vespertina. Se me hiela la sangre, luego me arde y se me vuelve a helar al reconocer al que va al frente. Giuseppe. *Dio mio, Giuseppe no*. El hombre que me enseñó a cargar una pistola cuando cumplí los doce, que me llamaba «pequeña guerrera» y me pasaba bombones a escondidas durante las reuniones familiares.

—Ana Moretti —dice Giuseppe, su voz se oye por toda la acera mientras continúa en italiano—. No Rosetti. Nunca Rosetti.

Las palabras escuecen. Mi mente agotada busca el inglés, no lo encuentra y se queda en italiano: —El matrimonio está consumado, Giuseppe. La paz está firmada.

Su rostro curtido se contrae con asco. —Su padre se revuelve en su tumba al saber que su hija se abre de piernas para el asesino de él.

Las crudas palabras de este hombre que me sentaba en sus rodillas hacen que se me suba la bilis a la garganta. Maria ahoga un grito a mi lado. Un guardia da un paso al frente, pero la mano de Giuseppe se mueve hacia la cinturilla de su pantalón, revelando la pistola que lleva allí. Los otros dos hombres que lo flanquean imitan el gesto.

—No reconocemos esta falsa paz —continúa Giuseppe, alzando la voz—. Romeo Moretti se merecía algo mejor que una hija puta que

traiciona su memoria.

Cada palabra es un golpe. Me tiembla la mano con la necesidad de llevarla a mi muslo, donde debería estar la navaja de papá, pero he olvidado ponérmela esta mañana. Quizá de verdad estoy olvidando quién soy. Tres pistolas contra nada más que agotamiento y vergüenza.

—Deberían haberte matado con tu padre —escupe el segundo hombre—. Terminar lo que empezaron aquella noche. Al menos así habrías muerto con honor en lugar de vivir como el juguete del enemigo.

La amenaza hace que me flaqueen las rodillas, no por miedo, sino por darme cuenta de que algunos de los hombres de mi padre me quieren muerta por haber sobrevivido. El metal de las pistolas brilla bajo el sol de la tarde. Los compradores inocentes pasan de largo, ajenos al peligro que se arremolina a nuestro alrededor. Mi cuerpo agotado apenas puede mantenerse en pie, y mucho menos luchar.

—Lo traicionas todo —dice Giuseppe, acercándose—. Todo lo que tu padre construyó, todo por lo que murió, lo has tirado por la borda para calentar la cama de un monstruo.

Dante aparece como humo que cobra forma.

En un momento Giuseppe está avanzando y, al siguiente, una mano le agarra el brazo con el que empuña la pistola. El crujido del hueso al romperse me revuelve el estómago, incluso cuando algo oscuro y hambriento despierta en mi pecho. El grito de Giuseppe se interrumpe bruscamente cuando su pistola cae con estrépito sobre la acera.

Tres segundos. Mi corazón ni siquiera termina su tartamudeo aterrorizado y ya hay tres hombres armados sangrando en la acera. La violencia silenciosa que emplea me deja sin aliento. Este es mi marido. Esta cosa hermosa y terrible que destruye por mí.

El segundo hombre lanza un puñetazo al aire, pero Dante fluye bajo el golpe como el agua y le clava el puño en la garganta. El crujido húmedo me hace estremecerme y apretar los muslos al mismo tiempo. El hombre cae, boqueando, con las manos agarrándose la tráquea aplastada. Dante le quita la pistola con el mismo movimiento; el metal desaparece en su chaqueta.

El tercero levanta su arma, con el dedo en el gatillo. Una navaja aparece en la mano de Dante. *¿De dónde ha salido?* Vuela en un arco plateado. La hoja se clava en el hombro del pistolero, haciéndole

girar hacia un lado. Su pistola se dispara contra el hormigón mientras cae.

El olor cobrizo a sangre se mezcla con la colonia de Dante, sándalo y violencia, y mi cuerpo traidor responde con un calor húmedo entre mis muslos. Él se interpone entre los peligros y yo, su cuerpo es un escudo que protege lo que es suyo. La muerte encarnada en un traje caro, y, *Cristo*, nunca ha estado más guapo que cuando está destruyendo las amenazas contra mí.

Giuseppe acuna su brazo destrozado contra el pecho; el hueso sobresale en un ángulo antinatural a través de la manga. El sonido que emite, parte sollozo, parte furia, viniendo de este hombre que me enseñó lo que es la fuerza, rompe algo en mi pecho.

Maria gimotea detrás de nosotras. Las bolsas de la compra se desparraman por la acera, con el vestido rojo asomando como si fuera sangre derramada. El que elegí imaginando su mirada sobre mí. Ahora es él quien derrama sangre de verdad, y mi cuerpo no sabe si está horrorizado o excitado.

Giuseppe consigue ponerse de rodillas con el rostro contraído por el dolor y la rabia.

—No merece su lealtad, demonio Rosetti.

Dante lo levanta con una sola mano y lo estampa contra el escaparate de la boutique con la fuerza suficiente para resquebrajar el cristal. Su otra mano se mueve en rápidos signos dirigidos a mí:

—Cierra los ojos.

No lo hago. Necesito ver esto, necesito entender con qué me he casado. La multitud de testigos se agolpa, acercándose más, con los móviles en alto para capturar cada momento. El pulso me martillea en los oídos mientras los dedos de Dante encuentran puntos concretos en el cuello de Giuseppe. No lo estrangula, sino que presiona deliberadamente. Los ojos de Giuseppe se ponen en blanco y su cuerpo convulsiona en las manos de Dante. Tres segundos después, Dante lo suelta. Giuseppe se desploma, consciente pero incapaz de moverse, con los nervios temporalmente bloqueados.

La multitud ha crecido; ahora son al menos treinta testigos con sus móviles grabando esta exhibición tan pública. Toda la calle se ha detenido para ver cómo se desarrolla este enfrentamiento a plena luz del día. Cada desconocido aquí presente difundirá la historia de lo que ocurra a continuación.

Dante se vuelve hacia mí y se me corta la respiración. Sus manos me recorren los brazos, las costillas, comprobando si estoy herida. Su tacto hace que mis pezones se endurezcan contra la tela del vestido. Acaba de destrozar a tres hombres por amenazarme, y mi cuerpo interpreta su violencia como un juego previo. *¿En qué clase de ser retorcido me estoy convirtiendo en su presencia?*

Cuando sus manos me enmarcan la cara, obligándome a mirarlo a los ojos, veo que la preocupación resquebraja su fachada de control. Me roza la mejilla con el pulgar y me doy cuenta de que estoy llorando. ¿Cuándo he empezado?

—Estás a salvo —dice por señas—. Te tengo.

—No necesitaba… —empiezo a responderle por señas, pero me tiemblan demasiado las manos.

—Sí, lo necesitabas. Y siempre vendré.

Siempre. La palabra se me clava bajo la piel como una promesa que nunca pedí, pero que de repente deseo con desesperación.

Giuseppe gime desde el suelo:

—Puta de los Rosetti. Tu padre…

El pie de Dante presiona la garganta de Giuseppe, no lo suficiente como para matarlo, pero sí para acallar sus palabras. No me quita los ojos de encima mientras gesticula por señas:

—Elige ahora. Tu familia o la mía. Elige tu lealtad delante de estos testigos.

La multitud se acerca aún más, un mar de móviles grabándolo todo. Este momento se extenderá por los bajos fondos de Chicago antes del anochecer. Cada testigo está a la espera de oír a Ana Moretti tomar partido.

Las palabras se me desgarran en la garganta como una confesión:

—Soy Ana Rosetti.

Delante de todos estos desconocidos, con sus móviles grabando mi traición, elijo al hombre que mató a mi padre. Lo elijo porque acaba de convertirse en un arma para mí. Lo elijo porque, por primera vez desde que Papà murió, me siento protegida en lugar de acosada. La traición sabe a seguridad, y al instante me odio por ello. Sé que más tarde querré arrancar esas palabras del universo, esta noche en la cama, pero por ahora me parecen correctas.

De vuelta en la mansión, llevo a Dante a nuestro cuarto de baño. Tiene los nudillos despellejados, con la sangre manando de la piel

desgarrada. Estas manos que acaban de dejar fuera de combate a tres hombres ahora necesitan mis cuidados.

Se sienta en el borde de la bañera mientras me arrodillo con el botiquín, la misma escena a la inversa que cuando me vendó los pies. Siento su sangre caliente en mis manos mientras le limpio cada herida; es tan distinta de la sangre de Papà aquella noche. Aquello fue un final. Esto es… *Madonna, ¿qué es esto?*

—No tenías que protegerme así —digo, pero el inglés me falla a media frase; el agotamiento hace que las palabras extranjeras se deshagan.

Me toca los labios con un dedo, con suavidad, deteniendo el resto de las palabras. El contacto envía calor directo a mi centro. Cuando levanto la vista, sus señas son lentas, deliberadas:

—Sí. Siempre. Protegerte es mi deber.

—¿De mi propia familia? —Mi voz se quiebra, y me paso al italiano sin querer—. *Dalla mia famiglia?*

—De cualquiera que te amenace.

—¿Por qué? —La pregunta se me escapa de nuevo en inglés—. ¿Por qué te importa lo que me pase?

Me sostiene la mirada durante un largo instante. Luego sus manos se mueven con más énfasis:

—Llevas mi anillo. Duermes en mi cama. Llevas mi apellido.

Cada afirmación consolida su derecho sobre mí, y mi cuerpo responde a la posesión de sus movimientos. Esto no es solo una cuestión de deber. Es una cuestión de propiedad. Le pertenezco de formas que no tienen nada que ver con contratos.

No hace más señas, solo me observa trabajar con esa atención paciente que me abrasa la piel. Mis manos siguen curándole las heridas con delicadeza, aplicando con esmero una pomada antibiótica. Tengo mucho cuidado de no hacerle daño a este hombre que acaba de romperle el brazo a otro por insultarme. ¿Cuándo he empezado a preocuparme por su dolor?

Su respiración cambia cuando me inclino para examinar un corte especialmente profundo. Puedo sentir su calor, oler en su piel el aroma persistente de la violencia y del perfume caro. Mi cuerpo agotado se balancea hacia él sin mi permiso.

Mi viejo vestido se me pega a las curvas. El algodón está manchado de sangre. De Giuseppe o de él, no estoy segura. Debería

darme asco. En cambio, me imagino que me lo quita más tarde, sus nudillos despellejados rozando la cremallera.

«Protegerte es mi deber», había dicho por señas con esas manos heridas. Esa afirmación posesiva debería enfadarme. En su lugar, el calor se acumula en mi bajo vientre al recordar cómo se interpuso entre el peligro y yo. El monstruo de leyenda, mío.

Mis dedos se demoran en su muñeca, sintiendo su pulso firme y fuerte bajo mi tacto. ¿Cómo puede estar tan tranquilo después de esa violencia? ¿Cómo puede estar aquí sentado, dejándome curarlo como si esto fuera normal? ¿Como si protegerme fuera simplemente lo que hace ahora?

Su otra mano se levanta, gesticulando con una sola:

—El vestido rojo. Lo elegiste para mí.

No es una pregunta. Me ha visto comprar, probablemente me ha visto probármelo. Lo sabe. El calor me inunda las mejillas.

—Maria dijo que te gustaría —susurro.

Aparece esa casi sonrisa, la que me revuelve el estómago. Sus ojos se oscurecen al recorrer mi vestido de algodón manchado, observando cómo se pega, cómo revela, haciendo que de alguna manera parezca tan sexi como el rojo. Cuando su mirada vuelve a la mía, el ardor que hay en ella hace que se me corte la respiración.

Estamos tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos oscuros; tan cerca que si me inclinara solo un poco…

No. Es el agotamiento el que habla por mí. Nueve días sin dormir como es debido que me hacen imaginar cosas que no existen. Que me hacen desear cosas que no debería desear del hombre que destrozó a mi familia.

Pero mientras le envuelvo los nudillos con la venda, su mano coge la mía. Solo un instante. El tiempo justo para que su pulgar presione donde se me acelera el pulso en la muñeca. Igual que hizo en nuestro primer encuentro. Marcando el lugar donde el corazón se me acelera por él.

Cuando me suelta, la piel me arde con el recuerdo del contacto. Mañana recordaré por qué lo odio. Mañana seré más fuerte.

Esta noche solo soy Ana Rosetti, curando las heridas de su marido, con el cuerpo todavía vibrando por haberlo visto convertirse en la muerte encarnada en mi defensa.

¿Y lo peor de todo? Lo peor de todo es lo segura que me siento ahora, sabiendo que siempre vendrá a por mí.

13 - Dante

El cuarto de baño huele a cobre y a violencia. Ana se arrodilla frente a mí, que estoy sentado en el borde de la bañera, y me posa las manos con delicadeza sobre los nudillos despellejados. El contraste me oprime el pecho. Esas mismas manos que empuñan cuchillos en la oscuridad ahora me curan las heridas que me he hecho protegiéndola.

—No te muevas —murmura mientras me aplica antiséptico en un corte especialmente profundo. El escozor no es nada comparado con la tortura de su proximidad. Su champú, a jazmín y a algo más dulce, me inunda los pulmones con cada bocanada de aire.

Se acerca más, intentando encontrar un mejor ángulo para mi mano izquierda. Su rodilla choca con la mía y, sin pensárselo, pasa la pierna por encima y se sienta a horcajadas sobre mi rodilla para tener más estabilidad. La inocente funcionalidad del gesto casi acaba conmigo. Está totalmente concentrada en limpiarme la sangre de los nudillos, sin darse cuenta de que está pegada a mí, con su muslo cálido contra el mío a través de la fina tela de su vestido de algodón.

Su muslo presiona con más fuerza contra el mío al inclinarse, y se me pone dura al instante. Está tan concentrada en mis heridas que no se da cuenta de que me la estoy imaginando tirando de ella para sentarla en mi regazo y restregándola contra mí hasta que admita que se compró ese vestido rojo para que la deseara. Hasta que gima mi nombre mientras se deshace. El algodón está tibio por el calor de su piel, húmedo por el sudor del terror que ha pasado hoy.

Con la mano libre me aferro al borde de la bañera hasta que los nudillos se me quedan tan blancos como la porcelana. Todos mis instintos me gritan que tire de ella y la siente en mi regazo, que le demuestre exactamente lo que su proximidad me provoca. En vez de eso, me quedo completamente quieto, dejándola hacer. Su aliento me roza la muñeca cuando se inclina más para examinar un corte cerca de mi pulgar. Cada exhalación hace que me palpite con más fuerza.

—Has matado por mí —dice en voz baja, sin levantar la vista de su tarea. Le tiembla la voz. Miedo o alguna otra cosa.

Cojo el móvil con la mano libre y escribo con una sola mano: «He matado cerca de ti. No es lo mismo que por ti».

La mentira flota entre nosotros. Cada golpe ha sido por ella. Volvería a hacerlo. Haría cosas peores. Cuando Giuseppe ha apuntado a Ana con el arma, mi mundo se ha detenido. No es que se haya ralentizado. Se ha parado. Mi corazón se ha olvidado de latir, mis pulmones de respirar. Y entonces, una rabia pura y líquida ha inundado mi sistema como un veneno. A ella no. A ella nunca. Pintaré la calle con su sangre antes de que toque lo que es mío.

Entonces ella levanta la vista y de repente se da cuenta de nuestra postura. De que está prácticamente en mi regazo, de lo cerca que están nuestras caras. Se le dilatan las pupilas, se le corta la respiración. Ella también lo siente, esta cosa peligrosa que está creciendo entre nosotros.

Abre mucho los ojos y se aparta de un salto, casi cayéndose en su prisa por poner distancia entre nosotros. La pérdida de su calor me da ganas de gruñir.

La dejo ir, aunque cada uno de mis músculos protesta. Se pone de pie rápidamente, el algodón se arremolina alrededor de sus piernas y mancha el vestido de sangre como promesas de más violencia por venir.

La puerta del dormitorio se abre sin previo aviso. Marco entra como si fuera el dueño del lugar, cosa que técnicamente es, y su presencia llena la habitación con el peso de la autoridad.

—Giuseppe Moretti está en el hospital —dice con voz mesurada—. Pide refugio.

Mi respuesta es inmediata, absoluta. Hago un gesto brusco, tan agresivo que Marco se da cuenta: «No».

—Era un hombre de su padre —empieza Marco.

La mirada que le lanzo podría decapar pintura. Se detiene a media frase, entendiéndolo perfectamente. Giuseppe le ha apuntado con una pistola a Ana. No hay refugio que valga para eso. Ni perdón. Ni piedad.

Lo que me sorprende es que Marco me plantee esto siquiera. Normalmente, tomaría la decisión sin consultar a nadie. Él es el *Don*, su palabra es ley. Pero esto tiene que ver con Ana, mi mujer, y quizá por eso está aquí. —Entendido —dice Marco, y luego su mirada se

desvía hacia Ana—. Era un hombre de su padre. Debería saber que le denegamos el refugio.

Ella se endereza, levantando la barbilla con ese desafío que estoy empezando a desear como si fueran cigarrillos. —Era —dice en un cuidadoso inglés—. Ya no. Él tomó su decisión cuando me atacó.

El orgullo me invade el pecho, ardiente y posesivo. Nos está eligiendo a nosotros. A mí. Ha dicho «Rosetti» delante de treinta testigos, ha reclamado mi apellido cuando importaba. Mía. La palabra resuena en mi sangre como un tambor. La palabra «era» conlleva el peso de una lealtad rota, de puentes quemados.

Marco asiente una vez, con la decisión tomada. —Entonces no tendrá nada. —Sus ojos se encuentran con los míos, y el mensaje es claro: Estás comprometido, hermano.

Me da igual. Ha dicho Rosetti en esa calle, ha reclamado mi familia como suya. Ahora es mía, y Marco lo ve escrito en mi cara. La peligrosa satisfacción de un hombre cuya esposa acaba de elegirlo públicamente.

Después de que se vaya, le hago un gesto, con los dedos doloridos y los nudillos abriéndose de nuevo: «¿Entiendes lo que acabas de hacer? ¿El mensaje que has enviado?».

—¿Que soy intocable? —responde ella con gestos, sus movimientos son bruscos pero no agresivos.

«Porque eres mía», escribo, la verdad se me escapa, demasiado cruda, demasiado sincera.

No discute. Se limita a mirarme con esos ojos verdes que prometen violencia y algo más a lo que no estoy preparado para ponerle nombre. Progreso. Estamos progresando, aunque se mida en sangre y huesos rotos.

Echa el cerrojo a la puerta del baño. El clic resuena como un disparo, recordándome que todavía no confía en mí. No del todo. Sé que el cuchillo que blandió el día de nuestra boda está escondido en algún lugar de esta habitación. Por supuesto que lo está. Ella es una superviviente primero, mi mujer después.

Empieza a sonar la ducha y me hundo en la cama, con la cabeza entre las manos. A través de la puerta, lo oigo todo. El agua golpeando los azulejos, sus suaves jadeos que podrían ser sollozos o alguna otra cosa. El sonido de ella lavándose la sangre, frotándose la piel que todavía tiembla por la conmoción. ¿Está llorando? No saberlo es su propia clase de tortura.

Cuando Giuseppe le ha apuntado con esa pistola… Hacía años que no sentía una rabia así. No desde la masacre, desde aquella noche en que…

No. Céntrate en el ahora. En Ana, a salvo tras una puerta cerrada.

En la cena, no puede comer. La pasta perfecta de Maria yace intacta en su plato mientras Ana empuja un trozo de pan de un lado a otro como un niño que evita las verduras. Le tiemblan ligeramente las manos. La conmoción empieza a hacer efecto. El bajón de adrenalina le deja los ojos vidriosos, desenfocados.

Sin pensar, le deslizo mi plato. Un sencillo *cacio e pepe*, nada que requiera pensar o tomar una decisión. La cerámica raspa contra la madera y atrae su atención.

Lo mira y luego me mira a mí; algo cambia en su expresión. Confusión, tal vez. O el reconocimiento de que estoy intentando cuidarla.

Da un pequeño bocado. La pimienta hace que tosa un poco y yo también le acerco mi vaso de agua. Le sigue otro bocado. No porque tenga hambre, sino por Maria. Por la mujer que no deja de intentar hacerle de madre. Buena chica. Deja que te cuide, aunque sea en pequeñas cosas.

Maria sonríe radiante desde el umbral de la puerta y pillo a Ana casi sonriendo antes de que recuerde que se supone que debe odiarme. Sus barreras se están resquebrajando. Lo veo en la forma en que me buscó durante el ataque, con su cuerpo moviéndose hacia mí en lugar de alejarse. La confianza naciendo a pesar de que hace todo lo posible por resistirse. La forma en que sus ojos buscaron los míos cuando aparecieron las armas. No buscando una escapatoria, sino a mí.

De vuelta en nuestra suite, ella se pone el camisón mientras yo me acomodo en mi sillón. El cuero cruje bajo mi peso, un sonido ya familiar después de nueve días de esta tortura.

Se gira hacia mí, a contraluz por la luna, y sus manos se mueven en la plateada oscuridad. Con delicadeza, casi con vacilación, signa:

—Hoy he tenido miedo.

La confesión me deja sin aliento. Es la primera vez que admite una debilidad ante mí.

—No de ellos —continúa, con los dedos temblándole ligeramente —. De ti.

Se me oprime el pecho. ¿Todavía me teme? Después de que yo…

—No —sus señas se vuelven urgentes, frustradas por su incapacidad para explicarse—. Miedo de cómo me he sentido. Segura. Contigo.

Las palabras me golpean más fuerte que cualquier puñetazo. Ella también lo sintió. Esa sensación de que todo estaba bien cuando me interpuse entre ella y el peligro. El clic de las piezas encajando.

—Se supone que debo odiarte —signa, y hay desesperación en el movimiento, sus manos casi suplicantes.

—Y me odias —le respondo por señas, manteniendo mis movimientos controlados a pesar del caos en mi pecho.

—Se está complicando.

—Bien.

La palabra flota entre nosotros. Complicado significa sentimientos. Significa posibilidad. Significa que quizá me deje tocarla pronto, antes de que este deseo me destruya por completo.

Se mete en la cama y se tapa hasta la barbilla. Y esta noche, esta noche por segunda vez desde que llegó, se tumba de cara a mí en lugar de a la pared.

—Aun así tengo que intentarlo —signa, con las manos asomando por debajo de la manta, sus dedos bañados por la luz de la luna. Signa como si hablar fuese a hacer añicos la noche—. Matarte.

—Lo sé.

—Pero quizá… no esta noche.

La primera tregua que me concede. Se me corta la respiración. ¿Acaba de…?

—Duerme, Ana. Estás a salvo.

Y, milagrosamente, lo hace. Su respiración se acompasa con un ritmo que ya me he memorizado, un sueño real en lugar del fingimiento que hemos estado manteniendo. Confía en mí lo suficiente como para descansar de verdad, de cara a mí como si yo fuera algo más que el monstruo de su historia.

Nueve días de esta tortura. Nueve días viéndola dormir, o fingir que duerme, mientras yo ardo en este sillón. Nueve días de sus afiladas promesas y su reticente ablandamiento.

Ahora sí que está dormida; descansa de verdad por primera vez desde nuestra boda. Su rostro se ve apacible a la luz de la luna, desprotegido de una manera que me oprime el pecho. Una mano reposa fuera de las sábanas, con la palma hacia arriba y los dedos ligeramente curvados. Confiada. Vulnerable.

Quiero cruzar el espacio que nos separa, recorrer esos dedos que signan amenazas de muerte y, a veces, muy rara vez, algo más tierno. Quiero apretar la boca contra el punto donde le late el pulso y sentir su corazón acelerarse. Quiero tantas cosas que este sillón y mis promesas me impiden. Quiero abrirle los muslos y saborearla mientras signa mi nombre. Quiero corromper cada ápice de inocencia que le queda.

Permanezco despierto para velar su sueño, para vigilar esta frágil paz que me ha concedido. Cuento cada una de sus respiraciones, memorizando el ritmo de su confianza. El sonido cambia cuando sueña. Inhalaciones más cortas y bruscas. Está soñando ahora, sus dedos se crispan ligeramente. El deseo me abrasa como la fiebre, pero no me moveré de este sillón. No romperé la promesa que la mantiene a salvo de lo que quiero hacerle, con ella.

Mañana se cumplirán diez días desde nuestra boda. Algo tiene que ceder pronto. La tensión entre nosotros se ha vuelto tan tirante que o bien se romperá o explotará. O ella por fin logrará matarme, o yo romperé mi promesa de no tocarla sin permiso.

Ambas cosas parecen ahora inevitables. Damos vueltas el uno en torno al otro como púgiles que han olvidado por qué subieron al ring, cada uno esperando que el otro haga el movimiento decisivo. Pero esta noche, me ha dado paz. Una noche sin intentos de asesinato. Una noche de cara a mí en lugar de de espaldas.

La composición que he estado escribiendo para ella está en mi escritorio, abajo, casi terminada. Una sinfonía de nuestro violento cortejo, todas las palabras que no puedo decir transformadas en notas que ella finge no encontrar hermosas.

Se remueve en sueños, murmurando algo en italiano que no logro entender. Su mano se mueve, los dedos signando algo inconscientemente. Mi nombre, dibujado con movimientos suavizados por el sueño. «Dante» deletreado letra por letra en la oscuridad.

Nueve días, y sueña en lengua de signos. Sueña conmigo.

O me mata o la beso. A estas alturas, no sé qué sería mayor acto de piedad. Pero velaré su sueño esta noche, vigilaré su paz, la desearé con cada fibra de mi ser. Porque eso es lo que hago ahora. En eso me he convertido. Su monstruo guardián, ardiendo de deseo en la oscuridad, más duro de lo que he estado nunca solo por verla confiar en mí lo suficiente como para dormir.

14 - Ana

Dos de la madrugada, diez días de casada y me falta el aire de tanto desear lo que no debería.

Las sábanas de seda se me enredan en las piernas mientras me las quito de encima, dándome por vencida con el sueño. Tras unas pocas horas de bendito descanso, la noche se ha convertido en la misma vieja tortura: Dante en ese sillón de cuero, yo en esta cama, y el espacio entre nosotros cargado de algo a lo que me niego a ponerle nombre. El camisón se me pega a la piel húmeda de sudor, y sé que se da cuenta. Se da cuenta de todo. De cómo me muevo inquieta, del modo en que se me corta la respiración cuando cambia de postura, de cómo mis dedos se aferran a las sábanas cuando su presencia se vuelve abrumadora.

Diez días de este cuidadoso baile. Diez días en los que él me ve fingir que duermo mientras yo ardo por dentro.

Necesito aire. Espacio. Distancia de esta habitación que huele a él, a tabaco y sándalo, un aroma que hace que mis muslos se contraigan con un calor indeseado.

El pasillo se extiende oscuro y silencioso. Mis pies descalzos no hacen ruido sobre el mármol frío mientras deambulo. Me digo a mí misma que busco la cocina, agua, cualquier cosa menos a él. Pero mis pies traicioneros saben perfectamente adónde van: hacia el sonido de violencia controlada que me ha estado llamando durante diez noches. Los impactos rítmicos, la respiración contenida. La puerta del gimnasio está entreabierta y la luz se derrama por el pasillo.

Debería dar media vuelta. En lugar de eso, empujo la puerta para abrirla más.

Dante está de pie, sin camiseta, junto al saco de boxeo, con los músculos marcándosele con cada golpe preciso. El aire del gimnasio está cargado de su sudor y esfuerzo, y el cuero del saco aún se balancea por sus puñetazos. Lo aspiro: violencia, control y un calor masculino que me marea. El sudor brilla en su piel, resaltando cada cicatriz. El tejido dañado de su garganta, las marcas de cuchillo en

sus costillas, la herida de bala cerca de su hombro. Un mapa de violencia que debería repugnarme.

Mis pezones se endurecen contra la fina tela del camisón, y odio a mi cuerpo traicionero por responder a su visión.

Se detiene a medio golpe, girando ligeramente la cabeza. Por supuesto que sabe que estoy aquí. Siempre lo sabe.

—¿No puedes dormir? —pregunto, con la voz ronca por el agotamiento y algo más.

Se gira por completo y se me corta el aliento. Las luces del gimnasio proyectan sombras sobre sus abdominales, y la uve de sus músculos desaparece en el pantalón de chándal de tiro bajo. Sus ojos oscuros encuentran los míos, y esa casi sonrisa se dibuja en sus labios mientras me responde por señas: «Tú tampoco».

—Esto es ridículo —digo, entrando en el gimnasio. Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. Diez días de este… acuerdo. Tú durmiendo en un sillón como una especie de ángel de la guarda. Yo fingiendo que no me doy cuenta de que me observas.

Sus manos quietas sobre el saco, su cuerpo se pone en alerta. A la espera.

—Este matrimonio, este acuerdo… —continúo, cambiando a la lengua de signos porque el inglés me falla cuando me puede la emoción—. Después de lo que pasó en tu despacho, después de que me mostraras… ¿por qué sigues manteniendo esa distancia? El sillón, siempre el sillón. ¿Nos estás torturando a los dos a propósito?

Cada músculo de su cuerpo se tensa. Sus manos se mueven con una precisión violenta: «Ya sabes por qué».

El recuerdo de nuestra confrontación de hace unos días me quema por dentro. Su cuerpo presionado contra el mío, la evidencia de su deseo, su confesión de que el piano era para no tocarme. Pero saber y comprender son cosas distintas.

—Pero está empeorando —le digo por señas, soltando la verdad—. La distancia. Que me observes. Después de sentirte contra mí, de saber que quieres… Es una tortura.

—Sí —responde simplemente con las manos—. Lo es.

—Entonces, ¿por qué seguir con ello? Dijiste que la música era para no tocarme. Pero la música ya no funciona, ¿verdad?

Su risa me pilla por sorpresa. Sus hombros se sacuden con una alegría silenciosa que es más amarga que divertida.

Se mueve hacia mí con esa gracia de depredador, y mi cuerpo responde de inmediato, recordando nuestra última confrontación. «¿Quieres que rompa mi promesa? ¿Que te toque sin permiso?».

—Quiero entender por qué estás tan decidido a sufrir. Ambos lo sentimos. En tu despacho, cuando te presionaste contra mí. Esto no es cosa de uno solo.

Me acorrala contra la pared del gimnasio, sin llegar a tocarme, pero lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia su piel. Planta una mano junto a mi cabeza mientras me dice con la otra: «Porque una vez que empiece, no pararé».

—Quizá no quiero que pares.

La confesión queda suspendida entre nosotros, sorprendente en su honestidad. Sus ojos se oscurecen, las pupilas se le dilatan mientras procesa mis palabras.

«No sabes lo que dices», me responde por señas.

—¿Ah, no? Me demostraste en tu despacho cuánto deseas esto. Cuánto autocontrol estás ejerciendo. Pero ¿y si… y si estoy cansada de tu autocontrol?

Mi mano vuela hasta su pecho y poso la palma sobre su piel llena de cicatrices. Me agarra la muñeca al instante, con unos reflejos más rápidos que el pensamiento, pero no me aparta. Solo me sujeta ahí, con mi mano atrapada contra el latido acelerado de su corazón.

«No lo hagas», me dice con la mano libre.

—¿Por qué? ¿Porque al final te romperás?

«Porque mañana te odiarás a ti misma».

La verdad duele. —Ya me odio por desearte.

«Exacto». Su agarre en mi muñeca se aprieta ligeramente. «Así que sufrimos por separado en vez de sufrir juntos».

Intento liberar la mano, pero él aprovecha el impulso para hacerme girar, presionando mi espalda por completo contra la pared. De repente, una de sus manos me sujeta ambas muñecas por encima de la cabeza. Esa muestra despreocupada de fuerza, la forma en que me controla con tanta facilidad, hace que me fallen las rodillas. Las mismas manos que le rompieron el brazo a Giuseppe por amenazarme ahora me mantienen cautiva, pero en vez de miedo, siento… ¿seguridad? ¿Protección? *Madonna, ¿qué me está pasando?*

Ladea la cabeza, mirándome fijamente, y sé lo que me está preguntando sin que necesite usar las manos. *¿Esto es lo que quieres? ¿Poner a prueba mi autocontrol hasta que se rompa?*

—Sí —susurro, aunque mi cuerpo me traiciona y se arquea hacia él.

Se inclina más, sin llegar a tocarme salvo por su mano, que me rodea las muñecas. Su pulgar roza mi alianza, la que le tiré hace días, ahora de vuelta en mi dedo como una marca al rojo vivo. —Estás jugando con fuego.

—Entonces, quémame.

Intento darle un rodillazo, más por instinto que por verdadera agresividad, pero lo bloquea con el muslo y se coloca entre mis piernas para impedir otro intento. La postura junta nuestros cuerpos por completo, y ambos nos quedamos helados. Siento cada centímetro de su cuerpo presionado contra el mío. Músculo puro, poder controlado y, *Madonna mia*, su erección dura contra mi estómago, igual que en su despacho, pero de alguna manera más intenso ahora.

—¿Todavía decidida a ponerme a prueba? —gesticula con la mano libre, mientras aprieta ligeramente las muñecas que me sujeta.

La evidencia de su deseo hace que la humedad me inunde entre los muslos. Diez días de cuidadosa distancia, pero su deseo no ha disminuido. Si acaso, es más fuerte. *Dio mio*, pienso mientras su cuerpo se presiona contra el mío. *Sono persa.* Estoy perdida.

Estamos pegados el uno al otro, su cuerpo me aprisiona contra la pared. Cada respiración empuja mis pechos contra su torso desnudo, y tengo los pezones tan duros que me duelen. Su pene palpita contra mi estómago a través del pantalón de chándal, y la idea de que todavía le provoco esto, de que los días separados solo han intensificado su necesidad, hace que me dé vueltas la cabeza. La exhibición despreocupada de su fuerza, la facilidad con la que me controla, me humedece más. En mi mundo, la impotencia significa la muerte. Pero con él… Dios me ayude, con él me excita.

Su mirada baja hasta mis labios, con un hambre manifiesta en sus ojos. El aire entre nosotros se vuelve más denso, cargado con diez días de deseo reprimido que se acumula sobre lo que ya hemos probado. Mi cuerpo se mueve sin permiso, poniéndose de puntillas. No, ¿qué estoy haciendo? Pero no puedo parar, atraída por una fuerza más poderosa que el odio, cerrando la distancia entre nuestras bocas hasta que compartimos el aliento.

Su mano aprieta mis muñecas, con el control deshilachándose por los bordes. Lo siento temblar por el esfuerzo de contenerse, todo

su cuerpo tenso por la contención. Estamos suspendidos en este instante, con los labios casi rozándose, el espacio entre nosotros medido en latidos.

—Dante —susurro contra su boca.

Su cuerpo entero se estremece al oír su nombre en mis labios. Por un instante perfecto, creo que va a quebrarse, a cerrar ese último centímetro que nos separa. Baja la cabeza ligeramente, su aliento se desliza sobre mi boca…

Entonces retrocede, soltándome las muñecas. La pérdida de contacto me hace gemir antes de poder evitarlo.

Se aleja, poniendo una distancia entre nosotros que se siente antinatural después de aquel calor apremiante. Le tiemblan las manos mientras gesticula: —Así no. No mientras estés llena de dudas.

—Dante…

Pero ya se está marchando, dejándome contra la pared, con el pulso acelerado y el cuerpo dolorido por algo que no debería desear. La puerta se cierra tras él con un suave clic que suena a definitivo.

Me fallan las piernas y me deslizo por la pared hasta quedar sentada en el suelo del gimnasio, temblando por lo que casi ha pasado. Lo que casi he dejado que pasara. Lo que quería que pasara.

Todavía me arden las muñecas por su agarre, mi estómago aún siente la huella de su erección. Cada nervio de mi cuerpo me grita que lo siga, que le exija que termine lo que hemos empezado. En cambio, me quedo aquí sentada como una cobarde, intentando recordar por qué estaría mal besar a mi enemigo.

Porque mató a papá, me responde débilmente mi mente. Pero a mi cuerpo ya no le importa la venganza. Mi cuerpo quiere sus manos sobre mí de nuevo, quiere saber en qué se habría convertido ese casi beso.

Me obligo a levantarme, con las piernas temblando como las de un potro recién nacido. El camino de vuelta a nuestra suite se me hace eterno, y cada paso me recuerda la punzada entre los muslos, la humedad que ha provocado sin siquiera besarme.

La suite está vacía, su sillón de cuero, abandonado. Por un momento, me pregunto si volverá. Quizá he ido demasiado lejos. Quizá duerma en otro sitio esta noche, lejos de mi evidente deseo.

Entonces lo oigo. Música de piano, que sube flotando desde la sala de música de abajo.

Pero esto no se parece a sus habituales composiciones de medianoche. Esto es violento, pasional, desesperado. Las notas se estrellan y chocan entre sí, una confesión musical de frustración. Está tocando lo que no hemos hecho, transformando la negación en sonido.

Me pego al suelo y luego me dirijo a la puerta, necesitando estar más cerca de su revelación musical. La melodía crece, oscura y hambrienta, y reconozco la emoción en ella porque yo también la siento. Deseo. Un deseo crudo e innegable que diez días de proximidad no han hecho más que intensificar.

Presiono la mano contra la puerta como si pudiera tocarlo a través de la madera y la distancia. La música dice lo que sus gestos no pudieron: me desea con la misma desesperación que me está devorando viva. Cada nota confiesa lo que significó ese momento pegados contra la pared. Apenas se aferra a su control.

Me aparto de la puerta y mi mano se dirige al colgante con forma de cuchillo que llevo al cuello. ¿Cuándo se convirtió el tocarlo en un consuelo en lugar de una amenaza?

—Estoy en un lío —gesticulo a la habitación vacía, la verdad por fin abriéndose paso.

Porque ya no quiero odiarlo. Quiero algo completamente distinto. Quiero sus manos sobre mí sin la excusa del entrenamiento. Quiero su boca en la mía sin la ira como justificación. Quiero saber qué sonidos haría si tocara sus cicatrices, si recorriera el daño de su garganta con la lengua.

La música de abajo crece hasta un crescendo, oscuro y desesperado, y mi cuerpo responde a cada nota como si me estuviera tocando a través del sonido. Mi mano tiembla sobre el dobladillo de mi camisón. Ya lo he hecho antes, tocarme con su música, pero esta noche se siente diferente. Más desesperado. Más necesario.

En lugar de eso, voy a la cama y hundo la cara en la almohada para ahogar cualquier sonido mientras mis dedos encuentran la humedad entre mis muslos. El recuerdo de su cuerpo presionado contra el mío me impulsa hacia el orgasmo. No es la primera vez que busco este desahogo, pero de alguna manera es más intenso después de volver a sentirlo contra mí. Cada nota de la música parece vibrar a través de mí, como si estuviera tocando mi cuerpo a distancia.

Con la otra mano me agarro a las sábanas en busca de apoyo mientras acelero el ritmo, y la intensidad de la música iguala mi

propia necesidad desesperada. Imagino esas manos marcadas por cicatrices sustituyendo a las mías, sus dedos dentro de mí, mientras él me mira con esos ojos oscuros que lo ven todo. Esta fantasía me ha atormentado desde aquel día en su despacho, pero ahora es más nítida, más real, tras sentir su deseo presionar contra mí hace unos instantes.

Cuando me corro, me muerdo el labio con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre, ahogando su nombre. Mi cuerpo se estremece por la intensidad, las piernas me tiemblan mientras la humedad me cubre los dedos. Abajo, la música cambia, ahora más suave, pero no menos voraz, como si él hubiera sentido mi orgasmo a través del suelo.

Pero incluso mientras mi cuerpo tiembla con las últimas sacudidas, sé que no es suficiente. Ni de lejos. Mi cuerpo anhela algo más que mi propio tacto. Lo anhela a él. Cada vez que cedo a esta necesidad, no hace más que aumentar.

15 - Dante

Diez días. Diez días de cuidadosa distancia, de mantener el control, de interpretar al guardián paciente mientras ambos ardemos.

La puerta del estudio se abre de golpe con fuerza suficiente para hacer temblar las armas de mi pared. Ana está de pie en el umbral, con el pecho agitado y los ojos verdes encendidos por una furia que, a mi pesar, me pone la polla dura al instante.

—¡Basta! —La palabra se le desgarra en la garganta, con el acento cargado de rabia.

Antes de que pueda reaccionar, coge el pisapapeles de cristal de mi escritorio y me lo lanza a la cabeza. Me agacho y el pesado cristal se hace añicos contra la pared que tengo detrás. Los fragmentos de cristal llueven como si fueran lluvia helada.

—¡Diez días de esta tortura! —Avanza hacia mí furiosa y pasa a usar signos que rasgan el aire—. ¡Diez días viéndote observar desde esa silla. Diez días en los que tu paciencia me ha estado volviendo loca!

Permanezco sentado, con las yemas de los dedos juntas, observando su rabia con la misma calma que, al parecer, la ha estado consumiendo. Pero por dentro, mi autocontrol forcejea con sus ataduras. Está magnífica así: sonrojada, temblando de ira, lista para la guerra. Mi polla palpita contra la cremallera, imaginándomela ya temblar por otros motivos.

—¿Tienes algo que decir? —escribo en la tableta, manteniendo una expresión neutra.

Se ríe, una risa amarga y cortante. —¿Que si tengo algo que decir? ¡Me ahogo en cosas que decir! —Sus manos se mueven con signos violentos—. ¡Pelea conmigo o... o haz algo! ¡Deja de esperar!

La desesperación en sus signos, la forma en que se reprime para no decir algo más grosero, me corta la respiración. Nunca ha sido tan directa sobre lo que está creciendo entre nosotros. Se me pone dura como una piedra ante su exigencia, ante la elección que me lanza a

los pies. Tengo que recolocármela bajo el escritorio; la presión es casi dolorosa.

Me levanto lentamente y ella da un paso atrás de forma involuntaria. Bien. Debería tener cuidado. Diez días de contención han dejado mi autocontrol fino como el papel.

—Ten cuidado con lo que exiges, mi pequeña y testaruda asesina —le digo por señas, rodeando el escritorio con una calma deliberada.

Levanta la barbilla con ese desafío que he llegado a anhelar. —No te tengo miedo.

Me detengo justo fuera de su alcance, lo bastante cerca para oler su perfume de jazmín mezclado con el agudo aroma de su ira. Mis manos se mueven con cuidadosa precisión: —Deberías. Sobre todo ahora.

Su mano me cruza la cara con fuerza suficiente para hacerme girar la cabeza. La bofetada resuena en el estudio, nítida y rotunda. El escozor se irradia por mi mandíbula, pero no es nada comparado con la tortura que he soportado, nada comparado con la noche en que me arrebataron la voz. ¿Pero viniendo de ella? ¿De mi supuesta esposa asesina?

Algo dentro de mí se quiebra.

No se rompe. Se quiebra. Como una cuerda demasiado tensa que por fin cede.

Le agarro las muñecas antes de que pueda volver a golpear, mis dedos se cierran alrededor de los delicados huesos con una fuerza controlada. Usando su impulso en su contra, la hago girar y la inmovilizo de espaldas contra la puerta. La madera tiembla en su marco mientras le sujeto las muñecas por encima de la cabeza, atrapadas en una de mis manos, mientras mi cuerpo la enjaula por completo.

«¿Es esto lo que quieres?», le pregunto con los ojos, con la mirada, con todo mi cuerpo, sin dejar de sujetarle las muñecas.

—Sí —jadea, con los ojos encendidos de triunfo y deseo.

Estrello mi boca contra la suya.

Nuestro primer beso no se parece en nada a como deberían ser los besos. Es violento, desesperado, diez días de hambre reprimida que explotan en un choque de dientes y lenguas. Sabe a rabia y a café solo, a una mezcla de promesa y amenaza. El beso me irrita la garganta herida, un dolor fantasma recorre el tejido dañado, pero me trago la molestia.

Me muerde el labio inferior con la fuerza suficiente para hacerme sangre, y el sabor a cobre me provoca un gruñido mudo, pero siente la vibración en mi pecho contra el suyo. El dolor va directo a mi polla, haciendo que me frote contra ella involuntariamente. Suelta un grito ahogado ante el contacto, al sentir lo duro que estoy, cuánto la deseo.

Sus manos luchan contra el agarre de sus muñecas, no para escapar, sino para tocarme. Como no las suelto, emite un sonido de frustración contra mi boca que casi acaba conmigo. Mi mano libre se enreda en su pelo, inclinando su cabeza para profundizar el beso. Responde a mi violencia con la suya propia; su lengua acaricia la mía, sus dientes mordisquean, tomando tanto como da.

La levanto sin romper el beso y sus piernas se enroscan instintivamente alrededor de mi cintura. La postura acerca su centro a mi polla, y ambos gemimos ante el contacto. Incluso a través de mis pantalones y su ropa interior, puedo sentir su calor, su humedad. Se restriega contra mí, sin práctica pero desesperada, y tengo que pensar en los manifiestos de envío de Hadley para no correrme en los pantalones como un adolescente.

Tres zancadas hasta mi escritorio. La coloco en el borde e intenta atraerme de nuevo, pero necesito más. Lo necesito todo.

Mis manos barren la superficie de caoba, lanzando todo al suelo con estrépito. Los contratos se esparcen como banderas blancas de rendición, los acuerdos de Hadley por valor de treinta millones caen revoloteando como nieve. Un tintero de cristal explota contra la madera, esparciendo tinta negra sobre documentos importantes.

—Los contratos —empieza ella, siguiendo los papeles con la mirada.

Le cojo la cara entre las manos, obligándola a mirarme, dejándole claro con cada parte de mí que los contratos me dan igual.

Mi indiferencia hace que sus pupilas se dilaten de lujuria. Luego la beso bajando por su garganta, encuentro el punto donde le late el pulso y chupo con la fuerza necesaria para dejar una marca oscura. Mía. Que todo el mundo vea que es mía.

Jadea, agarrando mi camisa con los puños, atrayéndome más cerca mientras tiembla. Desabrocho los botones de su blusa con dedos que tiemblan ligeramente, no por nervios, sino por una necesidad apenas contenida. Debajo lleva un simple sujetador de algodón, de un blanco práctico que, de alguna manera, hace que mi

polla lata más fuerte que cualquier encaje. Sus pezones ya están duros, tensando la tela.

Hace un gesto para cubrirse, una timidez repentina que atraviesa su ira. Le cojo las manos, con suavidad pero con firmeza, y se las coloco en el escritorio a ambos lados de sus caderas.

—Confía en mí —le digo por señas, y espero.La guerra se libra en su rostro: el deseo luchando contra el miedo, la necesidad contra la vulnerabilidad. Finalmente, asiente una sola vez, dejándose expuesta a mi mirada.

—Preciosa —le digo por señas, y añado con certeza posesiva—: Mía.

Le desabrocho el sujetador con una mano, dejando al descubierto unos pechos perfectos coronados por unos pezones rosados que suplican mi boca. El primer roce de mi lengua en su pezón la hace gritar, arqueando la espalda y despegándola del escritorio. Succiono con fuerza, luego con suavidad, aprendiendo qué la hace retorcerse. Su otro pecho recibe la misma atención mientras mi mano trabaja el primer pezón, haciéndolo rodar y pellizcándolo hasta que ella jadea mi nombre.

Mis manos se deslizan por sus muslos, subiéndole la falda. La tela se arruga alrededor de su cintura, dejándola solo con unas sencillas bragas de algodón blanco que ya están empapadas. La visión hace que mi polla gotee líquido preseminal, desesperada por estar dentro de ella. Pero esta noche no. Esta noche es para ella.

Se tensa cuando engancho los dedos en sus bragas. Hago una pausa, esperando un permiso sin el cual no seguiré.

—Por favor —susurra, levantando las caderas.

Le bajo lentamente el algodón por las piernas, revelando su coño a mi mirada hambrienta. Es perfecto: rosado y brillante de excitación, completamente depilado a excepción de una pequeña mata de rizos oscuros. Se me hace la boca agua al verlo.

Me arrodillo entre sus muslos abiertos, y sus ojos se abren de par en par al comprender. El sicario de un don de rodillas. Si mis enemigos pudieran verme ahora. Pero no me importa nada excepto la mujer que tiembla sobre mí.

—Dante —susurra; es la primera vez que pronuncia mi nombre con esa suavidad.

Le doy besos en la cara interna de los muslos, ahora con suavidad, con paciencia. Tiembla, no de miedo, sino de expectación.

Sus manos flotan indecisas antes de encontrar mi pelo, los dedos enredándose entre los mechones, pero sin tirar. Todavía no.

El primer roce de mi lengua en su coño la hace gritar, sus caderas se levantan del escritorio con una sacudida. Ya está muy húmeda, la excitación cubre mi lengua mientras la lamo desde su entrada hasta su clítoris en una sola y larga pasada. Su sabor me hace gemir por dentro. Ya soy adicto. Salado y dulce y únicamente suyo.

—Oh, Dios —jadea, con los muslos temblando a cada lado de mi cabeza.

La trabajo con la lengua, aprendiendo qué la hace jadear, qué la hace gemir. Los círculos alrededor de su clítoris hacen que sus caderas se balanceen. La presión directa hace que me tire del pelo. Catalogo cada respuesta, guardándola para después. Cuando succiono su clítoris con la boca, casi se cae del escritorio.

Deslizo un dedo con cuidado dentro de ella, sintiendo lo estrecha que es. Estrechez de virgen. La idea hace que mi polla palpite dolorosamente. Se aprieta alrededor de mi dedo de inmediato, su coño aferrándome como un tornillo de banco.

—Por favor —jadea, sin saber siquiera lo que está suplicando.

Añado un segundo dedo, estirándola con cuidado, curvándolo para encontrar su punto G. El primer roce contra él hace que ponga los ojos en blanco, una sarta de maldiciones en italiano se escapa de sus labios. Trabajo ese punto sin descanso mientras mi lengua rodea su clítoris, llevándola cada vez más alto.

Sus muslos empiezan a temblar, su coño se contrae rítmicamente alrededor de mis dedos. Está cerca, luchando contra el placer creciente, asustada por la intensidad.

Me retiro lo justo para encontrar su mirada y le digo por señas con la mano libre: «Déjate llevar. Yo te sujeto».

Entonces sello mi boca sobre su clítoris y succiono con fuerza mientras mis dedos presionan ese punto dentro de ella. Se rompe de inmediato, arqueando la espalda y despegándola del escritorio mientras su primer orgasmo la recorre. Su coño se cierra sobre mis dedos, palpitando mientras las olas de placer sacuden su cuerpo. Grita algo que podría ser mi nombre, podría ser el de Dios, o ambos.

La ayudo a superarlo, suavizando el contacto a medida que se vuelve más sensible, hasta que me empuja débilmente los hombros. Pero no he terminado. Antes de que pueda bajar del todo, vuelvo a sumergirme, mi lengua reemplazando a mis dedos en su entrada. La

follo con la lengua, saboreando su orgasmo, sintiendo cómo sus paredes se agitan.

—No puedo —jadea, pero sus caderas ya se mueven contra mi cara, persiguiendo algo que aún no comprende.

Mi pulgar encuentra su clítoris, todavía hinchado y sensible, y lo rodeo suavemente mientras mi lengua trabaja dentro de ella. La combinación la hace ascender de nuevo a una velocidad increíble. Esta vez, cuando se corre, grita, sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza mientras todo su cuerpo se convulsiona.

Sigo, adicto a su sabor, a sus sonidos, a la forma en que se deshace por mí. Un tercer orgasmo crece antes de que el segundo termine por completo, y ahora solloza, abrumada por la sensación.

—Dante, por favor, no puedo.

Pero sí que puede. Sé que puede. Deslizo tres dedos en su interior, estirándola más, preparándola para lo que vendrá otro día. Mi lengua en su clítoris es implacable ahora, y cuando curvo los dedos de la forma correcta, se hace añicos por completo. Este orgasmo es diferente, más profundo, más largo, todo su cuerpo se agarrota mientras se derrama alrededor de mis dedos, la humedad cubriendo mi mano y mi barbilla.

Solo entonces me aparto, contemplando su cuerpo deshecho. Está desplomada sobre el escritorio, con los muslos todavía temblorosos, el coño contrayéndose aún sobre la nada. El sudor hace que su piel brille. Sus pechos suben y bajan con respiraciones entrecortadas. Los contratos se le pegan a la espalda, probablemente arruinados por su sudor y excitación.

Me pongo de pie, con la polla tan dura que me duele, apretando dolorosamente contra la cremallera. Ella mira el evidente bulto, luego sube la vista a mi cara con una confusa neblina en los ojos.

—Tú no has… —empieza, con la voz ronca de tanto gritar.

Niego con la cabeza, y le digo por señas: «Esto era para ti. Solo para ti».

La expresión de su rostro, la sorpresa mezclada con algo más suave, algo peligroso, casi rompe mi determinación. Intenta alcanzar mi cinturón, pero le cojo las manos y, en su lugar, me las llevo a los labios. Puedo saborearla en mi propia piel, y el sabor me hace gemir por dentro.

—Pero tú necesitas… —intenta decir.

—Necesito que recuerdes esto —le digo por señas—. Que recuerdes quién te ha hecho sentir esto. Que recuerdes a quién perteneces.

Está suspendida en el precipicio entre la inocencia y el conocimiento, entre lo que fue y lo que será. No ha perdido la virginidad exactamente, pero desde luego su inocencia ha quedado hecha añicos.

La ayudo a incorporarse y me doy cuenta de cómo se estremece por la sensibilidad entre sus muslos. Mi escritorio está destrozado: papeles por todas partes, su líquido de excitación goteando sobre la superficie de caoba. Toda la habitación huele a sexo y a jazmín.

Perfecto.

Ya es mía en todo lo que importa. Y ambos lo sabemos.

16 - Ana

Diez días. Diez días de matrimonio, y sigo sobre su escritorio con los muslos abiertos y su sabor en mis labios. Dante sigue de pie entre mis piernas; acaba de ayudarme a incorporarme y sus manos posesivas me sujetan las caderas, los pulgares trazando círculos suaves como si se disculparan por la brutalidad de la última hora. La caoba bajo mi culo desnudo está resbaladiza: mis fluidos y su saliva forman un charco sobre la madera pulida, y el hedor a sexo y sudor asciende como incienso. El escritorio es un cementerio de papeles: contratos, libros de contabilidad y documentos legales, todos arruinados, arrugados y rotos, salpicados de saliva, semen y, muy pronto, de finos hilos de mi sangre. Ni un solo centímetro cuadrado de esta superficie está libre de las pruebas de lo que acaba de hacerme.

Tres veces. Tres. Dante me ha hecho estallar; mi cuerpo se ha rebelado contra los límites que creía tener, mi mente se ha desdibujado en los bordes por el exceso de sensaciones. Aún estoy temblando, sin saber si las réplicas son por el placer o por la forma en que sus ojos permanecen fijos en mí: negros, insondables y tan, tan hambrientos. Parece como si estuviera sopesando comerme viva. Su rostro está congestionado por el esfuerzo, con la mandíbula apretada y las mejillas sonrojadas; la barba incipiente que le perfila la mandíbula está oscurecida por mis fluidos, y su barbilla, marcada con leves heridas en forma de media luna de donde le he arañado con las uñas. Veo mi reflejo en su mirada: la falda subida hasta la cintura, la blusa abierta colgando de un brazo y el resto, rasgado y hecho una bola en el suelo. Mi cuello está rodeado de moratones y marcas de mordiscos, caliente y sensible donde me ha marcado. Veo el brote de las huellas de sus dedos en la cara interna de mis muslos, un mosaico de necesidad y violencia. También tengo moratones en las muñecas, prueba de cómo me inmovilizó mientras yo gritaba su nombre contra la madera del escritorio.

Esto no tiene nada de clínico ni de tierno. Nunca lo tuvo. Se supone que las vírgenes deben estar aterradas, ¿no? Pero yo no tengo miedo. Ni siquiera al darme cuenta de que su polla, todavía dura y goteando, se tensa contra la fina lana de los pantalones de su traje. El bulto es obsceno, su contorno grabado a fuego en mis retinas. Debería tener miedo de lo que está a punto de pasar, pero el miedo es un pulso lejano, casi ahogado por la oleada de calor que me inunda, violenta y absoluta. Aprieto los muslos alrededor de sus caderas, las pantorrillas me tiemblan por el esfuerzo de mantenerlo cerca. Lo quiero aún más cerca. Él lee mi desesperación y sonríe: una sonrisa torcida, lobuna y cruel, pero también, de alguna manera, tímida. Por un momento somos dos animales que intentan decidir si esto va a ser un apareamiento o un asesinato.

Me sube las manos para enmarcarme la cara, con las palmas cálidas y ligeramente ásperas sobre mis mejillas. Tiene cuidado de no tocarme el pelo, como si recordara cómo me encogí la primera vez que lo intentó. En lugar de eso, me sujeta con firmeza mientras se inclina, con la boca suspendida justo sobre mis labios. Su aliento, entrecortado y dulce con mi regusto, me produce un cosquilleo en la lengua. Cuando me besa, no es con delicadeza. Es igual que antes: devorador, codicioso, como si estuviera seguro de que esta es nuestra única oportunidad y necesitara memorizar mi sabor antes de que alguien venga a arrancárselo de mi lado. Siento la fricción de su barba incipiente quemándome la barbilla, la mandíbula, la suave parte inferior de mi cuello. Me muerde el labio inferior hasta que gimo y luego alivia la herida con la lengua, susurrando algo en italiano que no consigo entender.

Se echa hacia atrás, lo justo para que sus ojos puedan recorrer de nuevo mi cuerpo. Esta vez, más despacio. Veo el cálculo en su mirada, la forma en que cataloga cada herida que me ha hecho y cada lugar donde aún no he aprendido a protegerme de él. Hay un placer morboso en saber que estoy expuesta, que podría destrozarme con una palabra, pero también en que elige no hacerlo. Por ahora. El corazón me martillea contra las costillas, frenético y eufórico. No sabría decir si es porque confío en él o porque estoy demasiado perdida como para que la confianza me importe lo más mínimo.

Su mirada se desliza hacia abajo, deteniéndose en el punto donde se juntan mis muslos, el interior reluciente por las secuelas de su boca. Me muevo, cohibida, pero él simplemente levanta el pulgar, lo

presiona en la humedad y luego se desliza el mismo pulgar entre los labios. Me saborea, cierra los ojos y deja escapar un suspiro estremecido. Cuando los abre, algo ha cambiado. Hay orgullo, sí, pero también asombro. Como si yo fuera un milagro que no puede creer que le esté permitido tocar.

—Lo justo es justo —grazno, con la voz destrozada por los gritos, por las formas en que me ha desgarrado—. Tú ya has probado.

Le busco el cinturón, con las manos temblorosas pero decididas. La hebilla está fría, el cuero rígido, y mis dedos titubean un momento antes de soltar la púa. Él no me detiene, se limita a observar, con los brazos cruzados a la espalda; una postura de sumisión que es también una amenaza. Podría reducirme en cualquier segundo, pero quiere ver qué haré cuando me salga con la mía.

Consigo soltar el cinturón y sus pantalones se deslizan un poco. Agarro la cinturilla y tiro, dejando al descubierto la línea de vello oscuro que se pierde hasta donde espera su polla, gruesa, furiosa y ya goteando. Me quedo helada, de repente insegura, la adrenalina chocando con la vergüenza. Es enorme. Quiero decir que, físicamente, es casi cómico; como si alguien hubiera diseñado un arma, no una parte del cuerpo. El glande reluce, casi morado, y veo las venas palpitar a lo largo del tronco. No puedo evitar el pequeño jadeo que se me escapa. Es un sonido que harías si vieras una pitón o una pistola cargada apuntándote a la cara.

Él ve mi miedo y, por primera vez desde que lo conozco, Dante parece casi tímido. Coloca una mano suavemente sobre la mía, estabilizando mi agarre. «Ana», gesticula, su mano libre deletreando mi nombre lenta y cuidadosamente. «Esta noche se trata solo de ti».

—No —susurro, y uso mis piernas para atraerlo más, enganchando mis tobillos detrás de sus muslos. Siento la tensión en su cuerpo, la forma en que sus músculos se esfuerzan por no aplastarme—. Te quiero a ti por completo. Quiero esto.

Él duda, sus manos tiemblan mientras me aparta el pelo de la cara. Luego se inclina y me besa de nuevo, esta vez más suave. Me saboreo en sus labios, y es extrañamente dulce. Me estremezco, mi cuerpo respondiendo con renovada urgencia. No puedo creer que ya esté ávida de más.

Se coloca, la punta roma de su polla empujando mi entrada. Estoy lubricada y todavía hinchada de lo de antes, pero él es cuidadoso, presionando solo una fracción cada vez. El primer empujón es

agudo: un dolor como un cuchillo, un desgarro desde dentro, y todo mi cuerpo se tensa. Le clavo las uñas en los bíceps, aprieto tanto los dientes que me saben a hierro. Se detiene de inmediato y me acaricia la mejilla con el pulgar.

«Respira», gesticula, con una sola mano, los ojos urgentes pero suaves. «Relájate. No voy a hacerte daño».

Quiero reírme de eso. ¿Qué es el dolor, después de todo, sino una especie de invasión? Una intimidad forzada. Pero hago lo que me dice. Inspiro aire, lenta y deliberadamente, y obligo a mis músculos a destensarse. Él espera, con una paciencia imposible, hasta que le hago un gesto de asentimiento con la cabeza.

Vuelve a empezar, usando solo el peso de sus caderas para introducirse más en mí. El estiramiento es obsceno, casi insoportable. Siento el chasquido cuando vence la última resistencia y entonces está dentro del todo, hundido hasta la empuñadura. No puedo respirar por un momento. Mi mundo se reduce a la plenitud, a la sensación de que me parten en dos y al mismo tiempo me completan, como si esta fuera la forma que siempre estuve destinada a adoptar.

Dante tiene la cara apretada contra mi hombro. Su aliento es caliente y entrecortado en el hueco de mi cuello, su cuerpo tiembla por el esfuerzo de no moverse. Me doy cuenta, con un extraño destello de placer, de que está tan abrumado como yo. Se está conteniendo, aferrándose a los últimos jirones de autocontrol.

Nos quedamos así, paralizados. Él dentro de mí, yo empalada, jadeante y sin saber si quiero gritar, suplicar o llorar. Siento cómo mi cuerpo se adapta, los músculos se ablandan, el dolor se atenúa hasta convertirse en una molestia sorda y luego, milagrosamente, en algo parecido al placer. Quiero movimiento. Lo necesito.

Inclino las caderas hacia arriba, intentando que penetre más profundo, y el movimiento nos hace jadear a ambos. Me mira —salvaje, sin pestañear— y entonces, por fin, empieza a moverse. Lento, casi reverente al principio, retirándose lo justo para hacerme sentir la pérdida antes de volver a empujar. Cada embestida es una presión mesurada, una puesta a prueba de los límites. Me aferro a él, rodeándole el cuello con mis brazos, anclándome para no resbalar ni volver a romperme en mil pedazos. La fricción es exquisita, un roce en carne viva que enseguida se vuelve resbaladizo. También siento la sangre, un goteo caliente por mi muslo, pero se mezcla con nuestros

jugos y no me importa. Es la prueba de lo que es real, de lo que está ocurriendo.

Poco a poco, acelera el ritmo. El escritorio se mece bajo nosotros, el sonido de la carne contra la carne obscenamente alto en la silenciosa habitación. Los papeles se deslizan al suelo, los bolígrafos ruedan por el borde y caen con estrépito sobre las baldosas. El ritmo aumenta, y con él mi propia excitación. Vuelvo a sentir algo que se enrosca en mi interior, imposible e innegable. El escritorio cruje bajo nuestro peso, mi cuerpo se desliza hacia atrás con cada embestida, y entonces las manos de Dante se posan en mis caderas, sujetándome con firmeza, anclándome a él mientras empuja más profundo.

Me doy cuenta de que estoy llorando. Las lágrimas me caen calientes por las mejillas, no de dolor, sino de la abrumadora intensidad. No puedo hablar, no puedo pensar, solo puedo sentir cómo me llena una y otra vez. El mundo se reduce a los puntos donde nuestros cuerpos se conectan: su polla dentro de mí, sus manos sobre mi piel, su aliento en mi pelo.

Cambia de ángulo y, de repente, golpea algo que hace que chispas blancas exploten detrás de mis ojos. Grito, un sonido que nunca antes había hecho, mitad sollozo y mitad plegaria. Lo hace de nuevo, deliberadamente, observando mi cara mientras me deshago. Sus manos se aprietan en mis caderas, los dedos clavándose en la carne con la fuerza suficiente para dejar más moratones, y yo los recibo con gusto. Quiero sus marcas por todo mi cuerpo.

La presión aumenta, imposible e implacable. No creía que pudiera correrme otra vez, no después de lo que ya me había hecho con la boca, pero esto es diferente. Esto es más profundo, más primario. Mi cuerpo se contrae a su alrededor, ordeñándolo, y lo siento hincharse aún más dentro de mí.

—Por favor —jadeo, sin saber siquiera qué estoy suplicando—. Por favor, Dante.

Su ritmo vacila al oír su nombre. Sus ojos se clavan en los míos y veo cómo algo se rompe en él: el último hilo de contención se quiebra. Se abalanza hacia delante, con una mano enredada en mi pelo a pesar de mi anterior respingo, la otra agarrando mi muslo con tanta fuerza que mañana encontraré moratones con la forma de sus dedos. Sus caderas se estrellan contra las mías con una fuerza brutal, el sonido de piel contra piel resonando por todo el despacho.

El orgasmo me golpea como un disparo: repentino, violento y omnímodo. Grito su nombre mientras mi cuerpo se convulsiona a su alrededor, olas de placer tan intensas que rozan el dolor me recorren. La visión se me nubla, mis uñas le sacan sangre al arañarle la espalda a través de la camisa.

Me sigue hasta el abismo con un rugido silencioso, su cuerpo se pone rígido mientras se derrama dentro de mí. Siento su pulso caliente, llenándome por completo, marcándome desde dentro. Nos quedamos unidos, temblando y jadeando, mientras las réplicas nos recorren.

Lentamente, el mundo vuelve a enfocarse. El escritorio destrozado bajo mis espaldas. Los contratos rotos. El olor a sexo, sudor y sangre impregnando el aire. El peso de Dante oprimiéndome, su aliento entrecortado contra mi cuello.

Durante un largo, largo momento, el único sonido en la habitación es nuestra respiración; ambos boqueando en busca de aire como si nos hubieran ahogado y resucitado.

¿Qué hemos hecho?

¿Qué es lo que no se puede deshacer?

Finalmente se retira, y el vacío es inmediato, agudo. Hago una mueca, me tiemblan las piernas, el amasijo pringoso de él y yo gotea de entre mis muslos sobre los papeles arruinados. También hay sangre. Mi sangre y su semen, una mancha rosácea que se extiende sobre contratos por valor de diez millones de dólares. Mi inocencia —si es que alguna vez la tuve— empapando la caoba, el pergamino y la carne.

Me ayuda a incorporarme, sus movimientos ahora reverentes, casi de disculpa. Saca un pañuelo impecable del bolsillo y limpia el grueso del desastre, con toda la delicadeza del mundo. Apenas puedo mirarlo, la enormidad de lo que hemos hecho se cierne sobre mí como un sudario.

Mi camisa es un caso perdido, los botones esparcidos por el despacho como dientes tras una pelea a puñetazos. Dante se quita la chaqueta del traje y me la pone sobre los hombros; la lana aún está caliente de su cuerpo y apesta a una mezcla de los dos: tabaco, sudor y sexo.

Esto es ridículo. Esto es irreversible.

—Esto no cambia nada —digo con un hilo de voz.

Él asiente, pero sus manos se mueven de otra forma. Dicen: —Lo cambia todo.

17 - Ana

El vestido rojo se desliza sobre mi piel como la vergüenza.

Han pasado tres días desde que lo traicioné todo. Tres días desde que me abrí de piernas para el asesino de papá en su escritorio de caoba. Tres días, y todavía siento el dolor fantasma de él dentro de mí, un vacío que me hace querer arrancarme la piel a arañazos.

No puedo mirarme al espejo. Cada vez que lo intento, la veo a ella: la puta que suplicaba más, que gritaba su nombre como una plegaria. Mis dedos recorren los moratones de mis caderas, marcas de un verde violáceo donde sus manos me agarraron con demasiada fuerza. Pruebas de mi traición pintadas en mi piel como acusaciones.

Este es el mismo vestido que elegí cuando Maria me llevó de compras, cuando todavía pensaba que podría mantener las distancias. Cuando solo era una chica que jugaba a la venganza, no una mujer que sabía lo que se sentía al deshacerse en manos de su enemigo. El escote es lo bastante bajo como para mostrar las marcas que se atenúan en mi cuello, donde me chupó con demasiada fuerza. La tela susurra con cada movimiento, recordándome lo que sentí cuando la arrugó alrededor de mi cintura.

—Papá, perdóname —le digo por señas al espejo, con movimientos tan violentos que me duelen las muñecas, cada gesto una herida autoinfligida.

La puerta del dormitorio se abre sin avisar. Entra Dante, ya vestido con uno de sus trajes oscuros, con el cuello alto para ocultar las cicatrices que he probado. Su visión hace que se me encoja el estómago de autodesprecio y de algo peor: deseo. Incluso ahora, odiándome a mí misma, odiándolo a él, mi cuerpo traidor responde a su presencia. El calor se acumula vergonzosamente entre mis muslos, y quiero morirme por semejante traición.

Deja una nota doblada sobre el tocador sin mirarme directamente. *El coche en veinte minutos. Primera aparición pública. No avergüences a la familia.*

Luego se marcha, pero su colonia perdura. Cigarrillos y sándalo. El olor hace que mi coño se contraiga con recuerdos indeseados. Han pasado tres días desde que me enseñó lo que mi cuerpo podía hacer, y odio seguir anhelándolo.

Me subo la cremallera del vestido con dedos temblorosos. La seda roja se pega en todos los lugares que él ha marcado, una segunda piel que parece una confesión. La tela se me engancha en la cadera amoratada y reprimo un gemido. Cada dolor es un recordatorio de lo completamente que he traicionado la memoria de papá.

El coche parece un ataúd forrado de cuero.

Me pego contra la puerta más lejana, lo más lejos de Dante que el asiento trasero me permite. Podría ser inútil. El espacio entre nosotros vibra con todo lo que hemos hecho, con todo lo que le dejé hacer. Mi cuerpo lo recuerda demasiado bien: su peso, cómo me estiraba, la forma en que me hizo correr hasta que rompí a sollozar.

—Buenas noches, señor y señora Rosetti —dice el conductor, mirando por el retrovisor con una sonrisa—. Hacen una pareja perfecta.

Señora Rosetti. El nombre me revuelve el estómago. O quizá esa sea solo la respuesta de mi cuerpo al estar sentada tan cerca de él, recordando lo que sentí cuando estaba dentro de mí, sabiendo que lo quiero de nuevo a pesar de todo.

Las manos de Dante se mueven en el espacio que nos separa, lo bastante sutiles para que el conductor no se dé cuenta:

—Estás preciosa.

Las palabras me provocan una arcada. Preciosa. Como si no estuviera aquí sentada, ahogándome en autoodio.

—Parezco una puta —respondo por señas, cada movimiento lo bastante afilado como para cortar, lo bastante agresivo como para hacer sangre si las señas pudieran herir.

Aprieta la mandíbula, la única señal de que mis palabras le afectan. Luego sus manos se mueven de nuevo, deliberadas y posesivas:

—Mi puta.

Las palabras se me graban en la piel a fuego, y odio cómo la humedad me inunda entre los muslos. Semejante posesión me da ganas de cruzar el asiento para apuñalarlo o besarlo. Quizá ambas cosas. Me clavo las uñas en las palmas con la fuerza suficiente para

dejarme medias lunas, un dolor que apenas registro contra la guerra que se libra en mi cuerpo.

—El restaurante tiene las mejores vistas de Chicago —continúa el conductor, ajeno a todo—. Muy romántico para una pareja joven.

Romántico. Como si esto fuera una cita en lugar de una actuación. Como si no estuviera aquí sentada, ahogándome en el recuerdo de lo mucho que me ha destrozado para cualquier otro.

Me obligo a mirar por la ventanilla, viendo Chicago pasar borroso. A cualquier sitio menos a él. Pero siento su mirada sobre mí, pesada como manos, y mi cuerpo traidor responde con una humedad por la que me odio.

El restaurante reluce con dinero peligroso, todo cristal y luz de velas y hombres que matan con apretones de manos.

—¡Señor Rosetti! ¡Señora Rosetti! ¡La princesa de la mafia recién casada! —Los fotógrafos se agolpan cerca de la entrada, sus cámaras capturándome del brazo de mi marido. Compongo mi rostro en la sonrisa que aprendí viendo a las esposas de los socios de papá: hermosa y vacía, sin revelar nada. La interpretación de ser la esposa de un mafioso me sale más fácil de lo que debería.

La mano de Dante me quema a través de la seda en la parte baja de la espalda, guiándome entre la multitud. Cuando la mirada de un hombre se detiene demasiado en mi vestido, en las curvas que revela, los dedos de Dante aprietan con más fuerza, posesivos. Su cuerpo se mueve sutilmente, bloqueando la vista del hombre, y odio que su protección me haga sentir más segura. Odio aún más moverme con él por instinto, nuestros cuerpos encontrando un ritmo antes de que mi autodesprecio me alcance.

Otras esposas nos observan desde sus mesas mientras pasamos. Algunas con pena: saben lo que significa casarse para entrar en esta vida. Otras con envidia: soy joven, mi marido es poderoso y no saben que nuestro lecho nupcial es un campo de batalla. Una mujer mayor le susurra algo a su acompañante, con la mirada fija en el moratón que se ve parcialmente en mi hombro. Ella sabe exactamente cómo me lo hice.

En el comedor privado hay cinco hombres con trajes caros, sus ojos siguiéndonos con un interés depredador. Reconozco esa mirada de los socios de papá. Estos son los hombres que mueven cargamentos a través de territorios, que discuten asesinatos mientras beben vino.

—Dante —dice el de más edad, poniéndose en pie—. Y la princesa Moretti. Qué extraña pareja, un Rosetti y una Moretti. Su padre debe de estarse revolviendo en su tumba.

La crueldad despreocupada de sus palabras me hace estremecer. El pulgar de Dante me acaricia la columna. Advertencia o consuelo, ya no sé distinguirlo.

Estamos sentados uno al lado del otro, los negocios lo exigen. Su muslo presiona el mío por debajo de la mesa, y odio cómo responde mi cuerpo, cómo la consciencia de su presencia ahoga todo lo demás.

Discuten sobre territorios y cargamentos mientras finjo seguir su rápido inglés. Pero ahora entiendo más, lo suficiente como para reconocer cuándo mencionan las antiguas rutas de papá por el Medio Oeste. —Se rumorea que la gente de Detroit ha estado haciendo movimientos —dice uno en voz baja—. Ese exaltado de Carlo ha estado tentando a la suerte desde que su primo salió de la cárcel.

El vino sabe a cobre, o quizá sea solo la sangre de morderme la lengua. A nuestro alrededor, las copas de cristal tintinean como campanas de advertencia, y no soy capaz de tragar la comida perfectamente presentada en el plato. La cadera magullada me palpita contra la silla, y cada movimiento me recuerda cómo me hice estas marcas, me recuerda qué manos las dejaron ahí.

—¿Un matrimonio por amor, he oído? —dice un hombre con lascivia, deslizando la mirada por mi cuerpo como si fuera aceite. Su vista se detiene en mi cuello, probablemente viendo las marcas desvaídas que Dante dejó allí.

Dante escribe una nota en mayúsculas en su bloc y la levanta para que todos la vean: *La pareja perfecta*.

Mi inglés mejora cada día, las palabras ruedan por mi boca con más comodidad, se filtran en mis oídos como agua en lugar de sirope. Pero, aun así, creo que he debido de malinterpretar su nota.

Bajo la mesa, su mano encuentra mi muslo a través de la seda. El contacto me quema y mi cuerpo se inunda de una excitación que me odio por sentir. Sé exactamente lo que es: mi coño se humedece por el hombre que mató a papá. La traición de mi cuerpo, que entiende de placer mientras mi corazón grita en señal de protesta.

Cuando mencionan las rutas de papá por Detroit, un recuerdo me asalta: papá en su escritorio, marcando mapas con tinta roja, planeando envíos que nunca llegarían. Ahora estos hombres se reparten su imperio mientras yo estoy aquí sentada con un vestido

rojo, con el cuerpo todavía dolorido por la minuciosidad con que su asesino me reclamó.

Sus dedos dibujan patrones sobre mi muslo mientras los hombres discuten de negocios, y cada caricia me humedece más a pesar del odio que siento por mí misma.

Le agarro la muñeca bajo la mesa y le clavo las uñas. Para, por favor, para, no puedo soportar esto. Pero él le da la vuelta al agarre con suavidad y, de repente, es él quien me sujeta la muñeca, con el pulgar apretando el punto donde se me acelera el pulso. Lo sabe. Sabe que mi cuerpo me está traicionando, sabe que me estoy humedeciendo por él a pesar del odio que me arde en el pecho.

Mi mano libre se mueve hacia el tenedor que está junto a mi plato. Busco el arma en lugar de admitir que mis muslos traidores se están separando a pesar de que cada grito de mi mente les ordena cerrarse. El mango de metal está frío contra mis dedos, una promesa de violencia para contrarrestar esta necesidad enfermiza.

—Esos rumores de Detroit son preocupantes —dice alguien, pero las palabras se desdibujan mientras el pulgar de Dante me acaricia el pulso, notando cómo mi corazón late por él.

Me aferro al mango del tenedor y luego a su muñeca de nuevo, dividida entre la violencia y la rendición. Hace tres días, perdí la virginidad con este hombre. Ahora estoy cenando con su mano entre mis muslos, y mi cuerpo me traiciona con cada aliento. Papá no solo murió esa noche. Yo estoy matando su memoria cada instante que no le clavo este tenedor a Dante entre las costillas.

El momento de elegir llega con el estrépito de cristales.

Las ventanas estallan hacia dentro en una lluvia de cristal y caos.

—¡Por Carlo! —El grito llega acompañado de disparos, con balas que rasgan el aire donde estaban nuestras cabezas hace unos segundos.

Dante se mueve más rápido que el pensamiento, cubriéndome con su cuerpo mientras caemos al suelo. Los cristales llueven sobre su espalda, sus hombros reciben el impacto que iba dirigido a mí. Debería coger mi cuchillo ahora, debería clavárselo entre las costillas mientras está pegado a mí, protector y vulnerable.

En lugar de eso, mis manos se agarran a su chaqueta, atrayéndolo más hacia mí mientras las balas destrozan la habitación por encima de nosotros. Un instinto más profundo que la venganza me hace

buscar su protección, y la traición que eso supone quema peor que el cristal que me está cortando el hombro.

—Quédate abajo —me hace señas contra las costillas, su cuerpo es un escudo entre el infierno que acaba de desatarse y yo.

—Ni hablar —digo contra su pecho, a pesar de que me pego más a él.

—¡Soldados de Detroit! —grita alguien—. ¡Son de Detroit!

Más ventanas se hacen añicos. La lámpara de araña de cristal se estrella contra el suelo, esparciendo diamantes de vidrio por el parqué. Cuento los fogonazos de los disparos: diez, doce, más entrando por las ventanas destrozadas. No son matones cualquiera. Son soldados, entrenados y coordinados, que han venido a por sangre.

—¡Por Carlo! —vuelven a gritar, y ahora lo entiendo. Es una venganza por los rumores que acabamos de oír, la gente de Detroit haciendo su jugada, ese exaltado de Carlo que mencionaron que por fin ha ido demasiado lejos.

Una bala parte la mesa que tenemos encima y me clava astillas en el hombro descubierto. Dante se mueve para cubrirme por completo, y su mano encuentra la mía en medio del caos. No es romántico, es práctico. Si nos separamos en este infierno, si uno de los dos muere…

Pero yo ya le estoy sujetando, le había cogido la mano sin pensar, mi cuerpo lo había buscado antes de que mi mente pudiera detenerlo. Incluso ahora, incluso en este caos, recurro a mi enemigo en busca de seguridad.

Ahora estallan disparos de nuestro lado; la seguridad responde. El aire se llena de humo, de gritos y del olor a cobre de la sangre. Alguien se estrella contra la mesa volcada y la sangre se extiende bajo su cuerpo. No sé si es de los nuestros o de los suyos.

El cuerpo de Dante es una jaula de protección a mi alrededor que recibe todo lo que venga, y lo odio por ello. Lo odio por protegerme. Me odio más a mí misma por aferrarme a él, por el pensamiento traicionero que susurra: «*A él no. No dejes que se lo lleven*».

Porque si alguien va a matar a Dante Rosetti, debería ser yo.

No los de Detroit.

Yo.

18 - Dante

El cristal estalla hacia dentro como una lluvia mortal, mil fragmentos reflejando la luz al caer. Me muevo sin pensar, el puro instinto se apodera de mí mientras me lanzo sobre Ana, cubriendo su cuerpo con el mío. El peso de su cuerpo bajo el mío, su perfume a jazmín mezclándose con la pólvora y el miedo, se registra en un instante mientras el caos estalla a nuestro alrededor.

Su cuerpo se tensa bajo el mío, listo para la violencia incluso inmovilizada por mi peso. Han pasado tres días desde que andamos con rodeos sobre lo que pasó en mi escritorio, y ella todavía se mueve como si me perteneciera, respondiendo a mi contacto incluso cuando se resiste a que la proteja.

—Estate quieta —le indico por señas contra las costillas, mientras mi cuerpo es un escudo entre ella y el infierno que acaba de desatarse.

A través de las ventanas destrozadas, los cuento: ocho, diez, doce. Soldados de Detroit entrando a raudales como cucarachas, con equipo táctico y armas automáticas. No son matones callejeros. Son asesinos entrenados. La forma en que se mueven, cubriéndose los ángulos los unos a los otros, demuestra un entrenamiento profesional.

—¡Por Carlo! —El grito de guerra desgarra el restaurante—. ¡La zorra de los Rosetti muere esta noche!

La zorra de los Rosetti. No yo. Ella.

La sangre se me hiela y luego me arde. Han venido a por Ana. Mi Ana. Una rabia posesiva inunda mi cuerpo y mi visión se vuelve nítida como el cristal. Cada salida, cada ángulo, cada objetivo catalogado en un instante.

El codo de Ana me golpea en las costillas mientras se retuerce bajo mi cuerpo, luchando por liberarse. Su respiración cambia. Reconoce ese nombre. Carlo. La revelación flota entre nosotros, densa como el sabor metálico del cobre.

Vuelco nuestra mesa con una mano; el pesado roble se estrella contra el suelo creando una cobertura. Los platos se hacen añicos, el vino se derrama sobre el lino blanco. Una barrera temporal, pero es algo.

—Pistola —le indico por señas contra las costillas—. Tobillo derecho.

No pregunta, simplemente alarga la mano y encuentra mi arma de repuesto con facilidad. ¿Cuándo ha aprendido a moverse así? ¿Quién le ha enseñado? Los celos me abrasan antes de reprimirlos. Ahora, concentración; posesión, después.

Cuando yo ruedo hacia la izquierda, ella rueda hacia la derecha y se apoya sobre una rodilla con el arma ya en alto. Es como si ya hubiéramos bailado este baile. Como si nuestros cuerpos conocieran el ritmo del otro desde aquella noche en que aprendí cada sonido que era capaz de emitir.

Tres disparos. Dos hombres caen.

Joder, ¿cuándo ha aprendido a disparar así?

Nos movemos sin palabras, sin señas, nuestros cuerpos funcionan por puro instinto. Ella cubre la zona alta mientras yo me encargo de la baja. Cuando necesita recargar, yo ya me he puesto delante de ella. Cuando un atacante me flanquea, su cuchillo pasa zumbando junto a mi oreja y se le clava en la garganta. ¿De dónde coño ha sacado un cuchillo?

Sincronización perfecta. Como en el escritorio, esa misma compenetración instintiva de cómo encajamos, pero esta vez con violencia en lugar de placer. Se me remueve la polla, es inapropiado. A mi pequeña asesina le gusta pelear, y joder si eso no hace que la desee más.

La primera oleada cae rápidamente. Mi cuchillo encuentra una garganta, silencioso y eficaz. Los disparos de ella se agrupan, precisos, en el centro del pecho. Giramos el uno en torno al otro como bailarines, si los bailarines pintaran con sangre y se movieran al son de una sinfonía de gritos.

—Cocina —le indico por señas, y ella asiente, ya en movimiento.

Nos movemos fluidamente a través del caos, ella cubriendo nuestra retaguardia mientras yo despejo el camino. Un hombre la agarra del brazo. Ella le da un tajo con un cuchillo de carne que ha conseguido, abriéndole la muñeca hasta el hueso. Le parto el cuello

para rematar la faena, asegurándome de que nunca volverá a tocar lo que es mío.

Ana me observa trabajar, y el ardor que le llena la mirada hace que me ponga más duro de lo que debería en medio de un baño de sangre. A mi pequeña guerrera, que luchó tan ferozmente cuando la tomé, le gusta verme matar por ella. Esa contradicción suya, inocente y letal, me oprime el pecho.

Las puertas de la cocina se abren de golpe cuando nos acercamos. Cuatro soldados más de Detroit, intentando flanquearnos. Ana no duda, lanza el cuchillo a la perfección y le acierta a uno en la garganta. El sonido húmedo que hace al caer le dilata las pupilas.

¿Cuándo coño ha aprendido a hacer eso? Vuelven los celos, más candentes. Alguien le ha enseñado. Alguien la ha tocado para colocarle el brazo, para enseñarle cómo agarrar el arma. Mía, gruñe la bestia en mi pecho. Ahora es mía, sin importar quién estuvo antes.

Estamos ganando. Juntos, estamos ganando. Su vestido, ese vestido rojo que me hizo recordar cómo la abría sobre mi escritorio, se arremolina mientras se mueve, salpicado de sangre que no es la suya. Nunca la suya. Pintaré Chicago de rojo antes de dejar que le hagan daño.

Ana se aparta de mi lado en un giro, levantando la pistola para otro disparo. Tres balas, perfectamente agrupadas. El atacante cae. Pero cuando se vuelve, lo veo: el rojo floreciendo en su manga blanca, extendiéndose como una acusación.

Su sangre.

El mundo se sume en el silencio. Luego, en el rojo.

No es la violencia controlada que he estado ejerciendo. Esto es otra cosa. Algo que nace de ver su sangre, SU sangre, derramada en mi mundo. La bestia que mantengo a raya se libera, y cada hombre que todavía respira ha firmado su sentencia de muerte en el momento en que esa bala le ha rozado la piel.

Me convierto en el monstruo del que se susurra en Chicago.

El siguiente atacante no muere sin más. Lo destruyo. Los huesos crujen como percusión, cada fractura una nota en la sinfonía de mi rabia. Su amigo intenta huir. Lo alcanzo en la puerta, y lo que sucede a continuación hace que Ana jadee. Pero no puedo parar. Su sangre exige un pago en gritos.

—¡Dante! —La voz de Ana atraviesa la neblina. Dice mi nombre, pero yo solo veo rojo.

Otro menos, con la garganta tan aplastada que nunca volverá a gritar. Otro, arrojado a través de lo que queda de una ventana; la caída se encargará de lo que mis manos empezaron. Ya no estoy luchando. Estoy borrando del mapa. A cada hombre que vino aquí pensando que podía tocarla, hacerla sangrar, arrebatármela.

Un movimiento a mi espalda. Me giro, listo para destruir, pero Ana ya está ahí. Vacía el cargador en el tirador que me tenía a tiro, me salva la vida mientras su propia sangre le gotea por el brazo. Los disparos se agrupan perfectamente a pesar de su herida, a pesar de todo.

—Dante —me dice por señas con la mano buena, y algo en su mirada me devuelve a la realidad—. Te necesito.

No para la violencia. Para estar a salvo. Me necesita a mí, no al monstruo.

La cojo en brazos, ignorando sus protestas. —Puedo andar —insiste ella, pero su voz titubea y el shock empieza a hacerle efecto. La mancha de sangre de su manga se extiende con cada latido, y cada gota hace que la bestia en mi pecho aúlle pidiendo más venganza.

Pero me necesita a mí. Solo a mí.

El equipo de Nico inunda el restaurante, con la eficiente limpieza ya en marcha. Marco está al teléfono, encargándose de la respuesta policial con su autoridad habitual. Pero a mí solo me importa la mujer que tengo en brazos, con su sangre calando mi camisa allí donde se aprieta contra mí.

La puerta del coche se cierra de un portazo a nuestra espalda mientras Tommy pisa a fondo y los neumáticos chirrían contra el asfalto. Ahora tengo las manos manchadas con la sangre de Ana, literalmente, de presionar su herida. Verla me da ganas de dar media vuelta para asegurarme de que todos los hombres que entraron en ese restaurante mueran entre gritos.

—Estás herida —le digo por señas con una mano, con el otro brazo como acero alrededor de su cintura.

—Ha merecido la pena —me responde por señas, y hay algo tierno en su mirada a pesar del dolor—. Te he salvado.

Lo ha hecho. Del tirador que no vi. De la rabia que me habría consumido por completo. De mí mismo.

Su cuerpo tiembla contra el mío, el bajón de adrenalina golpeándola con fuerza. —Hemos luchado bien juntos —susurra, y

percibo asombro en su voz. El reconocimiento de lo que somos juntos.

Perfectos. Somos perfectos juntos, en la violencia como en todo lo demás.

Apenas podía sostener un cuchillo el día de nuestra boda, y esta noche ha lanzado cuchillas con una precisión letal y ha agrupado las balas en el centro del torso. No es buena en el cuerpo a cuerpo, pero… La próxima vez que intente matarme, debería probar a hacerlo desde el otro lado de la habitación.

—Has aprendido a luchar —le digo por señas, observando su rostro con atención—. ¿Quién te ha enseñado?

Aparta la mirada, y algo parpadea en sus ojos. —Mi tío. Antes de… —No termina la frase, pero lo entiendo. Antes de aquella noche. Antes de que todo cambiara.

La bestia posesiva de mi pecho se calma un poco. No han sido las manos de otro hombre las que la han tocado recientemente. Familia. Entrenamiento de antes de que fuera mía. Eso puedo aceptarlo.

—Lo hablaremos en casa —le digo por señas, y luego añado con una certeza posesiva—: Todo. Cada secreto.

Porque si algo ha demostrado esta noche es que Ana Rosetti es exactamente quien se supone que debe ser. Mi igual. Mi par. Mi perfecta y letal esposa que me salva mientras sangra, que lucha como folla: con total abandono y una precisión devastadora.

—A casa —le ladro a Tommy, la palabra áspera en mi garganta—. Ahora.

Ana se aprieta más contra mí, su mano buena encuentra la mía y pone el pulgar sobre mi pulso, como si hubiera aprendido mis costumbres. Marcándome como yo la he marcado a ella. La sangre en nuestras manos unidas ya no es toda suya. Es nuestra. Mezclada en la violencia como nuestros cuerpos se mezclaron en el placer.

Tres días evitándonos que han acabado en sangre y reconocimiento. No es solo la mujer que reclamé. Es la compañera que nunca supe que necesitaba. Y está sangrando.

Eso no puede quedar así.

Alguien pagará por cada gota. Pero primero, necesito cuidarla. Tocarla. Confirmar que está entera y que seguirá así.

La ciudad se desdibuja tras las ventanillas mientras corremos hacia casa, la sangre de Ana todavía caliente en mis manos, su cuerpo todavía temblando contra el mío.

19 - Ana

—Primero tus manos —digo, sujetando a Dante por la muñeca antes de que pueda alcanzarme el brazo—. La sangre de sus nudillos parece negra bajo la luz tenue de nuestra suite, con la piel abierta por donde el hueso ha impactado contra la carne demasiadas veces esta noche.

Hace un gesto impaciente hacia mi brazo.

—Mi brazo puede esperar. —Lo guío hacia el cuarto de baño, agarrándolo con firmeza por la muñeca. La precisión que Zio Roberto me enseñó a usar con los cuchillos funciona igual de bien para curar heridas—. Apenas sangra. Tienes los nudillos hechos polvo.

Las mismas manos que estuvieron dentro de mí hace tres días, haciéndome gritar su nombre. Ahora están cubiertas de sangre por protegerme. El recuerdo provoca que la humedad se acumule entre mis muslos, y me odio por semejante traición. A mi cuerpo le da igual la venganza. Solo recuerda cómo esas manos me hicieron deshacerme.

Bajo la cruda luz del baño, los daños parecen peores. Hendiduras profundas en todos los nudillos, un corte tan hondo que puedo ver algo blanco debajo. El olor metálico de la sangre se mezcla con su colonia; violencia y sándalo. Se me endurecen los pezones contra el vestido, pero mi cuerpo tiene un gusto pésimo para lo que le excita.

Abro el agua tibia del lavabo y compruebo la temperatura antes de cogerle la mano. Deja que lo coloque, observándome el rostro en lugar de sus heridas mientras empiezo a limpiar la sangre. El agua corre rosada, luego roja y después rosada de nuevo.

—No tenías por qué haber sido tan radical —digo, aplicando antiséptico en el peor corte. No se inmuta, solo sigue observándome con esos ojos oscuros que me vieron desnuda y suplicante hace solo unos días—. Me refiero a la violencia. Podrías haberte limitado a…

Su mano libre se mueve bruscamente. —Tu sangre. —Una pausa, y luego sus ojos se vuelven negros; la misma mirada que puso antes

de romperle la columna a ese hombre—. Vuelven a tocarte y morirán más despacio.

Simple. Absoluto. El tipo de promesa que hace que mi coño se contraiga a pesar de todo.

—Apenas me han rozado —replico, pasando a su otra mano, tratando de ignorar cómo mis muslos se aprietan en busca de fricción—. Le has roto la columna a ese hombre.

—Te hizo sangrar.

Como si eso lo explicara todo. Como si el derramamiento de mi sangre mereciera cualquier grado de violencia.

Su pulgar me roza la muñeca mientras lo vendo, el mismo agarre de cuando me sujetó las muñecas por encima de la cabeza, de cuando me hizo suplicar. Se me corta la respiración, y él se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta. Sus ojos se oscurecen con reconocimiento, recordando exactamente lo mismo que yo.

—Ahora tú —gesticula Dante cuando termino de vendarle los nudillos, y su mirada cae donde mis pezones se marcan contra la seda.

—No es nada…

Ya está tirando de mí hacia la cama, haciéndome sentar mientras coge el botiquín. Cuando se arrodilla frente a mí y me sube la manga, ambos lo vemos: un rasguño superficial de unos siete centímetros de largo. Suerte. Una suerte increíble.

Le tiemblan ligeramente las manos mientras limpia la herida. No de miedo. De rabia. Quiere volver, quiere matarlos a todos de nuevo por esta pequeña herida que me han causado. La violencia controlada en él hace que se me revuelva el estómago y me palpite el coño. *Cristo, ¿qué me pasa?*

—Estoy bien —digo, observándolo trabajar con un cuidado innecesario. Mi voz sale entrecortada, afectada por su proximidad—. En serio, Dante, es solo un arañazo.

No responde, demasiado concentrado en limpiar cada mota de sangre. El cuello roto de su camisa se abre al inclinarse hacia delante y las veo. Cicatrices en la garganta, blancas contra la piel aceitunada, deliberadas y crueles. La visión me oprime el pecho, pero también… Dios me ayude, quiero recorrerlas con la lengua.

Mi mano se mueve sin permiso, deteniéndose justo antes de tocarlo. —¿Puedo?

Se queda completamente inmóvil, con esa quietud de depredador que paraliza a la presa. Su mano sale disparada y me agarra la muñeca con fuerza suficiente para dejarme un moratón. Por un segundo, veo al asesino que todos temen, al hombre que podría romperme los huesos como si fueran ramitas. Mi pulso se acelera bajo su pulgar, y la humedad inunda mis bragas.

Entonces, lenta, deliberadamente, guía mi mano hacia su garganta. Permiso y advertencia a la vez.

Mis dedos son suaves al trazar la peor de ellas, una línea irregular que le cruza la garganta. El tejido cicatricial está abultado, áspero, cálido bajo mi tacto. Por esto no puede hablar. Alguien le hizo esto, le quitó la voz con deliberada crueldad. Las cicatrices son antiguas, pero extensas, y me arden los ojos con lágrimas que me niego a derramar.

—¿Hace diez años? —susurro, mientras mi dedo recorre el rastro de una antigua violencia.

Su respiración cambia, su pecho sube y baja más deprisa. Asiente.

La masacre. En la misma época en que murió papá. No es una coincidencia. Está conectado; todo está enredado en sangre y secretos.

—Muéstramelas —digo antes de poder evitarlo—. Todas.

Los ojos de Dante escudriñan los míos, buscando burla, lástima, repulsión. Al no encontrar nada de eso, se levanta lentamente y se desabrocha los botones de su camisa destrozada.

La tela cae, y me olvido de cómo respirar.

Su cuerpo es un mapa de tortura. Pero debajo de las cicatrices, sigue siendo devastadoramente masculino. Músculos duros, la V que desaparece en sus pantalones, el mismo cuerpo que vi entrenando en el gimnasio y el mismo que cubrió el mío hace tres días. Mi coño traidor se contrae al recordarlo, incluso mientras se me rompe el corazón al ver el daño.

Cicatrices sistemáticas le cruzan el pecho, las costillas, los hombros. No es violencia aleatoria, sino crueldad deliberada. Quemaduras que sin duda son de cigarrillos. Heridas de cuchillo demasiado precisas para ser de una pelea. La habitación parece más pequeña sin su camisa, el aire más denso.

—¿Quién te ha hecho esto? —susurro, con la mano suspendida sobre una cicatriz particularmente cruel que le cruza las costillas. Lo bastante cerca para sentir el calor que irradia su piel.

Se encoge de hombros, pero hay asesinato en su mirada. Su mano me rodea la garganta, con suavidad, pero de forma posesiva. Su pulgar presiona donde sus marcas se han desvanecido, y sé que está pensando en volver a ponerlas. Se me endurecen los pezones dolorosamente.

—La masacre —digo, las piezas encajan mientras mi cuerpo responde a su tacto—. Esto ocurrió durante la masacre. Estamos conectados por esa noche.

Asiente una vez, su pulgar acaricia el punto donde siento el pulso, que se acelera por las razones completamente equivocadas.

—Te torturaron —Las palabras me queman en la lengua—. Alguien te sujetó y te hizo esto.

—Ambos perdimos esa noche —dice con la mano libre en lenguaje de signos.

La verdad de sus palabras me atraviesa. Él también sufrió. Conectados por el momento, por la sangre, por pérdidas que ninguno de los dos eligió. Mi cuerpo tiembla, abrumado por necesidades contradictorias. Consolar, matar, subirme a su regazo y follar para ahuyentar el dolor de ambos.

Las lágrimas brotan antes de que pueda detenerlas, calientes y vergonzosas, por mis mejillas.

Estoy llorando por mi enemigo. Llorando por el hombre que mató a Papa. La traición me quema más que el rasguño del brazo, pero no puedo parar. Peor aún, tengo el coño húmedo mientras lloro; mi cuerpo es un completo traidor que lo desea incluso en medio del duelo.

Su pulgar me aparta una lágrima, y dice por señas: —Las guerreras no lloran por sus enemigos.

—Entonces, ¿qué soy yo? —susurro, cogiéndole la mano y apretándola con más fuerza contra mi garganta. Necesito el ancla de su contacto aunque me odie por ello.

—Mía —dice por señas con la mano libre, con una certeza posesiva en cada movimiento—. Mi guerrera. Mi enemiga. Mi esposa.

Extiendo la mano sin pensar, con la palma plana sobre la peor cicatriz, la que tiene sobre el corazón. Su piel quema bajo mi contacto. Él cubre mi mano con la suya, apretándola más en lugar de apartarla.

Se supone que estoy curándole las heridas, pero mis dedos descienden más de lo necesario, siguiendo la uve de músculo que

desaparece en sus pantalones. Mis muslos se contraen.

Se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta. Me coge la mano y sus ojos prometen que él también se acuerda. Se está poniendo duro, la evidencia presiona contra sus pantalones, y se me hace la boca agua. Odio saber a qué sabe cuando solo debería saber cómo sangra.

—Sientes demasiado —dice por señas con la mano libre.

—Lo siento todo —admito, con las palabras en carne viva—. Odio que seas humano. Odio que se me humedezca el coño cuando matas por mí. Odio saber exactamente a qué sabes.

Sus ojos se oscurecen hasta volverse negros y, por un momento, creo que va a ceder, a cerrar la distancia entre nosotros. Su polla está completamente dura ahora, y mi cuerpo grita que me ponga de rodillas, que me la meta en la boca, que aprenda también a qué sabe esa parte de él, que lo olvide todo en el limbo del sexo.

En lugar de eso, retrocede, dándome espacio cuando cada línea de su cuerpo dice que quiere reclamarme contra la superficie más cercana.

Me aparto bruscamente de su contacto y voy trompicando hacia el cuarto de baño. —No puedo. Necesito…

No me sigue, no intenta detenerme. Se limita a observar con esos ojos oscuros que ven demasiado, que saben exactamente lo húmeda que estoy, cuánto lo deseo a pesar de todo.

La puerta del baño se cierra con un clic satisfactorio. Me apoyo en ella, con el pecho agitado, los muslos apretados intentando aliviar el dolor que siento entre ellos.

En el espejo me devuelve la mirada una mujer salvaje. Con las mejillas manchadas de lágrimas, sangre en el vestido y unos ojos que no pueden conciliar lo que han visto. ¿Es esto una hija? ¿Una esposa? ¿Una puta que se moja mientras llora por las cicatrices de su enemigo?

Me agarro al lavabo hasta que mis nudillos están como los vendados de Dante. La sangre de Papa exige justicia. Pero mi cuerpo exige el contacto de Dante, su polla, su posesión. La guerra entre estas dos verdades me está destrozando.

—¿Quién eres? —susurro a mi reflejo.

Fuera, oigo a Dante moverse en silencio, dándome espacio pero manteniéndose cerca. Sigue protegiéndome, incluso de mí misma. Está ahí fuera, duro y deseoso, respetando mi necesidad de distancia

cuando ambos sabemos que estoy lo suficientemente húmeda como para recibirlo ahora mismo.

Todavía tengo que matarlo. El pensamiento llega con una fría certeza, incluso mientras mi cuerpo palpita de necesidad. La sangre de Papa lo exige, y no puedo deshonrar su memoria más de lo que ya lo he hecho. Pero mi cuerpo arde por el enemigo, húmedo y dolorido y completamente arruinado para cualquier otro hombre.

20 - Dante

Ana duerme en el sofá; la medicación para el dolor hace que respire profunda y acompasadamente. Su brazo herido descansa sobre una almohada, con vendas nuevas manchadas de sangre que hacen que apriete la mandíbula cada vez que las miro. El vestido rojo de anoche yace destrozado en el suelo, prueba de lo cerca que estuvo Detroit de arrebatarme lo que es mío.

La observo desde mi sillón, incapaz de apartar la mirada. Incluso drogada y herida, es devastadora. La forma en que luchó anoche: tres muertes perfectas con un cuchillo de la cena y una pistola prestada. La polla se me pone dura al recordarlo. Mi pequeña guerrera.

La puerta se abre sin que nadie llame.

Solo una persona en esta puta casa se atrevería.

—Hermano —la voz de Luca tiene ese tono específico que hace que la gente cuerda eche mano a las armas—. Hermana.

Esa sonrisa retorcida asoma a sus labios mientras entra sin ser invitado, y sus ojos azul pálido ya lo están analizando todo. La postura de Ana, sus vendas, el vestido destrozado en el suelo como una promesa de violencia.

Ha vuelto de dondequiera que Marco lo enviase y, por supuesto, ha venido directo a mi dormitorio. Al dormitorio de Ana.

Me interpongo entre ellos antes de que mi desquiciado hermano dé un paso más. Mi cuerpo le bloquea la visión de ella, con los hombros tensos en una clara advertencia. *Tócala y olvidaré que compartimos sangre.*

—Protector —Luca ladea la cabeza, estudiando mi postura con interés académico—. Qué raro en ti, Dante. Nunca antes te habían importado tus juguetes.

Mis manos signan, tajantes y agresivas: «No es un juguete».

—¿No? —da una vuelta por la habitación, como un depredador que estudia a su presa, intentando conseguir un mejor ángulo para ver a Ana—. He oído que anoche mató a tres hombres. Con eficacia.

El modo en que dice «con eficacia» me da escalofríos. Como si estuviera evaluando su actuación, puntuando su técnica. Sus pálidos ojos azules tienen ese brillo particular que aparece cuando ha encontrado algo interesante que diseccionar.

—El corte en la garganta ha sido especialmente limpio —continúa, acercándose al sofá—. ¿Y usar un cuchillo de carne? Creativo. La mayoría de la gente no se da cuenta de que el filo de sierra puede abrir una arteria tan bien como cualquier otra hoja.

Mi mano signa una sola frase: «Aléjate».

Hace una pausa y su terrible sonrisa se ensancha. —Solo observo. Es fascinante.

Ana se remueve en el sofá. El movimiento hace que haga una mueca, incluso dormida. La mirada de Luca se agudiza, centrándose en su brazo vendado con una intensidad inquietante.

—¿Puedo ver la herida?

La pregunta queda suspendida en el aire como una amenaza. No me molesto en signar, simplemente me coloco con más firmeza entre ellos. El mensaje es claro: por encima de mi cadáver.

Luca se ríe, una risa suave y perversa. El sonido me tensa los hombros. —Nunca has compartido tus juguetes, hermano. Ni siquiera de niños.

«No. Es. Un. Juguete». Cada signo es lo bastante violento como para cortar.

—No —concede, ladeando la cabeza—. Ella es algo completamente distinto. Algo que mata tan maravillosamente como folla, me imagino.

La temperatura desciende en picado. Sabe lo del escritorio. ¿Cómo? ¿Cámaras? ¿O es simplemente esa asombrosa habilidad suya para ver más de la cuenta? No importa. Lo que importa es la forma en que la mira, como si fuera un proyecto que quiere desmontar para entenderlo.

Los ojos de Ana se abren de repente, completamente alerta a pesar de la medicación. Su cuerpo se tensa, reconociendo el peligro antes de que su mente sea consciente de ello. Chica lista. Nos mira a ambos, interpretando la tensión, y su mano buena se mueve sutilmente hacia donde guarda el cuchillo.

—Usted debe de ser Luca —dice con la voz ronca por el sueño, pero firme.

—El hermano psicópata —lo dice alegremente, como si fuera un título que se ha ganado—. Sí.

Me mira, y veo cómo lo registra todo. Mi posición, mi tensión, la forma en que uso mi cuerpo como escudo. Sus ojos me hacen una pregunta que no puedo responder: «¿Es peligroso para mí?».

Sí. Siempre. Sobre todo ahora que se ha interesado por ella.

—¿Disfrutó? —pregunta Luca de repente, acercándose.

Me muevo para bloquearle el paso, pero él se limita a sonreír y continúa.

—Matarlos. La sangre. La forma en que la luz abandona sus ojos. ¿La excitó?

La mano de Ana se mueve de nuevo hacia el cuchillo, y percibo el ligero temblor en sus dedos. No es miedo. Es reconocimiento. Ve lo que es, lo que podría hacer.

—Esa es una pregunta inapropiada —dice con cautela.

—¿Lo es? —Luca ladea la cabeza hacia el otro lado—. Mató por mi hermano. Eso es íntimo. Más íntimo que follar, la verdad. El sexo son solo cuerpos. Pero ¿matar por alguien? Eso es el contacto entre almas.

Da otro paso hacia ella y le agarro la muñeca. Una advertencia. La primera y la última.

El enfrentamiento entre hermanos dura tres latidos. Sus pálidos ojos azules se encuentran con los míos, y por un momento, veo lo que vive bajo su piel. La razón por la que incluso los asesinos más curtidos se cruzan de acera para evitarlo. Entonces sonríe, una sonrisa perversa y brillante, y se retira.

—Qué susceptible —observa—. Igual que aquella noche.

—¿Qué noche? —pregunta Ana desde el sofá, frotándose el brazo herido con la mano buena.

—La noche en que todo cambió —Luca la observa ahora con una concentración inquietante—. Hace diez años. Tiene sus ojos.

—¿Los ojos de quién?

—Del muerto —su sonrisa se ensancha—. Al final, todos los muertos tienen los mismos ojos. Ese reconocimiento sorprendido cuando se dan cuenta de que todo ha terminado.

Mis manos se mueven con brusquedad: «Vete. Ahora».

—¿Te he molestado? —pregunta con inocencia, pero ambos sabemos que no es así. Todo lo que hace Luca está calculado para causar el máximo daño.

Se dirige hacia la puerta, pero se detiene para estudiar a Ana una vez más. —Podría enseñarte cosas —le ofrece en tono casual—. Perfeccionar tu técnica. A ese manejo del cuchillo le vendría bien un pulido.

Estrello la mano contra la pared y el sonido retumba por la habitación. Tanto Ana como Luca se quedan helados. El mensaje está claro sin necesidad de palabras ni señas. Eso no va a pasar nunca. La sola idea de que Luca le ponga las manos encima a Ana, enseñándole su particular estilo de violencia…

—Interesante —murmura Luca—. Qué respuesta tan violenta para protegerla.

Ya está en la puerta, con la mano en el pomo, pero se vuelve con esa sonrisa perversa.

—Va a destruirte, hermano. —No es una amenaza. Es una observación—. O os destruiréis mutuamente. Eso es lo que hace el amor en esta familia.

A Ana: —Me recuerdas a alguien.

—¿A quién? —pregunta ella, aunque veo que en realidad no quiere saberlo.

Esa terrible sonrisa se ensancha. —A alguien que me convirtió en lo que soy.

Y entonces se va, dejando un silencio que pesa más que su presencia. Ana y yo nos quedamos mirándonos de un lado a otro de la habitación, ambos procesando lo que acaba de ocurrir.

—¿Es él siempre…? —empieza a decir por señas, y luego se detiene, sin saber cómo terminar.

Asiento. Siempre peligroso. Siempre perverso. Siempre mi hermano.

—Aléjate de él —le digo por señas, acercándome al sofá ahora que se ha ido.

—¿Crees que me haría daño?

Me planteo cómo responder. Luca no se limita a hacer daño a la gente. Los deshace, encuentra lo que los hace sentir completos y se lo arrebata. El dolor físico le parece algo trivial. Prefiere el tipo de daño que nunca cicatriza.

—Creo que lo intentaría —digo por señas finalmente—. Por diversión. Para ver qué aspecto tienes rota.

Ella lo procesa, y veo cómo algo cambia en su mirada. Está reconociendo el peligro que habita entre estas paredes,

comprendiendo que la amenaza no siempre es externa. A veces comparte tu sangre.

—Tienes miedo —dice en voz baja—. No de él. De lo que podría hacerme a mí.

Asiento y me siento en la mesita de centro, frente al sofá. Lo bastante cerca para tocarla, pero sin tocarla. La medicación suaviza su mirada, pero veo la agudeza que hay debajo. Mi guerrera procesando nueva información.

—Lo sabe —dice por señas, con cuidado—. Lo nuestro. Lo del escritorio.

Un ardor me consume el pecho al recordarlo. Ella, abierta sobre la caoba, los contratos arruinados bajo su cuerpo, mi nombre en sus labios mientras se corría. El recuerdo hace que se me agite la polla, incluso ahora, incluso con la sombra de Luca todavía en la habitación.

—Sabe demasiado —convengo.

Ana se mueve en el sofá, haciendo una mueca de dolor cuando el movimiento tira de su herida. Sin pensar, alargo el brazo y dejo la mano suspendida sobre su brazo vendado. No se aparta, así que dejo que mis dedos acaricien el vendaje sin llegar a tocarlo.

—He matado por ti —dice en voz baja—. Tiene razón en que eso es íntimo.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Ha matado por mí. Me ha salvado del tirador que no vi. La bestia posesiva de mi pecho ronronea ante el recuerdo. Mi mujer, mi guerrera, mía.

—¿Más íntimo que follar? —digo por señas, haciéndome eco de las palabras de Luca.

El color le inunda las mejillas, y joder si ese sonrojo no hace que me den ganas de abrirla de piernas aquí mismo, herida o no. De enseñarle exactamente lo íntimos que podemos llegar a ser. Pero necesita recuperarse. Necesita estar entera antes de que la tome de nuevo.

—Es diferente —responde por señas—. Ambas fueron… elecciones.

Elecciones. Eligió matar por mí. Eligió abrir las piernas para mí. Me eligió a mí, aunque todavía no lo haya admitido.

Me inclino hacia ella, incapaz de resistirme. Su respiración se entrecorta cuando presiono mi frente contra la suya, con cuidado de no moverle el brazo herido. Nos quedamos así, compartiendo el

aliento, en un momento cargado con todo lo que no estamos diciendo.

—Me ha dado miedo —admite contra mi boca—. No como los otros. Diferente. Perverso.

—Bien —digo por señas contra su mejilla—. El miedo te mantiene con vida con Luca cerca.

Se echa un poco hacia atrás para mirarme. —¿Me protegerías? ¿Incluso de tu propio hermano?

—De cualquiera —digo por señas, y lo digo en serio—. Cualquiera que amenace lo que es mío.

La posesividad de mis señas hace que se le entrecorte la respiración. Veo su pulso acelerarse en la garganta, en el mismo punto que marqué con mi boca. El moratón se ha desvanecido, y quiero volver a marcarlo. Quiero que todo el mundo vea que me pertenece, especialmente mi hermano con su sonrisa perversa y su interés perturbador.

—Debería odiar eso —dice por señas—. Que me llames tuya.

—¿Pero?

Cambia al italiano. —*Ma sto prendendo antidolorifici e tutto sembra morbido e tu mi guardi come se…* —deja la frase en el aire, y levanta la mano sana para tocarme la cara.

Como si quisiera devorarla. Como si quisiera envolverla en seda y encerrarla donde solo yo pudiera tocarla. Como si fuera a quemar el mundo para mantenerla a salvo.

Todo cierto.

Sus dedos me recorren la mandíbula, y me giro para depositar un beso en su palma. Sabe a residuos de pólvora y al regusto metálico de la sangre seca, a violencia y vulnerabilidad. Perfecto.

—Duerme —digo por señas—. Yo vigilo.

—Tú siempre vigilas —murmura, hundiéndose ya de nuevo en los cojines.

Siempre.

Mientras se vuelve a dormir, me acomodo en mi silla. De guardia. Vigilando.

Las palabras de Luca resuenan en el silencio: «Va a destruirte».

Quizá. Pero a cualquier otro que intente tocarla, lo destruiré yo primero. Sea mi hermano o no.

21 - Ana

Bajar las escaleras del sótano es como descender a mi propia tumba. Cada escalón me adentra más en una parte de la mansión Rosetti que nunca he visto, que nunca he querido ver. El aire se vuelve denso con algo que no es solo humedad. Sabe a cobre, a todos los gritos que estas paredes se han tragado.

Como la vieja bodega de Roma donde papá me enseñó a esconderme durante las redadas, solo que esto no es para esconderse. Esto es para algo peor.

—No deberías estar aquí —signa Dante por tercera vez, con gestos bruscos y cargados de frustración.

—El ataque fue contra mí —le respondo en el mismo lenguaje, con gestos igual de agresivos—. Tengo derecho a saber por qué.

Se me revuelve el estómago y tengo que tragar bilis. Hace tres días, cuando Dante aniquiló a aquellos hombres en el restaurante, creí que había visto el alcance de su violencia. Pero este descenso deliberado a un lugar diseñado para el sufrimiento es diferente. Este es el momento en el que dejo de luchar contra aquello en lo que me he convertido. La hija de papá saldría corriendo. La esposa de Dante se queda.

Detrás de nosotros, Marco baja con pasos medidos, y su presencia llena la estrecha escalera. Le sigue Nico, con un cuaderno en la mano; su porte militar hace que el espacio parezca aún más angosto. Pero es Luca quien me pone la piel de gallina; sus pasos son demasiado ligeros, demasiado impacientes, como si nos dirigiéramos a un lugar agradable en vez de al infierno.

La insonorización se hace evidente en cuanto llegamos abajo. Las paredes son gruesas, reforzadas, diseñadas para contener lo que sea que ocurra aquí abajo. El silencio parece vivo, me presiona los tímpanos.

—Bienvenidos a mi taller —dice Luca con alegría, señalando una pesada puerta de metal—. He preparado algo especial.

Sus ojos pálidos reflejan las luces fluorescentes, haciendo que parezcan casi plateados.

La puerta se abre y revela una escena que me revuelve el estómago. Las paredes de hormigón rezuman condensación, o quizá es sangre vieja que nunca acaba de limpiarse. Cada bocanada me llena los pulmones de cobre y del sudor del miedo. La sala está organizada como un quirófano: herramientas ordenadas por tamaño, desagües en el suelo, luces en el techo que blanquean todo de forma inmisericorde. Nada que ver con las cálidas sombras de nuestro dormitorio, donde la violencia es algo que se susurra en la oscuridad.

Y en el centro, un hombre encadenado a una silla de metal atornillada al hormigón. Un soldado de Detroit que reconozco del ataque del restaurante.

Tiene la cara cubierta de costras de sangre y un ojo hinchado y cerrado. Su respiración son jadeos húmedos que sugieren que tiene las costillas rotas. Pero está vivo. Consciente. Nos observa entrar con su único ojo sano.

—Lo he guardado como regalo —anuncia Luca, señalando su obra como un gato que presenta un pájaro al que ha torturado pero no ha llegado a matar—. Los otros estaban demasiado dañados para interrogarlos como es debido, pero este es perfecto para sacarle respuestas.

La mano de Dante se posa en la parte baja de mi espalda, no para empujar, sino para ofrecerme una salida. Puedo irme. Me está dando la opción. En lugar de eso, doy un paso adelante y entro en la sala.

Marco se coloca frente al prisionero, irradiando autoridad con su quietud. —¿Empezamos por lo sencillo? ¿Quién ordenó el ataque al restaurante?

El hombre escupe sangre y saliva al suelo, cerca del zapato de Marco. —Que os jodan, escoria de los Rosetti.

Nico toma una nota, su bolígrafo se desliza por la página con el ritmo constante de alguien que documenta pruebas. Todo queda registrado con la caligrafía cuidadosa de un soldado que ha visto cosas peores pero que aun así lleva la cuenta.

—Se lo preguntaré de nuevo —dice Marco, sin alterar el tono de voz en ningún momento—. ¿Quién ordenó el ataque?

—Carlo le envía recuerdos —jadea el prisionero, y luego se ríe, con un sonido húmedo y anómalo—. Desde el infierno.

Carlo. El nombre que sonó en la cena antes del ataque. Los hombres habían estado hablando de él, de ese exaltado cuyo primo acababa de salir de la cárcel. El que estaba forzando los límites en Detroit. Pero decían que entonces estaba vivo, haciendo movimientos. ¿Ahora está muerto?

Miro a Dante, confundida por la cronología.

Sus manos se mueven para explicar: —El príncipe de Detroit. Murió el año pasado en una disputa territorial.

—Pero en la cena dijeron… —empiezo a signar.

—Otro Carlo —me interrumpe Marco, entendiendo mi confusión —. El hijo murió el año pasado. El padre adoptó el mismo nombre. Es tradición en su familia. Del que hablaban en la cena es de Carlo padre.

—La muerte de su hijo exige sangre —continúa el prisionero, con la mirada fija en Marco con una intensidad febril—. Sangre Rosetti. Cualquier sangre Rosetti. Carlo padre no parará hasta que Chicago sangre.

—Carlo hijo murió por su propia estupidez —afirma Marco, como si leyera el parte meteorológico—. No tuvo nada que ver con nosotros.

—Su padre no está de acuerdo. —El único ojo sano del prisionero se desvía hacia mí, y algo en su mirada me pone la piel de gallina.

El reconocimiento aflora en la cara del prisionero al verme de verdad por primera vez. Sus labios partidos se curvan en algo que podría ser una sonrisa si no fuera tan grotesco.

—La puta de los Moretti —dice, con las palabras goteando veneno —. Hemos oído hablar de ti. La última de tu estirpe, abriéndole las piernas a la familia que masacró a la tuya.

La temperatura de la habitación desciende hasta un nivel gélido. Todos los hermanos se quedan quietos como estatuas, con esa quietud depredadora que precede al estallido de la violencia. Las luces fluorescentes parecen atenuarse a pesar de no parpadear. Hasta Luca deja de examinar sus herramientas.

—Cuando tomemos Chicago —continúa el prisionero, con la voz fortalecida por el puro odio—, tú serás el premio. El padre de Carlo te ha prometido a quien le traiga la cabeza de Dante.

Se me revuelve el estómago, pero mantengo una expresión neutra. Ya he oído amenazas antes. Me han llamado cosas peores. Pero nunca algo tan específico, tan planeado.

—Lo sabemos todo sobre usted —dice con una sonrisa lasciva, y la sangre se me hiela en las venas—. El padre de Carlo ha estado observando, planeando exactamente cómo vamos a marcarle esa piel tan bonita. Cada detalle de su rutina, cada debilidad.

Madonna mia. Me han estado observando. Me tiemblan las manos, no de miedo, sino por el esfuerzo de no cruzar la habitación hasta Dante.

Las amenazas se vuelven más explícitas, más viles. Describe exactamente lo que harán, cómo me romperán, me usarán, me destrozarán trozo a trozo. Cada palabra pinta imágenes que no quiero en mi cabeza, una violencia tan específica que está claro que la han discutido, planeado y saboreado en sus retorcidas fantasías.

—Pasarla de mano en mano por el almacén —continúa—. Cada soldado que perdió a alguien por culpa de los Rosetti tendrá su turno. Para enseñarle lo que les pasa a las zorras traidoras que olvidan su sangre.

Los hermanos están más que tensos. Están paralizados en ese momento justo antes de que todo estalle. La habitación parece cargada como el instante antes de que caiga un rayo.

—Luego enviaremos lo que quede de vuelta a Italia —concluye el prisionero—, para que todo el mundo sepa lo que les pasa a las mujeres Moretti que traicionan su sangre por una polla Rosetti.

El silencio que sigue es absoluto. Nadie se mueve. Nadie respira.

Entonces Dante da un paso al frente.

No hay aviso, ni señal de sus intenciones. En un momento está a mi lado y, al siguiente, su mano envuelve el dedo meñique del prisionero. El chasquido resuena en las paredes de hormigón, seguido de inmediato por un grito que no suena humano.

Pero Dante no ha hecho más que empezar.

El segundo dedo se rompe con la misma precisión lenta y deliberada. Luego el tercero. Dante trabaja con firmeza, sus movimientos controlados, casi quirúrgicos. Cada chasquido es intencionado, medido, dándole al prisionero tiempo para sentir cada fractura antes de que empiece la siguiente.

Esto no es rabia. Es algo más frío, más aterrador. Una promesa escrita con huesos rotos.

Los gritos del prisionero se han disuelto en gemidos, sonidos animales de agonía. Pero Dante no ha terminado. Pasa a la otra

mano, y la lenta destrucción comienza de nuevo. Un dedo. Dos. Cada fractura deliberada, sin prisas.

Durante todo el proceso, no aparta sus ojos de los míos. Oscuros, posesivos, haciéndome una pregunta que no sé cómo responder. «¿Es esto lo que quieres? ¿Es esto en quien necesitas que me convierta?».

Dio mio, sí. El pensamiento llega sin ser invitado, no deseado, innegable. Lo he visto ser violento antes, con Giuseppe, en el restaurante, pero esta destrucción calculada por mi honor hace que mi cuerpo responda de maneras que deberían avergonzarme.

—La lengua —sugiere Luca con naturalidad, sacando un cuchillo de su chaqueta con el aire despreocupado de quien ofrece un bolígrafo—. La boca tiene una anatomía fascinante. Tantos nervios, tanta sensibilidad. Pero ya no la necesitará.

Le ofrece la hoja a Dante, con el mango por delante, y este la coge sin dudar. El prisionero intenta mantener la boca cerrada, pero el pulgar de Dante encuentra un punto de presión que le hace abrir la mandíbula.

El corte es rápido, eficiente. La sangre brota de la boca del prisionero mientras su lengua cae al suelo con un sonido húmedo que me alegra haberme saltado el desayuno. Ya no puede amenazarme. No puede pronunciar esas viles promesas. No puede decir mi nombre con ese odio venenoso.

Dante deja caer el cuchillo y me dice con las manos ensangrentadas: «Nadie te habla de esa manera».

La silenciosa declaración queda suspendida entre nosotros, más íntima de lo que cualquier palabra podría ser. Se ha manchado de sangre por mí, se ha convertido en algo monstruoso para proteger lo que es suyo.

El prisionero gorgotea, ahogándose en su propia sangre hasta que Nico, eficientemente, le gira la cabeza hacia un lado, dejando que se derrame por el suelo. Profesional. Práctico. Manteniéndolo vivo para más preguntas que ya no puede responder.

—¿Me permites? —pregunta Luca, y la cortesía del tono lo empeora todo.

Dante asiente una vez, retrocediendo pero manteniendo su posición entre el prisionero y yo. Un frente unido. Hermanos en la violencia.

Luca se acerca a la silla como un artista se acerca a un lienzo, ladeando la cabeza para estudiar el rostro del prisionero desde diferentes ángulos. —¿Sabe? El nervio óptico es notablemente sensible. Veintiséis músculos controlan el movimiento del ojo. Todas esas delicadas conexiones entre la vista y la memoria.

Saca algo de su bolsillo. No un cuchillo, sino algo médico y preciso. —Usted la miró. Se imaginó cosas. Eso requiere ojos.

El prisionero intenta revolverse, pero las cadenas lo sujetan con firmeza. Luca trabaja con constancia, haciendo observaciones sobre anatomía mientras procede. —Lo maravilloso del trauma en el nervio óptico es que afecta a la formación de la memoria. Uno no puede imaginar lo que no puede ver. El cerebro, literalmente, no puede reconstruir las imágenes.

Santo cielo, está destrozando a este hombre por unas palabras. Solo unas palabras sobre mí.

Debería estar horrorizada. Debería estar huyendo de este sótano, de estos hombres que destruyen con tanta naturalidad. En cambio, me siento segura. Protegida. La calidez en mi pecho no tiene que ver con la violencia. Tiene que ver con que estos hombres hagan esto por mí. Con que yo valga este nivel de protección.

—Casi he terminado —dice Luca, en tono académico—. Es fascinante lo rápido que la mente se adapta a la pérdida sensorial. Ya está. Ahora encaja con su futuro. Oscuro y vacío.

Los gritos del prisionero se han convertido en otra cosa, un lamento que apenas parece humano. La sangre mana de las cuencas vacías como lágrimas carmesí.

Siento la presencia de papá como un peso sobre mis hombros, pero por primera vez, me lo sacudo de encima. Su fantasma no tiene lugar en este sótano, en esta decisión que estoy tomando.

Dante se vuelve hacia mí, y veo la pregunta en sus ojos. Sus manos se mueven: «¿Demasiado?».

La verdad se me escapa antes de que pueda detenerla: «Me amenazó. Se merecía algo peor».

Marco enarca una ceja, con algo parecido a la aprobación en su expresión. Nico asiente y toma otra nota. Ahora soy de la familia. Pero yo solo tengo ojos para Dante, cubierto de sangre y hermoso en su violencia.

Me tiemblan las manos mientras hago el gesto, no por miedo, sino por el esfuerzo de no cruzar la habitación hacia él:

—Nadie me toca.

—Nadie más que yo —responde con otro gesto, y la posesión que encierra hace que me fallen las rodillas.

—Nadie más que tú —signo, y la confesión me quema por dentro como el fuego.

Es la primera vez que lo he dicho, que he admitido lo que ambos sabemos. Le pertenezco. No por la fuerza ni por contrato, sino por elección. Por la forma en que mi cuerpo canta cuando me protege, por la forma en que anhelo su violencia tanto como su tacto.

El prisionero muere lentamente, ahogándose en su propia sangre, ciego al mundo que lo deja atrás. No es rápido. Ni piadoso. Es una lección escrita con sufrimiento.

Papá lloraría si pudiera verme aquí. Su hija en una cámara de tortura, hallando consuelo en la violencia ejercida en su nombre. Me crio para ser fuerte, pero no esto. No alguien que ve amor en la sangre derramada para su protección.

Pero papá está muerto. Lo ha estado durante diez años. Y la hija que crio murió en el momento en que Dante estuvo dentro de mí, reclamándome de formas que no pueden deshacerse.

—Tiradlo en los límites de la ciudad —dice Marco finalmente—. Dejad que Detroit lo encuentre así. Que sirva de mensaje sobre tocar lo que es nuestro.

Nuestro. La palabra resuena en el espacio empapado de sangre. Ahora soy suya. Parte de esta familia que destruye unida, protege unida, elige la violencia unida.

Mientras salimos en fila del sótano, la mano de Dante encuentra la mía. Sus dedos todavía están húmedos de sangre, y no me importa. Entrelazo nuestros dedos, mezclando su violencia y mi aceptación en nuestras manos unidas.

La escalera es estrecha y nos obliga a estar juntos. Lo detengo a mitad de camino, con la necesidad de decir esto en el espacio entre el infierno y el hogar.

—Quiero pertenecerte —susurro, audible por muy poco.

Él se gira y me presiona contra la pared con su cuerpo. No es agresivo, solo una desesperación por estar cerca. Apoya su frente en la mía y lo aspiro. Sangre y sándalo y una oscura promesa. Todo su cuerpo se estremece con una necesidad apenas contenida.

—Ya me perteneces —signa con su mano libre contra mi cadera—. Desde el momento en que entraste en esa sala de conferencias con un

cuchillo destinado a mí.

Quizá tenga razón. Quizá he sido suya desde aquel primer día, luchando contra ello, negándolo, pero siempre volviendo a esta verdad. No soy la chica que papá crio. No soy la mujer que vino aquí en busca de venganza.

Soy Ana Rosetti. Esposa de un monstruo que mata por mí, sangra por mí, se convierte en una pesadilla para cualquiera que me amenace. Y que Dios me ayude, no hay otro lugar en el que preferiría estar.

Detrás de nosotros, los pasos de Luca resuenan, demasiado ligeros, demasiado complacidos.

—El amor joven —observa con esa sonrisa equivocada en su voz —. Tan hermosamente violento.

Aprieto la mano ensangrentada de Dante y lo guío escaleras arriba hacia la luz, dejando al prisionero moribundo y las expectativas de mi padre atrás, en el sótano, donde pertenecen.

Esta noche soñaré con la violencia y despertaré arropada por el recuerdo de haber sido protegida tan a fondo. Mañana tendré que reconciliar en quién me he convertido con quien se suponía que debía ser.

Pero ahora mismo, subiendo estas escaleras con la sangre de mi monstruo en las manos, nunca me he sentido más yo misma. Ana Rosetti. Suya.

Y cualquiera que amenace eso aprenderá lo que pasa cuando tocas lo que pertenece al demonio silencioso de Chicago.

Papà mi perdoni. Papá, perdóname.

Pero ya no necesito su perdón. He elegido a mi monstruo, y él me ha elegido a mí.

22 - Ana

El cuchillo de papá se desliza en la cerradura del cajón del escritorio de Dante, la misma hoja que una vez presioné contra su garganta. Me tiemblan las manos por el peso de violar la única confianza que me ha pedido.

El mecanismo hace un clic suave. Demasiado fuerte en el silencio de las tres de la madrugada, pero Dante no se mueve de su sillón de cuero. Dormido de verdad, por una vez. En dos semanas de matrimonio, nunca lo he visto descansar de verdad. Siempre está alerta, siempre vigilando, incluso cuando finge dormir. Pero ahora su pecho sube y baja con respiraciones profundas y regulares. Su rostro parece más joven mientras duerme, las duras facciones suavizadas, el peso de la violencia temporalmente aliviado.

La luz de la luna atraviesa sus rasgos y resalta la cicatriz de su garganta. El tejido dañado que le robó la voz. Alguien se lo hizo. Deliberadamente. Cruelmente. La misma noche que murió papá.

La violencia del sótano de hace unas horas todavía se me pega a la piel como el humo, como sangre que no se va por mucho que frote. Cada vez que cierro los ojos, veo las cuencas vacías de aquel prisionero, oigo el tarareo despreocupado de Luca mientras trabajaba. Siento la retorcida excitación que me inundó al verlos destruir por mí.

Pero son las preguntas las que me han sacado de la cama, las que han puesto la hoja de papá en mi mano con un propósito distinto al asesinato. ¿Qué secretos guarda mi marido bajo llave? ¿Qué verdades ha ocultado mientras aceptaba mi odio como penitencia?

Mis dedos abren el cajón con cuidado, aterrada por lo que pueda encontrar. ¿Pruebas de más asesinatos? ¿Planes para eliminarme una vez que haya cumplido mi propósito?

Pero lo que cae del cajón hace que se me hiele la sangre.

Una carpeta de cartón manila con la etiqueta «Moretti - 2015».

Ese es el año. El año en que todo terminó. El año en que murió papá.

Mis dedos temblorosos abren la carpeta y las fotografías caen en cascada sobre el escritorio como acusaciones. Pero no son acusaciones contra él, sino contra todo lo que he creído.

Impresiones de las grabaciones de seguridad, con fecha y hora. La noche de la masacre. Pero las marcas de tiempo… no coinciden con lo que me dijeron. Con lo que he creído durante diez años.

21:48 - Hombres armados entrando en el almacén. Me inclino, con el corazón martilleándome en el pecho. Los tatuajes de sus cuellos no son marcas de los Rosetti. La tinta es diferente. Letras cirílicas. ¿Rusos? Pero nos dijeron…

21:52 - Estallido de disparos. La marca de tiempo se me graba en las retinas. La matanza ya había empezado. Ya había empezado cuando…

21:58 - Dante llega con refuerzos. No liderando el ataque. Llegando después de que empezara. La foto lo muestra a él y a sus hermanos luchando contra los atacantes, no uniéndose a ellos. Luchando por abrirse paso. Luchando hacia…

—No, no, no, no, no. Esto no puede ser.

Pero las pruebas continúan, cada foto más condenatoria que la anterior. Dante abriéndose paso entre oleadas de los verdaderos atacantes. Dante llegando a la sala de conferencias donde estaba papá. Y luego la foto que me rompe por completo:

Dante acunando el cuerpo de mi padre, con la ropa empapada en su sangre. Pero es la mano de papá lo que me destroza. Apoyada en la cara de Dante no como una acusación, sino con algo que parece… ¿gratitud? ¿Una bendición? Como si estuviera agradeciéndoselo al hombre que intentaba salvarlo.

El sollozo se me escapa de la garganta antes de que pueda detenerlo.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

La foto se vuelve borrosa por culpa de mis lágrimas, pero no puedo apartar la vista. Los dedos de papá en la mejilla de Dante, el mismo gesto que usaba para consolarme de niña. Y la cara de Dante. Más joven, sin la cicatriz en la garganta, pero sus ojos… *¡Virgen santa!*, sus ojos reflejan una angustia inmensa. Una desesperación total. El rostro de un hombre viendo morir a alguien a quien intenta salvar desesperadamente.

Mi mente retrocede al día de nuestra boda. A la sacristía. Mi cuchillo en su garganta. La forma en que me sujetó la muñeca, no

con brusquedad, sino con firmeza. Cómo ajustó la forma en la que lo agarraba con manos pacientes, enseñándome a matarlo como es debido. «La próxima vez, hazlo en serio», había gesticulado.

Él sabía que yo estaba equivocada. Sabía que dirigía mi odio hacia un hombre inocente. Y aun así me ayudó. Aun así me enseñó. Porque se sentía culpable por aquella noche, pero no de la forma en que yo pensaba. Porque creía que yo lo necesitaba.

Más documentos. Informes médicos fechados tres días después de la masacre. Dante Rosetti, ingresado con heridas graves. Cuerdas vocales seccionadas. Pruebas de tortura sistemática. Quemaduras, cortes, heridas que coinciden con las cicatrices que he recorrido con mis dedos. Lo torturaron. Después de que intentara salvar a mi familia, alguien lo torturó durante tres días.

Mis dedos encuentran lo peor de todo. Una foto en primer plano de la herida de su garganta. Reciente. En carne viva. La precisión quirúrgica me revuelve el estómago. Esto no fue ira. Fue un silenciamiento deliberado. Alguien quería asegurarse de que Dante Rosetti nunca pudiera hablar de lo que vio esa noche.

Una sola página con la letra precisa de Dante. Una cronología:

Recibí información sobre un ataque inminente a las 21:45. Reuní al equipo de inmediato. Al llegar, la masacre ya estaba en curso. Roberto Moretti (hermano de Romeo), muerto. Romeo Moretti, moribundo. Ana Moretti, paradero desconocido, presuntamente muerta. Identidad de los atacantes: desconocida. Se sospecha de conexiones rusas.

Me fallan las piernas. Me dejo caer al suelo y las fotos se esparcen a mi alrededor como alas rotas. Cada imagen es un clavo más en el ataúd de la persona que creía ser.

—No lo hizo… nunca… Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

He intentado matarlo. Varias veces. El día de nuestra boda, puse un cuchillo en la garganta que ya le habían destrozado. Lo he llamado monstruo, asesino, el destructor de mi familia. Y él simplemente… me ha dejado. Ha aceptado mi odio como penitencia por un crimen que no cometió.

El recuerdo me arrolla. Aquella primera noche en su cama, yo aferrada al cuchillo de papá, él observándome desde su silla. —Te odio —le había signado, con movimientos tan violentos que me lastimaban las muñecas. Y su respuesta, paciente como siempre: —Lo sé.

Lo sabía. Sabía que lo odiaba por algo que no había hecho, y aun así me signó: «Lo sé». Dejó que lo odiara. Dejó que planeara su muerte. Dejó que durmiera con un arma destinada a él. Noche tras noche, sentado en aquella silla, protegiendo a alguien que lo quería muerto.

¿Por qué?

Mi mente retrocede a esa noche en su despacho cuando le tiré su anillo, exigiéndole que actuara como el monstruo que yo necesitaba que fuese. El modo en que su control se había resquebrajado, cómo me había acorralado contra el escritorio. —¿Quieres un monstruo? —me había signado, y yo había dicho que sí. Dios me perdone, había dicho que sí. E incluso entonces, incluso cuando le suplicaba que fuera cruel, él había sido delicado. Cuidadoso. Asegurándose de no hacerme daño de verdad mientras yo exigía violencia.

Las fotos se vuelven borrosas por mis lágrimas. ¿Cuántas veces le signé «te odio» mientras él me respondía con un «lo sé»? ¿Cuántas noches se sentó en esa silla, velando mi sueño, mientras yo tramaba su muerte? Me hizo el amor sabiendo que yo planeaba matarlo después. Me amó a pesar de mi odio. Me protegió incluso de la verdad.

—La villana soy yo —susurro a las pruebas que me rodean—. Siempre he sido la villana.

Diez años. Diez años moldeándome hasta convertirme en un arma apuntada a un hombre inocente. Diez años del fantasma de papá exigiendo venganza contra la persona equivocada. Diez años de Dante cargando con el peso de la muerte de mi familia y de mi odio a la vez.

El informe médico detalla más heridas. Heridas de defensa en sus manos por intentar proteger a mi padre. Un rasguño de bala en el hombro por recibir un disparo destinado al tío Roberto Moretti. Sangró por mi familia antes de que lo hicieran sangrar por intentarlo.

Recuerdo tocar esas cicatrices, recorrerlas con los dedos mientras él permanecía quieto como una estatua, dejándome explorar sus heridas. —¿Quién te hizo esto? —le había preguntado, esperando y temiendo a la vez que hubiese sido mi padre. Él se había encogido de hombros, pero en sus ojos había una furia asesina. No contra mi familia. Contra quienquiera que nos destruyese a los dos esa noche.

Mi cuerpo recuerda su tacto, la delicadeza con la que me trataba incluso cuando yo intentaba destruirlo. El recuerdo de su polla dentro de mí me abrasa a través del dolor. Cómo me reclamó sobre su escritorio, me hizo suya por completo, sabiendo que yo aún planeaba su muerte. —Mía para protegerla —había signado con las manos ensangrentadas en aquel sótano, y yo por fin lo había entendido. No era posesión. Era protección. Había estado intentando mantenerme a salvo hasta de mi propia venganza errada. ¿Cómo puede alguien amar de una forma tan profunda, tan desinteresada? ¿Cómo no lo vi?

Otra foto me llama la atención. Dante siendo arrastrado por los atacantes. Tiene la cara vuelta hacia la cámara, e incluso a través de la sangre, puedo verlo mirar hacia atrás. Mirando hacia donde murió papá. Todavía intentando volver. Todavía intentando salvar a un hombre que ya se había ido.

—Me dejaste odiarte —le susurro a la foto, mientras mis lágrimas caen sobre la superficie brillante—. Dejaste que te llamara monstruo. Dejaste que intentara matarte. Porque pensaste que necesitaba a alguien a quien culpar. Y porque te culpabas a ti mismo por sus muertes, en cierto modo, porque no pudiste salvarlos.

¿Quién soy yo sin mi venganza? ¿Sin mi odio? ¿Sin el propósito que me trajo aquí?

Solo una mujer que ha estado torturando a la única persona que intentó salvar a todos los que amaba.

Recuerdo el ataque en el restaurante, cómo se movió para cubrirme sin dudarlo. Su cuerpo sobre el mío, recibiendo los cristales que iban dirigidos a mí. Y después, cuando esos soldados de Detroit me amenazaron con promesas tan viles, cómo los aniquiló. No por territorio o poder. Por mí. Siempre por mí. —Nadie toca lo que es mío —había signado, y yo había pensado que era posesión. Era protección. Siempre ha sido protección.

Cada seña que ha hecho cobra ahora un nuevo significado. Cada mirada paciente cuando yo prometía asesinarlo. Cada caricia delicada cuando esperaba violencia. La forma en que tocaba el piano a las dos de la madrugada. No era solo expresión, sino confesión. Interpretando la verdad que no podía, que no quería signar, porque pensaba que mi odio me mantenía con vida.

Mis dedos encuentran otro documento, este con la letra militarmente precisa de Nico: *El sujeto se niega a identificar a los*

atacantes a pesar del extenso interrogatorio. Alega pérdida de memoria por el trauma. La evaluación médica confirma un grave trastorno psicológico, pero sugiere amnesia selectiva. Recomendación: no insistir. D. protege algo o a alguien.

Protegiéndome a mí. Incluso entonces, incluso bajo interrogatorio, me estaba protegiendo de una verdad que pensó que me destruiría. Dejar que todo el mundo pensara que los Rosetti eran los responsables en lugar de dejarme sin nadie a quien culpar, sin forma de canalizar mi dolor.

La puerta se abre a mi espalda. No necesito mirar para saber que es él. Ahora reconocería su presencia en cualquier parte. Sus pasos se detienen, asimilando la escena: yo en el suelo, rodeada de pruebas de su inocencia, las fotos de papá esparcidas como una confesión alrededor de mis rodillas.

A través de las lágrimas, lo veo. Al hombre inocente al que he estado atormentando. Aún lleva la ropa de dormir, el pelo revuelto, con un aspecto más vulnerable que nunca. La luz de la luna ilumina su garganta, esa terrible cicatriz que alguien le hizo por intentar salvar a mi padre.

—Dante —sollozo, sosteniendo en alto la foto de él acunando a mi padre moribundo—. Usted no… usted nunca… Oh, Dios, ¿qué le he hecho?

La foto tiembla en mi mano, la sangre de papá oscura sobre las manos de Dante. Unas manos que solo han sido delicadas conmigo, incluso cuando yo intentaba destruirlo. Las mismas manos que tocaban el piano en la oscuridad, que signaban «lo sé» a mi odio, que me hicieron deshacerme de placer incluso mientras planeaba su muerte.

—Lo siento muchísimo —susurro, las palabras rotas por un sollozo—. Lo siento tanto. Intentó salvarlo. Intentó salvar a papá, y yo he sido… oh, Dios, yo he sido el monstruo todo este tiempo.

23 - Dante

Me quedo paralizado en el umbral, viendo cómo mi mujer descubre quién soy en realidad. No el monstruo que ha estado cazando. Solo un hombre que no pudo salvar a su padre.

Ana está arrodillada en el suelo de mi despacho, rodeada de pruebas como si fuera la escena de un crimen. La carpeta de manila vierte sus secretos sobre el parqué: fotografías, informes médicos, declaraciones de testigos. Diez años de una verdad que he mantenido bajo llave mientras ella se convertía en un arma que me apuntaba.

El camisón se le sube por los muslos cuando se inclina hacia delante, la seda pegada a unas curvas que he memorizado con mis manos, con mi boca. Incluso ahora, incluso viendo cómo su mundo se hace añicos, la polla se me agita. Joder. ¿Qué clase de cabrón enfermo se empalma viendo a su mujer llorar?

La foto que sostiene en sus manos temblorosas me deja sin aliento. Yo, con veintiún años, acunando el cuerpo destrozado de Romeo Moretti. Su sangre empapándome la camisa, formando un charco debajo de los dos. Pero es su mano en mi cara lo que cuenta la verdadera historia. No una acusación. Gratitud. La bendición de un moribundo al chico que intentaba salvarlo.

Su sollozo rasga el silencio. Ahora tiembla, con los hombros sacudidos por convulsiones mientras la verdad la golpea en oleadas. Cada fotografía es un clavo más en el ataúd de su venganza. Cada documento, la prueba de su error de una década.

El sótano de hoy parece de otra vida. La sangre de ese soldado de Detroit todavía se encharca en algún lugar lejano, pero yo solo puedo concentrarme en Ana. En la forma en que sus lágrimas atrapan la luz de la luna. En el colgante con forma de cuchillo que lleva al cuello, mi regalo, que se mueve con cada sollozo.

Los informes médicos lo detallan todo. Cómo me torturaron durante tres días después de la masacre. Cómo me arrebataron la voz cuando no quise confesar crímenes que no había cometido. Cada

herida catalogada con detalle clínico: la destrucción sistemática de un hombre inocente que se negó a mentir.

Solloza, alzando esa foto incriminatoria.

—Lo siento mucho. Intentaste salvarlo. Intentaste salvar a papá, y yo he sido… oh, Dios, yo he sido el monstruo todo este tiempo.

La foto tiembla en su mano. Aprieto los dedos en puños, luchando contra la necesidad de cruzar ese metro de parqué y atraerla hacia mi pecho. De probar esas lágrimas, tragarme sus disculpas, follar hasta arrancarle la culpa y que recuerde que es mía, sin importar la verdad.

Pero ella necesita esto. Aunque verla romperse sea como tragar cristales.

El sillón de cuero cruje, el gemelo de aquel en el que la he observado dormir estas dos semanas, en el que me he sentado duro como el acero mientras ella soñaba con matarme. Ahora está arrodillada donde la he imaginado tantas veces, pero no se suponía que fuera así.

Sus dedos recorren la firma de mi padre en el antiguo contrato, y luego la mía en el nuevo. Dos generaciones unidas por papel, sangre y mentiras que se convirtieron en verdad a base de repetirlas. Cuando apoya la palma de la mano en la foto en la que sostengo a su padre moribundo, el camisón se le abre, revelando su piel. Incluso ahora, incluso con la verdad destruyéndonos a los dos, mi cuerpo desea el suyo.

A Ana le tiembla todo el cuerpo. El sonido brota de su garganta en oleadas, cada sollozo haciendo que la seda se le pegue de forma diferente, haciendo que me fije en cosas que no debería. En la forma en que sus pezones se marcan contra la fina tela. En cómo aprieta los muslos como si estuviera luchando contra la misma excitación retorcida que yo.

Porque los dos estamos jodidos. Los dos rotos. A los dos nos excitan y empalman la violencia y la verdad a partes iguales.

—Te llamé monstruo. Intenté matarte. Yo… oh, Dios, te hice el amor y luego planeé tu asesinato.

El recuerdo me abrasa. Su coño apretándose alrededor de mi polla, sus uñas arañándome la espalda, gritando mi nombre mientras todavía planeaba hundirme un cuchillo entre las costillas. La contradicción de todo ello hace que me duela la garganta llena de cicatrices con sonidos que no puedo emitir.

—¿Por qué? —la palabra se le escapa en inglés, rota y desesperada. Luego sus manos se mueven, temblorosas—: ¿Por qué no me lo dijiste? —dice por señas.

La pregunta que he estado esperando. Me acerco, lo justo para que pueda ver mis manos con claridad en la penumbra. Cuando me arrodillo, mis rodillas golpean el parqué con un chasquido que resuena en la habitación.

No puedo tocarla. Si la toco ahora, la estamparé contra este suelo y le demostraré cuánto no cambia nada la verdad. Sigue siendo mía. Sigue llevando mis marcas debajo de esa seda.

Mis manos tiemblan mientras hago las señas:

—Tenías quince años.

Observa mis dedos como si contuvieran la salvación o la condena. Tan cerca, puedo olerla. Jazmín y lágrimas y, por debajo, joder, por debajo huele a excitación. Como si nuestra violencia en el sótano la hubiera excitado a pesar de todo.

—Lo perdiste todo en una noche —mi forma de signar se vuelve más tosca, menos precisa—. Necesitabas a alguien a quien culpar, a quien odiar.

—¿Pero por qué a ti? —me responde por señas, sin dejar de llorar.

Mi garganta dañada se contrae, intentando formar palabras que nunca saldrán. El tejido cicatricial tira con el esfuerzo, un recordatorio del precio de la verdad. Mis manos se mueven:

—Porque necesitabas un enemigo más de lo que necesitabas la verdad.

Se inclina para leer mis señas con claridad, lo bastante cerca como para que pueda ver el interior de su camisón. Los moratones en sus pechos, hechos por mi boca. Cristo, soy un puto enfermo, me estoy empalmando más mientras ella sufre.

—Esa noche —empiezo, obligando a mis manos a mantenerse firmes—, recibí una llamada sobre un ataque en curso. Veinte minutos después de que empezara. Demasiado tarde desde el principio.

Su respiración cambia, más corta, más aguda. Como cuando estaba dentro de ella.

—Cuando llegué, había cadáveres por todas partes. La matanza casi había terminado. Ni Moretti, ni Rosetti, era alguien más. —Mis manos se cierran en puños, se abren de nuevo—. Me abrí paso a la

fuerza hasta la sala de conferencias. Tu padre todavía estaba vivo. Apenas.

A Ana se le corta la respiración. El colgante con forma de cuchillo se desplaza contra su garganta, reflejando la luz como una acusación.

—Lo sostuve mientras moría. —Hacer estas señas es como cortarme la garganta de nuevo—. Sus últimas palabras fueron tu nombre. «Ana», dijo. «Protege a Ana».

Su sollozo podría quebrar la piedra. Pero yo continúo.

—Sabía que estabas allí. —Mis señas se vuelven secas—. Escondida en el panel de la pared. Podía oír tu respiración. Te dejé allí.

—¿Lo sabías?

—Más segura escondida que encontrada. Los asesinos todavía estaban allí.

Me toco la garganta, el tejido destrozado que habla más alto de lo que las palabras jamás podrían. Sus ojos siguen el movimiento y recuerdo su lengua sobre estas cicatrices, saboreando mis heridas mientras mi polla estaba enterrada en su interior. Ya ha visto estas cicatrices, las ha repasado con los dedos hace tan solo unos días. Pero ahora comprende su verdadero significado: no es violencia sin más, sino el precio de haberme negado a traicionar a su familia.

—Me secuestraron. Tres días. —Ahora me tiemblan las manos al recordarlo—. Querían una confesión. Me querían en un vídeo admitiendo que los Rosetti habían ordenado el ataque.

El recuerdo de aquellos tres días se solapa con el descubrimiento de esta noche. Sangre y verdad, entonces y ahora. Gritos en el aire. El olor a cobre de los secretos por fin revelados.

—Me negué. No pensaba mentir. Así que se aseguraron de que yo tampoco pudiera decir nunca la verdad.

Ana alarga la mano hacia mi garganta, pero la retira. El espacio entre nosotros crepita con todo lo que hemos hecho. Cada caricia, cada polvo, cada momento de violencia y placer mezclados hasta que no podemos distinguirlos.

—Pero después de casarnos, podrías haberme dicho la verdad.

—¿Me habrías creído? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza, con un movimiento pequeño y quebrado.

—Exacto. —Mi gesto al signar es violento—. Además, tu odio te mantuvo con vida. Te dio un propósito cuando todo lo demás había desaparecido.

Me pongo de pie lentamente, con la polla tensándose contra los pantalones. Joder. Incluso ahora. Incluso mientras le explico por qué dejé que me torturara, mi cuerpo desea el suyo. Quiere apretarla contra ese escritorio donde le quité la virginidad y demostrarle que la verdad no cambia nada.

Ella sigue mis movimientos y noto cómo su mirada desciende hasta el evidente bulto. Sus muslos se aprietan y lo sé. Sé que está húmeda a pesar de todo. Ambos estamos retorcidos. Ambos destrozados. Ambos incapaces de separar la violencia de la excitación, la verdad del deseo.

Mis manos se mueven con cuidado: —El contrato matrimonial. Haré que lo anulen.

Sus ojos se abren de par en par, las pupilas se le dilatan. No solo por las lágrimas.

—Eres libre, Ana. —Hacer estas señas es como arrancarme el pecho a jirones—. Libre para marcharte. Libre para quedarte. Libre para odiarme por haberte dejado creer una mentira.

El espacio entre nosotros vibra con electricidad. Detroit sigue ahí fuera. La guerra no ha terminado. Ella sigue en peligro, sigue necesitando protección. Pero le estoy dando la opción de elegir.

—Tómate tu tiempo —le digo por señas, retrocediendo hacia la puerta. No por respeto. Por instinto de supervivencia. Si me quedo un minuto más, haré lo que todos mis instintos me exigen: reclamarla aquí mismo, en el suelo, rodeado de las pruebas de mi inocencia. Hacerla gritar mi nombre hasta que olvide todo excepto a quién pertenece.

En el umbral, me vuelvo a mirarla. Sigue arrodillada ahí, con el camisón arremangado, las lágrimas corriéndole por la cara, con un aspecto destrozado y perfecto. Mi polla late con dolor.

—Por si sirve de algo —le digo por señas, con cada movimiento preciso a pesar del caos en mi pecho—, estas dos semanas, tu odio, tus intentos, incluso tu cuchillo en mi garganta..., ha merecido la pena.

La ropa de dormir se me cae por los codos mientras me obligo a continuar: —Has vivido. Has sobrevivido. Eso es todo lo que quería.

Me obligo a salir por la puerta antes de romperme. Antes de volver con ella y demostrarle con mi cuerpo lo que mi voz destrozada no puede decir. Que es mía. Que la verdad no cambia nada. Que volvería a convertirme en su monstruo si eso es lo que necesitase.

El pasillo se extiende vacío y oscuro. Desde detrás de la puerta cerrada, la oigo sollozar una vez, un sonido agudo y roto. El sonido me hace presionar la palma de la mano contra la madera, luchando contra cada instinto posesivo que me grita que vuelva.

Ha vivido. Y si se marcha ahora, al menos lo hará sabiendo que yo nunca fui su enemigo.

Solo el hombre que la amó lo suficiente como para convertirse en uno.

24 - Ana

Se me revuelve el estómago. Apenas llego a la papelera antes de que la bilis me queme la garganta; mi cuerpo rechaza esta nueva revelación con la misma violencia que mi mente. El sabor ácido persiste, mezclándose con las lágrimas y los mocos que me corren por la cara.

Han pasado horas desde que Dante me dejó aquí con los papeles de la disolución. Horas desde que se marchó después de enseñármelo todo. El silencio se extiende por su despacho vacío, cargado con todo lo que nos hemos hecho el uno al otro. Su colonia todavía flota en el aire, a tabaco y sándalo.

La verdad corta más profundo que cualquier cuchilla. Aquellos primeros meses después de la masacre, fue el odio lo que me hacía levantarme de la cama. La promesa de venganza, lo que me hacía comer, entrenar, sobrevivir. Sin un enemigo en el que centrarme, me habría consumido hasta convertirme en nada.

—Eras un desconocido —le susurro a su fantasma persistente, con la sal cubriéndome los labios—. ¿Por qué te sacrificarías por una desconocida?

Papá. Incluso moribundo, incluso sin saber quién era su asesino, papá pensaba en mí. Y de algún modo ese deber pasó a Dante, que me ha estado protegiendo hasta de la verdad. El sollozo que se me escapa suena como el de un animal herido.

Aún puedo ver sus manos formando aquellas palabras.

—Eres libre, Ana.

Libre. La palabra me suena extraña en la boca, en la mente. ¿Qué es la libertad cuando todo sobre lo que te has construido es una mentira? ¿Cuando los cimientos de tu identidad se desmoronan?

Los papeles de la disolución están sobre su escritorio, donde los dejó. Sellos oficiales, lenguaje jurídico que borraría estas tres semanas como si nunca hubieran existido. Ya ha iniciado el proceso para liberarme.

Me dijo que había merecido la pena.

¿Merecía la pena la tortura? ¿Merecían la pena diez años de mi odio? ¿Merecía la pena ser el villano en la historia de venganza de otra persona?

Dos pilas de papeles sobre su escritorio: las pruebas de su inocencia, los papeles para mi libertad. Pasado y futuro, ambos reescritos con tinta negra y sellos oficiales.

—Eres libre, Ana.

Han pasado horas desde que me dejó con esas palabras. La puerta se cerró con un clic de una finalidad aterradora, dejándome a solas con los escombros de la persona que solía ser.

Finalmente me pongo en pie y corro descalza en camisón, con las pruebas apretadas contra el pecho. Por los pasillos donde su familia podría verme deshecha. Subo las escaleras que hemos recorrido como marido y mujer. Entro en nuestra suite, *nuestra* suite, *Dio mio*, donde su sillón de cuero está vacío.

La puerta del baño se cierra de un portazo y echo el pestillo. Por fin a solas para hacerme añicos por completo otra vez.

Me veo en el espejo: un desastre. El maquillaje corrido por mis mejillas en vetas negras, los ojos hinchados hasta convertirse en rendijas, con su camisa puesta sobre mi camisón. Me la puse hace horas, necesitaba su olor. La tela huele a tabaco y a colonia, haciendo que mis pezones se endurezcan, traicioneros.

—¿Quién eres? —le pregunto a mi reflejo. Las palabras me salen en italiano—. *«Chi sei?»*.

No Ana Moretti, la vengadora. Esa chica está muerta. La he matado con la verdad. No Ana Rosetti, la esposa. ¿Cómo puedo ser su esposa si he sido su torturadora?

Nadie, nada, vacía. Sin venganza, estoy hueca. Diez años de propósito, desaparecidos. ¿Qué llena ese espacio?

Las fotos se esparcen por el suelo del baño mientras estudio cada una de nuevo, grabándolas aún más a fuego en mi memoria. La marca de tiempo que lo exculpa. El informe de la tortura, tres días. Tres días lo tuvieron, y no se derrumbó. No mintió ni para salvarse a sí mismo.

Sus palabras escritas en un documento vuelven a llamar mi atención: «Ana necesita un enemigo para sobrevivir».

Se sacrificó por mí: una desconocida, una enemiga, la chica que crecería para odiarlo. No, una desconocida no. Un protector. Incluso entonces, me estaba protegiendo.

—¿Por qué nadie me lo dijo? —les grito a las fotos, con la garganta en carne viva—. ¿Por qué dejaron que me convirtiera en esto?

Pero sé por qué. Porque una chica de quince años necesitaba algo por lo que vivir. Y el odio es más fácil de mantener que el duelo.

Pasan más horas. O minutos. El tiempo no significa nada cuando tu mundo está del revés. Sigo en el suelo del baño, con el mármol frío contra mis piernas desnudas, cuando los golpes de Maria en la puerta resuenan por la suite.

—¿Señora Rosetti? ¿Necesita usted comida?

Señora Rosetti. El nombre suena diferente. Elegí ese nombre en una calle de Chicago. Lo reclamé. YO SOY la señora Rosetti.

—No tengo hambre —consigo decir, con la voz rota de tanto llorar.

—El señor Dante está preocupado.

¿Que está preocupado? ¿Después de todo? ¿Después de haberlo torturado durante semanas, de haber planeado su muerte, de haberlo hecho sufrir por crímenes que no cometió?

—Dígale que estoy… asimilándolo.

Los pasos de Maria se desvanecen. Sola de nuevo con la verdad.

La luz del amanecer se cuela por debajo de la puerta. ¿He estado aquí toda la noche? Las fotos se ven borrosas a través de mis lágrimas, pero hay una que no deja de atraerme. Dante sosteniendo a papá, ambos cubiertos de sangre, ambos intentando salvar lo que no se puede salvar. Y la mano de papá en su cara, ese gesto de gratitud que desencadenó esta avalancha de verdad.

Mi cuerpo recuerda su tacto, lo cuidadosamente que me trataba incluso cuando yo intentaba destruirlo. La paciencia en sus ojos cada vez que le prometía la muerte. Su pulgar sobre mi pulso, marcando el lugar.

¿Quién soy yo sin odiarlo? Durante diez años he sido la chica que busca venganza. Sin eso, sin él como mi enemigo, no sé quién soy.

La confusión se me instala en los huesos mientras finalmente me pongo en pie sobre piernas temblorosas. Me crujen las rodillas de haber estado tanto tiempo en el suelo.

Salgo del baño a nuestro dormitorio. Su sillón de cuero está vacío, paciente como siempre. La cama donde nunca ha dormido porque en su lugar me vigila. La hendidura en el cuero de su cuerpo, noche tras noche velando por alguien que lo quería muerto.

Quizá pueda devolverle algo. Quizá la libertad de mí, de nosotros, del peso de nuestro matrimonio.

Quizá ese sería el mayor regalo de todos.

25 - Dante

Son las tres de la madrugada y la oigo en la cocina.

El sonido me saca de la habitación de invitados, donde he estado mirando al techo, contando sus respiraciones a través de las paredes. Tres días desde que le mostré la verdad. Tres días desde que su mundo se puso del revés. Tres días dándole espacio para procesar lo que he ocultado durante una década.

Mis pies tocan el suelo antes de que pueda detenerlos. La necesidad de verla, de confirmar que sigue aquí, me impulsa hacia la puerta. Pero me quedo helado con la mano en el pomo. Necesita tiempo. Distancia. Espacio para llorar la pérdida de la chica que vivía para la venganza.

Me obligo a volver a la cama, apretando los dedos hasta formar puños. Cada instinto me grita que vaya a ver cómo está, que me asegure de que come, bebe, de que existe como algo más que un fantasma. El sonido de los armarios al abrirse, el agua corriendo, el suave tintineo de una taza. Se está preparando un té. La misma mezcla de jazmín que descubrió en su tercera noche aquí. Detalles que he memorizado como un acosador, catalogando sus costumbres como si fueran información sobre un objetivo.

Cuando sus pasos se desvanecen de vuelta a nuestra suite, espero otros veinte minutos antes de aventurarme a salir. La cocina aún huele a jazmín y a algo singularmente de Ana que me oprime el pecho y hace que mi polla se contraiga al recordar el sabor de ese aroma en la cara interna de sus muslos.

A las cinco y media, estoy junto a la cafetera, preparando su ritual matutino. Dos de azúcar, un chorrito de nata, a la temperatura exacta que a ella le gusta. Los movimientos ya son automáticos, memoria muscular de semanas observando su rutina. La taza queda perfecta en la bandeja, el vapor ascendiendo como una ofrenda.

Mi polla se endurece al pensar en sus labios en esa taza, los mismos labios que gritaron mi nombre cuando le quité la virginidad sobre mi escritorio. Me agarro al mostrador hasta que mis nudillos se

vuelven del mismo color que el mármol blanco. Joder. Hasta su ausencia me hace desearla.

La dejo delante de su puerta, llamo dos veces y me retiro antes de que pueda abrir. Pequeños gestos que dicen que estoy aquí sin exigir nada a cambio.

Una hora más tarde, cuando compruebo, el café no está. Bien. Está aceptando algo, aunque solo sea cafeína.

El papel está sobre mi escritorio y mis torpes dedos intentan lo que debería ser sencillo. Doblar por aquí, plegar por allá, pero la grulla sale torcida, con un ala más alta que la otra. Nada que ver con los pájaros perfectos que ella crea con su dolor y sus recuerdos. Aun así, la coloco al lado de donde estaba el café, este patético intento de hablar su idioma.

Cuando también desaparece, algo se afloja en mi pecho. Está aceptando lo que le ofrezco, aunque no esté lista para enfrentarse a mí.

—Sigue aquí.

Luca entra en mi despacho, silencioso como la muerte, y su observación queda suspendida en el aire como el humo. Tres días de espera, y a mi hermano psicópata se le ocurre visitarme ahora.

Asiento sin levantar la vista de los contratos que en realidad no estoy leyendo. Por ahora, sigue aquí. La silla de cuero cruje bajo mi peso, el mismo sonido que hacía cuando la observaba dormir durante dos semanas, cuando me sentaba duro como el acero, luchando por no meterme en la cama y recordarle a su cuerpo a quién pertenece.

—¿Le enseñaste la verdad? —Sus ojos azul pálido recorren mi escritorio, fijándose en los papeles esparcidos, en el cenicero lleno, pruebas de mi vigilia. El cigarrillo arde entre mis dedos; la nicotina es lo único que me impide perder la cabeza por completo.

Otro asentimiento.

—Peligroso —recorre la habitación como un depredador inquieto, pasando los dedos por las superficies—. La verdad rompe a la gente. La hace añicos demasiado pequeños para volver a unirlos.

—Necesitaba saberlo.

—¿Ah, sí? —esa terrible sonrisa asoma a sus labios—. ¿O es que tú necesitabas dejar de ser su monstruo?

La pregunta cala más hondo de lo que debería. Quizá ambas cosas. Quizá ninguna. Quizá simplemente me cansé de cargar con su odio cuando apenas podía soportar mi propia culpa. Me duele la

garganta marcada por la cicatriz como si me la estuvieran cortando de nuevo, un dolor fantasma por tragarme palabras que no puedo signar, no puedo escribir, no puedo gritar en el silencio que ella ha dejado atrás.

—Vino aquí con un propósito —continúa Luca, deteniéndose junto a la ventana—. Matar a Dante Rosetti. Vengar a su familia. Muy claro, muy centrado —se gira, y esos ojos inquietantes se encuentran con los míos—. ¿Y ahora qué? ¿Qué llena ese vacío que ocupaba la venganza?

—Encontrará algo.

—¿Lo hará? —su risa es suave, impropia—. Las cosas rotas no siempre se arreglan, hermano. A veces simplemente se quedan rotas. Huecas. Recipientes vacíos que hacen los ruidos correctos, pero no contienen nada.

Sus palabras se acercan demasiado a mis propios miedos. La he observado estos tres días desde las sombras y los umbrales. Se mueve por la casa como un fantasma, está pero no está.

—Tienes miedo de que se vaya —afirma Luca, leyéndome con esa extraña precisión.

—Tengo miedo de que se quede por obligación. Por culpa. Porque crea que me debe algo.

—No se quedará por obligación —afirma Luca con certeza.

—Entonces haré que se quede por otros motivos —las palabras se me escapan antes de poder detenerlas, oscuras y posesivas.

La sonrisa de Luca se ensancha. —Ahí está mi hermano. El que coge lo que quiere.

—No por la fuerza.

—No. Haciéndote necesario. Como el oxígeno. Como una adicción —se acerca más, y le huelo a cobre. Sangre fresca de lo que sea que haya estado haciendo—. Estás dejando que se desvanezca cuando deberías volverte ineludible. Innegable. La única cosa sólida en su mundo que se desmorona.

—Eso es manipulación.

—Eso es amor —la palabra suena extraña en su boca, retorcida pero de algún modo cierta—. El amor no es paciente, hermano. Es egoísta. Exige. Insiste en existir incluso cuando todo lo demás arde. Sé ineludible. Sé la gravedad alrededor de la cual orbite hasta que recuerde que es real.

Marco me encuentra después de que Luca se vaya, trayendo consigo el peso de los problemas del mundo real.

—Detroit se está moviendo otra vez —su voz tiene ese tono particular que significa que se avecina la violencia—. Han asaltado otros tres de nuestros cargamentos esta semana.

Me obligo a concentrarme, a ser el estratega que él necesita. Pero mis manos se mueven casi sin pensar: —Duplica la seguridad de Ana.

Él enarca una ceja. —¿Ni siquiera sabe si se va a quedar?

—Triplícala. Y si alguien se atreve a mirarla mal, quiero que le envíen sus ojos a Detroit en una caja.

Marco asiente; ha entendido el mensaje. Si la tocan, morirán gritando. —Ha venido Luca.

No es una pregunta. Claro que lo sabe.

—Sus consejos no suelen ser acertados —continúa Marco, acomodándose en el sillón de cuero frente a mi escritorio.

—Puede que esta vez tenga razón —le digo por señas.

Sobre estar presente. Sobre no dejar que desaparezca. Sobre que el amor es lo bastante egoísta como para insistir en existir.

—Hay que resolver la situación de Detroit —dice Marco, volviendo al trabajo—. Nos hemos cargado a dos de sus mensajeros esta mañana. El mensaje tiene que ser más claro.

—Ya me encargo yo.

—Después de que te encargues de tu propia situación. Un ejecutor distraído es un ejecutor muerto.

Cuando se marcha, me siento al piano. La luz del atardecer se cuela por las ventanas, pintando las teclas de dorado. Mis dedos encuentran la melodía que escribí para ella, la que capturaba sus contradicciones en notas. La composición que la hizo escuchar, que la hizo apoyarse en el umbral de la puerta aquella primera vez.

La música llena la casa, deliberadamente más alta de lo habitual. Sigo la perturbadora sabiduría de Luca. Hago notar mi presencia a través del sonido, ya que ella no la acepta a través de la proximidad.

Toco su canción, los pasajes violentos y las frases tiernas, la complejidad de quién era y en quién se está convirtiendo. Cada nota es un recordatorio: estoy aquí. Te veo. Existes incluso sin tu venganza.

Mía. Incluso ahogándose en la verdad, incluso odiándose a sí misma, es mía. La música la envuelve como cadenas que todavía no se da cuenta de que lleva puestas.

Pasos en la escalera.

No dejo de tocar, no acuso su llegada, pero cada uno de mis nervios cobra vida. Aparece en el umbral de la puerta con mi camisa sobre el camisón, el pelo enmarañado, los ojos hinchados de llorar. Pero está aquí. Ha acudido a la música.

Nos miramos fijamente de un lado a otro de la habitación mientras la melodía continúa bajo mis dedos. Parece frágil, pero también curiosa. Como si intentara recordar por qué está aquí, quién es, qué somos el uno para el otro sin el odio como cimiento.

Alza las manos lentamente, temblorosas, mientras dice por señas: —No pares.

Y no lo hago. Toco la pieza entera sin dejar de mirarla, viendo cómo algo cambia en su expresión. Cuando la última nota se desvanece, avanza un poco. No entra en la habitación, pero tampoco se va. Se deja caer en el mismo umbral de la puerta, con la espalda contra el marco y las rodillas flexionadas.

El camisón se le sube por los muslos y veo el moratón que se desvanece donde la agarré con demasiada fuerza. Se me acelera el pulso al recordar cómo suplicaba que fuera más fuerte, más profundo, más.

Ocupando el espacio intermedio. Ni dentro ni fuera.

—Otra vez —dice por señas, y hay algo desesperado en el movimiento—. Tócala otra vez.

Repito la composición entera, de principio a fin, mientras ella permanece sentada en ese espacio liminal. Cuando termina, vuelve a hacer una seña: —Otra vez. Por favor.

Tres veces. Cuatro. Mis dedos no se cansan porque cada repetición la rescata de ese lugar al que ha estado desapareciendo. Con cada interpretación, se instala más firmemente en ese umbral, como si la música la estuviera reconstruyendo a partir de sonido y memoria.

En algún momento durante la séptima repetición, su respiración cambia.

Echo un vistazo y la encuentro dormida en el umbral, con la cabeza ladeada contra el marco y mi camisa amontonada a su alrededor como una armadura. Incluso dormida, parece agotada. Ese tipo de cansancio que te cala hasta los huesos, el que viene de luchar con todo lo que creías saber.

Termino la pieza antes de levantarme, moviéndome con cuidado para no despertarla. La manta del sofá se posa sobre ella con delicadeza. Se la subo hasta la barbilla, se la arropo alrededor de los hombros, la cubro por completo con una suavidad que no pediría estando despierta. Podría llevarla a la cama, pero eso sería elegir por ella. Ella eligió venir a la música. Eligió quedarse en este espacio intermedio. Eso tiene que ser suficiente.

Me dejo caer al suelo frente a ella, con la espalda contra el lado opuesto del marco de la puerta. Guardián y vigilado, como de costumbre. Se mueve ligeramente, acurrucándose más en la manta con la que la he cubierto, pero no se despierta.

Mañana se cumplirán cuatro días desde que descubrió la verdad y yo le conté el resto. Cuatro días desde que su antiguo yo murió. El número parece significativo. Muerte y resurrección, final y principio. ¿Se despertará siendo alguien nuevo? ¿O se despertará y se irá, sin dejar nada más que el fantasma del jazmín y la rabia?

Ella eligió venir a la música. Eligió pedir más. Eligió quedarse dormida confiando en que yo la cuidaría incluso ahora, incluso después de todo.

Su mano se desliza por debajo de la manta, sus dedos deletreando algo en sueños. Me inclino, intentando leer el movimiento, y capto fragmentos que me paran el corazón: «Dante» y «perdón» y algo que podría ser «quédate».

26 - Ana

Me despierto con tortícolis, derrumbada en el umbral de una puerta, y tardo un momento en darme cuenta de dónde estoy. La sala de música. Él.

Un papel doblado me esperaba al lado, colocado con esmero donde lo encontraría.

Está frente a mí, desplomado en el suelo, y se espabila al notar mis movimientos.

Le lanzo una mirada inquisitiva y él me responde con otra que lo dice todo.

Sigo aquí. Siempre aquí. Tómate el tiempo que necesites.

Después de todo, después de que intentara matarlo, de que lo llamara monstruo, de que lo hiciera sufrir por crímenes que no cometió, sigue aquí. Paciente como la muerte y el doble de certero.

Papá no querría este espectro vacío en el que me he convertido. Querría que eligiera la vida, aunque esa vida no se parezca en nada a la que habíamos planeado.

Mis dedos aprietan la manta que me ha echado por encima. Dante se incorpora y apoya la espalda contra el otro lado del umbral. El silencio se alarga, expectante. No exige nada, nunca lo hace. Solo espera.

Dio mio, parece agotado. Unas ojeras oscuras ensombrecen sus ojos, su aspecto, normalmente impecable, está desaliñado.

—Lo siento. —Mis manos tiemblan mientras gesticulo las palabras, los movimientos torpes por la desesperación.

Niega con la cabeza, lenta y deliberadamente. No.

—Lo siento —gesticulo de nuevo, con más frenesí—. Las palabras no son suficientes, nunca podrían serlo, pero es todo lo que tengo. —Lo siento, lo siento, lo siento muchísimo.

Cada repetición es más rápida, mis manos se mueven en una disculpa violenta. Por el cuchillo en su garganta el día de nuestra boda. Por cada palabra cruel, cada momento de odio que derramé

sobre un hombre inocente. Por tardar diez años en ver la verdad que siempre estuvo ahí si hubiera mirado más allá de mi rabia.

—Intenté matarte. —Los gestos rasgan el aire—. Varias veces. Planeé tu asesinato mientras estabas sentado en esa silla protegiéndome. Te llamé monstruo cuando eras…

Me coge las manos a mitad de un gesto, con un agarre firme pero suave. El contacto detiene mi espiral, me ancla en el presente en lugar de ahogarme en el pasado. Sus pulgares me acarician las palmas, calmando la energía frenética, y me doy cuenta de que estoy llorando otra vez. Todavía. Siempre.

Cuando mi respiración se calma, suelta una de mis manos para gesticular:

—Nada que perdonar.

—No lo hagas. —La palabra se me desgarra en la garganta—. No me lo pongas fácil. Necesito ganarme esto. Necesito merecerte después de lo que he hecho.

Sus ojos se oscurecen y sus gestos se vuelven bruscos:

—¿Crees que quiero tu penitencia? ¿Tu culpa? Te quiero a TI. Fiera, inquebrantable, eligiéndome no por deuda, sino por deseo.

—Durante diez años he sido una cuchilla apuntando a tu corazón. Sin ese propósito, ¿qué soy? ¿Otra chica rota en tu cama?

Me suelta las manos para gesticular con violenta precisión:

—La única chica en mi cama. Siempre. La única que puede romperme y reconstruirme con sus manos.

—¿Quién soy sin la venganza? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

—¿Quién quieres ser?

La respuesta llega sin pensar, sin dudarlo:

—Tuya.

Su cuerpo entero se queda quieto, esa quietud perfecta que significa que lo he sorprendido. Bien. Se merece que le sorprenda algo que no sea la violencia por una vez.

—No por obligación —continúo, con mis gestos cada vez más seguros—. Ni por el contrato, ni por la culpa, ni porque te lo deba todo. —Doy un paso más, lo bastante cerca como para oler el humo de los cigarrillos impregnado en su camisa—. Te elijo a ti. Elijo amarte. Si es que me aceptas después de todo.

Sus manos no se mueven. Se limita a mirarme con esos ojos oscuros que me han observado dormir durante semanas, que me

vieron en mi peor momento y aun así me protegieron. El silencio se alarga hasta que no puedo soportarlo más.

Así que acorto la distancia que nos separa.

Mis labios encuentran primero su garganta, presionando las cicatrices abultadas con la reverencia que merecen. Cada marca es una disculpa, una promesa, una confesión. Su respiración se entrecorta mientras trazo el rastro de la vieja violencia con la lengua, saboreando la sal de su piel, la prueba de su sacrificio.

—La culpa de esto es mía —susurro contra su cuello.

Levanta las manos para enmarcarme la cara, inclinándome la cabeza hacia atrás para encontrar sus ojos. Gesticula con cuidado, asegurándose de que veo cada movimiento:

—Mi decisión. Volvería a elegirla. Siempre.

El beso que sigue no se parece en nada a los anteriores. No es violento, ni desesperado, ni se trata de posesión o de reclamar lo que es tuyo. Es suave, vacilante, como si nos estuviéramos conociendo por primera vez. Sabe a espresso y a noches en vela, a todas las palabras que su garganta marcada por cicatrices no puede pronunciar. Sus labios se mueven contra los míos con una ternura que me produce un dolor en el pecho, y saboreo algo nuevo en este beso. Esperanza, quizá. O perdón. O simplemente el simple reconocimiento de que ambos estamos rotos de maneras que encajan a la perfección.

Cuando por fin nos separamos, ambos con la respiración agitada, apoyo mi frente en la suya.

—Te quiero —susurro, las palabras que nunca pensé que diría a nadie, y mucho menos a él—. Creo que tal vez lo he hecho desde hace un tiempo. Simplemente no podía verlo más allá del odio.

Sus manos se deslizan hasta mi cintura, atrayéndome con una suave posesividad que hace que el calor se acumule entre mis piernas. He estado tan centrada en mi dolor, en mi venganza, que he negado lo que ha estado creciendo entre nosotros. Ahora, con la verdad al descubierto, el deseo me atraviesa como un maremoto.

Me arrodillo ante él, mis manos temblando mientras alcanzan su cinturón. Su respiración se entrecorta, y cuando levanto la vista, sus ojos arden de calor y preguntas.

—Déjame —susurro—. Por favor.

Asiente una vez, una brusca sacudida de cabeza que delata que está perdiendo el control. Manoseo su cinturón y luego su

cremallera, mi inexperiencia es obvia en mis torpes movimientos. Pero él no me mete prisa, solo observa con esos ojos oscuros y pacientes que lo ven todo.

Cuando por fin le libero el miembro, no puedo evitar el pequeño jadeo que se me escapa. Es enorme, grueso, largo e intimidante. Lo rodeo con la mano, asombrada de lo dura y sedosa que tiene la piel, de cómo mis dedos no pueden abarcar del todo su contorno.

—Nunca he… —admito, alzando la vista hacia él.

Me hace señas con una mano, mientras la otra me acaricia el pelo con suavidad: No hay prisa. Solo lo que tú quieras.

Lo que yo quiero es complacerlo como él me ha complacido a mí. Demostrarle con mi cuerpo lo que las palabras nunca podrán expresar del todo. Me inclino hacia delante y, con timidez, le paso la lengua por la parte inferior de la polla. El sabor no me resulta familiar, pero no es desagradable: sal, almizcle y algo singularmente suyo.

Me aprieta la mano en el pelo, no para empujar, solo sujetándome como si yo fuera su ancla en una tormenta. Envalentonada, me llevo el glande a la boca, estirando los labios para abarcar su grosor. Solo consigo introducir unos centímetros antes de sentir la amenaza de una arcada, pero el sonido ahogado que emite —uno de los pocos ruidos que le permite su garganta dañada— me llena de un orgullo feroz.

Establezco un ritmo, tragando lo que puedo de su longitud mientras mi mano trabaja lo que no cabe. Su respiración se vuelve entrecortada sobre mí, los músculos de su abdomen se contraen bajo mi mano libre. Levanto la vista y lo encuentro observándome con una intensidad que debería asustarme, pero que solo me vuelve más audaz.

Cuando ahueco las mejillas y succiono con más fuerza, sus caderas se sacuden de forma involuntaria. De inmediato, me hace señas para disculparse, pero niego con la cabeza y lo suelto solo el tiempo justo para susurrar: «No pasa nada. Te quiero entero».

Esta vez me lo meto más adentro, luchando contra el reflejo nauseoso, con lágrimas brotando de mis ojos mientras voy más allá de mi zona de confort. Me ahueca la cara con una ternura infinita y me seca una lágrima con el pulgar. El gesto, tan delicado en medio de un deseo tan puro, hace que algo se rompa en mi interior.

Su polla late contra mi lengua, y sé que está cerca por la tensión de sus muslos, por la forma en que su respiración se convierte en jadeos silenciosos.

De repente, me rodea con sus brazos y me levanta del suelo. Lo rodeo con mi cuerpo instintivamente, confiando en que me lleve adonde quiera. No al despacho, con su escritorio lleno de recuerdos complicados. No a la habitación de invitados, donde la distancia vivía entre nosotros.

A nuestro dormitorio. A nuestra cama. Esa en la que he dormido sola mientras él vigilaba desde aquel tortuoso sillón de cuero.

Me deposita junto a la cama con un cuidado infinito, como si pudiera hacerme añicos con un trato brusco. Sus manos se dirigen a mi ropa, pero despacio, esperando permiso. Asiento, ayudándolo cuando le tiemblan un poco los dedos.

Esto no tiene nada que ver con lo de antes. Cuando me quitó la virginidad en su escritorio, todo fue hambre y necesidad desesperada, violencia y placer entrelazados. Esto es adoración. Cada caricia, reverente; cada beso, una disculpa por el dolor que nos hemos causado.

Mi ropa se amontona a mis pies. La suya le sigue, y nos quedamos desnudos el uno frente al otro bajo la luz de la tarde. Le recorro las cicatrices con dedos temblorosos —tantas, demasiadas— y él me deja explorarlas una a una. Aprendiendo la geografía de su sacrificio, el precio de proteger a gente que lo consideraba un monstruo. Sus dedos trazan el cardenal que se desvanece en mi cadera, su marca de cuando la pasión se tornó violenta.

«Lo siento», me indica por señas.

—No lo sientas —le digo—. Quería tus marcas entonces. Ahora quiero unas nuevas. Suaves. Chupetones en lugar de heridas de guerra.

Cuando me tumba en nuestra cama, su contacto es tan delicado que me dan ganas de llorar. De hecho, estoy llorando, unas lágrimas lentas que él me seca a besos mientras sus manos llenas de cicatrices cartografían mi cuerpo como si estuviera escribiendo música sobre mi piel, cada roce una nota en una sinfonía que solo nosotros podemos oír.

—Por favor —susurro, atrayéndolo hacia mí—. Te necesito. Necesito sentirte. Necesito saber que esto es real.

Entra en mí despacio, con la mirada fija en la mía, y la sensación me abruma por completo. El estiramiento de su polla llenándome, su peso sobre mí, el calor de piel contra piel. Su mano se cierra sin apretar alrededor de mi garganta, no amenazante, sino posesiva. Su pulgar presiona mi pulso, donde se acelera por él. «Mía», articula contra mis labios, la palabra que puedo leer sin señas.

—Tuya —le devuelvo el aliento, y su control se resquebraja. Su siguiente embestida es más profunda, más fuerte, como si intentara marcarme a fuego por dentro. Mi coño se contrae a su alrededor, atrayéndolo más adentro, y ambos gemimos ante la sensación.

Es esto. Esto es el hogar. Por fin en casa. No un lugar con paredes y puertas, sino esto: él dentro de mí, a mi alrededor, eligiéndome a pesar de todo. Después de tanto vagar, tanto odio, tanta búsqueda de quién se supone que soy, por fin estoy exactamente donde debo estar.

Finalmente a casa, por fin en casa. La sensación se me instala en los huesos.

Nos movemos juntos en una sincronización perfecta, del mismo modo que luchamos en aquel restaurante, pero esto es creación en lugar de destrucción. Construyendo algo nuevo a partir de las cenizas de quienes solíamos ser. Sus manos me enmarcan el rostro mientras se mueve dentro de mí, y veo mi propio asombro reflejado en sus ojos. Su polla golpea ese punto dentro de mí que hace que las estrellas estallen tras mis párpados, y clavo las uñas en sus hombros.

—Dante —jadeo, su nombre una plegaria en mis labios.

Su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea con la presión justa para empujarme hacia el borde. La doble sensación de su polla llenándome y su pulgar en mi clítoris envía relámpagos por mis venas.

Cuando el placer llega a su punto álgido, le digo «Te quiero» con señas contra su pecho, sobre su corazón, sobre las peores cicatrices. Él me lo devuelve contra mi piel, con los dedos temblorosos mientras su propio orgasmo sigue al mío. Lo siento pulsar dentro de mí, llenándome de calor, marcándome desde dentro. Nos rompemos juntos, pero esta vez nos rompemos para formar algo completo en lugar de pedazos rotos.

Yacemos enroscados en nuestra cama, ahora verdaderamente nuestra, mientras la tarde se desvanece hacia el anochecer. Sus dedos trazan dibujos perezosos en mi hombro desnudo mientras yo reparto

besos en cualquier trozo de piel que alcanzo. El sillón de cuero permanece vacío al otro lado de la habitación, un monumento a la distancia que por fin hemos cruzado.

—Se acabó el sillón —digo contra su garganta, sintiendo cómo se estremece ante mis palabras.

—Se acabó el sillón —concuerda él, y su mano encuentra la mía para entrelazar nuestros dedos.

—Ya estamos casados —continúo, sonriendo ante la maravilla del momento—. De verdad. No solo por el contrato o la ceremonia. Esto. Nosotros. Es real.

Se aparta un poco para mirarme y veo ese atisbo de sonrisa jugueteando en sus labios. Mueve las manos con cuidado:

—Cuatro semanas para darnos cuenta de lo que todos los demás ya saben en el altar.

—Los demás no tienen nuestro lastre —señalo, y él suelta una risa sorda que le sacude los hombros.

La luz del exterior es dorada y pinta nuestra piel de tonos cálidos donde seguimos pegados. Su polla sigue dentro de mí, ablandándose, pero ninguno de los dos quiere separarse todavía.

—Te elijo a ti —gesticulo sobre su pecho mientras susurro las palabras, necesitando que entienda que no se trata de que le deba algo, ni de culpa, ni de no tener adónde ir—. Cada día, te elijo a ti.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor y siento cómo me da un beso en la coronilla. No necesitamos palabras ni señas para esto. La forma en que nuestros cuerpos encajan, la forma en que nuestra respiración se sincroniza, la forma en que nos abrazamos como si fuéramos a desaparecer lo dice todo.

Somos exactamente quienes debemos ser.

El uno del otro. Por completo. Y que Dios ayude a quien intente separarnos ahora.

27 - Dante

Sus dedos encuentran mi cuello lleno de cicatrices bajo la luz de la tarde, trazando el tejido en relieve con una reverencia que me oprime el pecho y me endurece la polla. Hace unas semanas, me presionó aquí un cuchillo el día de nuestra boda. Ahora presiona sus labios en el mismo lugar, y la contradicción, la violencia transformada en adoración, rompe algo dentro de mí que no sabía que seguía intacto.

—Cuéntame la historia de cada una —susurra Ana contra mi piel, su aliento cálido donde antes vivía mi voz.

Nadie me lo había preguntado nunca. En los diez años transcurridos desde aquella noche, la gente ve las cicatrices y aparta la mirada, incómoda ante la prueba de lo que exige esta vida. Pero Ana las ve como parte de mí, no como algo que ignorar, sino como algo que comprender. Sus dedos bajan y encuentran las quemaduras de cigarrillo en mi clavícula.

Le cojo la mano y me la llevo a los labios. Gesticulo contra su palma: «No todas de golpe».

—¿Por qué? —Se echa hacia atrás para verme la cara, sus ojos verdes se suavizan con algo que todavía estoy aprendiendo a aceptar. Amor. Amor de verdad, no por obligación ni por culpa.

«Demasiada oscuridad», gesticulo, pero ella niega con la cabeza.

—Nuestra oscuridad encaja. Muéstramelas.

Y lo hago. Guío sus dedos hasta la larga cicatriz que tengo en las costillas y gesticulo la historia sobre su piel: «Esta fue por proteger a Marco de la ira de nuestro padre. Tenía dieciséis años».

La besa en toda su longitud, su lengua recorre el tejido en relieve hasta que la polla me late de deseo. Pero esto va más allá del simple anhelo. Se trata de que me vea, de que me vea de verdad, por primera vez en mi vida.

Su mano se mueve hacia mi hombro, encuentra allí la cicatriz de bala. Esta no necesito gesticularla. Ella lo sabe. Una bala perdida

durante la masacre. La noche en que todo cambió. La noche que nos trajo hasta aquí.

—Lo siento —susurra, pero la cojo por la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos.

«No te disculpes por sus pecados», gesticulo. «No somos nuestros padres».

—No —acepta, acomodándose a horcajadas sobre mi regazo mientras su camisón de seda se le sube por los muslos—. Somos algo nuevo.

La luz de la tarde vuelve su piel dorada, y yo catalogo cada marca que le he dejado. Los moratones casi desaparecidos de sus caderas por haberla agarrado con demasiada fuerza cuando le quité la virginidad. La marca de mordisco que se desvanece en su hombro de nuestro acoplamiento desesperado contra la pared. Las marcas más recientes y suaves de anoche, prueba de adoración en lugar de guerra.

Toco cada una con cuidado, gesticulando disculpas sobre su piel.

—No —jadea, cogiéndome las manos—. Son mías. Me las he ganado. Las quiero.

La comprensión me inunda. Necesita una prueba de que esto es real, de que nosotros somos reales, de que todo lo que hemos construido con sangre y mentiras se ha transformado en algo verdadero. Muevo mis manos a sus caderas, mis pulgares presionan contra los moratones que le dejé. Ella gime, meciéndose contra mí, y siento su humedad a través de la fina seda.

«Te necesito», gesticula frenéticamente, tirando de mi pantalón de pijama.

«Soy tuyo», gesticulo de vuelta contra su muslo, y luego bajo la boca hasta su coño.

Ya está húmeda, ya está lista, y su sabor me hace gemir en silencio. Salada y dulce y singularmente suya, todo lo que ella es, dulce, peligrosa y mía. La trabajo con la lengua, lento y deliberado, a diferencia del hambre desesperada de nuestras primeras veces. Esto es adoración. Esto es gratitud. Esto es amor traducido en caricias.

Sus manos se enredan en mi pelo, las caderas se mueven contra mi boca mientras persigue su placer. Le meto dos dedos dentro, curvándolos hacia adelante para encontrar el punto que hace que todo su cuerpo se tense. Está cerca, sus muslos tiemblan a ambos lados de mi cabeza cuando tira de mí hacia arriba.

«Juntos», gesticula, y luego me guía a su interior.

La sensación de entrar en ella me roba el poco aliento que me queda. Está apretada, perfecta, es mía. Nos movemos juntos, sin batalla por el dominio ahora, solo el ritmo ancestral de dos amantes que por fin han encontrado su hogar. Ella gesticula mientras nos movemos, comunicaciones desesperadas entre jadeos.

Puedo ver la disculpa en su rostro, que está a punto de verbalizarla, y no quiero eso.

Aparto las manos de sus caderas por un momento para gesticular: «Nos convirtió en quienes somos». Empujo más profundo, tragándome su jadeo con mi boca.

Entonces llegan sus lágrimas, unas de felicidad que me salpican el hombro mientras se mece en mi regazo. «Te quiero», gesticula contra mi corazón, justo sobre la peor cicatriz. «Te quería antes de saber que podía».

«Te quise desde el primer golpe», admito, la verdad por fin libre.

Se echa hacia atrás, sorprendida. «¿Cuándo?».

Le quito las manos de su perfecta espalda y las coloco donde pueda verlas. «Nuestra boda. Cuando intentaste matarme. Luchaste con tantas ganas. Tan hermosa».

Se ríe entre lágrimas, un sonido más hermoso que cualquier música. «Sabías que iba a fracasar».

«Esperé. Te quería dispuesta, no derrotada».

—¿Valió la pena? —pregunta, y luego se contrae alrededor de mi polla, haciéndonos jadear a ambos—. ¿La espera?

Empujo más profundo, más fuerte, mostrándole con mi cuerpo lo que los gestos no pueden expresar del todo. «Valió la pena todo. Valió la pena mi voz. Valió la pena las cicatrices. Valió la pena los años de vacío antes de ti».

Está cerca ahora, lo siento en cómo su coño me aprieta, en cómo cambia su respiración. Pero hay más que decir, más verdad que compartir mientras estamos unidos de esta manera.

—No más secretos —jadea.

Asiento y hago esa promesa con la mirada, mientras gesticulo contra su espalda: «No más mentiras».

—No más dormir separados.

El gruñido no logra salir de mi garganta, pero la abrazo más fuerte ante la perspectiva de volver a dormir en una cama distinta a la suya. La necesito cerca. La necesito siempre.

—Quiero tener hijos tuyos —dice de repente, y me quedo paralizado en plena embestida.

Lo ha dicho en voz alta, no por señas. Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, enormes, perfectas y aterradoras.

—Hijos tuyos —continúa, moviéndose contra mí al ver que no reacciono—. Nuestra familia. Guerreros de corazón noble.

Casi me corro solo con oír esas palabras. La imagen de Ana embarazada con un hijo mío, de pequeños con sus ojos verdes y mi oscura intensidad. Mis embestidas se vuelven desesperadas, impulsadas por esta nueva hambre que ha despertado.

—Perfectos como nosotros —dice, y luego suelta un grito cuando la embisto con especial profundidad—. ¡Dios, Dante, por favor!

Los dos estamos a punto, con los cuerpos moviéndose en perfecta sincronía, signando con desesperación entre besos y jadeos.

Reclamamos ser del otro a la vez: —Mía —dice ella; «Mío», signo yo frenéticamente contra sus caderas, donde ni siquiera puede verlo, pero sabe que lo he dicho.

Ambos nos rendimos: —Tuyo. —Tuya.

El orgasmo nace en la base de mi columna y recorre cada cicatriz que ella ha besado, cada herida que ha sanado con su tacto. Cuando se estrella contra mí, signo su nombre en su garganta, en su corazón, en cada centímetro de piel que alcanzo. Ella se corre conmigo, con el coño apretándose alrededor de mi polla en oleadas que parecen infinitas, su voz quebrándose al pronunciar mi nombre.

Después, permanecemos unidos, ninguno de los dos dispuesto a separarse. Llora en silencio contra mi hombro; está abrumada, lo entiendo. Esto ha sido diferente a todas las demás veces. Lo del escritorio fue hambre. Lo de la pared, desesperación. Esto ha sido algo completamente distinto.

—Ha sido diferente —susurra, expresando mis pensamientos.

«Ha sido amor», signo, y luego le doy un beso suave sobre el corazón.

—Hemos hecho el amor. —El asombro inunda su voz.

Sigo duro dentro de ella, sin estar listo para abandonar el paraíso de su cuerpo. Así es como deberíamos estar siempre: conectados, unidos, completos. Mañana traerá peligros. Detroit no ha olvidado. Los rusos siguen al acecho. Las pruebas mostraron conexiones rusas, esos tatuajes cirílicos en los atacantes, pero aún no sabemos qué facción ni por qué atacaron a nuestras dos familias esa noche.

Pero ahora mismo, en nuestra cama, con la luz de la tarde pintándonos de dorado, somos perfectos. Estamos completos.

Me besa la garganta llena de cicatrices y siento su sonrisa contra el tejido destrozado. —Mi demonio silencioso.

«Mi tormenta perfecta», le respondo por señas.

Pasados unos minutos, estoy listo para empezar de nuevo. Nos movemos juntos, esta vez más despacio, saboreando cada sensación. Sus dedos recorren mis cicatrices mientras yo mapeo su cuerpo con mis manos; ambos reescribimos nuestra historia con cada caricia. Lo que empezó con violencia se ha transformado en esto: perfecto, absorbente, completo.

Cuando vuelve a correrse, es de forma suave, una ola ondulante en lugar de un estallido. La sigo al otro lado; mi liberación es menos desesperada, pero de algún modo más profunda. Hemos pasado del hambre a algo más peligroso: la verdadera intimidad.

—Quédate dentro de mí —murmura mientras el agotamiento la vence—. Necesito sentirte.

Nos acomodo con cuidado, todavía unidos, su cabeza en mi pecho, donde puede sentir los latidos de mi corazón, la única voz que me queda que habla constantemente. Mis dedos trazan perezosos patrones en su espalda mientras se deja llevar por el sueño.

Esto es lo que estuve protegiendo durante todas esas noches en el sillón de cuero. No solo su vida, sino esta posibilidad. Este futuro en el que nos elegimos el uno al otro por completo, donde nuestra oscuridad se convierte en luz por proximidad, donde el silencio no significa ausencia, sino una presencia demasiado profunda para las palabras.

Su respiración se acompasa, y justo antes de quedarse completamente dormida, deja escapar un murmullo de satisfacción que me llena el pecho de calidez.

28 - Dante

El mapa del territorio sangra tinta roja sobre mi escritorio mientras Detroit avanza sobre nuestros distritos del sur. La voz de Marco posee esa autoridad comedida mientras expone las estrategias de respuesta, pero algo frío se me asienta en las entrañas. Una premonición, quizá, o solo el recuerdo de la sonrisa soñolienta de Ana esta mañana cuando la dejé enredada en nuestras sábanas, sus dedos signando «te quiero» contra mi pecho antes de obligarme a marcharme.

—La ruta del sur necesita una reestructuración —continúa Marco, señalando las rutas de transporte—. Detroit se está envalentonando.

Asiento, obligándome a concentrarme, pero mi mano encuentra la grulla de papel que guardo en el bolsillo. Una de las de Ana, plegada anoche mientras hablábamos de tener hijos, del futuro, de todo lo que casi perdimos. Su aroma a jazmín todavía está impregnado en mi camisa de cuando me atrajo hacia ella para darme un último beso.

Mi móvil yace apagado sobre el escritorio. Ni un mensaje. Normalmente a estas horas ya me habría enviado algo, aunque solo fuera una foto de su café de por la mañana o un vídeo en lengua de signos que me hiciera sonreír. Este silencio no me gusta nada.

—¿Dante? —me saca de mis pensamientos la voz de Marco—. ¿Y la situación de Hadley?

«Doblad la seguridad en esos envíos», signo, pero mi atención se divide. Esa sensación fría se extiende, como hielo por mis venas. Algo va mal. Algo está pasando.

Entonces Nico irrumpe por la puerta, y su cara me lo dice todo.

«Ana». Sus signos son frenéticos, violentos. «Se la han llevado. Detroit».

El mundo se detiene.

Y luego explota.

El escritorio vuelca antes de que me dé cuenta de que me estoy moviendo. Los papeles se esparcen, el mapa del territorio se rasga

mientras todo se estrella contra el suelo. Una taza de café se hace añicos contra la pared y los fragmentos de cerámica salen disparados. Un sonido se me desgarra desde la garganta dañada. No son palabras, solo pura rabia que hace que Marco y Nico retrocedan. El ruido que se me escapa es inhumano, el tejido cicatrizado me arde al intentar formar su nombre. Siento como si la garganta se me estuviera abriendo de nuevo, desesperada por gritar lo que nunca podrá.

Mis manos encuentran la pared, atraviesan el pladur de un puñetazo, necesitando destruir algo, cualquier cosa, todo. La sangre mana de mis nudillos, pero no la siento. No siento nada más que su ausencia.

Los contratos sobre mi escritorio, los que le ayudé a entender la semana pasada, con mi letra en los márgenes explicando el complejo inglés, los hago pedazos. No valen nada. Todo carece de valor sin ella. Mi puño impacta contra la ventana, agrietando el cristal en una telaraña. En el reflejo fracturado, veo lo que ven mis hermanos: no al ejecutor controlado que conocen, sino a algo salvaje. Algo que nunca han presenciado, ni siquiera cuando volví después de tres días de tortura.

Marco me agarra, con un apretón de hierro en los hombros. —Dante. Hermano. Céntrate. La traeremos de vuelta.

Pero no puedo respirar. Mi garganta llena de cicatrices convulsiona, intentando gritar, intentando llamarla, pero solo consigo emitir ese horrible sonido dañado. No puedo pensar más allá de la imagen de sus manos sobre ella. Ana sola, asustada, quizá herida. Quizá… no. Está viva. Tiene que estarlo. Querrían que lo supiera si la hubieran… si ella estuviera…

Todavía tengo su sabor en los labios del beso de despedida de esta mañana. Las marcas de sus uñas aún me escuecen en los hombros de anoche, cuando cabalgaba sobre mí, signando mi nombre mientras se corría. Hace tres horas estaba debajo de mí, a mi alrededor, eligiéndome. Ahora la tienen ellos. Detroit tiene lo que es mío.

—Hermano. —Es Luca, y por una vez su voz no tiene rastro de diversión—. Estás asustando a Nico.

Levanto la vista y veo a Nico pegado a la puerta, con la mano en el arma. No para usarla, solo por instinto al enfrentarse a algo peligroso. Tienen miedo. Mis propios hermanos tienen miedo de en

lo que me estoy convirtiendo. Bien. Deberían tenerlo. Todo el mundo debería.

Me tiemblan tanto las manos que no puedo signar bien. Los movimientos salen entrecortados, desesperados: «¿Cómo? ¿Cuándo? ¿La seguridad?».

—Ha ido de compras —informa Nico, con eficiencia militar a pesar de la crisis—. Tres guardias muertos. Ejecución profesional. Sabían exactamente cuándo y cómo.

Profesional. Planeado. Han estado vigilando, esperando el momento perfecto en el que yo estuviera distraído, atrapado en una reunión, incapaz de proteger lo que más importa.

Otro sonido se escapa de mi garganta, esta vez pura furia animal. El tejido cicatrizado tira, amenaza con desgarrarse, pero no me importa. Que se abra. Que sangre. Nada importa sin ella.

—Dante. —La voz de Marco interrumpe—. Han dejado esto.

Un sobre marrón, con mi nombre garabateado en mayúsculas. Me tiemblan las manos al abrirlo. Cae una única foto. Ana, inconsciente, tumbada en lo que parece una furgoneta. Un moratón le florece en la sien, púrpura contra su piel pálida. Su vestido, el azul que llevaba esta mañana, el que le ayudé a subirle la cremallera mientras le besaba el cuello, está rasgado por el hombro. Pero está respirando. Viva.

La foto huele mal. Colonia de hombre, barata. El olor de otro en su imagen. La vista se me tiñe de rojo por los bordes.

Le doy la vuelta. El mensaje es simple, imposible:

«Tu reina por tu reino. Todos los territorios, todas las operaciones, todo lo Rosetti. Medianoche. Seis horas. O la venderemos al mejor postor. Muchos quieren a la puta de los Rosetti».

El papel se arruga en mi puño. La han llamado así. Se han atrevido a llamarla así.

La garganta me arde de nuevo, intentando rugir, gritar, emitir cualquier sonido que se corresponda con la rabia que me desgarra por dentro. Esta mañana me recorrió las cicatrices de la garganta, besó cada una de ellas y signó: «tu voz está en tus manos, en tu forma de tocar, en cómo me amas». Ahora esas mismas cicatrices arden con la necesidad de gritar su nombre.

La puerta se abre de nuevo. Un chaval, de unos dieciocho años, que tiembla como un flan. El mensajero de Detroit. Es valiente.

Estúpido. Está muerto.

—Señor Rosetti —se le quiebra la voz—. Se supone que debo esperar una respuesta.

Me muevo antes de que se forme el pensamiento. Mi mano se cierra alrededor de su garganta y lo levanta del suelo. No lo estoy estrangulando, todavía no, solo lo mantengo suspendido mientras sus pies patalean inútilmente. Su pulso martillea contra mi palma. Una presa asustada en las garras de algo que ha dejado de ser humano. Puedo sentir su laringe funcionar, lo que yo perdí, lo que me quitaron. Él puede gritar. Yo no.

Marco no interviene. Tampoco Nico. Saben que es mejor no interponerse entre mí y cualquier cosa relacionada con el secuestro de Ana. Los veo intercambiar una mirada. Nunca me habían visto tan desquiciado. Cuando volví de las torturas, me mostré silencioso, contenido. Esto es diferente. Esto es lo que pasa cuando le quitas a un monstruo lo único que hace que quiera ser humano.

Al chico se le desorbitan los ojos. —Por favor, yo solo..., me obligaron.

Lo suelto y le agarro la muñeca. El hueso se parte con un crujido satisfactorio que lo hace gritar. Una advertencia. Una promesa. Un adelanto de lo que les espera a todos los implicados. Su grito es el eco de lo que mi garganta no puede producir, y quiero romperle cada hueso hasta que sus alaridos igualen mi rabia.

—Diles —traduce Marco mis señas mientras el chaval gimotea—. Diles que están todos muertos. Hasta el último de ellos. Pero que desearán la muerte antes de que él termine.

El chico se escabulle, sujetándose la muñeca rota. Bien. Que les lleve el mensaje. Que sepan lo que se les viene encima.

—Hermano. —La voz de Luca llega desde la puerta, con esa alegría macabra que significa que la violencia está cerca—. He oído que por fin vamos a jugar como es debido.

Entra con esa sonrisa terrible, sabiéndolo ya todo. Por supuesto que lo sabe. Luca siempre sabe cuándo va a correr la sangre. Pero incluso él se mueve con cuidado a mi alrededor, reconociendo algo diferente en mi mirada. Esto no es la violencia controlada que ha visto antes. Esto es otra cosa. Algo a lo que no le importan los daños colaterales ni las consecuencias.

Alex es el siguiente en llegar, ya con el móvil en la mano. —Voy a cobrar todos los marcadores, todos los favores. Información

completa en veinte minutos.

Mi familia se moviliza sin rechistar, cada uno asumiendo su papel. Pero yo solo puedo ver esa foto. Ana inconsciente, vulnerable, en manos del enemigo porque no he sabido protegerla. Todavía me sangran los nudillos de golpear la pared, la ventana, de la destrucción, pero no registro el dolor. El dolor físico no es nada. Este vacío desolador donde debería estar ella, eso es la agonía.

Mis manos se mueven con desesperación: —¿Dos horas? ¿Lleva dos horas desaparecida?

—Desde esta mañana —confirma Nico—. Lo han calculado a la perfección. Querían que estuvieras atrapado en la reunión cuando llegara el mensaje.

Dos horas. Dos horas en las que la han tenido, la han tocado, quizá la han herido. El moratón en su sien grita mi fracaso. Esta mañana recorrí con los dedos su piel intacta, memoricé cada peca, cada cicatriz, cada centímetro. Ahora la han marcado. Han puesto su violencia en lo que es mío.

—Está llegando información —anuncia Luca, consultando su tableta con ese interés académico que le suscita la violencia—. Barrio de los almacenes. Edificio abandonado de los Patrilli. Veinte hombres confirmados, posiblemente treinta.

Levanta la vista, con esos ojos pálidos brillantes de expectación. —¿Y sabes qué, hermano? Tu mujer ya ha herido a dos de ellos. Le ha arrancado un dedo a uno de un mordisco y le ha roto la nariz a otro. Han tenido que sedarla.

El orgullo lucha contra el terror en mi interior. Esa es mi Ana, peleando incluso drogada, incluso superada en número. Pero la han sedado. Le han puesto las manos encima. Le han metido fármacos en el cuerpo para doblegarla. La imagen de ella inconsciente, incapaz de luchar, incapaz de pedir ayuda por señas, hace que mi garganta herida vuelva a sufrir convulsiones.

Mía para protegerla. Mía para vengarla. Mía para quemar esta ciudad por ella.

—Arsenal —digo por señas, poniéndome ya en marcha.

La armería se abre al acero y la pólvora familiares. Pero esta noche es diferente. Esta noche no estoy seleccionando herramientas para un trabajo. Estoy eligiendo instrumentos de tortura. Este cuchillo, de filo serrado, para el que le amoró la sien. Esta pistola

para quienquiera que diera la orden. Este puño americano para cualquiera que la llamara con esa palabra.

Me veo reflejado en el acero pulido de una hoja. El hombre que me devuelve la mirada no es el que Ana besó al despedirse esta mañana. Aquel hombre estaba aprendiendo a ser humano, a ser amable, a ser digno de su amor. Esta cosa en el reflejo es lo que queda cuando arrancas esa humanidad. El demonio que ella una vez pensó que yo era, ahora convertido exactamente en eso porque se han llevado lo único que me hacía ser algo más.

Mis hermanos se arman con eficacia, pero no dejan de observarme. Estoy cogiendo demasiadas cosas, más de las que puedo llevar, más de las que tienen sentido tácticamente. Me ato armas a cada superficie disponible. Una masacre para lo que se avecina.

—Guárdame alguno —canturrea Luca, escogiendo cuchillos con una meticulosidad inquietante—. Quiero jugar con quien le haya amoratado esa cara tan bonita.

Su violencia despreocupada suele inquietar a la gente. Esta noche, a mi lado, parece el colmo de la cordura. Me tiemblan las manos mientras me aseguro otra hoja, recordando los dedos de Ana sobre los míos esta mañana, cómo me dijo «ten cuidado» por señas aunque ambos sabíamos que la reunión era solo papeleo. Se preocupa por mí. Nadie se había preocupado por mí antes.

Marco coordina la táctica mientras nos armamos. —Nico lidera el equipo de entrada Alfa. Dante y Luca van directos a por Ana. Alex, tú das cobertura y preparas la salida. Espera a Sofia. Está a veinte minutos, pero insiste en unirse.

Familia. Ana lloraría si oyera que Sofia vuelve a toda prisa de su reunión en el centro para ayudar a rescatarla. Ahora no está, se la han llevado, está sufriendo, y cada segundo parece un año.

—Dos minutos —dice Marco—. Los coches están listos.

Necesito ver nuestra habitación primero. Necesito respirar su olor, tocar algo suyo, recordar por qué estoy a punto de convertirme en el demonio del que susurran en Chicago.

El dormitorio todavía huele a jazmín y a sexo, como la mañana que compartimos antes de que empezara esta pesadilla. Las sábanas están revueltas de cuando hicimos el amor, su almohada todavía tiene la marca de su cabeza. Aprieto la cara contra ella, respirando hondo, tratando de aferrarme a su aroma. En la mesilla de noche, tres grullas de papel que plegó anoche mientras hablábamos.

Envuelvo una, con cuidado de no aplastar las delicadas alas, en el pañuelo de seda que llevó ayer, y me lo meto en el bolsillo.

Su camisón roto de anoche yace en el suelo. La prueba de mi desesperada necesidad de estar dentro de ella, de reclamarla de nuevo después de que me eligiera por completo. Ahora otro le ha rasgado la ropa. Ha puesto sus manos sobre lo que es mío. La rabia crece hasta que la visión se me tiñe de rojo, hasta que mi garganta dañada arde con la necesidad de gritar.

—Voy a por ti —le digo por señas a la habitación vacía, a su fantasma, a quienquiera que esté escuchando—. Aguanta, nena. Lucha. Ya voy.

La grulla de papel presiona contra mi pecho, envuelta en una seda que huele a hogar. A ella. A todo lo que intentan arrebatarme.

Marco aparece en el umbral. —Los coches están listos. Es hora de irse. Sofia se reunirá con nosotros allí.

Se detiene al verme con claridad por primera vez. Su hermano sereno, el estratega silencioso, ha desaparecido. En su lugar hay algo que hace retroceder incluso al Don de Chicago.

—Dante —dice con cautela—. La recuperaremos.

Paso a su lado y no intenta detenerme. Ninguno lo hace. Me siguen a distancia, dándole espacio para respirar al demonio. Listos. La cosa en la que me estoy convirtiendo no distingue entre amigos y enemigos. Solo hay obstáculos entre Ana y yo.

—Tráela a casa, hermano —dice Marco, comprendiendo la mirada en mis ojos—. Cueste lo que cueste.

Cueste lo que cueste. Aunque tenga que perder la humanidad que ella me ayudó a encontrar.

La grulla de papel presiona contra mi pecho mientras nos dirigimos a los coches. Un talismán. Una promesa. Un recordatorio de que, en algún lugar de esta ciudad, mi mujer espera a que la rescaten.

Aguanta, Ana. El diablo va a por ti.

Y el infierno viene con él.

29 - Ana

La cuerda se me clava más en las muñecas con cada movimiento. La piel en carne viva me arde donde he estado probando los nudos durante la última hora. La sangre me resbala por las palmas, dejándolas resbaladizas, pero eso podría incluso ayudar. El almacén se extiende a mi alrededor como una tumba, todo hormigón frío y metal oxidado que pronto se teñirá de sangre. De su sangre, si conozco a mi marido. Y lo conozco. Lo conozco de una forma que hace que el pecho me duela de amor y terror a partes iguales.

El labio partido me late donde el primer guardia me dio un revés por escupirle. El sabor metálico de la sangre me cubre la lengua y se mezcla con el sabor fantasma del beso de Dante de esta mañana.

—Ten cuidado —le había signado, y él me había cogido las manos y besado cada palma con una reverencia que hizo que me ardieran los ojos—. Vuelve siempre a mí. —Su promesa estaba en la forma en que me apretó la mano contra su corazón, dejándome sentir su latido constante, la única voz que de verdad habla por él.

—El jefe la quiere consciente para cuando llegue —masculla un guardia mientras enciende un cigarrillo. El humo flota hacia mí, mezclándose con el olor a aceite de motor y a sudor del miedo. No el mío. El suyo. Saben lo que Dante hará cuando descubra que me han cogido.

Me duelen los hombros de tenerlos torcidos detrás de la silla, pero sigo frotando la cuerda contra un borde metálico áspero que he encontrado en la pata de la silla. Cada movimiento me envía un nuevo dolor a través de las muñecas en carne viva, recordándome la delicadeza con que Dante me sujetó esas mismas muñecas anoche, besando la delicada piel donde el pulso se me acelera por él. El dolor significa que estoy viva. El dolor significa que aún tengo tiempo.

Doce hombres que puedo ver, quizá más en las sombras. Papá estaría orgulloso de que siga contando, de que siga planeando. Pero lo único que quiero de verdad son los brazos de Dante a mi alrededor, su promesa silenciosa de que nos vamos a casa. Dos

salidas visibles desde esta silla: el muelle de carga por el que me arrastraron y una puerta con la pintura desconchada que podría llevar a unas oficinas.

La puerta del almacén se abre con un estruendo y se me corta la respiración. Entran más hombres, sus pasos resonando en el hormigón. Cuento ocho más, lo que suma un total de veinte. Veinte hombres para una sola mujer. Le tienen pánico a Dante. Como debe ser.

—Sigue forcejeando con esa cuerda, cielo —dice una voz familiar a mi espalda—. No te servirá de nada, pero admiro el esfuerzo.

Carlo Senior entra en mi campo de visión y se me encoge el estómago. El hombre de la conversación del restaurante, el padre que adoptó el nombre de su hijo muerto. Lo reconozco ahora, no por su cara, sino por su presencia, por esa forma de moverse como si la violencia fuera su derecho de nacimiento. Tal y como lo describieron en la cena antes del ataque. El exaltado que desafiaba los límites, el que buscaba venganza por la muerte de Carlo Junior el año pasado. Su colonia es barata, inadecuada, nada que ver con el aroma a sándalo de Dante que aún perdura en mi pelo.

—Ana Rosetti —dice él, y esa sonrisita suya se extiende por su curtido rostro—. Aunque muy pronto volverás a ser Ana Moretti. O quizá solo «mercancía». Depende de cómo salga todo esto.

—Cree que está vendiendo a Ana Moretti —le digo, con la sangre goteándome del labio partido—. Pero ahora soy Ana Rosetti. Mi marido no negocia por lo que ya es suyo. Simplemente lo recupera.

—Tu marido tiene hasta medianoche. —Saca un reloj caro y hace el paripé de mirarlo—. Le quedan cuatro horas para entregarlo todo. Cada territorio, cada ruta, cada céntimo que los Rosetti han amasado. Su reino por su reina.

—No lo hará…

—Entonces irás al mejor postor. —Su sonrisa socarrona se ensancha y la bilis me sube por la garganta—. Te sorprendería saber cuántos quieren un turno con la puta de los Rosetti. La chica que se abrió de piernas para el asesino de su familia.

Siento que la cara me arde, pero mantengo una expresión neutra. No pienso darle esa satisfacción.

—Te hemos estado observando —continúa Carlo, rodeando mi silla como un depredador—. Ese dormitorio tuyo, esos ventanales.

Deberías correr las cortinas cuando te lo follas. Aunque debo admitir que mis hombres disfrutaron del espectáculo.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Sabía que habían estado observando, planeando. El prisionero del sótano nos lo había dicho. Pero saber que vieron nuestros momentos más íntimos, que convirtieron nuestro amor en entretenimiento… Esta mañana en la ducha, cuando Dante me apretó contra los azulejos, con el agua corriendo sobre nosotros mientras me follaba con una necesidad desesperada, signando mi nombre en la mampara de cristal. Lo vieron todo.

—¿Es verdad que no hace ningún ruido cuando se corre? —Su voz gotea una diversión enfermiza—. Ni siquiera en el placer, el demonio silencioso permanece mudo. Debe de ser frustrante no oírle gritar nunca tu nombre.

Aprieto las manos detrás de la silla y la cuerda se me clava más. Nos observaron. Invadieron nuestra intimidad, convirtieron nuestro amor en algo vulgar para su entretenimiento. Pero no lo entienden. Dante me habla de formas que ellos jamás podrían comprender. Su cuerpo es su voz, cada caricia una palabra, cada embestida una promesa.

—La subasta empieza a medianoche si no cumple —dice Carlo, sacando su móvil—. Ya tengo tres compradores interesados. Los mexicanos te quieren por venganza. Los irlandeses creen que serías una palanca útil. Y hay un coleccionista privado al que simplemente le gustan las cosas bonitas.

Entonces lo oigo. Distante al principio, como un trueno que llega de muy lejos. Gritos, ahogados por la distancia y los muros, pero cada vez más cercanos. Uno de los guardias que está cerca de la puerta se tensa y lleva la mano a su arma.

El aire del almacén cambia, como antes de una tormenta. Los guardias también lo sienten, esa conciencia primitiva de que los depredadores están cerca. Uno comprueba su pistola por tercera vez. A otro le tiembla la mano al encender un nuevo cigarrillo. Saben lo que yo sé: la Muerte viene a por ellos, y su nombre es Dante Rosetti.

—Comprobad eso —espeta Carlo, pero él también se ha dado cuenta. La ligera incertidumbre en sus ojos, la forma en que su mano se desliza hacia su propia pistola.

Más gritos, ahora más cerca. Y de repente, el silencio. Ese tipo de silencio que es peor que los gritos.

La esperanza florece en mi pecho, ardiente y desesperada. Dante. Viene a por mí. No a medianoche, no va a seguir sus reglas. Está aquí ahora, y por los sonidos de fuera, ha traído el infierno con él.

—Doblad la guardia en las puertas —ordena Carlo, pero ahora puedo oír un atisbo de miedo en su voz. Creía que tenía hasta medianoche. Creía que Dante negociaría, que sopesaría las opciones como un hombre de negocios.

No conoce a mi marido en absoluto. Dante no negocia cuando se trata de mí. Arrasa.

Otro grito se corta en seco. Más cerca. Los guardias se mueven nerviosos, con las armas desenfundadas.

La explosión revienta la puerta del muelle de carga y el humo entra a bocanadas en el almacén como un ser vivo. Me pitan los oídos por el estallido, pero ya me estoy moviendo, aprovechando el caos para forcejear con más fuerza mis ataduras.

Los guardias se dispersan, gritando, disparando a ciegas hacia el humo. Empiezan a caer cuerpos, pero no veo quién dispara. Todo es caos y cordita, sombras que se mueven entre las sombras.

Un guardia tropieza hacia atrás y cae por encima de mi silla. Mientras pasa a mi lado, me abalanzo hacia delante a pesar de la cuerda que me ata y le hundo los dientes en la garganta. Grita, intenta zafarse, pero muerdo con más fuerza, notando el sabor a cobre y sintiendo cómo cede el cartílago. Esta soy yo ahora, no la chica que vino aquí por venganza, sino la mujer que derramará sangre por su familia. Por él. Nuestra violencia es nuestro lenguaje del amor, escrito con balas y moratones.

Deja caer el arma para agarrarse la garganta, y yo intento acercar los pies a ella, luchando por colocarme. El cuchillo de mi bota, el que no encontraron porque estaban demasiado ocupados manoseándome más arriba por las piernas, se desliza y queda libre cuando me tuerzo el tobillo.

A ciegas, con las manos aún atadas a la espalda, consigo agarrar la pequeña hoja entre los dedos. La cuerda se va rompiendo fibra a fibra, y cada segundo parece una eternidad mientras los disparos estallan a mi alrededor. Finalmente, mis manos quedan libres.

Cojo el arma del guardia caído y la memoria muscular del entrenamiento de mi tío se hace con el control. Noto el peso adecuado en mis manos, familiar. El arma da una coz en mi mano cuando disparo y no me inmuto.

—Ana Rosetti —digo en voz alta para mí, para ellos, para cualquiera que escuche. Siento el nombre como una armadura, como un arma, como una verdad. No la Ana Moretti que busca venganza. Sino Ana Rosetti, que elige luchar junto a su familia.

Una silueta se mueve hacia mí a través del humo, otro guardia. No dudo. Tres disparos, al centro del pecho. Cae, y no siento más que una salvaje satisfacción. Estos hombres nos observaron, violaron nuestra intimidad, amenazaron con venderme como si fuera una propiedad.

—Esa es mi chica —susurro, imaginando el orgullo de Dante cuando se entere de que no esperé a que me rescataran. Luché. Tal y como él sabía que haría.

Más sombras en el humo, pero estas se mueven de forma diferente. Controladas, eficientes, letales. Los hermanos Rosetti han llegado.

A través del humo que se disipa, lo veo a él primero. Luca. Esa sonrisa extendiéndose por su cara, la sonrisa equivocada que hace que la gente sensata salga corriendo. Pero ahora mismo, esa sonrisa aterradora es lo más bonito que he visto en mi vida.

Se mueve por el almacén como la muerte personificada; los cuerpos caen a su alrededor mientras sus cuchillos encuentran gargantas, corazones, arterias. No dispara, es demasiado impersonal. Cada muerte es íntima, personal; los guardias caen sin ni siquiera un jadeo mientras las hojas de Luca se deslizan entre las costillas, a través de los cuellos. Uno intenta gritar, pero la mano de Luca le tapa la boca mientras el cuchillo entra, y el hombre cae como los demás, uniéndose a la creciente pila de cadáveres.

—Hermana —dice alegremente, pasando por encima de los muertos—. Has estado practicando tu mordisco. Buena chica.

Hermana. Me ha llamado hermana. Familia de verdad que quema mundos por mí.

Intento levantarme, moverme hacia él, pero un metal frío presiona mi sien. El brazo de Carlo me rodea el cuello por detrás, usándome como escudo.

—¡Alto! —grita Carlo, con la pistola apretada con fuerza contra mi cabeza—. ¡Que todo el mundo se pare o le reventaré los sesos contra la pared!

El almacén se queda en silencio. A través del humo, veo más siluetas. Nico, táctico y preparado. Marco, imponente incluso en

medio del caos. Alex, elegante de alguna manera a pesar de la sangre en su traje. Sofía también está aquí, serena y feroz.

Y Dante.

Oh, Dios, Dante.

Está a seis metros, cubierto de la sangre de otros hombres, y que Dios me ayude, mi cuerpo responde como si no fuera la muerte encarnada sino mi salvación. Se me contrae el coño al recordar esta mañana, cómo me folló contra la pared de la ducha susurrando promesas con sus manos. Incluso ahora, incluso con una pistola apuntando a mi cabeza, lo deseo. Monstruo, protector, mío.

Nunca lo había visto así. No es violencia controlada, ni furia calculada. Esto es otra cosa. Algo primitivo y terrible, y centrado por completo en la pistola de Carlo en mi cabeza. Sus ojos se encuentran con los míos a través del almacén, y en ellos, veo mi mundo entero.

—Habéis elegido la muerte —me susurra Carlo al oído—. Los dos. Juntos. Qué romántico.

Los ojos de Dante se encuentran con los míos a través del almacén. En ellos, veo la misma verdad que siento yo. Si morimos esta noche, al menos tuvimos esta mañana. Al menos tuvimos estos días de elegirnos el uno al otro. Esta mañana doblaba grullas de papel en nuestra cama mientras él me observaba, sus ojos oscuros se suavizaban con asombro como si yo fuera algo precioso. Ahora estoy usando una como arma. Todo lo que fui y todo en lo que me estoy convirtiendo, plegado en este momento.

—Juntos —le digo con los labios, y veo que lo entiende.

Pero no he terminado de luchar. Mi mano encuentra la pequeña grulla de origami en mi bolsillo, la que hice esta mañana antes de que me llevaran. Mis dedos se cierran alrededor de ella, el papel afilado entre mis dedos.

—Juntos —le susurro a Carlo, y a continuación le doy un cabezazo hacia atrás en la nariz mientras le clavo el pico puntiagudo de la grulla en la mano que sujeta la pistola.

La pistola se dispara, pero ya me estoy agachando, la bala pasa por donde estaba mi cabeza. El cuchillo de Luca sigue la trayectoria de la bala y encuentra la garganta de Carlo antes de que pueda recuperarse.

—Nadie —dice Luca con naturalidad mientras Carlo cae— toca a mi hermana.

Entonces, los brazos de Dante me rodean y me pegan a su pecho, mientras sus manos me recorren frenéticamente en busca de heridas. Le tiemblan las manos al enmarcarme el rostro. Dante, que nunca tiembla, que se mantuvo firme incluso con mi cuchillo en la garganta. Pero la idea de perderme lo ha desarmado de un modo que la violencia jamás podría. Saboreo su miedo en la presión desesperada de su boca contra mi frente, siento cómo se hace añicos su control en la forma en que me estruja contra su pecho, como si intentara meterme dentro de su piel para que estuviera a salvo para siempre.

—Estoy bien —susurro contra su garganta, inspirando sándalo y pólvora, una mezcla de hogar y guerra—. Estoy bien. He luchado. Te he esperado, pero he luchado.

La mirada en sus ojos me rompe el corazón y lo reconstruye al mismo tiempo. Orgullo, terror, amor, rabia; todo lo que no puede decir en voz alta está escrito en esa oscura mirada.

—Juntos —gesticula, todavía temblando—. Siempre juntos.

Ambos estamos cubiertos de sangre —mía, de ellos, quizá suya—, pero me besa la frente con tal ternura que me duele el pecho. Estamos aquí. Hemos sobrevivido.

—A casa —susurro contra su garganta—. Llévame a casa.

Sus brazos me aprietan con más fuerza y lo sé sin palabras, sin gestos, sin nada más que la forma en que me abraza: estoy en casa. En sus brazos, cubierta de la sangre de nuestros enemigos, estoy exactamente donde debo estar.

30 - Dante

—¡Hermanita! —aparece Luca entre el humo, con esa sonrisa retorcida y radiante de alegría—. ¡Estás sangrando! Qué maravilla. Dante pintará la ciudad de rojo por esto.

Tiene razón. Ya lo he hecho. Y la volveré a pintar si es necesario.

—Por aquí —le indico rápidamente, cogiéndola de la mano.

Unos guardias nos cortan el paso. Sin dudarlo, adoptamos la formación. Ella cubre arriba mientras yo voy por abajo; sus disparos los mantienen a raya mientras acorto distancias. Cuando miro hacia atrás, el orgullo que siento en el pecho amenaza con romperme las costillas. Incluso cubierta de sangre, incluso temblando por la adrenalina, es perfecta.

Cuando por fin conseguimos salir a cielo abierto, tiembla contra mí. Pero está viva. Es lo único que importa.

El coche está al ralentí en la entrada del almacén, con Nico listo al volante. Sofia está en el asiento del copiloto; se ha dejado los tacones en algún lugar del interior y la seda color crema está salpicada de sangre. Nico no pestañea ante la carnicería que nos cubre; arranca en cuanto estamos dentro.

Mis manos se posan sobre Ana de inmediato, ahora con delicadeza, tan distintas de la violencia de hace unos minutos. Mis dedos rozan su labio partido, inspeccionándolo, asegurándome de que esté bien. La sien amoratada... Por eso, alguien sufrirá una muerte más lenta. Las muñecas en carne viva por la cuerda; memorizo el patrón para cotejarlo más tarde con los cadáveres. Cuando mis dedos le rozan las costillas y ella se estremece de dolor, aprieto la mandíbula con fuerza suficiente como para partirme los dientes.

—Estoy bien —dice, aunque ambos sabemos que solo es una media verdad.

Continúo mi inventario, buscando heridas ocultas. Cuando la atraigo hacia mí, con una delicadeza infinita, con cuidado de no tocarle ninguna herida, mi cuerpo se estremece una sola vez. Todo en

mi interior grita que casi la he perdido. Le ahueco la cabeza con la mano y la sostengo contra mi pecho, donde puede sentir los latidos acelerados de mi corazón, la única voz que habla constantemente.

Tiene los dedos torpes por las quemaduras de la cuerda, pero se las arregla para gesticular contra mi pecho:

—Sabía que vendrías. Nunca lo he dudado.

Mis manos tiemblan cuando le respondo:

—Siempre. Siempre vendré a por ti.

—¿Cómo me has encontrado tan rápido?

—Ha puesto la ciudad patas arriba —dice Nico desde el asiento del conductor—. Nunca lo había visto así. Doce locales de Detroit en tres horas.

Doce locales. Tres horas. Me he convertido en todo lo que susurraban sobre mí, y en algo peor. El demonio silencioso desatado, pintando Chicago de rojo para encontrar lo que es mío.

Ana me coge la mano y deja un beso en mis nudillos llenos de cicatrices. Estas manos que acaban de matar por ella, que matarían al mundo entero para mantenerla a salvo. El contraste de sus labios suaves sobre mi violencia me oprime el pecho.

Entonces la adrenalina la abandona de golpe. Su cuerpo se afloja y se derrumba contra mí. Sostengo su peso sin esfuerzo, manteniéndola erguida cuando su cuerpo deja de luchar.

—Cansada —murmura contra mi camisa manchada de sangre—. Tan cansada, Dante.

La sujeto con firmeza, pero con delicadeza, contra mi pecho.

—Señora Rosetti —susurra, saboreando el título—. Les dije que era la señora Rosetti y que vendrías. Se rieron.

Mi mano se aprieta en su pelo, posesiva, reclamándola. Ese sonido gutural retumba en mi pecho, tratando de decir lo que mi garganta herida nunca podrá.

—Seguro que ahora no se ríen —continúa, arrastrando las palabras por el agotamiento.

Saco del bolsillo una grulla de papel que he encontrado en el suelo de nuestro dormitorio esta mañana, una que ella había doblado anoche mientras hablábamos del futuro. La he llevado conmigo, envuelta en su pañuelo de seda, mientras la buscaba; su arte contra mi corazón mientras yo destruía por ella.

Nota el crujido del papel entre nosotros.

—A casa —murmura, ya medio dormida—. Llévame a casa.

Pero sé que no se refiere a la mansión. El hogar es esto: ella en mis brazos, nosotros juntos, respirando el mismo aire. El hogar está dondequiera que esté ella.

—Mío —susurra, apenas audible.

Marco nos espera en la entrada de la mansión. Examina las heridas de Ana con una mirada que promete una muerte más lenta para los de Detroit.

—¿Detroit? —pregunta, simplemente.

—Acabados —le indico. Por completo. No ha sobrevivido ninguno. Carlo y sus lugartenientes, todos muertos.

—Bien. —Y a Ana—: Ya estás a salvo.

—Lo sé —dice ella, encontrando fuerzas para enderezarse un poco —. Tengo una familia.

Marco sonríe de verdad, una sonrisa rara, auténtica. Mi hermano acepta a mi mujer como sangre de su sangre.

En nuestro cuarto de baño, le limpio la sangre de la piel con un cuidado obsesivo. No toda es suya, la mayor parte es de enemigos. Pero cada marca en su piel perfecta hace que la rabia resurja. Ella me cura los nudillos como siempre, nuestro ritual de cuidado mutuo. El antiséptico escuece en la piel abierta, pero su tacto alivia más que cualquier medicina.

—Están muertos —me calma cuando me tiemblan las manos de furia al ver sus moratones.

—No lo bastante —le indico con las manos.

Me coge la cara entre las palmas, obligándome a mirarla a los ojos.

—Estoy aquí. Me has encontrado. Es lo único que importa.

Mientras le vendo las muñecas, con cuidado de la piel en carne viva, me dice en lengua de signos:

—Tu silencio me ha salvado.

Me detengo, confundido.

—Podía sentir que venías —explica—. No hacían falta palabras. Hablamos sin hablar.

La verdad me golpea como un rayo. No es una maldición, es una bendición. Nuestro lenguaje, que nadie más conoce. Comprensión perfecta en el silencio. Sabía que venía porque no necesitamos palabras. Nunca las hemos necesitado. Mi silencio no es una debilidad, es nuestra fuerza.

—El dolor me trajo hasta aquí —susurra, besándome la cicatriz de la garganta. El calor de sus labios en el tejido dañado envía una corriente por todo mi cuerpo—. Me encanta tu silencio. Es nuestro lenguaje secreto.

Por primera vez, me lo creo. No estoy roto, solo soy diferente. Perfecto para ella.

En nuestra cama, la abrazo como si pudiera desaparecer. Su cabeza sobre mi pecho, sintiendo los latidos de mi corazón, el ritmo que habla cuando mi voz no puede. Las sábanas de seda están frías contra nuestra piel, pero su calor, pegado a mí, abrasa todo lo demás.

—No volveré a dejarte sola nunca más —trazo sobre su piel.

Se ríe por lo bajo, haciéndome cosquillas en el pecho con su aliento. —Posesivo.

—Sí. Siempre.

—Bien.

Por primera vez en mi vida, estoy en paz. No atrapado en el silencio, sino libre en él. Ella entiende cada gesto, cada mirada, cada caricia.

31 - Ana

Aparece la segunda raya rosa y se me doblan las piernas.

Me dejo caer al suelo del baño, y el frío del mármol me muerde los muslos desnudos mientras mi mundo se tambalea sobre su eje. Tres tests esparcidos por las baldosas como pruebas en la escena de un crimen, todos gritando la misma verdad imposible. Positivo. Positivo. Positivo.

Ha pasado más de un mes desde que Detroit intentó venderme al mejor postor. Desde que Dante tiñó la ciudad de rojo para recuperarme. Y dos semanas de náuseas matutinas que había achacado al estrés, al trauma, a cualquier cosa menos a este milagro que crece dentro de mí.

Mis dedos temblorosos encuentran mi vientre aún plano, presionando contra el camisón de seda. En algún lugar bajo mi palma, la vida crece. Nuestro hijo. De Dante y mío. Creado a partir de amor y violencia a partes iguales, concebido en sábanas que probablemente aún conservan restos de la sangre de nuestros enemigos.

—*Madonna mia* —susurro en el baño vacío, con el sabor cobrizo de haberme mordido el labio. Entonces llegan las lágrimas, calientes y abrumadoras, pero por una vez, saben a alegría en lugar de a pena.

Un guerrero silencioso, quizá. Como su padre, que se comunica a través del tacto y la presencia en lugar de con palabras. O quizá ruidoso, como solía ser yo antes de aprender la belleza del silencio. En cualquier caso, perfecto. En cualquier caso, nuestro. En cualquier caso, conocerá tanto la ternura como el modo de sobrevivir en este mundo que tanto da como quita.

He estado aprendiendo más señas estas últimas semanas, ampliando lo que estudié antes de venir a Chicago. Vocabulario nuevo para cosas que mi año de preparación no pudo anticipar: señas para «eterno» y «bendecido» y «agradecida». Pero ninguna se compara con lo que tendré que signar esta noche. Tres simples

movimientos que harán añicos su mundo para reconstruirlo más fuerte.

Los tests se vuelven borrosos a través de nuevas lágrimas mientras los recojo. Después de todo, de la sangre, de las traiciones, de casi morir, hemos creado vida. Papá vería poesía en eso, citaría algo sobre el ave fénix resurgiendo de sus cenizas. De las cenizas, el renacimiento. De los finales, los comienzos. De un matrimonio que comenzó con un intento de asesinato, un amor que podía obrar milagros.

El espejo refleja a una desconocida mientras practico las señas por centésima vez. Mis dedos se mueven a través de los sencillos gestos: Tú. Yo. Bebé. Tres señas que destrozarán el minucioso control de Dante de la mejor manera posible.

—Tú. Yo. Bebé —susurro en voz alta en italiano y luego en español, viendo cómo mis manos dan forma a nuestro futuro.

Esta noche hay cena familiar, la reunión semanal que Marco impone sin importar qué territorios haya que defender ni qué enemigos haya que enterrar. Todos los hermanos, sin excepciones ni excusas. Incluso Luca asiste, aunque suele pasarse el rato describiendo su trabajo con detalles perturbadores mientras comemos.

Me tiemblan las manos al elegir el vestido: un tejido suave y azul que susurra contra mi piel, lo bastante holgado para ocultar lo que aún no se ve, pero que pronto lo hará. Del mismo tono que la corbata favorita de Dante, la que llevaba cuando me enseñó a luchar a corta distancia. A lo mejor se da cuenta. A lo mejor lee el mensaje en cada elección que haga esta noche.

—*Coraggio* —le digo a mi reflejo, con la voz de papá resonando en mi memoria—. *E forza.* —Coraje y fuerza. Lo que toda mujer Moretti necesita. Lo que toda mujer Rosetti rebosa.

Este niño sabrá que su madre puede protegerlo. Continuaré mi entrenamiento, con cuidado ahora, más ligero, pero sin detenerme nunca. Este bebé aprenderá la fuerza junto con el amor.

La puerta se abre a mi espalda y Dante aparece en el reflejo del espejo. Mi cuerpo responde al instante. Mis pezones se endurecen contra el vestido, el pulso se me acelera, la humedad se acumula entre mis muslos. Incluso ahora, después de semanas de nuestro matrimonio real, me afecta como una corriente eléctrica bajo la piel.

—Preciosa —signa él, y luego cruza la habitación para besarme el hombro, que el vestido deja al descubierto. Su colonia me envuelve, sándalo y humo de cigarrillo, y me reclino en su sólida calidez.

Esta noche. Se lo diré esta noche. Cuando nuestra familia nos rodee con su violento amor.

El comedor vibra con esa energía particular que solo las cenas familiares de los Rosetti crean. Marco se sienta a la cabeza de la mesa como el don que es, dominando la sala con su quietud mientras todos los demás se mueven a su alrededor. Sus ojos oscuros lo perciben todo: el nuevo moratón en los nudillos de Luca, la forma en que la mano de Sofia descansa cerca de su bolso, donde guarda el arma; cómo no dejo de tocarme el vientre sin querer.

—Por la familia —dice Marco levantando su copa de vino, con su voz cargada de esa mesurada autoridad—. Por sobrevivir una semana más en esta ciudad. Por los territorios conservados y los enemigos enterrados.

—Por Ana, que nos sobrevive —añade Alessandro con su característica sonrisa que vuelve tontas a las mujeres y recelosos a los hombres—. Dos meses de cenas familiares y todavía no ha salido corriendo y gritando.

—Dale tiempo —murmura Luca, pero está sonriendo con esa sonrisa extraña que significa que en realidad está contento—. Los gritos vienen después.

A mi lado, Sofia estira la mano y sus dedos de manicura perfecta encuentran los míos bajo la mesa. El apretón es breve pero intenso. —Hermana —dice sin más, pero la palabra lo contiene todo. Aceptación. Protección. La promesa de esconder cadáveres juntas si fuera necesario.

Las lágrimas amenazan con brotar y tengo que apartar la vista, encontrándome con la mirada de Nico al otro lado de la mesa. Él asiente una vez, con ese reconocimiento de precisión militar que dice mucho. —Ahora luchas bien —dice, y viniendo de él, es prácticamente una declaración de amor—. Es un orgullo tenerte cubriéndonos las espaldas.

—Muerde hasta atravesar los dedos —añade Luca como si nada, inclinando la cabeza—. Una técnica fascinante. La mayoría de la gente no muerde con decisión. Ella sí. Interesante. —Viniendo de cualquier otro, sería perturbador. De él, es prácticamente un soneto.

Se me hace un nudo en la garganta por la emoción. Estas personas poderosas y peligrosas se han convertido en mi lugar en el mundo. Después de años sola, huérfana y enfadada, entrenando para una venganza que se convirtió en amor, tengo esto. Una familia que reduciría Chicago a cenizas por mí, que celebra mi presencia en su mesa como si siempre hubiera pertenecido a este lugar.

—*Vi amo tutti* —digo en italiano, y luego repito en español—: Os quiero a todos.

La mano de Dante encuentra mi muslo por debajo de la mesa, firme, cálida y posesiva. Su pulgar lo acaricia una vez, una pregunta silenciosa. Sus dedos llenos de cicatrices me abarcan todo el muslo, reclamándome a la vez que me consuelan. Me vuelvo para encontrarme con sus ojos, y lo que veo en ellos me da el último ápice de valor que necesito.

El corazón me martillea tan fuerte que sé que Marco lo oye. Nada escapa a la atención del Don. La oscura mirada de Dante se clava en la mía, leyendo el secreto apenas contenido que está a punto de cambiarlo todo.

Mis manos se elevan lentamente, temblorosas pero seguras. La habitación se reduce a solo nosotros dos, a solo este momento, mientras mis dedos forman las señas que he practicado hasta que me han dolido las articulaciones.

—Tú —lo señalo.

—Yo —me llevo la mano al pecho.

—Bebé —la seña que hará añicos nuestro mundo para reconstruirlo con más fuerza.

El silencio se alarga como el instante previo a una ejecución. Dante se queda helado, con la copa de vino a medio camino de los labios, y sus ojos oscuros se abren de par en par mientras la comprensión lo golpea. La copa cae, el cristal se hace añicos contra el mármol italiano y el vino, rojo como la sangre, se derrama como toda la sangre que hemos derramado. Pero ni siquiera se da cuenta. Ya se está moviendo, dejándose caer de rodillas a mi lado. Mi marido, el diablo silencioso de Chicago, el hombre que se mantuvo en pie durante tres días de tortura, cae de rodillas junto a mi silla. Le tiemblan las manos cuando me las posa en el vientre, con las palmas planas sobre la seda, abarcándome todo el abdomen como si ya estuviera protegiendo lo que crece allí.

Es entonces cuando las veo. Las lágrimas. Ríos silenciosos que le recorren el rostro, las primeras lágrimas que le he visto derramar. Sus hombros se sacuden con sollozos ahogados, la garganta llena de cicatrices convulsiona con sonidos que no puede emitir. Este hombre que no pudo gritar cuando le arrebataron la voz se derrumba por completo ante la promesa de una nueva vida.

Apoya la frente en mi vientre y yo entrelazo los dedos en su pelo, mientras mis propias lágrimas caen ahora sin reparo. Permanecemos así, inmóviles, mientras el mundo se transforma en algo completamente nuevo.

—¡Ana está embarazada! —grita Alex, levantándose de la silla con tanta fuerza que la tira—. ¡Vamos a tener un bebé!

La habitación estalla en un caos maravilloso.

Sofia se pone a mi lado al instante, rodeándome con sus brazos, llorando y riendo en mi hombro.

—Un bebé —repite sin parar en italiano y en inglés—. Le enseñaré dónde esconder armas en bolsos de diseño.

La mano de Marco se posa en el hombro de Dante, apretando lo suficiente como para dejar un moratón. Cuando miro al Don de Chicago, sus ojos brillan con algo que nunca he visto.

—Este niño asegura nuestro legado —dice en voz baja, pero su voz transmite una emoción que resquebraja su habitual control—. Bien hecho, hermano.

Dante hace señas con manos temblorosas:

—Mío para protegerlo siempre. Nuestra sangre, nuestro futuro.

Nico sonríe más ampliamente de lo que le he visto nunca, con su compostura militar hecha añicos.

—Un pequeño guerrero —alza su copa—. Pobre crío, no tiene ninguna posibilidad de llevar una vida normal con esta familia.

—¿Será enorme? —pregunta Luca con genuina curiosidad científica, ladeando la cabeza—. ¿O diminuto? Las posibilidades genéticas son fascinantes. Podría estudiar…

—Perfecto —lo interrumpo, mi mano cubriendo la de Dante donde aún abarca mi vientre posesivamente—. Nuestro hijo será perfecto de cualquier manera. Silencioso o ruidoso, gentil o violento. Nuestro.

—Le enseñaré dónde cortar para conseguir el máximo efecto —añade Luca alegremente—. Tradición familiar. También genética. Deberíamos hablar de los grupos sanguíneos.

—Más tarde —lo interrumpe Marco, pero casi está sonriendo.

Dante se aparta lo suficiente para hacer señas, con movimientos seguros a pesar de sus lágrimas:

—Nuestro. Perfecto. Para siempre. Ya estoy planeando la seguridad.

Luego me levanta de la silla y me sienta en su regazo, enjaulándome contra su pecho con los brazos mientras nuestra familia estalla a nuestro alrededor. No ha apartado las manos de mi vientre, con los dedos extendidos como si ya estuviera protegiendo a nuestro hijo de un mundo que querrá ponerlo a prueba. Sé lo que está pensando porque yo estoy pensando lo mismo. Este bebé nacerá entre sangre y belleza a partes iguales. Aprenderá a decir «te quiero» y «dónde está la salida» en lenguaje de señas con la misma fluidez. Llevará el nombre Rosetti como una armadura y un arma combinadas.

Maria aparece desde la cocina, le echa un vistazo a Dante de rodillas con lágrimas en el rostro y rompe a llorar también.

—¡*Un bambino*! ¡*Madonna mia*! —se santigua y llora e intenta abrazar a todo el mundo a la vez—. ¡Le cocinaré de todo! ¡Todo lo que usted quiera!

—Por la siguiente generación —Marco vuelve a alzar su copa, y todos lo imitan—. Por el hijo de Ana y Dante. Por nuevos comienzos a partir de viejos finales. Por un imperio que durará generaciones.

—Por pequeños humanos que probablemente darán más miedo que todos nosotros juntos —ríe Alex.

—Por enseñarles la técnica apropiada con el cuchillo desde que nazcan —añade Luca con una sinceridad inquietante.

—Por tener a alguien nuevo a quien proteger —dice Nico, ya planeando estrategias defensivas.

—Por mi sobrino o sobrina, que tendrá las mejores sesiones de compras —sonríe Sofia entre lágrimas—. Y una puntería perfecta.

Los brindis continúan, solapándose, caóticos, perfectos. Esta es mi familia. No la que perdí, sino la que elegí. La que me eligió a mí. Esta gente que acepta que la alegría viene acompañada de violencia, que el amor significa estar dispuesto a destruir por los demás.

Las manos llenas de cicatrices de Dante me enmarcan el rostro y articula palabras que su garganta no puede pronunciar, pero que yo entiendo de todos modos: «Gracias».

Nuestro hijo nunca conocerá la soledad que yo conocí. Nunca se preguntará si es amado, deseado, protegido. Crecerá en este caos, en esta intensidad, rodeado de una familia que mata unida y celebra unida con la misma pasión. Sabrá que las historias perturbadoras del tío Luca significan amor, que las lecciones de armas de la tía Sofia son afecto, que el silencio del tío Marco significa aprobación.

—Vamos a tener un bebé —susurro contra la garganta llena de cicatrices de Dante, saboreando la sal de sus lágrimas—. Nuestro bebé.

Sus brazos se ciñen a mi alrededor, posesivos, protectores y perfectos. El latido de su corazón contra mi pecho dice lo que su voz no puede: firme, fuerte, eterno. Ahora estamos completos. Enteros. Una familia forjada en sangre y venganza, transformada en algo hermoso, duradero y nuestro.

Para siempre.

32 - Epílogo - Ana

Han pasado seis meses desde que descubrí el milagro que crece dentro de mí, la vida que creamos a partir de toda nuestra muerte y violencia.

Las náuseas todavía me asaltan algunas mañanas, aunque de forma más leve ahora que se me nota. Mi mano se curva sobre mi vientre hinchado mientras estoy de pie frente al espejo de nuestro dormitorio, maravillándome de cómo se ha transformado mi cuerpo. El vestido de seda que Marco me regaló la semana pasada se desliza sobre mis nuevas curvas, diseñado para adaptarse a mi creciente abdomen y, al mismo tiempo, permitirme acceder al cuchillo que llevo atado al muslo. Porque incluso embarazada, sobre todo embarazada, sigo armada en este mundo que nos pondría a prueba.

—*Madonna mia* —susurro, sintiendo a nuestro hijo moverse dentro de mí—. Ya está activo, este pequeño guerrero. Dante dice que está practicando sus movimientos de combate, preparándose para un mundo que requerirá tanto ternura como dientes. Mis dedos trazan dibujos en mi vientre y juraría que el bebé responde, presionando contra mi palma como si ya conociera mi tacto.

Esta noche hay cena familiar. Marco exige asistencia sin importar qué territorios ardan o qué enemigos haya que enterrar. Todos los hermanos estarán allí, reunidos alrededor de esa enorme mesa en la que hemos celebrado victorias y planeado venganzas a partes iguales. Estas cenas se han convertido en mi tradición favorita, la prueba de que este es mi sitio, de que esta familia me ha reclamado por completo.

Papá entendería esto, el elegir crear vida en un mundo que la arrebata con tanta facilidad. Estaría orgulloso de que su hija haya encontrado el amor donde buscaba venganza, de que haya construido una familia a partir de las cenizas.

El comedor resplandece a la luz de las velas y de un caos apenas contenido. Marco se sienta a la cabecera de la mesa, observando a sus hermanos con esa autoridad mesurada. Sofía pasa el vino, su risa

brillante mientras se mete con Alex por su último desastre amoroso. Nico limpia su pistola en la mesa, una costumbre que Marco ya ha desistido de intentar quitarle, mientras Luca revisa su móvil con una concentración inusual. Los guardias vigilan las ventanas incluso durante nuestra cena familiar, un recordatorio de que aquí la alegría siempre coexiste con el peligro.

—Por la familia —dice Marco levantando su copa, cuyo cristal refleja la luz—. Por otra semana sobrevivida en esta ciudad que nos quiere muertos.

—Por que Ana no envenene la pasta —añade Alex con esa sonrisa demoledora—. Aunque, después de seis meses de práctica, la verdad es que se le está dando bastante bien. Ahora es casi comestible.

—La semana pasada no estaba tan mala —protesto, pero sonrío—. Estas cenas se han convertido en mi altar, esta gente en mi religión. Cada cicatriz en estas paredes cuenta nuestra historia.

La mano de Dante encuentra mi vientre bajo la mesa, su palma cálida y posesiva sobre el lugar donde crece nuestro hijo. No ha podido dejar de tocarme desde que nos enteramos, sus manos buscan constantemente la prueba del milagro que hemos creado. Sus dedos abarcan ahora todo mi abdomen, protectores incluso en este simple contacto.

—¿Cómo está mi sobrino? —pregunta Sofía, prácticamente radiante de emoción. Lleva comprando ropa de bebé desde el día que se lo dijimos a todos, bodies de diseño mezclados con diminutos chalecos antibalas.

—Sobrina —la corrige Nico sin levantar la vista de su Glock—. Es una niña, sin duda. Lo sé por cómo lo lleva Ana.

—Las probabilidades del grupo sanguíneo sugieren que cualquiera de los dos es igualmente probable —murmura Luca, pero está distraído, revisando de nuevo su móvil con esa sonrisa rara dibujada en los labios—. Aunque el desarrollo de la estructura ósea en esta fase es fascinante.

—¿Una cita? —bromea Alex al percatarse de la atención que Luca presta a su móvil—. ¿Alguien lo bastante loco como para estar a tu altura?

—Algo así —dice Luca en voz baja y, por un instante, gira el móvil hacia nosotros. Una joven en una iglesia, con el pelo rubio reflejando la luz de las vidrieras, completamente ajena a que la están fotografiando.

—Es guapa —dice Sofía, aunque algo en su voz sugiere incomodidad—. ¿Quién es?

—Faith Winters. —Luca dice su nombre como si lo estuviera saboreando—. La hija del juez. Reza por la seguridad de su padre todos los domingos. Una hija muy devota. —Su sonrisa se ensancha de esa manera que hace que la gente cuerda eche mano a las armas —. Me pregunto por qué rezará cuando sea mía.

La voz de Marco corta como una cuchilla. —El problema es el juez. Deja a su hija en paz.

—Define «en paz» —murmura Luca, mostrando otra foto. Esta la muestra dentro de su apartamento, sin que ella se dé cuenta—. No la he tocado. Pero tiene unas costumbres muy interesantes. ¿Sabíais que duerme con un cuchillo bajo la almohada? Igual que hacía Ana.

La mesa se queda en silencio. Eso es demasiada información, demasiada observación. La ha estado vigilando. Estudiándola.

—Deja en paz a la familia —advierte Marco, su voz cargada con el peso de una orden absoluta—. El juez es lo único de lo que tenemos que ocuparnos, no de los civiles.

—No la tocaré —murmura Luca, con esa sonrisa extraña que nunca flaquea—. Pero mirar no es tocar, ¿verdad?

Una tensión incómoda se instala sobre la mesa. Incluso en nuestro mundo de violencia necesaria, el particular interés de Luca parece diferente. Más oscuro. Más personal que profesional.

Sofía cambia de tema desesperadamente. —Deberíamos hablar de nombres para el bebé. Voto por algo fuerte. Pero nada ruso. —Lo dice con firmeza, casi con agresividad—. Ningún nombre ruso.

Luca se ríe, suave y socarronamente. —¿Todavía tienes pesadillas con Mikhail?

La copa de vino se le escurre de la mano a Sofía y se hace añicos contra el suelo de mármol. El vino tinto se derrama sobre el mármol blanco, y su rostro pierde todo el color. Por un momento, se parece exactamente a la niña asustada que debió de ser aquella noche hace diez años.

—¿Qué has dicho? —Su voz es apenas un susurro.

—Nada importante —dice Luca, ladeando la cabeza con falsa inocencia—. Solo recordaba a ese chico ruso que maté. Hace años. Durante el desagradable incidente. ¿Cómo se llamaba? ¿Mikhail? Sí, Mikhail. Al final gritó mucho. No paraba de llamar a su hermana. En ruso. Una estructura lingüística fascinante cuando alguien sufre.

Sofia se levanta bruscamente y la silla raspa contra el mármol. —Disculpad. Necesito tomar el aire.

Se marcha antes de que nadie pueda responder, prácticamente huyendo del comedor. Hago ademán de seguirla, pero Dante me coge de la muñeca y me dice rápidamente por señas: —Dale un poco de espacio primero.

Pero no puedo. Algo en su mirada, el terror en sus ojos, me arrastra tras ella. La encuentro en la terraza, llorando con la cara entre las manos y murmurando en lo que parece ruso.

—¿Sofia? —me acerco con cuidado, como quien se acerca a un animal herido.

Se da la vuelta de golpe, con el rímel corriéndole por su perfecto rostro. —Es culpa mía —susurra, y las palabras se le escapan como si hubiesen estado atrapadas durante una década—. Ese chico, Mikhail. Murió por mi culpa. Todos murieron por mi culpa.

—¿Qué quieres decir?

Pero ya se está recomponiendo, y ese control tan propio de los Rosetti vuelve a imponerse con fuerza. —Nada. A mí también me afectan las hormonas del embarazo. Síntomas por simpatía. —Esboza una sonrisa forzada que no le llega a los ojos—. Deberíamos volver antes de que se preocupen.

Cuando regresamos, la silla de Luca está vacía.

—¿Adónde ha ido? —pregunto, con una sensación fría instalándoseme en el estómago.

Marco suspira y de repente parece mayor. —A encargarse de la situación de los Winters. Ha insistido.

Mi mano se posa protectora sobre mi vientre y nuestro hijo se mueve como si presintiera mi inquietud. Sea lo que sea que Luca esté a punto de hacer, signifique lo que signifique para él esa chica de la iglesia, siento que es el principio de algo. Algo que se extenderá por nuestra familia como lo hizo mi llegada.

—Sofia sabe algo —le digo a Dante, que todavía tiene las manos recorriéndome el vientre—. Sobre esa noche. Sobre los rusos. Sobre lo que de verdad les pasó a nuestras familias.

Él asiente despacio, sin sorprenderse. Lo ha sospechado, quizá siempre lo ha sabido. Mi marido guarda los secretos de sus hermanos con el mismo celo con que guardó los míos.

—Y Luca está a punto de hacer algo terrible —continúo, recordando la cara inocente de aquella chica rubia, la forma en que

se arrodillaba para rezar, ajena al monstruo que la observaba desde las sombras.

—Luca siempre hace algo terrible —me dice Dante por señas, pero hasta él parece preocupado.

Más tarde, mientras la familia celebra a nuestro alrededor, veo a Luca observando desde el umbral. No nos mira ni a Dante ni a mí, sino algo en su móvil. Esa sonrisa extraña juega en sus labios mientras sus dedos se deslizan por la pantalla.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Sofia, acercándosele con cautela.

—El futuro —dice en voz baja—. Dante ha conseguido su final feliz. Quizá sea hora de que yo encuentre el mío.

La mirada en sus ojos pálidos me hiela la sangre a pesar del calor de los brazos de Dante a mi alrededor. Porque la versión de Luca de un final feliz no se parecerá en nada al nuestro.

Le enseña la pantalla a Sofia, cuyo rostro pierde todo el color. —¿No hablarás en serio?

—¿Cuándo no he hablado en serio sobre algo que quiero? —Se guarda el móvil en el bolsillo y se marcha, tarareando algo que suena como un himno.

Los ojos de Sofia se encuentran con los míos a través de la sala, y se acerca a mí y me coge la mano, apretando tan fuerte que me hace daño. —Esa chica —susurra—. Faith Winters. Alguien tiene que avisarla.

—¿Avisarla de qué?

La mirada de Sofia sigue la figura de Luca mientras se aleja. —De que el diablo no siempre viene con cuernos. A veces viene con ojos azul pálido y sabe exactamente qué plegarias responder.

¡Muchísimas gracias por leer la historia de Dante y Ana! ¿Quién hubiera pensado que un matrimonio arreglado, un intento de asesinato y el lenguaje de señas podían ser tan románticos? Si después de ese final no estás emocionalmente marcada (o desesperadamente excitada), está claro que no hice bien mi trabajo.

Lo próximo es tu psicópata desquiciado favorito: **Luca Rosetti**, y la dulce chica de iglesia que no tiene ni idea de que ha sido la protagonista de sus fantasías desde la primera página. Faith Winters piensa que su mayor problema es el peligroso trabajo de su padre como juez. Está a punto de descubrir que el verdadero peligro tiene ojos azul pálido, aparece en su misa dominical y ya se sabe de memoria su pedido de café, su ruta de correr y qué ventana deja abierta. Luca ha sido paciente. Calculador. Observador. Pero incluso los psicópatas tienen un punto de quiebre, y Faith está a punto de convertirse en el suyo.

Si te encantó este libro, ¡considera dejar una reseña! Ayuda a que otras lectoras encuentren su próxima obsesión – y me mantiene abastecida de suficiente café para seguir escribiendo más hombres moralmente cuestionables que claramente necesitan terapia, pero que, aun así, se quedan con la chica.